


# DIEGO GENOUD

# EL PERONISMO DE CRISTINA

El Frente de Todos, entre la dolorosa unidad,  
la escasez y la guerra interminable  
con el establishment



 siglo veintiuno  
editores




# DIEGO GENOUD

# EL PERONISMO DE CRISTINA

El Frente de Todos, entre la dolorosa unidad,  
la escasez y la guerra interminable  
con el establishment



 **siglo veintiuno**  
editores

# Índice

Cubierta

Índice

Portada

Copyright

1. La dueña

La unidad impensada

“Una primicia maravillosa”

La garante

La vendetta

Cristinismo de la conciliación

## **2. El eslabón perdido**

“Tenelo presente, quiere ser presidente”

“Ponelo a Alberto”

“Cristina se caga de risa”

El grado de locura necesario

## **3. El liberado**

El nuevo centro

Historia antigua

Un ejemplar único

Vamos Menem

La maldición

El reincidente

El liberado

#### **4. El peronismo de Macri**

El cerebro

El peronismo deseado

Lo viejo y lo nuevo

Del auge a la decadencia

#### **5. Emilio Monzó: “La figura de Cristina no ha sido un condicionante para que Alberto vaya al centro”**

[Peronismo y territorio](#)

[La generación moderada](#)

[Cristina en el ring](#)

[El peronismo asociado a Macri](#)

[El peronismo tiene que reconciliarse con las reglas](#)

## **6. El peronismo sin medio**

[El cambio](#)

[Listos para acordar](#)

[El impostor](#)

[La sátira federal](#)

[Un pálido intento](#)

[Diario del lunes](#)

## **[7. El incesante ida y vuelta del establishment con el peronismo](#)**

[Los ganadores](#)

[El escarmiento](#)

[El golpe](#)

[La decepción](#)

[El recambio](#)

[Cristina, fuerte y al medio](#)

[Macri cede](#)

[El moderado](#)



La contradicción

## **8. El cordobesismo y el poder mediterráneo**

Sociedad de subsistencia

El poder económico

La vuelta de la derecha

El sello de Socma

Unidad hasta que duela

Un solo accionista

## **9. José Luis Manzano: “La Argentina es un milagro de la ciencia política”**

## **10. El aliado celestial**

Bergoglio contra los liberales

La sutura de un cuerpo

Habemus oposición

El bendecido

## **11. El peronismo judicial**

Más que un francotirador

Una mesa perjudicial

El síntoma Lorenzetti y la mayoría peronista

D'Alessio y la mafia

**12. Horacio Rosatti: “Está mal que lo que tiene que hacer el político lo haga el juez”**

**13. Guzmán, la deuda y el Fondo**

La diplomacia de la deuda

Ventaja visitante

El desenlace

## **14. La Campora y la vocaci3n de poder**

La mayora de edad

La expansi3n permanente

Las generaciones

La defensa del sistema

## **Epologo. El peronismo que sufre el poder**

El imperativo de centro

[El comandante](#)

[La contradicción adentro](#)

[Las cartas de Cristina](#)

[El graduado](#)

[El debate económico interno](#)

[La obsesión del lawfare](#)

[El poder](#)

Diego Genoud

**EL PERONISMO DE CRISTINA**

El Frente de Todos, entre la dolorosa unidad, la escasez y la guerra interminable  
con el establishment

W

W

W

▪

Genoud, Diego

El peronismo de Cristina.- 1ª ed.- Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2021.

Libro digital, EPUB.- (Singular)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-801-075-5

1. Peronismo. 2. Poder Político. 3. Líderes Políticos. I. Título.

CDD 320.5

▪

© 2021, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

[www.sigloxxieditores.com.ar](http://www.sigloxxieditores.com.ar)

Diseño de cubierta: Ana C. Zelada & Rompo

Foto de cubierta: NurPhoto / Getty Images

Fotos de interiores (todas bajo licencia Creative Commons): cap. 1: Nicolás Aboaf, Casa Rosada; cap. 2: María Eugenia Cerutti; cap. 3: Casa Rosada; cap. 4: Secretaría de Comunicación Pública, Casa Rosada; cap. 5: Cámara de Diputados de la Nación; cap. 6: Twitter @sergiomassa, 22 de mayo de 2019; cap. 7: Casa Rosada; cap. 8: Sebastián Spongia; cap. 10: Casa Rosada; cap. 11: Catamarca Radio y TV; cap. 12: Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación; cap. 13: Gabriella Clare Marino; Epílogo: Casa Rosada.

Digitalización: Departamento de Producción Editorial de Siglo XXI Editores Argentina

Primera edición en formato digital: mayo de 2021

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN edición digital (ePub): 978-987-801-075-5



# 1. La dueña





Alberto Fernández y Cristina Fernández de Kirchner, en la asunción como presidente y vicepresidenta de la Nación, el 10 de diciembre de 2019. Foto: Nicolás Aboaf.

Esta vez, quería tener la certeza de que nadie iba a interferir en el golpe que tenía pensado dar. Esta vez, las medidas de seguridad habituales no le alcanzaban. La pérdida del poder, cuarenta meses atrás, había obligado a un cambio drástico en la rutina de una dirigente que, de repente, se había quedado sin más resortes propios que el de su núcleo duro de adhesiones.

Pese a un apoyo social que envidiaba toda la oposición, en la política Cristina Fernández de Kirchner estaba sola: rodeada de un grupo de incondicionales y de un montón de recuerdos de un tiempo pleno de celebraciones. Perseguida, blanco de una revancha que se equivocó en no prever, la expresidenta pasaba los días en busca de impedir que los estruendos en su contra la afectaran y que las detonaciones impactaran en su refugio. Después de escuchar sus conversaciones privadas en cadena nacional, la senadora había extremado sus medidas de prevención. Hablaba por teléfono lo indispensable, se comunicaba solo a través de Telegram y los televisores de su casa no tenían contratado el servicio de cable. Cristina pasó dos años largos mirando, a través de YouTube, la pantalla de un solo canal: C5N, la emisora que había adquirido Cristóbal López en el tiempo de esplendor en el que el kirchnerismo se esforzaba en multiplicar los medios a través de empresarios más o menos amigos. Así llegó al umbral de las elecciones de 2017, así compitió casi obligada y así perdió, producto de una saga de desacuerdos en la que decidió no darle la interna al resentido Florencio Randazzo. Fue después de esa derrota –indisimulablemente propia– que la expresidenta comenzó a cambiar.

En un homenaje tardío al estilo de conducción de Néstor Kirchner, Cristina decidió abrirse sin abandonar un manual estricto de procedimientos. Empezó a recibir las contadas visitas que se arriesgaban a pisar su departamento de Recoleta con un ritual propio de películas. En el ingreso, al pie de una virgen que oficiaba de cofre de seguridad, quedaban los celulares de los peregrinos que iban a escuchar su palabra. La senadora los recibía sola, muchas veces sin maquillaje y con un dominio de la escena que impactaba. Por lo general, se mostraba activa, se confirmaba entera y se presentaba bastante más comprensiva que en sus apariciones públicas. El mensaje principal, tal vez lo más nítido y distintivo de su exposición, era uno solo: la unidad del peronismo, única alternativa posible para evitar que Mauricio Macri siguiera en el poder cuatro años más. Fue un proceso largo que desembocó en una iniciativa sorprendente.

El 17 de mayo de 2019, la senadora de Unidad Ciudadana recibió a dos de sus

hombres de máxima confianza con más prevenciones que de costumbre.

–El candidato va a ser Alberto –les dijo de entrada.

–¿Qué Alberto? –preguntó uno de los desprevenidos, sin salir todavía del asombro.

–Fernández. Y yo lo voy a acompañar en la fórmula. Tienen que hacer un video para comunicar la decisión, voy a explicar los motivos con un mensaje grabado. Váyanse, términenlo y vuelvan cuando lo tengan.

Reprobada más de una vez en materia de construcción de poder, la dueña de los votos estaba a horas de gatillar el movimiento político más audaz y sorpresivo de un tablero electoral que se deslizaba hacia un desenlace previsible. Los colaboradores de la senadora tenían que armar el anuncio con la mayor rapidez posible y el máximo sigilo. La seguridad no era suficiente y precisaba medidas adicionales para que el secreto fuera absoluto y nadie pudiera interceptarlo ni neutralizarlo: los teléfonos que habían quedado al pie de la virgen deberían seguir ahí más tiempo que de costumbre, incluso mientras sus dueños partían con la misión que, al día siguiente, iba a sacudir a un país que se despertaría en estado de incredulidad. Recién cuando ese mensaje se convirtiera en viral, los propietarios recuperarían sus pertenencias. La desconfianza no era con los dos íntimos, probados, soldados de la jefa: era con un ambiente hostil que todavía pensaba en gobernarla.

## La unidad impensada

No está claro cuándo fue, pero hubo un instante en que la expresidenta encontró la salida para el laberinto de la polarización. Con Alberto Fernández no la evitó por completo, pero logró algo fundamental, hasta unos meses antes, impensado: reordenar la ecuación que le había resultado desfavorable en 2013, 2015 y 2017, con consecuencias cada vez más negativas. Era una reconciliación que nacía de las necesidades mutuas. Obligado por la derrota, cansado de la marginalidad del político que se devaluaba en analista televisivo, el exjefe de Gabinete había regresado a la orilla del Instituto Patria en el momento justo.

Si no fuera por el tiempo y la energía que se perdieron, por la enorme posibilidad que, separados, le otorgaron al macrismo, por los costos del experimento amarillo en la vida cotidiana de millones de personas; si no fuera por todo eso, podría considerárselo parte de una estrategia brillante. Un plan maquiavélico en el que dos de las piezas centrales del andamiaje de poder se quiebran y se repelen durante una década para, después, sorprender a todos y volver al poder de manera imprevista. Un proyecto secreto en el que la ficción pública no ahorra calificativos y Fernández se pasea por los medios de comunicación y los foros antikirchneristas para repetir durante años las consignas precisas que quieren escuchar; para intimar con el adversario de su socia y retornar después con las claves del pensamiento ajeno y el más prístino de los retratos sobre un bando edificado en torno a una fuerza principal: el rechazo a la expresidenta. No fue un plan de ese tipo, pero el golpe resultó certero y alcanzó para tirar abajo –en menos de dos meses– las ínfulas del reformismo permanente. En el reencuentro de la expresidenta con el exjefe de Gabinete que la había abandonado, en la excusa para la unidad del peronismo, estaba la llave maestra para vencer al gobierno de la recesión interminable, la inflación récord, el derrumbe del poder adquisitivo y la deuda gigantesca.

Las encuestas construían un escenario claro que pocos se animaban a desautorizar. El mismo ensayo que se decía invencible y venía a dar vuelta la página de la historia argentina, que pensaba reeducar en el ajuste a la mayoría de sus víctimas, llegaba competitivo al umbral de los comicios, pese al desastre prolongado de la gestión económica y al incendio de todas las promesas.

Cambiamos era el futuro y la gente podía tolerar cualquier padecimiento, salvo el de volver a verle la cara al pasado. Lo guionaban en el primer piso de la Casa Rosada, lo decía la tele, lo escribían los más vivos del Círculo Rojo y lo confirmaba la historia reciente de 2015 y 2017.

Pero Cristina golpeó justo cuando, se suponía, le tocaba el turno al peronismo poskirchnerista. Apenas seis días atrás, Juan Schiaretti había arrasado en las elecciones provinciales de Córdoba y todas las expectativas del establishment estaban en ver al PJ de centro tonificarse con esa victoria. Aliado estratégico de Macri, el gobernador dejó desierto el sillón de macho alfa del peronismo, a la deriva a un club de empresarios dispuestos a apostar y desorientada a la mesa de los galanes que se reunían en el piso 21 de una torre de Retiro con el objetivo de adivinar, detrás del Sheraton, las costas del poscristinismo. No pudo ser.



## “Una primicia maravillosa”

Aunque esté prohibida la palabra “autocrítica” en el diccionario de su relato, Cristina Fernández de Kirchner aprendió de la derrota. Sacó lecciones del aislamiento y de los malos resultados; hizo lo que decían que no iba a hacer jamás: correrse del centro y no ser candidata a presidenta. Pero lo hizo a su modo, sin resignar el poder ni regalárselo a los que conspiraron en su contra. Decidió empoderar a un porteño sin carisma y sin votos, pero con una serie de virtudes que ninguno de los leales le había podido ofrecer en diez años de prueba, ensayo y error. Fernández exhibía una incansable voluntad de lobby, un mapa amplio de relaciones y una capacidad de liderazgo considerable, pero era, sobre todo, el dueño de un activo único: una voz que Cristina respetaba.

Aunque haya tomado el ejemplo de Lula con Dilma y haya revisado la historia reciente, al factor sorpresa la expresidenta le incorporó una novedad. Se presentó como garante del respaldo electoral para el profesor de Derecho Penal de la UBA y se blindó a sí misma con un espacio propio para una convivencia tan difícil como necesaria. Buscó un socio más que un delegado.

Por mérito propio o por deficiencias ajenas, la mujer política a la que le adosaban todos los defectos y ninguna virtud superó la prueba ácida de un peronismo que se apuró a jubilarla en un pacto explícito con Macri y, llegado el momento, fue ella la que formateó a su antojo la amalgama de la oposición. Se protegió, ganó la iniciativa, armó a dedo la fórmula presidencial de la unidad y recuperó con un movimiento imprevisto a los aliados que había perdido durante sus años de equivocaciones en la Rosada.

Lo había anunciado el 14 de septiembre de 2017, antes de perder con el macrismo en la provincia, en una entrevista con Luis Novaresio para Infobae, el house organ de La Embajada que de repente le abría las puertas. El pluralista Daniel Hadad, aquel de las entrevistas amables con el almirante Massera, daba muestras una vez más de su piel de camaleón. Apenas seis meses después de aparecer en televisión y declararse extorsionado por el kirchnerismo para vender C5N y su pool de radios, el dueño del portal más leído sonreía junto a Cristina en la recorrida por los pasillos de su fuerte. Visto desde el futuro, lo novedoso no

fue eso, sino la declaración de la entonces candidata de Unidad Ciudadana, que contemplaba con claridad la posibilidad de una derrota inminente en las legislativas. “Te voy a dar una primicia maravillosa. Si en 2019 yo soy un obstáculo para lograr la unidad del peronismo y ganar las elecciones, no voy a ser ningún obstáculo. Al contrario, voy a hacer todo lo posible para que el peronismo, en un frente amplio, pueda ofrecerle a la ciudadanía algo mejor de lo que hoy está teniendo”.

Con una precisión quirúrgica, solo posible en quien controla el tablero y las decisiones, la figura más popular y cuestionada de la oposición anunciaba, con dos años de anticipación, su principal proyecto. Con una disciplina digna de mejores causas, el peronismo colaboracionista, los medios aliados al macrismo y, tal vez, hasta sus propios feligreses decidieron no creerle. Fue un error más, producto de la ceguera y la lógica refractaria; una oportunidad desperdiciada de manera imperdonable, porque los otros dos movimientos que Cristina tenía pensado ejecutar no iban a ser anunciados frente a las cámaras, ante cientos de miles de personas.

## La garante

Casi sin darse cuenta, la expresidenta se convirtió con los años en una figura bisagra del sistema político argentino. Pesaron, en un orden discutible, un cúmulo de factores entre los que podría destacarse su potente liderazgo pero también su rol de sobreviviente en el doble tiempo de la historia y la coyuntura; la sobreactuación en una batalla cultural de resultado incierto, la reacción de actores de poder que entraban en pánico ante los ademanes incesantes del populismo, la cerrazón política y personal de la doctora, el temor del peronismo conservador, los intereses en juego; todo eso había dejado a CFK en el borde de un tablero que soñaba con resetearse en clave de moderación, con partidos políticos clonados que creían posible prescindir de la adhesión popular.

Por haber quedado viuda de Néstor Kirchner, por haber vivido en la Casa Rosada los estertores de un proceso irrepetible en más de un sentido, por haberse retirado del gobierno con una economía estrangulada pero muy lejos de una crisis terminal, Cristina regresó a la oposición en una condición extraña. Contaba con una popularidad inigualable pero, sin embargo, se había revelado estéril para prolongarse en el poder y encontrar un delegado fiel. Excepcionalidad pura, como heredera de un tiempo único y muestra viviente de que ese período –que sus rivales del PJ querían sepultar en un trámite express– no solo había existido sino que seguía vigente en múltiples formas: memoria, fuente de una alternativa posible y, sobre todo, reverso principal del macrismo. Entre el llamado a la resistencia y el riesgo de la nostalgia, Cristina era el reservorio de expectativas de una mayoría opositora que estaba subrepresentada en la escena mediática y no entraba en el casillero de figura marginal donde la quería ubicar un combinado de dirigentes que rondaba el 2% en intención de voto.

El peronismo poskirchnerista se apresuró a sentarse a la mesa del futuro pero no tenía crédito social y solo podía trascender como socio menor de la gobernabilidad macrista. Dependía del éxito de un político de cuna empresaria para jubilar a esa jefa que lo había destrutado desde el poder en una ecuación que no favoreció a nadie en el tinglado del ex Frente para la Victoria y alumbró a Macri como único ganador.

Para la iglesia kirchnerista, Cristina era la garantía de que ni todo estaba perdido ni todo había sido errado. Para el sistema político que la negaba, era algo todavía más importante: el dique de contención de sectores que se aferraban a su estampita para seguir creyendo en la partidocracia y de una militancia con pasado radical que había sido reabsorbida por la burocracia estatal y las instituciones en forma vertiginosa, después del estallido de 2001. Creyéndolo más o menos, un número indeterminado del activismo había concluido en que la eclosión que terminó con el gobierno de Fernando de la Rúa había sido un abismo peligroso al que lo mejor era no asomarse más. Al igual que la política de la que los Kirchner eran parte, las nuevas generaciones habían asumido una lectura institucionalista del desborde social: lo que ayer había sido vitalidad, muestra de dignidad e inventiva popular, era ahora una amenaza que la política estaba obligada a conjurar. Esa función encarnaron primero Néstor y después Cristina, aunque sus adversarios –entre mezquinos y suicidas– no pudieran reconocerlo. Políticos tradicionales que asumían el rol excepcional de figuras fronterizas. Gracias a ellos y al espacio que edificaron a su alrededor, el sistema de partidos accedía a un grado de legitimidad sorprendente, tanto en relación con el pico de la crisis en 2001 como con una realidad social que nunca logró horadar el núcleo duro de la pobreza y comenzó a degradarse en forma acelerada a partir de 2015. Al otro lado de la polarización extrema, Macri era el principal beneficiario de ese rol de contención que cumplía Cristina. Sin ella, también para él todo hubiera resultado más traumático.

## La vendetta

La familia Kirchner era un cuadrilátero de bordes irregulares. El matrimonio, una sociedad política exitosa con roles específicos, había funcionado durante más de dos décadas hasta que Kirchner murió: desde la intendencia de Río Gallegos hasta la asunción de Cristina como sucesora de Néstor, con el bastón presidencial como lazo de un pasaje conyugal. Si Máximo era el heredero cantado que debía ocupar el lugar del padre, Florencia era la encarnación del rechazo a la política y a sus costos más dramáticos. Como si fueran el agua y el aceite, la adicción a la política contrastaba con una directora de cine que estaba hastiada de la disputa por el poder. Después de la muerte de su padre y de la avalancha de causas judiciales contra su madre, la hija menor del matrimonio comenzó a repudiar más que nunca el mundo en el que habían trascendido los Kirchner. En paralelo, quedó involucrada en la cartelera de Comodoro Py y fue procesada en dos expedientes judiciales elevados a juicio oral con el nombre de los hoteles de la familia: Los Sauces y Hotesur.

Más allá de la relación conflictiva con su madre y su hermano, Florencia estaba en una posición de debilidad manifiesta ante la guillotina tendenciosa de los tribunales federales. Permanentes aliados del poder, ensañados con el pasado que ellos mismos encarnaron, activos con los desposeídos, indulgentes con los inquilinos de la Casa Rosada y el establishment. Para eso habían sido creados los juzgados oscuros de Comodoro Py.

Cuando Stiuso actuaba a sus órdenes, cuando el operador judicial del peronismo, Javier Fernández, ejecutaba la partitura que se escribía en la SIDE, cuando Darío Richarte y Diego Pirota defendían a los funcionarios kirchneristas con las armas del derecho y el espionaje, Cristina actuaba como si no hubiera un mañana. Creyéndose portadora de una esencia democratizadora, había ido demasiado lejos con sus arengas de reformismo y los servicios de inteligencia que le respondían habían tocado el cable de alta tensión de la familia judicial. Eso le empezaron a cobrar incluso antes de perder el poder, cuando las facciones de la mafia se reorganizaron en torno a un eje que ligaba al espionaje criollo con los jueces y fiscales de Comodoro Py y los medios de comunicación opositores al kirchnerismo. Los lobistas del Grupo Clarín aceleraron con la presión, y el

peronismo prolijo encontró un terreno inmejorable para avanzar contra esa viuda que lo ninguneaba. Pero mientras Cristina contaba con una base de popularidad irreductible y Máximo se integraba a la Cámara de Diputados, Florencia vivía a la intemperie y no tenía fueros. Algunos dirigentes del PJ que hoy están sentados en el Frente de Todos lo decían sin ninguna vergüenza: “Ella tiene que entender. Si quiere a sus hijos libres, lo que tiene que hacer es bajarse”. Don Corleone se paseaba por las mesas de los hoteles de Retiro.

Tantas veces anunciada, la vendetta del peronismo judicial quedó desactivada de la noche a la mañana por una dirigente cansada de ser extorsionada con un pacto para el que no le ofrecían nada. Por medio de un video, con la voz de CFK grabada en off sobre una música de melodrama, los jueces federales y el peronismo de la minoría se desayunaban con la anchoa de los hechos consumados. El 14 de marzo de 2019 se conoció la noticia: “En Comodoro Py, no solo se violan los derechos de los que somos opositores al gobierno de Mauricio Macri, sino que también se violan todos los derechos de nuestros hijos y nuestras hijas. Hemos presentado un certificado médico sobre el estado de salud de Florencia en los tribunales, en los mismos tribunales a los que ella, mi hija, concurrió cada vez que fue citada. He elegido la militancia política por formación y convicción. En cambio, más allá de sus convicciones, que las tiene y muy profundas, ella decidió otra vida, eligió otra vida”.

Cristina puso a su hija a salvo de la ley del talión y logró burlarse así de un sistema mafioso que buscaba por la vía de la cárcel lo que no lograba en el terreno de la política. Pero no resolvió el problema de fondo: la incomodidad de Florencia con reglas de juego que le provocaban arcadas y su aislamiento con respecto a ese universo que incluía a su núcleo más íntimo. Lejos de su propia hija y de sus afectos, enemiga de las altas temperaturas, Florencia sufrió su prolongada estadía en Cuba y vivió los ocho meses de la campaña electoral argentina en un estado de rebeldía. A una salud debilitada, le sumaba el deseo de viajar a otro país para continuar con su tratamiento. La directora de cine no quería volver a la Argentina, pero tampoco estaba a gusto en la isla: custodiada, controlada y protegida de una manera que no siempre le agradaba. Más de una vez, la expresidenta recibió llamados desde La Habana que le advertían sobre la indisciplina de Florencia, más de una vez tuvo que viajar de imprevisto, más de una vez tuvo que alargar su estadía en Cuba. Solo un grupo reducido de personas sabe de las tensiones que debió superar.

Cristina visitaba la isla por pura necesidad y también para ella las horas allí se

hacían interminables. Cada vez que llegaba a La Habana, el gobierno cubano desplegaba en las calles un operativo de custodia que a ella le parecía desmedido pero era inapelable, con motos y policías que la escoltaban y confirmaban que su seguridad era una verdadera cuestión de Estado. Después, la expresidenta no salía de la residencia en la que vivía Florencia y prefería no hacerse ver. Nunca jamás se lanzó a recorrer el Malecón o a conocer lugares históricos. Como en Buenos Aires, aunque tal vez más, prefería mantenerse fuera del alcance público. Si lo hacía para evitar ser fotografiada por algún enviado del macrismo o porque no le generaba curiosidad, solo ella lo sabe. Lo cierto es que Cristina, en Cuba, no se relajaba. Recibía visitas de funcionarios del gobierno cubano, se reunía con Raúl Castro y atendía a excolaboradores suyos que pedían verla, como el ex CEO de YPF durante su gestión, Miguel Galuccio, un técnico formado en el sector privado que había logrado con ella un nivel de confianza envidiable. Se mantenía on line vía Telegram con Alberto Fernández, Máximo Kirchner, Axel Kicillof y sus dirigentes de máxima confianza. Quería volver, pero mientras estaba en el Caribe la expresidenta salía de una realidad asfixiante y lograba tejer un vínculo con un afuera que podía resultarle de utilidad.

La senadora y el último líder de la Revolución cubana, Raúl Castro, tenían un largo vínculo que alcanzó su punto más alto cuando CFK viajó a la isla, en septiembre de 2015, para asistir a la visita del papa Francisco. Ese triángulo de relaciones todavía está vigente, en el doble plano de lo personal y lo geopolítico, pese a los años, la distancia y el segundo plano que eligieron los dos mandatarios cuando les tocó dejar el poder. El gobierno de Miguel Díaz-Canel paladeaba como una inmejorable noticia la derrota de Macri en las elecciones y el triunfo de una fórmula integrada por la madre de una de sus huéspedes destacadas. Diferencias al margen, lo mismo hacía desde el Vaticano el argentino Jorge Bergoglio.

## **Cristinismo de la conciliación**

Fue en Cuba, durante la segunda quincena de marzo de 2019, cuando la senadora apuró las páginas de un libro que se constituiría en el otro hecho político importante del año. Sinceramente se trabajó en el más cerrado hermetismo durante más de un año y Cristina eligió a Sudamericana por sobre otras editoriales que le habían hecho ofrecimientos similares, incluso antes de las elecciones que perdió en 2017. Igual que sucedería después con el anuncio de Fernández como candidato, afuera casi nadie sabía lo que tramaba la senadora. Conté la novedad del libro que venía en El Canciller, el 7 de abril de 2019, dos semanas antes de que se conociera la noticia de un trabajo que CFK había iniciado por sugerencia del renacido Fernández. En La Habana, mientras el país se encaminaba hacia el primer pico de inflación del año (4,7%), Cristina corregía las páginas impresas de un best seller que animaría una industria editorial que vivía su propia crisis, lejos de la recuperación anunciada. Era la forma de ingresar en una campaña en la que ocuparía un lugar secundario y a la vez destacado, con un tono comprensivo, en busca de dejar atrás la polarización que –para ella– era sinónimo de derrota. Las 594 páginas de anécdotas, vivencias personales y lecturas autocomplacientes le servirían para transitar el año electoral en escenarios amables, rodeada de fieles que la aclamaban mientras el país de Macri –que no dejaba de venirse abajo– le servía de insumo fundamental para plantear la necesidad del regreso.

Con Sinceramente primero y con Fernández como compañero de fórmula después, Cristina completaba una operación exitosa que tomaría por sorpresa a todos sus enemigos. Víctima de escuchas judiciales ilegales de manera recurrente, con los tribunales de Comodoro Py en su contra, los servicios de inteligencia en clave de venganza y los grandes medios de comunicación aliados al macrismo, la expresidenta burlaba una vez más el cerco que se desplegaba a su alrededor. Horas infinitas de actores pendientes de sus movimientos, una energía digna de mejor causa y un despliegue formidable de recursos se confirmaban, una vez más, inservibles. Habituales demandantes de un ejercicio que jamás practicaron, alguien en ese triángulo debería esbozar alguna autocrítica.



Cuatro años de gobierno de Macri no solo no habían alcanzado para borrar a la expresidenta de la política: habían logrado todo lo contrario. Tanto por mérito propio como por fracasos ajenos, el poskirchnerismo no había nacido en la forma en la que había sido, tantas veces, anunciado. Su lugar iba a ser ocupado por el experimento del Frente de Todos, una variante surgida de las entrañas de Unidad Ciudadana, que mutaba para convertirse en una oferta electoral mucho más amplia de lo previsto. Ubicada en el margen extremo de la política, a las puertas imaginarias de un chavismo expropiador, Cristina alumbraba una alquimia impensada. Subestimada por demás, la dueña de los votos se había convertido, también, en la dueña de la estrategia. Nacía el cristinismo de la conciliación con los brazos abiertos para reencontrarse con el PJ antikirchnerista y redundar en el intento de plantar un peronismo de centro. Con los gobernadores del PJ, con el Frente Renovador de Sergio Massa, con los movimientos sociales de la CTEP que se habían sentado a la mesa del macrismo, con apoyo de la Iglesia y con el sindicalismo que se había enemistado con Cristina entre 2011 y 2015. Un peronismo más pragmático que consignista, más dispuesto a contener la heterogeneidad sin señalar traidores, más atento a una economía atrapada en la restricción externa que al reino de lo simbólico, donde el kirchnerismo había sido taquillero sin poder ganar. Un neocristinismo capaz, incluso, de contemplar los intereses de las almas rabiosas del Grupo Clarín. Duele confirmarlo. Todo surgió de la expresidenta. Tuvo que ser ella la encargada de darles la llave del triunfo a los machos alfa del PJ que se debatían en la impotencia.

Entre los especialistas en comunicación que trabajaron en la campaña del Frente de Todos circulaba la tesis de que el armado opositor edificado de manera vertiginosa en apenas dos meses había logrado cambios significativos, capaces de reconciliar al peronismo unido con la victoria. El primero había sido cambiar la pregunta impuesta por las usinas del oficialismo. Acicateado por una crisis aguda, que acumulaba diecisiete meses de recesión a la hora de ir a las PASO, el interrogante fundamental para el votante había dejado de ser si quería o no que volviera Cristina para pasar a ser si estaba dispuesto o no a que siguiera Macri, el culpable de una agonía prolongada para la mayor parte de la población. El segundo cambio tenía que ver con la composición del espacio opositor. Gracias al egresado del Cardenal Newman y a la prédica de su círculo de acero, toda la dirigencia que se había enemistado con la expresidenta había regresado a un PJ esclerótico que fenecía atrincherado en la sede de la calle Matheu. En torno al presidente del partido, José Luis Gioja, y a la mesa de acción política que recuperaba al veterano Rubén Marín, el peronismo volvía a abrirse a todos los

emigrados. Me lo dijo el cuatro veces gobernador de La Pampa, con una lucidez envidiable, el 28 de octubre de 2018, casi un año antes del triunfo en las generales. En una entrevista para Letra P, Marín –que había sido amigo de Kirchner y había acompañado a Menem durante sus años en el poder– soltó una frase que resumía el espíritu de quienes veían gobernar a Macri con el peronismo en la banquina y no podían más que avergonzarse. La frase del pampeano fue breve y contundente: “Todos sabemos que, si no vamos unidos, nos van a cagar”. Sentada sola en su departamento de Recoleta, Cristina ya pensaba lo mismo.

## **2. El eslabón perdido**





El 21 de marzo de 2020, el presidente Alberto Fernández sobrevuela en helicóptero el área metropolitana de Buenos Aires para verificar el cumplimiento de la cuarentena. Foto: María Eugenia Cerutti.

Lo estuvo buscando durante más de diez años entre los escombros del primer kirchnerismo. Lo vio primero en Daniel Scioli, lo advirtió después en Sergio Massa y lo intentó finalmente con Florencio Randazzo. En los tres casos, invirtió energía, perdió tiempo y se dejó llevar por el rencor. Operador astuto y sin votos, con un notorio ejercicio del poder incluso desde el margen, Alberto Fernández buceaba entre los resentidos con Cristina Fernández de Kirchner con la misión de encontrar un candidato que la convirtiera en pasado, definitivamente. Lo hizo durante demasiado tiempo con una dedicación indudable hasta que, a fines de 2017, el triunfo legislativo de Mauricio Macri en todo el país lo obligó a cambiar. El exjefe de Gabinete se hartó de ser uno más en la vidriera de los políticos testimoniales, diluido en los marcos de un pejetismo estéril, y comenzó a desandar un camino que lo llevó de regreso al origen.

Entre pragmático y poco idealista, se resignó a las evidencias de un mapa astillado en el cual, sin embargo, distinguía una isla de legitimidad en torno a la expresidenta. Decidió insistir a su manera en que el peronismo del futuro no tenía mucho para inventar y solo podía nacer de una reconstrucción de sus pedazos. Visto desde el presente, la larga década perdida de Fernández alrededor de proyectos más o menos ambiciosos y frustrados no fue en vano. Se trató de un largo tiempo de maduración en el error que al exjefe de Gabinete le sirvió: solo después de completar la vuelta al pequeño mundo de los candidateables pudo ver con mayor perspectiva. El nombre de la victoria no podía ser un menemista pleno como el primer Scioli, un marketinero de la mano dura como Massa, ni un envenenado en el resentimiento como Randazzo. No podía ser tampoco alguien que rechazara en bloque la estela de los largos años kirchneristas, que no hubiera sentido en el cuerpo la experiencia física de estar haciendo historia, algo que él mismo había vivido en el amanecer de un proyecto que creyó refundacional. Lo viejo, pareció entender Fernández a fuerza de fracasos, vivía en las opciones que se presentaban como lo nuevo sin sustento y las condicionaba hasta volverlas estériles.

Lo que Fernández buscaba, así lo decía, era el “eslabón perdido” que unía al kirchnerismo con el peronismo. No era apenas una suma de dirigentes desperdigados, ni de corrientes de opinión, ni una mera repetición: era también una nueva resultante para salir del estancamiento. Después de haber vivido las etapas intensas del menemismo y el kirchnerismo como ciclos en los que el peronismo se adaptó –tal vez, con sabia mansedumbre– a una época global, los epígonos de Perón debían alumbrar una nueva era. Esta vez, sin embargo, las

coordinadas del ensayo por venir aparecían mucho más difusas, un límite elocuente que debería padecer en el poder el elegido para la nueva etapa.

En más de una entrevista de esas que dio y nadie recuerda, el profesor de Derecho Penal de la UBA llegó a decir que el nombre de esa síntesis podía ser Scioli. Corría el lejano 2012, Fernández ya no tenía nada que ver con CFK y el rencor entre los dos parecía eterno. Mientras el exjefe de Gabinete era un invitado repetido hasta el hartazgo en los programas de TN y se mostraba cerca del entonces gobernador bonaerense, Horacio Verbitsky lo fulminaba en Página/12 como un “Sancho sin Quijote” que operaba desde el Hotel Faena con los empresarios Héctor Magnetto y Mario Montoto para posicionar al exmotonauta como candidato a presidente. Justo lo que finalmente hizo Cristina a puro dedazo, cuando ya Fernández estaba afincado en el comando de campaña de Massa.

Después de 2015, Alberto decidió tomar distancia del exintendente de Tigre y cruzó un límite que el líder del Frente Renovador consideraba una herejía: fue a visitar a Milagro Sala en la cárcel de Alto Comedero, en la víspera del Año Nuevo de 2016. Más tarde, se acercó al renegado Randazzo, aunque seguía en realidad buscando lo mismo de manera equivocada: esa ventana para abrir a la unidad perdida. En 2018, después de una nueva derrota que igualó en la impotencia a las distintas facciones del peronismo opositor, Fernández empezó a decir con una convicción escasa que Felipe Solá podía ser la piedra movediza que abriera a la confluencia de la victoria. Le duró poco. “Mi tesis era que Felipe, en la hipótesis de que Cristina no fuera, podía ser lo que yo llamo el eslabón perdido entre el peronismo y el kirchnerismo. Pero eso exige gestos que él no hace con respecto al kirchnerismo, sobre todo en el tema de la corrupción. El viejo problema de Felipe, siempre solo, nunca construyendo, siempre esperando a que le toquen el timbre, vení vos que te toca. Toda su carrera la hizo así”, le dijo Fernández a un hombre de su máxima confianza, un mes antes de que la expresidenta lo eligiera a él como candidato.

En septiembre de 2018, Alberto había sido testigo de un encuentro en el Instituto Patria entre Solá y Cristina del que el exgobernador no había logrado salir airoso. La expresidenta había sorprendido al actual canciller con una pregunta letal, que no cualquiera habría podido responder: “¿Y vos para qué querés ser presidente con este quilombo?”. En un gesto que no era fácil de descifrar, Alberto les contaba la escena a sus íntimos. O pensaba que Cristina exhibía las mejores credenciales para volver a pelear por el sillón principal de la Casa



Rosada o jugaba con la idea de que otro nombre pudiera irrumpir, sin que nadie lo imaginara. En su razonamiento permanente, Fernández dejaba abierta esa posibilidad para cualquiera. “Si ella no va, todos tienen chances. Sin el semidiós, estamos en una discusión entre mortales”, decía. Esa tabla rasa de pretendientes del poder, en la que nadie se destacaba como para considerarse número puesto, podía darle una chance incluso a un peronista porteño que jamás había ganado nada y tenía un puñado de antecedentes grises como candidato.

Con dolor, el propio Solá reconocía en sus conversaciones privadas el cortocircuito persistente que lo alejaba de su mayor ambición. Algo le faltaba para llegar a la expresidenta. Algo que también le había faltado con Kirchner. O algo que quizá no faltaba, sino que sobraba. Hace más de diez años yo mismo fui testigo de cómo Kirchner le hacía a Magdalena Solá, la hermana de Felipe que vive en Mar del Plata, otra pregunta retórica de esas que no tienen respuesta favorable. Mientras la tomaba del brazo, en la recorrida por un hotel que acababa de inaugurar Hugo Moyano en La Feliz, el todavía presidente le preguntaba por qué “malcriaban” tanto los Solá al entonces gobernador. Así lo veía Kirchner a Felipe. El trato con Fernández, en cambio, era muy distinto: Alberto había entrado al corazón del matrimonio Kirchner y su rol se había convertido en esencial para la toma de decisiones. Según recuerda Rafael Bielsa, al santacruceño le había dolido la partida de Fernández, no tanto por su volumen político, que lo tenía, sino por la confianza que habían depositado en él. A Cristina, en cambio, la pérdida le pegaba doble. Lamentaba más la renuncia del jefe de Gabinete que había exigido como condición para asumir el desafío de ser candidata a presidente y que se había ido, en un escenario impensado, apenas ocho meses después de que iniciara su mandato. Mientras le facturaba la deserción, sentía su ausencia en la gestión.

Más allá de la chicana, la pregunta de CFK a Solá era crucial. No solo valía para quienes se le acercaban en busca de una carambola que les abriera la puerta de la Historia. Corría para ella misma, después de ser dos veces presidenta, de perder las últimas tres elecciones con su espacio y de conservar un caudal de votos que, aunque resistía hasta el ácido nítrico, resultaba insuficiente. Administrar la carencia con la soja a mitad de precio, la deuda como guillotina y una oposición encarnizada podía resultar tan ingrato como el futuro entre rejas que le deseaban sus obsesivos detractores. Más fácil era ceder su capital a un delegado de confianza que garantizara un pacto de convivencia y se hiciera cargo de las enormes dificultades que se advertían en el horizonte.

## “Tenelo presente, quiere ser presidente”

Más allá de las diferencias, Fernández y Solá eran dos políticos con características similares en el mosaico de un peronismo en el que la renovación no emergía con la fuerza de los años ochenta. Los dos eran dueños de una larga experiencia, con una ambición de poder indisimulable, una pretensión de trascender y un techo político asfixiante, producto de una coyuntura que los desbordaba. En el subibaja de la historia, sus trayectorias se cruzaban.

Felipe tenía el plus de haber gobernado una provincia inviable y solo se había quedado sin reelección por decisión de un Kirchner que eligió hacerle pagar los platos rotos de una derrota ajena. El exsecretario de Agricultura de Menem pensó en ser candidato a presidente por primera vez en 2008, cuando el conflicto con el campo lo puso en la cima de su carrera y se convirtió en uno de los mejores expositores contra la Resolución 125. Cuando Solá estaba en la cúspide, Fernández saltaba por los aires como el fusible más expuesto de la crisis intestina en el gobierno. Los años que siguieron los mantuvieron en la vereda de los críticos, lejos del poder, y también cometiendo errores, como el que reconoce el exgobernador: haber sido socio de Macri en 2009 en una alianza sin perspectivas que, sin embargo, le sirvió al egresado del Cardenal Newman para derrotar a Kirchner de la mano de Francisco de Narváez. A partir de 2015, los caminos de uno y otro volverían a cruzarse. Mientras Felipe comenzó a alejarse de Massa y acercar posiciones con el kirchnerismo, Fernández reincidió en un proyecto de lo más verde con Randazzo. Mientras Solá hizo un esfuerzo extraordinario para volcar su historia política en un libro, *Peronismo, pampa y peligro*, Fernández volvió a charlar con su amiga Cristina. Pese a sus diferencias, había algo fuerte que los unía. Fernández tenía a Solá como uno de los candidatos que exhibía el Grupo UMET, en el que se codeaba con Agustín Rossi, Daniel Arroyo, Fernando “Chino” Navarro, Daniel Filmus y Víctor Santa María. En esa alfombra, que tenía el récord de presidenciables sin chances por metro cuadrado, estaba el propio Alberto, el único que lo pensaba pero no podía ni decirlo. El hombre de la convergencia hacía falta, pero no aparecía. En ese viaje interminable por los hoteles y restaurantes donde opera el PJ, quizá sin saberlo plenamente, Fernández hablaba del eslabón perdido y se buscaba a sí mismo. Otra vez, al lado de Cristina.

La expresidenta lo descubrió. Pero no fue la única. El grupo del albertismo porteño también lo advirtió. Corría febrero de 2018 cuando Jorge Argüello compartió en el chat de una dirigencia experimentada y cesante que era hora de sacar a Fernández de su rol de operador y vocero para transformarlo en algo más. Peronistas curtidos en el fuego del menemismo y el kirchnerismo, albertistas del corazón, la mayoría con su destino atado a las chances del exjefe de Gabinete, todos hubieran embargado sus bienes con tal de que Alberto tuviera chances de ser lo que el embajador en Washington fabulaba para el fernandismo de WhatsApp: “Vamos a tener que hacerlo presidente”, escribió. Lo leyeron, entre el cinismo y la ilusión, Julio Vitobello, Eduardo Valdés, Alberto Iribarne, Guillermo Oliveri, Claudio Ferreño, Carlos Montero y el único radical aceptado, Miguel Pesce.

Poco tiempo después, Oliveri me avisó de un plan que sonaba disparatado. “Tenelo presente, quiere ser presidente”, me dijo. No se podía contar. No porque estuviera prohibido o porque hubiera plata para callar, de la que hay tanta. La razón era más sencilla: decir que Fernández se anotaba a sí mismo en esa lista aspiracional del PJ no cumplía los requisitos mínimos de posibilidad. Como Miguel Ángel Pichetto, al otro extremo del peronismo, Fernández era un actor del poder, sabía moverse en las sombras y era ágil para tomar decisiones, pero anotararlo en una carrera por los votos resultaba inverosímil. Para el periodismo del rubro, tan acostumbrado a leer la política con los ojos de lo previsible, sonaba entre ridículo e inviable, mucho más cuando se insinuaba desde la intemperie y sin recursos de ningún tipo. Como fuente inagotable de declaraciones, Alberto había sido útil a los medios antikirchneristas durante una década, pero ya no medía. Cansaba. Había agotado todo su capital externo y, sin capacidad de generar algo nuevo, se había quedado sin crédito. Los editores de diarios y portales, que más tarde competirían por cubrir hasta el más nimio de sus movimientos, se hermanaban en la queja: “¡Otra vez Alberto Fernández! Matémoslo”. Publicar el vaticinio de Argüello era casi imposible. Pero puertas adentro, el plan tenía entidad.

Amigo de Fernández desde la Facultad de Derecho, Argüello compartía con el exjefe de Gabinete una militancia común que había crecido en la fina sintonía de los años menemistas. En busca de una alternativa al proyecto personal del riojano, los dos se movían en la extraña directriz que unía a Domingo Cavallo con Eduardo Duhalde. Ya en 1999, hace más de dos décadas, el actual embajador en los Estados Unidos había sido el primero en ver en el entonces vicepresidente del Grupo Bapro condiciones para rendir en el terreno electoral. Lo que nadie

advertía, Argüello lo adivinaba detrás de algunas características singulares de su amigo. Fernández lo acompañó en su aventura como precandidato a jefe de Gobierno porteño en una interna olvidada del PJ que perdieron contra una de las dos listas menemistas, la que encabezaba Raúl Granillo Ocampo. Salieron terceros cómodos detrás de Granillo, que respondía a Carlos Corach y se quedó con doce circunscripciones, y del menemista Pacho O'Donnell, que ganó en once. La alianza Argüello-Fernández logró la victoria en cinco: su mejor resultado fue en la circunscripción 17, pleno Palermo.

Salvo por su puesto décimo primero como candidato a legislador porteño, al año siguiente, en la lista de la alianza del partido de Cavallo –Acción por la República– con Gustavo Beliz, aquel fue el único antecedente electoral en el que Fernández tuvo algún protagonismo. Ya Alejandro Dolina y Litto Nebbia hacían campaña por ese peronismo de la Capital tan acostumbrado a sufrir. Ya Argüello veía que Fernández podía ser candidato a algo, ya convocaban al periodismo en Puerto Madero, ya empezaban a ejercitarse en la gimnasia de la derrota.

## “Ponelo a Alberto”

En mayo de 2018, Juan Manuel Olmos fue a visitar a un encuestador de los que trabajan de manera permanente para el peronismo. La corrida al dólar comenzaba a mostrar con claridad los límites del ensayo de poder de Macri, los mercados dejaban de financiar el gradualismo amarillo y el Círculo Rojo entraba en pánico. Se activaron de repente los bordes irregulares del PJ, que hasta unos meses antes preveían un Macri reelecto y aplazaban la gran disputa interna hacia 2023. Cristina seguía siendo la única candidata con capacidad para ir a pelear contra el egresado del Cardenal Newman, pero venía de morder el polvo con el vidalismo en la provincia de Buenos Aires y permanecía en un segundo plano. A la oposición de origen pejetista le sobraban postulantes que no superaban el 5% de la intención de votos. Sin embargo, Olmos no era cualquier peronista. Peso pesado del PJ porteño, exlegislador, exdirector de la Corporación Antiguo Puerto Madero y expresidente del Consejo de la Magistratura, Olmos asentaba su poder en cuatro patas: una base territorial en un distrito esquivo, un bloque en la legislatura, influencia decisiva en la justicia y relación intensa con el mundo de los negocios. Con esos pergaminos, un nivel de vida envidiable y un vínculo de lo más estrecho con el macrismo en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA), el dirigente que hacía muy poco se había reconciliado con Fernández en un restaurante de Puerto Madero le pidió al encuestador que midiera en distintos escenarios a un amplio abanico de dirigentes que corrían en busca de posicionarse hacia 2019. En un mapa opositor que Cristina gobernaba a manera de eclipse sobre cualquier pretendiente, todos partirían en el estudio de opinión de un supuesto fundamental: cada uno de ellos tendría el imaginario aval de la expresidenta, la dueña del mayor capital electoral que, de manera milagrosa, se retiraría de la contienda y donaría sus acciones, en forma desinteresada.

La lista era de lo más chata y previsible. Figuraban Agustín Rossi, Felipe Solá, Sergio Massa, Juan Manuel Urtubey, Juan Schiaretti, Alberto Rodríguez Saá y alguno más. Era un trabajo de rutina más, de los tantos que se encargan para matar la ansiedad mientras la pelota está en el aire y la escena no termina de configurarse. Hasta que Olmos sorprendió al encuestador amigo con cuatro palabras que sonaron a chiste.

–Ponelo a Alberto Fernández –pidió el peso pesado del PJ.

–¿A Alberto? ¿Para qué? –respondió el consultor, entre enojado y sorprendido.

–Ponelo, que es amigo.

–Ok –le dijo el contratado a su interlocutor habitual, con la resignación de un profesional.

Se entendía. No había lógica política en el pedido. Apenas la amistad entre un cliente y un político sin votos que podía pasar inadvertido en una lista de dirigentes pretenciosos y con recursos propios. El peronismo de la ciudad, eterna fuerza vapuleada en la zona franca que había criado a Macri como político, era su principal promotor. Señalado como mariscal de la derrota por miembros del viejo gabinete de Kirchner como Julio de Vido, Fernández se había cansado de perder elecciones ante el PRO como jefe de campaña de Rafael Bielsa y Daniel Filmus. Para la carrera electoral que estaba empezando, no tenía ninguna ventaja. Salvo lo más importante: su cercanía, renovada y decisiva, con Cristina.

## “Cristina se caga de risa”

Con un razonamiento difícil de discutir, en busca de reconciliarse con el poder, Fernández era el nuevo visitante que tocaba timbre en el Instituto Patria. El exjefe de Gabinete reconocía el liderazgo de la expresidenta como el único fuerte dentro del peronismo y en la oposición. Repetía que la polarización planteaba un escenario inicial de paridad en el que Cristina sola era capaz de reunir un piso de adhesiones del 35% y se enfrentaba a un continente similar, el de los treinta y cinco puntos que para Fernández “siempre tuvo” el antiperonismo. De acuerdo con las matemáticas que ensayaba en su departamento alquilado de Puerto Madero, fuera de los convencidos, quedaban poco más de veinte puntos para dividir entre los dos polos dominantes. “Lo que estamos discutiendo es quién tiene esos veinte puntos y ocho son de Massa”, repetía.

Después de años de vapulear al deplorable cristinismo final, el exjefe de Gabinete había hecho un viraje sorprendente, a fuerza de frustraciones y convencido de que Macri representaba un daño enorme para el peronismo y para la sociedad. En julio de 2018, un año antes de ser candidato a presidente, Fernández le decía a cada dirigente que visitaba: “Hagan cualquier alquimia, pero ella está en treinta y cinco o cuarenta puntos y sacando mucha ventaja sobre el segundo. Después, no sé si ella querrá”.

El propio Fernández me lo dijo en alguna de las charlas que tuvimos, en un ejercicio que desafiaba a díscolos e indecisos dentro del peronismo: “Si vos admitís que hay una sociedad partida en dos, tenés que elegir en qué mitad querés estar”.

El año 2019 fue el de la confirmación. En su rol de operador y vocero, Alberto comenzó a recorrer el país en nombre de CFK. Alejado durante una década de los actos multitudinarios, apartado de la gran disputa, el exjefe de Gabinete volvía a conectar con la línea de alta tensión del poder real. Ya en abril, el recuperado amigo de Cristina no salía de su asombro. “En el interior, vienen en malón. La gente ya eligió quién es el opositor a Macri y la votan a Cristina. Escondida, procesada, cagada a palos, allanada cuarenta veces, ella es la única

que en el último año crece y el crecimiento es mucho más acelerado. La unidad la está generando la gente”, le dijo a un gobernador patagónico en una visita a su provincia. Su relato descarnado le daba cero chances a la ronda infinita de dirigentes que pretendían colgarse el traje de candidato, con visitas a programas de televisión, entrevistas en diarios y despliegue de pauta publicitaria. Para Fernández, eran perros que se mordían la cola. “¿Qué tienen? Nada. Es todo un invento de los medios. Cristina se caga de risa”, decía.

El actual presidente estaba convencido de que el techo de la entonces senadora se había derrumbado gracias a la obra de Macri y que la polarización iba a beneficiar, como en 2015, al opositor de turno. Era un mérito que no le asignaba a CFK sino al fracaso económico del esposo de Juliana Awada. La crisis social, un índice de inflación que duplicaba al de los años kirchneristas, un ajuste interminable que no hacía más que profundizar la recesión, el derrumbe del poder adquisitivo, el aumento de la pobreza hacia el 40%, la cifra del desempleo otra vez por encima de los dos dígitos, el cierre de pequeñas y medianas empresas; la lista de perdedores era inagotable. De acuerdo con su cálculo electoral, Macri iba camino a una derrota inapelable ante cualquier opositor que terminara como candidato. “Cualquiera que lo enfrente le gana”, repetía. Su razonamiento estaba en las antípodas del que traficaban, desde el corazón del poder, las usinas de Marcos Peña y Jaime Durán Barba. Para Fernández, Macri y su círculo de incondicionales no lograban advertir que, después de cuatro años, el candidato-presidente estaba exactamente en el lugar opuesto al que había ocupado cuando le ganó a Daniel Scioli. El escenario había girado ciento ochenta grados y el papel del villano ya no le tocaba a Cristina sino al propio Macri. Por eso, Alberto lo repetía, lo mejor que le podía pasar a la doctora era enfrentar al ingeniero en un mano a mano. Su confianza en el triunfo opositor era altísima y ni siquiera le preocupaba la candidatura de María Eugenia Vidal, el “Plan V” que el Círculo Rojo y la mitad de Cambiemos impulsaban para jubilar a Macri. “Me imagino un debate Vidal-Cristina –decía Fernández–. La primera pregunta de Cristina debería ser: ‘Perdóneme Vidal, ¿por qué está hoy usted acá? ¿Por qué no reelige Macri?’. Si el presidente no renueva pudiendo renovar, quiere decir que fracasó. Y cualquiera que lo reemplace está ahí para explicar el fracaso”, decía. De acuerdo con su interpretación, la gobernadora bonaerense estaba destinada a ocupar el sitio que le tocó a Eduardo Angeloz en 1989, después del final traumático de Alfonsín, y no tenía chance de salir airosa. Distinta le parecía la propuesta de su amigo Martín LoustEAU para ir a un esquema más amplio del espacio antikirchnerista, que reuniera en una gran interna a la dirigencia de Cambiemos con Roberto Lavagna, Juan Manuel



Urtubey y el peronismo anticristinista. Esa variante, que el exministro de Duhalde y Kirchner solo contemplaba si Macri salía de escena, estuvo lejos de prosperar. Sin embargo, Lousteau lo habló en más de una oportunidad, por separado, con el propio Macri y con Lavagna. Los dos se mostraron dispuestos a una competencia que no coincidía en sus términos. Mientras Macri insistía con su obsesión de competir, Lavagna pretendía enfrentar a Vidal. Para Fernández, un político cuyos contactos no reconocían fronteras partidarias, una candidatura de Lavagna al margen de una gran PASO solo podía robarle votos al presidente y hacerle un “enorme favor” a Cristina.

La aritmética impiadosa que Fernández dibujaba en el pizarrón del PJ apuntaba, sobre todo, a los caballeros sin votos de la mesa rectangular que habían hecho su lanzamiento desde el piso 21, en las oficinas del empresario Guillermo Seita. Para él, Massa, Urtubey, Schiaretti y Pichetto contaban con cero chance de prosperar de manera individual o colectiva en la confrontación con Macri y con CFK. “No tienen destino”, llegó a pronosticar. De acuerdo con un pensamiento que finalmente se confirmaría, la gran coartada del jefe de senadores del PJ, el supuesto respaldo de los gobernadores a su espacio, era una gran impostura que solo podía ser digerida en los almuerzos de un establishment que no quería volver atrás. Ese Fernández que había recuperado la confianza de su amiga apenas coincidía en un punto con los analistas del Círculo Rojo que militaban por la consigna de un macrismo competitivo: en la provincia de Buenos Aires estaba la mayor fortaleza de la senadora. Ahí, CFK medía como candidata a presidenta nada menos que cuarenta puntos y duplicaba a Macri, que apenas cosechaba veinte. Quedaban diez puntos que las encuestas de Roberto Bacman y Hugo Haime le marcaban en rojo: los que reunía el zigzagueante Massa, aun debilitado y sin salida. El exintendente de Tigre era la obsesión del profesor de Derecho Penal, el único al que consideraba valioso de cara a una hipotética construcción en torno a la expresidenta. Sin embargo, Fernández iba a una negociación asimétrica con el ambicioso dirigente, que había sido su jefe en el Frente Renovador pero ahora padecía un éxodo permanente dentro de sus propias filas. Veía a Massa desorientado, en busca de consolidarse en un “no lugar”, a la espera de dar el salto que la mayor parte de sus partidarios ya había dado en la provincia de Buenos Aires. En sus conversaciones, el mensaje del enviado de CFK era siempre el mismo: “Ya hay una definición social. A mí me excede por completo. Es lo que ocurre, simplemente”, le decía. A esa constatación, Fernández le sumaba una ventaja que un intendente del PJ me graficó en la antesala de la incorporación de Massa al Frente de Todos: “Sergio está debilitado y le toca negociar con alguien que lo conoce como nadie y que

sabe qué precio ponerle. No tiene chance de salir del esquema que le ofrecen. Lo va a tener que aceptar”.

## El grado de locura necesario

Acostumbrado a darle forma a su rol de operador en el terreno de los medios, Alberto había alumbrado una fórmula para explicar la disyuntiva de la gran oposición: “Con Cristina no alcanza, sin Cristina no se puede”. Su planteo era sencillo. La tarea del peronismo que tenía como prioridad la derrota de Macri pasaba por ver de qué modo era posible acercarse a la expresidenta, pero a partir de un diagnóstico claro, que admitía su centralidad. Había que reconocer que, a tres años largos del inicio del gobierno amarillo, CFK estaba en la posición más cómoda y tenía el tablero de control en sus manos. “Si decide ser, tenemos que ver cómo la acompañamos y, si decide no ser, tenemos que encontrar la mejor forma para competir con el candidato de ella”, afirmaba Fernández, sin imaginar todavía que ese candidato iba a ser él y que la ilusión de una interna se iba a venir abajo en el instante mismo en que su amiga lo eligiera a dedo, con un movimiento que iba a alterar las coordenadas de la polarización y dejar sin reacción al oficialismo.

A la vuelta de sus frustraciones, Alberto exhibía un mérito que en el Instituto Patria se valoraba. Nunca había renunciado a la política para dirimir las diferencias y, en contraste con otros –que también se reciclarían en el Frente de Todos–, no había apostado a la mafia de Comodoro Py para condicionar la negociación con Cristina. En el albertismo, destacaban otra cualidad que terminaba de armar el cuadro de la unidad, confirmaba su vocación de poder y lo ponía a tono con la época. Me lo dijo en pocas palabras uno de sus amigos íntimos, de los que lo iniciaron en la política y que ahora es funcionario: “Tiene el grado de locura que hace falta para ponerse al frente de lo que viene”.

La confluencia del ancho peronismo se iba a dar finalmente sobre el filo de la inscripción de listas. La designación de Fernández, un golpe de una audacia solo comparable a las mejores jugadas de Kirchner, era el primer paso y desataría una avalancha de reacomodamientos. Primero, en el mundo de los gobernadores, que saltaron en masa hacia el nuevo polo de poder. Después, en los inquilinos de la Casa Rosada, que aceptaron la propuesta de Rogelio Frigerio y Ernesto Sanz para abrirle el juego al voluntarista Miguel Ángel Pichetto, siempre dispuesto a actuar el rol de oficialista. Y, finalmente, en el pretencioso Massa y los

sobrevivientes del massismo residual. Larguísimas conversaciones de Fernández, Máximo Kirchner y Eduardo “Wado” de Pedro con el exintendente de Tigre y su mano derecha, el bonaerense Raúl Pérez, terminaron de cerrar el pase. Massa había llegado al final de una travesía interminable en la que no le quedó puerto con el cual no haya negociado, ni en el oficialismo ni en la oposición. Sin embargo, su propia dirigencia había resuelto la disyuntiva y había dado el salto, sin esperar su decisión. No solo Fernández, Solá, Arroyo y el menor de los Moyano habían abandonado el Frente Renovador. También los massistas bonaerenses, como el manodurista Jorge D’Onofrio, que habían virado del antikirchnerismo visceral al pragmatismo puro. Asesorado por el catalán Antoni Gutiérrez-Rubí, Massa no tenía otra opción más que sumarse al Frente de Todos, pero se esforzaba por conseguir una rendición digna y exhibía una prioridad: presentar el acuerdo de manera tal que no se tratara de un regreso al kirchnerismo. Vital para asimilar la nueva etapa, la idea de una nueva mayoría en un armado más amplio para vestir el tránsito de regreso al peronismo cristinista fue respetada por Fernández y aceptada por el espacio.

Massista de la primera hora, después de poner todo durante seis años para construir la avenida del medio, el bonaerense Juan José Amondarain no compró la operación unidad. Con un mensaje en Twitter, entre la decepción y la ironía, el exsenador bonaerense que ya militaba junto a Lavagna destripó el movimiento de su exjefe: “Hoy me quedó claro que el massismo fue el camino más largo para ir del kirchnerismo al kirchnerismo”, escribió. Primero en responder con otra metáfora impiadosa, desde Twitter, el Coronel Gonorra agregó: “La ancha rotonda del medio”.

Como sea, el peronismo había logrado una reunificación de lo más trabajosa después de seis años y se encaminaba a recuperar el poder en una alianza heterogénea. Extremos de una polarización que se vendía como inmutable, Macri y Cristina habían desencadenado el proceso de convergencia que las encuestas de la Casa Rosada y los analistas del establishment ignoraban o minimizaban. El presidente, con un gobierno que hermanaba en el espanto a una legión de perdedores y presionaba sobre la dirigencia del PJ. Su antecesora, con una decisión fulminante que ofrecía un puente hacia la unidad y preservaba para ella una cuota de poder esencial. Fernández, el vértice de la coalición que comenzaba a edificarse, estaba destinado a ver cumplida gran parte de sus profecías. Por un lado, la preeminencia de CFK en cualquier armado opositor que tuviera chances de ganarle las elecciones a Cambiemos. Por el otro, la unidad que, según decía el futuro presidente, se iba a dar de manera

irremediable. ¿Cuándo? “Cuando el último caprichoso deje de lado el enojo y se resigne a que no tiene destino”. Finalmente, el aspecto menos pensado: el “quilombo” que Cristina le había presentado a Felipe como objeción, la crisis que Macri había incubado de manera irresponsable, le iba a estallar al profesor de Derecho Penal y lo iba a poner ante la prueba más difícil de su vida.

### **3. El liberado**







El presidente Macri en una reunión de Gabinete ampliado, con el senador Miguel Ángel Pichetto y la gobernadora María Eugenia Vidal, el 4 de noviembre de 2019.

Ramón Hernández miró a Miguel Ángel Pichetto y le dio una noticia de esas que duelen en el alma. “Miguel, el presidente es peronista. No te va a acompañar”, le dijo. El jefe del bloque de senadores del PJ había ido a visitar al secretario privado de Carlos Menem para convencerlo de la necesidad de dar el salto hacia las filas de Cambiemos. Pero la respuesta no fue la esperada.

Más de dos décadas después del eclipse menemista, Hernández era el operador todoterreno que acompañaba al expresidente a sol y sombra. No solo se movía con sigilo en el edificio del Congreso y les encargaba a los senadores del PJ que cuidaran al expresidente en el recinto: además, negociaba y tomaba las decisiones en línea con los deseos de su jefe.

Pichetto venía de consumir un golpe que sería, por algunos días, el sueño húmedo del Círculo Rojo. A pocas horas del cierre de listas para las elecciones en las que Mauricio Macri se jugaba su sobrevivencia, la incorporación de un peronista de larguísima trayectoria a las filas de un oficialismo en declive abría paso a la ilusión de una remontada histórica. Con Pichetto, se decía, el peronismo se partía en dos y el competitivo Macri era aún más poderoso. Con él, los operadores del mercado recuperaban la ilusión.

Menemista irreductible, kirchnerista sufriente, garante esencial de la gobernabilidad amarilla y constructor sin insumos de un peronismo republicano, el senador rionegrino había terminado su vía crucis de moderación en las puertas de la Casa Rosada. Rogelio Frigerio, Ernesto Sanz y hasta Carlos Grosso habían tomado parte en los preparativos de un acto consagratorio que no era más que una consecuencia lógica, producto de la convicción. Convencido de que el PJ debía pararse en las antípodas de Cristina Fernández de Kirchner, Pichetto entró solo, finalmente, al frío edificio del macrismo. La promesa que le había hecho a Frigerio de sumar un bloque de cuatro o cinco senadores a las filas de Cambiemos se desvaneció a poco de andar. A pesar de sus amagues, ni el senador por Corrientes Carlos “Camau” Espínola, ni los sobrevivientes Juan Carlos Romero y Carlos Reutemann se plegarían al viaje de Miguel. Al final de una carrera en la que perdió su poder y quedó arrumbado en el folclore de la política, solo el zigzagueante Adolfo Rodríguez Saá estaba dispuesto a ser parte de un teatro que duraría apenas dos o tres meses.

Dolía. En boca de Ramón Hernández, el pronunciamiento discreto de Menem era un síntoma lapidario de un movimiento que no tenía plafón dentro de las filas

del peronismo. Poco después de amargarle la jornada a Pichetto, el secretario privado del expresidente se encargó de comunicar la decisión a cada uno de los miembros del bloque astillado del PJ en el Senado. Si el límite del viejo Menem era el desgastado Macri o si su vara era la política, es materia de interpretación. Pero no estaba dispuesto a tanto en un momento en que las distintas corrientes del peronismo volvían a confluír detrás de la fórmula de los Fernández. Para el interlocutor principal de Macri en el Congreso, era un golpe al corazón. Un año antes, cuando Pichetto lanzaba una candidatura a presidente que solo tenía como fin explicitar sus ganas de ser parte de una fórmula, el riojano había escoltado a su discípulo en el Salón Arturo Illia del Senado. “Lo aliento al querido amigo y hermano, senador Pichetto, a que no afloje, siga y continúe, porque va a seguir triunfando. Y si él se lo mete en el alma, en el cuerpo, va a llegar a la presidencia de la nación. No tengo ninguna duda”, había dicho Menem. El político nacido en Banfield y criado en Río Negro le había correspondido con un elogio sincero, producto de un amor que no se extinguía. “Un hombre que luchó con sus convicciones, su visión, y, fundamentalmente, un político. Él inventó todo”, había afirmado el jefe de los senadores del PJ. En el umbral de los comicios que se suponían los más reñidos desde el regreso de la democracia, tanta camaradería resultaría inútil.

## El nuevo centro

Con un cuarto de siglo en el parlamento, Pichetto era un oficialista permanente a las puertas de una transformación inédita. La derrota del peronismo kirchnerista, a fines de 2015, lo había elevado a la cúspide de su carrera política y, a poco de andar, el macrismo lo había consagrado en un rol esencial y distinguido que superaba todos sus antecedentes. Mientras los perdedores del ex Frente para la Victoria sufrían y maldecían la inclemencia del despoder, Pichetto se destacaba como emblema de un peronismo del orden que podía acordar con Macri las líneas directrices del país por venir. Con prescindencia de sus cuatro décadas de militancia en el peronismo, resultaba una consecuencia natural que terminara como compañero de fórmula del presidente. Durante cuatro largos años, el jefe del bloque de senadores del PJ fue la cara más pura del colaboracionismo y encarnó sin culpa un tipo de oposición que encantaba al Círculo Rojo y provocaba arcadas en el kirchnerismo. No fue el único, pero sí el más destacado de los exponentes de un nuevo germen de peronismo. Lo que Sergio Massa representaba con sus contradicciones junto a Diego Bossio y el bloque sobrevenido de los gobernadores del PJ en Diputados, Pichetto lo multiplicaba en eficacia y repercusión desde el Senado. Alcanzaba con él para garantizar el quorum, el tratamiento y la aprobación de las leyes más importantes que craneaban los amarillos detrás de la quimera de volver al mundo. Su discusión pública con el PRO se reducía a matices y podía advertirse cada vez que Marcos Peña visitaba el reino de Pichetto para brindar con puntualidad sus habituales informes, en esos primeros tiempos en que las encuestas le sonreían. Pichetto pedía desde afuera lo mismo que censurados como Emilio Monzó reclamaban desde adentro. Su punto de vista tenía más coincidencias con Frigerio, Sanz, Horacio Rodríguez Larreta y María Eugenia Vidal que con cualquiera de los dirigentes que se empeñaban en girar en torno a Cristina. En relación con el sistema de medios, los empresarios, la cúpula de la CGT y hasta los movimientos sociales, el senador se adueñaba de una escena política en la que el cristinismo oscilaba entre la marginalidad, la queja y la impotencia.

Después del triunfo de Macri, el sistema político había hecho un viraje formidable, y el kirchnerismo, que había dominado el mapa de poder durante doce años —y que mantenía una base social envidiable—, había quedado sumido

en el aislamiento. Aun sin votos, Pichetto era el nuevo centro. Lo sería durante los dos primeros años de Macri en el gobierno, incluso con su negativa a quitarles los fueros en el Senado a los políticos que recibían un procesamiento, mientras en Diputados eran desaforados y detenidos, en un hecho sin precedentes. En su defensa irrestricta de la clase política, el rionegrino no se dejó gobernar por el coro de opinólogos afines al macrismo. Su posición no solo se basaba en la necesidad de una condena firme para quitarle los fueros a un parlamentario: además, incluía gestos inusuales para un antikirchnerista, como el de ir a visitar a Julio de Vido a la cárcel de Ezeiza, algo que por supuesto CFK jamás hizo con ninguno de sus exfuncionarios.

Tras la confirmación de Cambiemos en las legislativas de 2017 y la derrota de la expresidenta en la provincia de Buenos Aires, el senador se refrendaría como una de las estrellas del establishment en el coloquio de IDEA. Poco después, optaría por la “ingrata tarea” de acompañar el ajuste previsional del gobierno en el diciembre bisagra en que el avión del reformismo permanente comenzaría a entrar en zona de turbulencia, a poco de empezar a carretear.

En el calendario grande de la historia, todo duraría nada. 2018 sería el año del derrumbe para el gradualismo. El hada de la confianza moriría en la corrida fulminante de fines de abril y el endeudamiento récord que propiciaban los CEO encontraría un límite externo: a partir de ese momento, el castillo de naipes de Macri se vendría abajo en forma elocuente. El regreso del Fondo Monetario Internacional, la biblia del déficit cero, la devaluación permanente, la inflación récord y una recesión que se extendería hasta el final del gobierno del ingeniero provocarían un nuevo reacomodamiento en un sistema político donde la regla era especular al máximo y arriesgar lo menos posible. El kirchnerismo resurgía de las cenizas gracias al fracaso del presidente, y el peronismo de Pichetto –que pensaba postergar hasta 2023 la pelea electoral– saldría en busca desesperada de un candidato y un proyecto para zafar de la debacle. Durante el interminable tercer año de Macri en la Casa Rosada, el senador rionegrino intentaría con persistencia y desesperación plantar la alternativa de un peronismo moderado, alejado de la polarización. Para ese propósito, que tenía el antecedente infructuoso de la ancha avenida del medio de Massa, Pichetto iría a buscar al fundador del Frente Renovador, pero sobre todo se esforzaría por darle cuerpo al gaseoso espacio del PJ de los gobernadores. Fundamentales para acompañar a Macri, los mandatarios provinciales cuidaban sus intereses locales y negociaban beneficios puntuales, pero no podían o no querían construir la tercera opción de cara a 2019. Solo los dos gobernadores más macristas del país, Juan Manuel

Urtubey y Juan Schiaretti, estaban dispuestos a exponer sus acciones por esa empresa de dudosa rentabilidad.

La novela de Alternativa Federal terminó mal, pero Pichetto puso todo para darle entidad y presentarla como una posibilidad concreta y real. Se pasó gran parte de 2018 y los primeros meses de 2019 con una tesis: ante la caída libre de la economía, la recesión y el ajuste, el peronismo no kirchnerista podría desplazar a Cambiemos del segundo puesto y colarse en un balotaje frente a Cristina. Basado en un diagnóstico muy crudo del rumbo económico de Macri, se encomendó a Roberto Lavagna en una apuesta fallida a la que, sin embargo, dedicó todos sus esfuerzos hasta el filo del cierre de listas. Pichetto se lanzó a lo imposible como precandidato a presidente y tejió todo lo que pudo para ser el compañero de fórmula del exministro de Economía. Como no lo logró, terminó atado al destino del egresado del Cardenal Newman. Sería el final de una carrera de cuarenta años en el peronismo y un cuarto de siglo en el Congreso.

## Historia antigua

No está claro cómo ni a través de quién, pero un día de la década del setenta Miguel Ángel Pichetto llegó a Río Negro. El abogado nacido en Banfield y graduado en la Universidad de La Plata aterrizó recién casado en el kilómetro 1250 de la ruta 3 y decidió arraigarse en el clima crudo de la Patagonia junto con su esposa, María Teresa Minassian. Llegó para trabajar en Hipasam, la empresa minera de Fabricaciones Militares, el Banco Nacional de Desarrollo y la provincia de Río Negro que explotaba el yacimiento de hierro más grande de América Latina. Hipasam era una leyenda en ascenso: tenía noventa y seis kilómetros de túneles, casi quinientos metros de profundidad, dos áreas industriales unidas por un ferroaducto de trescientos y dos kilómetros y un muelle con plataforma giratoria. Creada por la dictadura de Juan Carlos Onganía en 1969, en 1970 se habían iniciado las grandes obras de excavación de las galerías, la construcción de las plantas de preconcentración y concentración y los hornos para fabricar pellets de hierro y el muelle para embarcarlos. La empresa tenía su sede a quince kilómetros de Sierra Grande, una localidad que entonces tenía cuatrocientos habitantes y donde se habían edificado complejos de viviendas para el personal y sus familias. El antropólogo Juan Gouarnalusse recordó en una nota para la Agencia Paco Urondo que durante esos años arribaron miles de jóvenes trabajadores que vivieron en los campamentos administrados por Hipasam y sus contratistas. Era una época excepcional con explosión del crédito barato en la que se pavimentó la ruta 3 hasta Río Gallegos y se cambió su trazado, nació Aluar –en 1970– y los gobiernos militares pensaban que el conflicto con Chile era inminente. Se inauguraron líneas de fronteras en el mar y en la cordillera y se crearon nuevos batallones de seguridad. La Patagonia tuvo un protagonismo creciente.

En Sierra Grande, vivía un abogado cordobés formado por los jesuitas, que trabajaba en el Ministerio de Trabajo del único gobierno peronista de la historia de Río Negro. Se llamaba Víctor Sodero Nievas y su nombre marcaría la vida de Pichetto. La dirigencia de la provincia coincide: Sodero Nievas es la figura central para entender la génesis del político Pichetto. La historia quiso que el funcionario del gobernador Mario Franco (1973-1976) tuviera un diferendo con una compañía subcontratista de Hipasam y se viera obligado a resolverlo en el

área de reclamaciones, donde trabajaba ese joven abogado nacido en Banfield. Tres años después, en plena dictadura militar, Pichetto daría un paso decisivo para su futuro y se incorporaría al estudio que Sodero Nievas tenía en Sierra Grande. El exfuncionario de Franco, que muchos años después se convertiría en juez del Tribunal Superior de Justicia de la provincia, lo recibió con una consigna principal: “Acá se trabaja todos los días, en lo posible veinte horas por día, y solo se descansa los domingos a la tarde”. Moldeado en el sacrificio, Pichetto no dudó: al día siguiente, comenzó a trabajar. Estaba convencido de que su ciclo como administrativo estaba concluido y quería ejercer la profesión. Sodero Nievas todavía lo recuerda, como si fuera hoy.

—¿Qué le vio?

—Y... le vi el voluntarismo. No tenía conocimientos muy profundos de Derecho, pero era un hombre muy práctico, muy antiguo. Le vi el linaje.

—¿Por qué dice que era antiguo?

—Es un perfil antiguo, hasta el día de hoy.

—Pero cuando era joven ¿también lo tenía?

—También. A los 25 años ya era antiguo. Era conservador. Su diario de cabecera era La Nación, siempre fue más liberal que yo. A mí me gustaba Clarín —dice.

Sierra Grande vivía un boom económico que no se volvería a repetir y trescientos profesionales y técnicos de origen extranjero trabajaban en las obras de la zona: suecos, alemanes, japoneses y canadienses vivían en la ciudad. La construcción y la minería empleaban a más de cinco mil obreros y los clientes iban solos al estudio del jesuita peronista. “Había que estar en el límite del conflicto gremial. Podía desbaratarse el proyecto en cualquier momento si se desbordaba la fuerza gremial. Eran muchos trabajadores. Ya había un precedente muy jodido que había sido El Chocón. Podía repetirse la historia”, evoca hoy Sodero Nievas, sentado en un café de Tribunales. Recuerda que la tarea que ejecutaban con Pichetto consistía en limitar mucho el accionar gremial de los que se querían ir “demasiado para la izquierda”. “Resolvimos quinientos convenios colectivos de trabajo y evitamos los paros. Logramos que estuvieran todos adentro. Salvo en la última etapa, cuando la toma del yacimiento de Sierra Grande, a finales de 1975. Se dijo que fue parte de la política de las empresas militares. En medio de la huelga, la empresa les pagó el salario a todos, con lo



cual los obreros se relajaron, algunos dejaron la mina y en un operativo comando sorpresa fue recuperado el yacimiento. Hubo estado de sitio, detenidos y secuestrados, pero no hubo desaparecidos. En la zona pesaba la influencia del obispo [Miguel] Hesayne”.

Sodero Nievas y Pichetto hicieron derecho del trabajo durante quince años y, según coinciden en la provincia, ganaron mucha plata. Pichetto se ocupaba del derecho previsional y podía llevar hasta doscientos expedientes al mismo tiempo. 1982 fue un año bisagra. Después de la guerra de Malvinas, el exfuncionario de Franco le sugirió al futuro senador que había llegado el momento de volcarse a la actividad política. “Afiliate al peronismo, no te queda otra”, le dijo. Sodero Nievas era secretario general del PJ rionegrino y confiaba en la capacidad de Pichetto para adaptarse a la nueva etapa.

El abogado nacido en Banfield no dudó y comenzó con una militancia activa que incluiría actos, recorridas y viajes. En poco tiempo, se ganó un lugar en el partido, sin pensar que muy pronto vendrían nuevos desafíos. Corría 1985 y le propusieron ser candidato a presidente del Concejo Deliberante de Sierra Grande, el equivalente al intendente. Los memoriosos afirman que no quería saber nada: prefería no asumir funciones políticas y no se sentía preparado. Pero le insistieron hasta que aceptó. Era un domingo a la noche en la unidad básica del sector que respondía a Sodero Nievas, anotado para ser candidato a diputado nacional. Pichetto solo pidió ampliar el espacio con sectores independientes sin imaginar que estaba a las puertas de ganar la primera y única elección de la que sería su extensa carrera política.

Desde entonces, Pichetto y su socio se alternarían en los cargos partidarios y compartirían todo: la vida, la abogacía, la política y hasta el fútbol. Sodero Nievas era delantero y el señor gobernabilidad era un excelente arquero. Más tarde, en 1991, ganaría otros comicios, esta vez internos, y se convertiría en el presidente del PJ provincial en una elección frente a la corriente ortodoxa de Jorge Franco, el hijo del exgobernador. El año 1993 abriría las puertas del Pichetto que hoy conocemos: sería electo diputado nacional y llegaría al Congreso para iniciar su ciclo de mayor notoriedad, a caballo del menemismo.

## Un ejemplar único

En algún momento, se convirtió en peronista. A su manera, con el uso de la licencia que solo el movimiento puede brindar. Visto desde su entorno más cercano, a lo largo de una carrera que atravesó todos los fuegos, hubo en Pichetto más continuidad que cambio. Desde sus inicios, el político que llegaría a ser candidato a vicepresidente de Macri exhibió una serie de características que lo hacían especial. Lo cautivaba el acceso al poder que facilitaba el PJ de una manera única, pero le disgustaban algunos rasgos del folclore partidario. Recuerdan los militantes del peronismo rionegrino que no le gustaba participar de los actos que se organizaban en Sierra Grande para las fechas emblemáticas del 1° de Mayo y el 17 de Octubre. Tampoco se entusiasmaba demasiado con el baile popular de fin de año. La fiesta y el baño de inmersión entre el pueblo peronista no eran lo suyo. Aunque llevaba adelante en la justicia las causas de trabajadores en conflicto, prefería evitar el contacto con la muchedumbre y ahorrarse el esfuerzo de mezclarse con obreros y militantes. En el raro peronismo de Pichetto, se podía advertir un rechazo a los de abajo que, según quienes más lo conocían, era en realidad la voluntad de alejarse para siempre de su propio origen. Su padre había sido pescador primero y después carnicero, su familia era humilde y él mismo había trabajado como vendedor ambulante luego de terminar la escuela secundaria. De acuerdo con ese relato, sus declaraciones de campaña, treinta y cinco años después, en línea con la prédica policial de Jair Bolsonaro y Patricia Bullrich, no serían producto del mero oportunismo sino de una convicción que recién entonces podía expresar con libertad y que la base electoral de su nuevo espacio podía reivindicar como uno de sus méritos. Antipático, antimigratorio, anticlerical, por momentos racista, discriminador y selectivo, con especial énfasis en cuidar las fronteras y con un marcado rechazo a las grandes periferias urbanas, Pichetto encontró en la era Cambiemos la posibilidad de decir sus verdades a una platea de lo más afín. Entre la xenofobia y el desprecio por los que percibían subsidios del Estado, el repertorio del senador llenó páginas de diarios y minutos de televisión, pero tal vez ninguna frase fue tan gráfica como cuando tuvo la oportunidad de hablar, en el coloquio de IDEA, ante los dueños de las empresas más grandes de la Argentina. Ese día de octubre de 2017, con la atmósfera envolvente del triunfo legislativo de Macri

en todo el país y los hombres de negocios en el clímax del optimismo, el jefe del peronismo opositor en el Senado afirmó: “El conurbano profundo es muy parecido a Sinaloa”. Pichetto elegía el estado mexicano donde reina un cartel narco para referirse al lugar en el que él mismo había crecido, a la geografía que había evitado en un camino inverso al que hace la mayoría de los migrantes internos y, también, al reino de ese peronismo que gobernaba Cristina Fernández. Era ese mundo inabarcable en el que el PJ republicano –que promovía sin éxito– nunca pudo hacer pie. Ahí, el abogado nacido en Banfield se sentía en peligro. Por entonces a punto de cumplir 67 años, Pichetto dibujaba el final de una larga trayectoria política que lo había transformado por completo. Se sentía a salvo con los dueños de las empresas, pero era un extranjero en el Gran Buenos Aires. Aclamado por el establishment, pero inseguro como nunca en el territorio que lo había parido.

En el ancho mapa del peronismo, la personalidad de Pichetto siempre llamó la atención. Para algunos, era una especie de ermitaño que venía del centro del país.

De carácter fuerte, capaz de discutir a los gritos y hacerse respetar, el futuro senador usaba sus ratos libres para entregarse a la pasión por la lectura y la literatura. Sus amigos más íntimos miraban con algún asombro su fanatismo por el género policial y la novela negra y eran pocos los que sabían de su vocación secreta por escribir cuentos. Las inclinaciones privadas de Pichetto no conspiraban contra su militancia cotidiana, pero había otros rasgos públicos, indisimulables, que les ponían un techo a sus aspiraciones. En los actos partidarios del PJ de Río Negro, sus compañeros lo detectaron rápido como una de sus conductas inconcebibles: a Miguel no le gustaba cantar la marcha peronista. Algo le fallaba.

Contradictorio y singular, Pichetto exhibía sin embargo algunas de las condiciones de un político de raza. Era dueño de un ego extraordinario, muy disciplinado, con capacidad ejecutiva y decisión para avanzar en una dirección sin preocuparse por los costos.

Con el correr de los años, la política y el poder se convertirían en su única prioridad y su mayor interés. A eso dedicaba todas sus energías y eso explicaba su permanencia en los primeros planos, más allá de los cambios de ciclo. Pichetto vivió con comodidad desde la retaguardia la era de un menemismo modernizador que también explotaba las banderas de la xenofobia y atravesó con

enorme sufrimiento el largo ciclo de un progresismo kirchnerista que lo llevó a lo más alto. A ese Frente para la Victoria saturado de políticos que habían virado desde el Partido Comunista hacia el populismo palermitano le descubría coincidencias con el “modelo soviético” que le provocaban úlceras. Ese padecimiento íntimo, que las cámaras solo registraban en momentos dramáticos como el de la sesión del voto no positivo de Julio Cobos, no le impidió mantenerse siempre alineado y en el centro, inalterable, pese a todas las adversidades. En palabras de un dirigente del PJ que lo conoció cuando aterrizó en el Congreso: “La cabeza la tiene puesta en la política. Lo único que le interesa es el poder, el poder y el poder. No le importa otra cosa”. El reverso de esa plasticidad para adaptarse a todo era una serie de constantes que, cuando el cristinismo puro expiró, le impidieron ser líder y encolumnar detrás suyo a la dirigencia vacante de un peronismo que vivió demasiados años desorientado. Al parlamentario que podía lucirse en el Congreso, en un auditorio cerrado o en un set de televisión, lo invalidaban su falta de empatía y su ausencia de carisma para hablar ante una multitud. Su radio de influencia tenía un impacto acotado.

Miembro de una generación política que llega a su fin, Pichetto logró convivir con todos los presidentes y destacarse en un Senado donde la regla era la decadencia. Combinó discursos sobresalientes con el liderazgo de un bloque que mantuvo unido durante casi dos décadas. Trabajó en forma permanente para objetivos que no definía y, en todo momento, necesitó depender de alguien que estuviera por encima suyo, un jefe que lo ordenara desde el Poder Ejecutivo: un conductor a quien responder, un político que fuera para él lo que él no lograba ser para los demás, salvo dentro de un proyecto ajeno y en un marco que lo excedía. Ese político ejemplar, emblema de un peronismo adaptado por completo a los deseos del establishment, no pudo ser más que una isla de previsibilidad en el océano de la inestabilidad.

## Vamos Menem

A los 87 años, Remo Costanzo todavía se acuerda. El 21 de diciembre de 1985, Carlos Grosso, Carlos Menem y Antonio Cafiero viajaron a Viedma para lanzar la Renovación Peronista, en reconocimiento a su Corriente de Opinión Interna. Enfrentado a la lista celeste del peronismo ortodoxo que comandaba Franco –de quien había sido secretario de Planeamiento–, Costanzo logró seducir a Pichetto a mediados del gobierno de Raúl Alfonsín, después de una visita a Sierra Grande que hizo con Grosso, el político brillante del que hablaban todos en los años ochenta y que fue devorado por el fuego de la corrupción durante la saga del menemismo. Aunque lo había enfrentado en el amanecer de la democracia, Costanzo comenzó poco a poco a ser una referencia para Pichetto a nivel provincial y le abrió un camino nacional a partir de 1989. Ya entonces, el futuro senador buscaba un norte propio desde la Patagonia más hostil y sentía una devoción profunda por Menem. Los testigos coinciden: se trataba de una especie de enamoramiento que nació en el instante mismo en que el riojano de las patillas lo visitó en Sierra Grande, en 1987, y que lo llevó a apoyarlo en la interna contra Cafiero en la que todo el peronismo de Río Negro se paraba del lado del bonaerense. Por presión del riojano y con una intervención clave de Eduardo Duhalde, en 1991 Pichetto se alzó con la conducción del PJ provincial y Sodero Nievas fue designado candidato a gobernador en lo que terminó siendo la peor elección del peronismo que se recuerde en Río Negro.

A Pichetto lo cautivaron de entrada el liderazgo naciente, el carisma inigualable y la posibilidad de ligarse a un dirigente con una ambición única de poder. Su arribo a Buenos Aires, en 1993, se daría en pleno auge del menemismo y le permitiría enrolarse como parte de una línea fundadora leal al presidente que emergía desde el sur. En el Congreso, el señor gobernabilidad iniciaría su carrera más destacada, aprendería las reglas y los trucos del oficio parlamentario y trabaría relaciones intensas como la que todavía hoy conserva con Alberto Pierri, presidente en ese entonces de la Cámara de Diputados que se reciclaría, más tarde, como cableoperador y dueño de medios.

En 1998, Pichetto comprobó que su devoción por Menem era correspondida. Lo cuenta el periodista Gabriel Sued en su libro *Los secretos del Congreso*.

Cuando abrió los ojos, en una cama del Hospital Italiano, a Pichetto le dolía todo el cuerpo. Eran las 21:30 del 24 de diciembre de 1998. Dos días antes, el entonces vicepresidente del bloque de diputados del PJ había quedado al borde de la muerte, por un accidente en la ruta 3, a la altura de Mayor Buratovich, una localidad del sur de la provincia de Buenos Aires. El auto que manejaba, desde Río Negro, chocó de frente contra un tractor, que se cruzó de carril, después de esquivar una zanja. Viajaban con él su esposa y su hija, que también salvaron sus vidas de milagro. Los bomberos los rescataron entre los hierros retorcidos y los llevaron al hospital Penna, de Bahía Blanca. Al día siguiente, los trasladaron a Buenos Aires. Todavía medio dormido por efecto de los calmantes, Pichetto parpadeó varias veces cuando vio quién estaba sentado, en silencio, a un costado de la cama: el presidente Carlos Menem. Había llegado una hora antes, pero frenó a la enfermera cuando ella quiso despertar al paciente. Le pidió que lo dejara dormir.

–Presidente, ¿qué hace acá? Hoy es Navidad.

–Tranquilo, chango, ahora me voy a comer con Zulema.

Unos años después, cuando el menemismo entró en declive y el expresidente quedó detenido en la quinta de su amigo Armando Gostanian, Pichetto fue uno de los incondicionales que no cedió al fin de ciclo y jamás dejó de visitarlo.

Costanzo, el senador que sería procesado en la causa de las coimas en el Senado durante el gobierno de Fernando de la Rúa, aterrizó en la Cámara Alta durante el primer mandato de Carlos Menem y fue reelecto de manera ininterrumpida hasta 2001. Así como la gobernación se le negó en tres oportunidades –la última, en 1995, cuando perdió por quinientos votos–, el Congreso se convirtió en su zona de confort: solo el escándalo por la reforma laboral que intentó aprobar el proyecto extinto de la Alianza le puso final a su carrera política. Que justo en ese momento haya asomado la estrella del Frank Underwood argentino es lo que habilita a algunos devotos del rencor a decir en Río Negro que Pichetto “es hijo de la Banelco”. Lo mismo sucede con Soria padre, el otro dirigente importante de la provincia que surge en la escena nacional a partir del gobierno de Duhalde. Por ese expediente, que finalmente quedaría en la nada, una generación de

políticos fue eyectada del poder de manera prematura. Defensor irreductible de la clase política ante la guillotina espuria de Comodoro Py, el senador rionegrino sería, sin embargo, uno de los grandes beneficiados de aquella depuración forzosa.

## La maldición

Hubo solo un gobernador del PJ que accedió al poder en Río Negro desde que la provincia fue creada en 1955. El mendocino Mario Franco estuvo a cargo de ese territorio esquivo entre 1973 y 1976, y dejó una herencia que todavía hoy es materia de discusión. En el haber, algunos destacan un Plan de Salud considerado modelo y, en el debe, otros recuerdan la persecución a los militantes de la Juventud Peronista. Aunque el mandatario había designado como jefe de la Policía a Benigno Ardanaz, un comandante de Gendarmería acusado de ser miembro de la Triple A, el golpe militar lo incluyó en la lista de peronistas desplazados del poder y lo mantuvo detenido primero en Viedma, durante un año, y después en un hospital provincial, durante dos años más. Fue el comienzo del fin para los epígonos de Perón. A partir de 1983, el radicalismo ganó casi todas las elecciones en el distrito de Pichetto y el único que logró romper el maleficio a medias fue Carlos Soria. En 2011, el exjefe de la SIDE de Eduardo Duhalde gobernó menos de un mes, hasta que fue asesinado por su esposa, Susana Freydoz. Dicen en el partido que el peronismo vence siempre las elecciones para presidente pero pierde de manera irremediable para gobernador. Le pasó a Martín Soria en 2019, cuando obtuvo más de cien mil votos menos que la fórmula de los Fernández, y a la lista de senadores y diputados provinciales, que quedaron catorce puntos abajo del 58% que obtuvo la boleta de Alberto y Cristina. Por razones buenas o malas, los rionegrinos prefieren a los dirigentes del PJ que no tienen actuación en la provincia.

Esos antecedentes le permitieron al senador Pichetto argumentar que existía una maldición que lo precedía y licuar así sus culpas por haber desperdiciado el largo ciclo del kirchnerismo en el poder. O descargar, como hace todavía hoy, frustrado en su máxima aspiración, todo su resentimiento en la figura despótica de Cristina Fernández. En el origen de tantas amarguras está la histórica división del peronismo, que cambia de nombres pero se mantiene hasta hoy: por un lado, los hijos del exgobernador Soria, Martín y María Emilia; por el otro, La Cábora, con el actual senador nacional Martín Doñate, y finalmente, la corriente que responde a Pichetto. La diáspora rionegrina lleva tantos años y está tan arraigada que radicales astutos como Raúl Baglini soñaban con que Macri lograra nacionalizar en su beneficio el modelo en las elecciones de 2019, con un



PJ astillado en dos o tres facciones. No solo no sucedió, sino que, al revés, fue el expresidente quien forzó la confluencia más amplia de los unidos por el espanto.

## El reincidente

Por lo menos dos veces Pichetto tuvo la posibilidad de ser gobernador, pero no pudo. La primera fue en 2007 cuando, según cuentan en la provincia, tenía todo para ganar y cometió el error de no cerrar un acuerdo con el Partido Provincial Rionegrino (PPR), un pequeño sello con capacidad de inclinar la balanza en votaciones reñidas. La (mala) suerte quiso que la negociación fuera en Viedma en horas de la mañana, el momento más difícil del día para el senador. Testigos de aquel encuentro coinciden en la reconstrucción de los hechos. El entendimiento estaba avanzado y los enviados del PPR fueron sin vueltas a pedirle a Pichetto una suma de dinero para incorporarse a su proyecto y contar así con recursos para participar de la campaña. Era una solicitud de las que en política se consideran habituales. De mal humor, como muchas veces se despierta, el senador no solo no cedió al reclamo sino que hasta echó a los visitantes de su casa en una reacción destemplada que le costaría caro. Ajenos al remordimiento, los dirigentes del PPR, que en 2003 habían acompañado al peronismo, resolvieron rápido el contratiempo: cruzaron la plaza, entraron a la Casa de Gobierno y acordaron trabajar por la reelección de Miguel Saiz. De buena relación con el kirchnerismo, el gobernador radical se impuso por 46% a 40% sobre Pichetto, y en conferencia de prensa agradeció el aporte del PPR, que le trasladó el 10% de los votos con una lista de legisladores locales que lo llevaba a la cabeza en la elección provincial.

El jefe del bloque de senadores del PJ no logró digerir la derrota. No está claro si se asomó a la autocrítica pero lo que trascendió fue otra cosa: Miguel se sintió traicionado por un acto en Mendoza en el que la senadora Cristina Fernández – compañera de fórmula del radical Julio Cobos– apareció con una gorra roja y blanca que llamaba a votar por Saiz. Pichetto no pudo soportarlo. Con el resultado puesto, fue a ver a Kirchner a la Casa Rosada con su renuncia a la jefatura del bloque redactada. Artero, el entonces presidente esperó a que terminara de hablar, tomó el papel y lo rompió delante de él.

Cerca del senador, afirman que el kirchnerismo nacional estuvo siempre identificado con el radicalismo K en Río Negro y no quería un candidato peronista. Perdedor una vez más en la interna de 2011 con Soria padre, el sueño

de nuestro Underwood de cabotaje debería esperar ocho años más para tener su revancha. Sin embargo, en 2012, Pichetto quedó ante una disyuntiva inesperada: la bala calibre 38 que acabó con la vida del flamante gobernador abrió un vacío de poder. La Constitución provincial y –según dicen, también– el dedo de Cristina ordenaban la asunción del vicegobernador Alberto Weretilneck, pero la correlación de fuerzas le otorgaba un lugar preponderante al senador con asiento en Buenos Aires, jefe por descarte del peronismo provincial. Sus colaboradores le decían que impulsara un nuevo llamado a elecciones. Reunidos en la casa de Costanzo con Sodero Nievas, sus aliados le reclamaban que no aflojara.

“Le faltaron huevos”, dice un dirigente que nunca lo quiso. Pichetto acordó con Weretilneck y pidió el Ministerio de Agricultura para su hijo, Juan Manuel. El entendimiento duró poco y se distanciaron. Más tarde, volverían a juntarse y a enfrentarse hasta que en 2015 Pichetto intentaría reincidir con Cristina de su lado.

Agradecida por la lealtad imperturbable del entonces jefe del bloque de senadores del PJ, la presidenta viajó a General Roca para el cierre de campaña y no ahorró elogios. Sin embargo, Miguel volvería a atribuir su derrota estrepitosa –perdió por veinte puntos– a la mezquindad de CFK, por la decisión de su ministro de Economía, Axel Kicillof, de negarles los subsidios a los productores frutícolas que cortaron las rutas y los puentes del Alto Valle durante diez días. El fin del cristinismo puro sería también un punto de quiebre para Pichetto. Pese a la notoriedad que ganaría con Macri en el poder, el abogado de Banfield ya no volvería a tener nuevas oportunidades en su provincia, menos aún desde el sitio de jefe en el Senado. Su trayectoria ingresaba en un pasillo angosto que lo llevaría a un territorio desconocido.

## El liberado

Desde que Pichetto apareció en Cariló, el 15 de enero de 2019, posando junto a las sandalias con medias de Lavagna, hasta que terminó como compañero de fórmula de Macri, pasaron ciento cuarenta y siete días. La mayor parte de ese tiempo el senador se dedicó a abonar la tierra seca de un peronismo moderado y racional que –resultados a la vista– no era ni una cosa ni la otra. Su objetivo principal era educar al exministro de Economía de Duhalde y Kirchner en la necesidad de cerrar un acuerdo con los buitres de la pasarela del medio: hacerle entender que la desembocadura de distintos egos y grupos de interés en la instancia de las PASO no podía herir el orgullo de nadie. No hubo caso. Por soberbia o por inseguridad, Lavagna no quiso enfrentar a su exaliado Massa en una interna y la unidad naufragó en la laguna de un PJ prolijo que nunca pudo lanzarse a las aguas abiertas de la gran disputa.

Era el final de un recorrido en el que los pronósticos de Pichetto se iban a cumplir a medias. Tal como el rionegrino decía off the record desde hacía meses, el exintendente de Tigre terminaría otra vez de regreso en el útero materno del cristinismo. Sin embargo, Urtubey desmentiría sus vaticinios y no terminaría con el macrismo: ese era el destino de un político acabado, no de una joven promesa que prefería autoexiliarse en España. Un enroque en apariencia imprevisto convertiría al señor gobernabilidad en el vice de Macri y al salteño en el compañero de fórmula de Lavagna.

El senador estaba disponible: tenía un local en Belgrano y Chacabuco con la consigna “Pichetto 2019”, un pequeño grupo de colaboradores dispuestos a acompañarlo en su extravío y la posibilidad supuesta de partir el bloque del PJ en una dirección incierta. Como casi todas sus iniciativas en el terreno electoral, su plan A, ser candidato a vicepresidente de Lavagna, había fracasado. La frustración era elocuente. El rey del Senado se había pasado gran parte de 2018 y los primeros meses de 2019 sosteniendo la tesis de que el peronismo no kirchnerista podría desplazar a Cambiemos del segundo puesto y colarse en un balotaje frente a Cristina. En esa maqueta imaginaria, dos peronismos estaban en condiciones de dirimir el nombre del futuro presidente y, si Macri quedaba afuera de la segunda vuelta, la huérfana rabia antikirchnerista tenía como cauce

natural el apoyo al PJ soft. No pudo ser.

En la vereda del medio, todavía habitan los que dicen que el gran responsable del fracaso de Pichetto fue Schiaretti, ese socio vital para la aventura de Macri en el poder. Queriéndolo o no, el gobernador de Córdoba llegó al umbral de su reelección con la promesa de ser el macho alfa del peronismo rubio. Pero a las cuarenta y ocho horas de haber arrasado en su provincia, se declaró prescindente en la batalla nacional y mandó al pejotismo prolijo al basurero de la historia. Mientras los leales a Pichetto y Urtubey quedaron desahuciados, el presidente apareció como el ganador indirecto del triunfo peronista en Macrilandia. Seis días después, llegaría la jugada maestra de CFK con Fernández como candidato. Mientras los gobernadores, supuestos aliados principales del señor gobernabilidad, daban el salto hacia el Frente de Todos, Pichetto quedaba a contramano del mundo. Al peronismo realmente existente, no tenía retorno.

Plebiscitado por un Círculo Rojo de alto predicamento y nulos resultados, Miguel ya se había desplazado hacia la orilla del macrismo de manera voluntaria y se había alejado del peronismo más de lo que podía admitir. El macrismo le había permitido afianzar relaciones con hombres de poder, acceder al séquito de los empresarios de IDEA y viajar a Wall Street para jurarles a buitres como VR Capital y grandes fondos de inversión como BlackRock y Templeton que el PJ tenía ánimo de continuar el rumbo edificado por Cambiemos y estaba decidido a asumir las altísimas obligaciones de deuda que había generado Macri. Esa visita a Manhattan, el 24 de abril, lo había elevado a lo más alto en el firmamento de la residencia de Olivos y lo había alejado incluso del heterodoxo Lavagna.

La quimera de un peronismo del orden, que adoptara el punto de vista de los acreedores, vivía en la probeta de Pichetto. Promesa eterna de un PJ adaptable a la Argentina de Macri, el político fundamental del poskirchnerismo se había quedado sin libreto y sin papel. Solo faltaban algunos movimientos, algunos llamados y un acto público para coronar su deriva.

El lunes 10 de junio, a las 22:00, el jefe del bloque de senadores iría a Odisea Argentina, el programa de Carlos Pagni, a declararse en oferta. Hablaría a favor de “mantener” un “rumbo capitalista e inteligente”, pediría no volver a “las plazas” ni al modelo de “intervención del pasado”, daría muestras de una fe que, a esa altura, ningún macrista era capaz de igualar y se ofrecería a precio de remate. Apenas siete minutos de charla alcanzarían para que el columnista estrella de La Nación especulara:

–Supongamos que Macri te estuviera mirando, además, dado el papel que vos cumpliste en términos de gobernabilidad en el Senado para el gobierno, por ahí se le pasa por la cabeza decir “hago una alianza con un sector del peronismo y la prenda de esa unidad es Pichetto vicepresidente”. ¿Cómo te suena la idea?

–No me han ofrecido absolutamente ninguna propuesta de ese tipo. Me gusta hablar más sobre temas concretos. Yo quiero en esta elección discutir modelos de país.

Mentía. Un rato antes de que ingresara al estudio de televisión, Frigerio, camino a la residencia de Olivos, le había hablado de esa misma posibilidad, muy concreta. Solo restaba el paso formal y definitivo: el llamado de Macri, la mañana siguiente.

La ronda de consultas del senador entre sus colaboradores de mayor confianza no encontraría ningún tipo de reparos. Fue el experimentado Costanzo, que – antes de la designación– había alertado a Grosso sobre los guiños de Pichetto a Macri en un foro empresario, uno de los que le dio la razón.

–Todos los tipos que te van a decir que no, en tu lugar dirían que sí. Esta posibilidad la armaste vos y la hiciste vos. Tu capital político no se lo debés a nadie –lo alentó.

–Lo mismo me dice Juan Manuel –respondió Pichetto. Se refería a su hijo y colaborador, el mismo que durante todo el ciclo amarillo en el poder sorprendía a los peronistas no kirchneristas con una frase de lo más breve que pretendía encarnar una época: “Macri vence”.

El Círculo Rojo tendría algunos días de éxtasis, vendería hasta el hartazgo una ruptura ficticia del peronismo y se encaminaría hasta la orilla de las PASO envuelto en la burbuja de un optimismo estéril. Con Pichetto en la fórmula, la utopía de un PJ clonado de acuerdo con las fantasías del establishment se mantenía con vida. Para el senador, era la última chance de ir en busca de los votos que le habían resultado –toda la vida– indiferentes. Más que eso, era la oportunidad de liberarse y decir en campaña todas las cosas que el manual del peronismo desaconsejaba por inviables. A la sombra de Macri, Pichetto no solo se liberaba de Cristina y de esa centroizquierda palermitana, elitista y prepotente, que vociferaba en nombre de los pobres. Se liberaba del peronismo, al que se había adaptado durante toda su vida solo por su condición única de ser sinónimo

de poder.

## **4. El peronismo de Macri**







El 12 de diciembre de 2015, el presidente Macri recibe en la quinta presidencial de Olivos a los veinticuatro mandatarios provinciales junto con la vicepresidenta Gabriela Michetti, el jefe de Gabinete de Ministros Marcos Peña, el ministro del Interior, Obra Pública y Vivienda Rogelio Frigerio y el presidente de la Cámara de Diputados de la Nación Emilio Monzó.

Acostados. Rogelio Frigerio y Emilio Monzó estaban otra vez hermanados en plena urgencia. Cruzaron las manos detrás de la nuca, apoyaron la cabeza sobre el césped y se relajaron por un momento, con la mirada en un cielo inmenso, capaz de empequeñecer hasta la intrascendencia cualquier problema terrenal. Rodeados de árboles y jardines que invitaban a la contemplación, el ministro del Interior de Mauricio Macri y el presidente de la Cámara de Diputados respiraron hondo y se tiraron en el verde de la residencia de Olivos. Era una mañana de incertidumbre, el país entero quería saber hacia dónde iba el gobierno y ellos estaban, una vez más, en la extraña situación en que los había ubicado el primer presidente de cuna empresaria que había llegado al poder por el voto popular: en el centro neurálgico de la toma de decisiones pero sin capacidad de intervenir. Aunque para el afuera eran dos de los dirigentes del macrismo más reconocidos, Frigerio y Monzó se habían despertado ese sábado, 1º de septiembre de 2018, con la misma inquietud que la mayoría de los argentinos. La semana había sido catastrófica para el gobierno: el dólar había escalado de 31,80 a 38 pesos, un 20% en una semana, y había tocado los 40 pesos, después de las declaraciones de Marcos Peña en la reunión del Consejo de las Américas en el Hotel Alvear. Ante una expectativa empresaria enorme y la demanda de un cambio de rumbo que incluyera un nuevo elenco de ministros, el jefe de Gabinete había negado de forma terminante el “fracaso económico” y había asegurado que se estaba incluso en un “proceso de recuperación”.

La realidad era la opuesta. Cuatro meses después de la primera corrida cambiaria, pese al formidable respaldo del Fondo y de Donald Trump, el ensayo de Macri volvía a entrar en zona de turbulencia: la inflación volaba, la recesión se profundizaba, la caída del poder adquisitivo era vertiginosa y la pobreza aumentaba. Sin controles de ningún tipo, los mercados ejercían su pleno gobierno, de manera salvaje, ante un presidente que les hablaba con el corazón.

Temprano ese sábado, Frigerio –el ministro político, que el Círculo Rojo deseaba como eventual jefe de Gabinete– había llamado a Monzó para preguntarle si sabía algo sobre los movimientos del núcleo de acero del presidente. Afuera de todo, marginado por Peña y por Macri, el exarmador del macrismo tenía canales alternativos para acceder a información de primera mano, pero esa mañana ignoraba todo. Arrastrados por la deriva de un gobierno que no conducían, los nombres que el periodismo identificaba como sinónimos del ala política dentro del oficialismo decidieron ir directamente a Olivos, el lugar en el que suponían que se dirimían los destinos de la patria. Cuando Frigerio y Monzó llegaron a la

quinta presidencial en un auto oficial, la custodia los hizo pasar, pero les advirtió que el egresado del Cardenal Newman no estaba. No había nadie. El centro de operaciones se había trasladado a la quinta Los Abrojos, el predio enorme de Los Polvorines que Macri había heredado de su padre. Ahí, donde el ingeniero había construido su casa y descansaba los fines de semana, se jugaba la mayor apuesta oficial para salir de la crisis. Macri, Peña, Jaime Durán Barba, María Eugenia Vidal, Horacio Rodríguez Larreta, Carlos Grosso y Nicolás Caputo estaban reunidos con un objetivo principal: convencer a Carlos Melconian de que aceptara reemplazar a Nicolás Dujovne y se decidiera a hacerse cargo de la brasa caliente del Ministerio de Economía, casi dos años después de haber sido eyectado de su despacho en el Banco Nación y con todos los indicadores mucho más degradados.

A esa hora de la mañana, los peronistas Rogelio y Emilio estaban lejos, a cuarenta minutos de viaje desde la Panamericana, y solo podían mirar al cielo con el raro consuelo de que el experimento que parecía condenado a estrellarse desoía sus recomendaciones. El extravío de Olivos era una metáfora de un gobierno conducido por Macri y Peña hacia el aislamiento y el fracaso. Frigerio y Monzó, los dos cuadros más elogiados por la oposición y el establishment, los que además tenían la mejor relación con Melconian, transitaban así la crisis: acostados y boca arriba. Macri no era lo que ellos querían, Cambiemos no tenía la apertura declamada, la promesa del pragmatismo había sido un fraude y el kirchnerismo testimonial del que hablaba Monzó iba camino a la resurrección gracias a la obra autodestructiva del presidente.

El día anterior se había vivido como un infierno en el corazón del macrismo. Peña había salido temprano en Radio Mitre a negar el fracaso económico del mejor equipo de los últimos cincuenta años y había potenciado la furia de los mercados. En el Hotel Alvear, entre los empresarios más importantes de la Argentina, según evoca todavía hoy uno de los presentes ese día, el “clima era de velorio”. El jefe de Gabinete destacó el “apoyo inédito del mundo”, culpó a la sequía y endilgó la inestabilidad aborigen a las turbulencias globales. Reconocer que era un “día muy difícil” y hablar de “errores forzados y no forzados” le alcanzó a Frigerio para mostrarse como la cara más realista de un elenco sordo y lo hizo acreedor de una ovación nacida del temor y el nerviosismo. Con el macrismo puro decidido a avanzar en un “camino de cornisa, más finito, más resbaladizo y más complejo” –tal la temeraria definición del jefe de Gabinete en el programa de Carlos Pagni, diez días antes–, hasta los dueños tenían miedo. Esa tarde, Peña le recriminaría a Frigerio en la Casa Rosada la supuesta

operación que encabezaba para desplazarlo de su cargo. El ministro del Interior reaccionó por primera vez de mala manera y los gritos se escucharon incluso entre un grupo de periodistas que cubrían Gobierno.

El domingo, los intentos de sumar gente al gabinete para recuperar aire serían publicados como hechos consumados en los medios cercanos al macrismo. La operación para presentar un maquillaje como el relanzamiento de un experimento que tenía la lengua afuera excitó al periodismo oficialista durante todo el día. Olivos era una romería y las diferencias estallaban como nunca. Ese día, el exmenemista Rodríguez Larreta se confirmó como el jefe de la facción disidente y el incombustible Enrique Nosiglia se hizo oír fuerte. Junto con Vidal, le pidieron la renuncia a Peña y a Dujovne. Con el más débil, la gobernadora se animó como nunca a expresar su disonancia. “Vos te tenés que ir”, le dijo al extinto columnista de Odisea Argentina. El objetivo de máxima, que Melconian asumiera en Economía, ya había fracasado. El economista que encarnaba el reverso amargo de la escuela del optimismo en charlas para empresarios que tenían decenas de miles de reproducciones en YouTube solo accedería con la condición de que el jefe de Gabinete se fuera a su casa. Pedir eso era lo más parecido a proponer que Macri renunciara a la presidencia. O a reclamar un giro de ciento ochenta grados en la lógica de un team leader que tenía como único mandamiento su pacto de sangre con el Fondo y con Trump para arrimar a la quimera del déficit cero.

Con la certeza de que Macri jamás se desprendería de Peña, Frigerio le recomendó al jefe de Gabinete que mostrara su capacidad de cambiar y convocara a todos los que se llevaban mal con él. Por un momento, el lifting estuvo a punto de concretarse. Alfonso Prat Gay iría feliz a la Cancillería, Martín Lousteau aterrizaría con dudas en Educación y Ernesto Sanz –que no quería volver al fuego de la gestión– accedería si le daban el sillón de Frigerio, que gustoso accedió a presentar su renuncia. Era el desembarco de los radicales en el gabinete, lo más parecido a la reivindicación de la política dentro de los estrechos marcos que la máscara nuevista del PRO podía tolerar. Desde la residencia presidencial, las múltiples facciones de un proyecto a la deriva traficaban nombres –que finalmente se quedarían en su casa– y el único maquillaje para un Macri avejentado consistiría en reducir a la mitad la cantidad de ministerios, en un intento de darle mayor entidad a un grupo que tampoco pesaría demasiado. En un involuntario homenaje a ese día en el que la crisis obligó a poner todo en cuestión, más de dos años después, Infobae mantenía colgada en su sitio web la nota de Román Lejtman que aseguraba: “Prat Gay será

canciller”.

La mayor transformación posible, la que deseaban los peronistas del oficialismo, se había visto frustrada bastante antes, devorada por la inestabilidad permanente. El anhelo de un gabinete de envergadura, con ministros de peso político y entidad propia, fue fagocitado en el incendio de todas las promesas. La idea de Frigerio, Monzó y también Larreta de sumar al peronismo prolijo al elenco de gobierno no tuvo chances siquiera de ser considerada. El sueño de incorporar caras amables del PJ como Juan Manuel Urtubey, Miguel Ángel Pichetto y Omar Perotti para mezclarlos en un gabinete con Sanz, Lousteau y Melconian era inviable mientras Macri y Peña siguieran con vida, aferrados a su respirador artificial: los dólares del Fondo que ordenaba Trump, aunque –claro– sin poner de la suya para un experimento tan osado. A esa altura, ningún gobernador quería abandonar su provincia para ir a probar suerte en la ruleta rusa del macrismo. Tampoco nadie que tuviera chances propias de crecer en política.

Las diferencias quedarían explicitadas dos años después, con un regreso de Macri a los primeros planos, que presentaría como principal “autocrítica” el haber confiado la política a los “filoperonistas” de su gobierno. No solo el ingeniero lo pensaba. Todo el antiperonismo militante de Cambiemos tenía la misma convicción: detrás de la quimera de la gobernabilidad, el experimento amarillo le había entregado demasiado a las distintas variantes del PJ.

## El cerebro

Más acorde con la hora que corría, él tenía un argumento propio, capaz de tentar al peronismo del medio con la consigna de preservarse y no arriesgar hasta que asomaran tiempos mejores. Con una prédica sostenida a favor de la no intervención, buscaba arrimar el PJ no kirchnerista a una posición que se vistiera de neutral y sirviera, de manera decisiva, a la reelección de Macri.

Experimentado, de regreso de todo y obligado a permanecer en la sombra, Carlos Grosso tenía una doble función en la antesala de las presidenciales de 2019. Por un lado, su diálogo privilegiado con el presidente, con su jefe de Gabinete y con Jaime Durán Barba, que le pedían un aporte puntual en temas y momentos específicos. Por el otro, tal vez entonces más importante, su predicamento entre los sectores del peronismo que aborrecían al cristinismo del final y compartían con Cambiemos la ilusión modernizadora. Aun cuando la fantasía del gradualismo se había desvanecido y el gigante del macrismo se caía desde sus pies de barro, el lejano antecesor de Macri en la ciudad dedicaba buena parte de sus días a horadar la ambición de un PJ que veía tambalear al presidente y creía que los plazos se habían acortado. Grosso lo hablaba con Pichetto, el vértice pejetista de la gobernabilidad amarilla, pero lo hacía con todo un arco de diletantes que, después de huir del espacio kirchnerista, navegaba y especulaba en un mar de dudas en el que terminaría ahogado.

La mente brillante que, según sus compañeros, había asomado a la política grande demasiado joven siempre precedía sus palabras con una aclaración, producto de una deserción que llamaba honestidad intelectual: “Hablaré con mis últimos resabios de Peronia”, decía, antes de desarrollar su argumento. Ese componente cada vez más bajo de peronismo en sangre no le impedía pararse como miembro de la gran familia de un PJ en estado deliberativo, que discutía hacia dónde mutar. “Cualquiera de nuestros muchachos en octubre de 2019, más tarde o más temprano, es un pasaje a Caracas”, afirmaba. Como si las circunstancias estuvieran diseñadas de manera tal que los epígonos de Perón estuvieran destinados a asumir el poder sin margen de acción y solo pudieran terminar en una cruzada expropiadora.

De acuerdo con la maqueta que Grosso presentaba en las mesas de la dirigencia



que se decía lejos de Macri y de Cristina, había un error en la manera habitual de analizar el experimento de Cambiemos. Se reducía el gobierno de los CEO a una burda copia del menemismo y se negaba que en los últimos veinte años se había consolidado un camino de acuerdos sobre temas que ya no se discutían, como el déficit cero que ordenaba el Fondo y la baja de la inflación, que el presidente había prometido resolver en cuestión de horas. No era Macri sino la corriente lo que llevaba al sacrificio permanente. Visto desde el futuro, Chile, el ejemplo de transición virtuosa entre Michelle Bachelet y Sebastián Piñera que a Grosso le gustaba ensalzar, no era de lo más feliz. Se trataba, claro, de una serie de lugares comunes de la ortodoxia que el ingeniero Macri ayudaría a derrumbar de este lado de la cordillera, con su fracaso económico en todas las líneas. Hijo del pragmatismo más descarnado, el jesuita que había gobernado la Capital Federal durante los primeros años de Menem afirmaba que había un deterioro muy grande del pensamiento legado por Perón: “De producir y redistribuir el ingreso pasamos a la cartelización de la obra pública y el subsidio al desempleo”, decía, con un lenguaje por entero compatible con la prédica del PRO puro y la cadena nacional de los grandes formadores de opinión. Así pensaba también parte de la dirigencia que se movía entre Sergio Massa, Juan Schiaretti, Juan Manuel Urtubey y Roberto Lavagna.

Grosso se lo planteó a Pichetto, casi un año antes de que el senador diera su salto olímpico hacia el macrismo: “Lo mejor para el peronismo –le dijo– es hacer mutis por el foro”. Y agregó: “Esta no es una coyuntura para políticas públicas peronistas. Se requiere terminar el ciclo: consumirlo y consumarlo”. La charla trascendía en sectores del ex Frente para la Victoria que entonces se decían cerca del señor gobernabilidad y, un tiempo después, se convertirían en funcionarios de Alberto Fernández. El exgerente de Socma no solo guardaba un agradecimiento especial al clan Macri, por una relación que había nacido en tiempos del Franco todopoderoso, sino que aludía a Mauricio como si todavía fuera un chico. “Dejen que el pibe haga el trabajo sucio que hay que hacer. Es el único que está dispuesto”, solía promoverlo. Para inmolarse en el ajuste, sugería, no había nadie como Macri. Lo ataba a la familia de origen calabrés la deuda que sentía por la protección que el patriarca le había dado durante la última dictadura militar, a él y a otros peronistas como Schiaretti y José Octavio Bordón. Cuarenta años después, el pasado que a Macri tanto le gustaba negar le daba réditos concretos en su aventura de gobierno.

De acuerdo con el razonamiento de Grosso, al PJ moderado no le convenía disputar el poder en 2019 y lo único que podía ganar en las presidenciales era la

puerta de acceso a un problema de dimensiones mayúsculas. El asesor discreto del primer presidente empresario predicaba por un PJ que adscribiera a un pensamiento de modernidad y se apropiara de consignas de la ortodoxia que le habían resultado ajenas después del estallido de 2001, pero que Menem –su mortífero enemigo– había elevado a lo más alto. Según decía Grosso, la lección que el peronismo debía aprender de la derrota ante Macri era la de asimilarse al oficialismo de turno. Un eventual presidente criado en el justicialismo, decía, tenía que rezar los mandamientos de la ortodoxia con la misma tenacidad que el hijo de su amigo Franco. ¿Era posible en esas circunstancias?

Así como la Renovación de Antonio Cafiero, José Luis Manzano y el propio Grosso había entendido que debía reivindicar la bandera de la democracia que se consagró con Raúl Alfonsín, el PJ poskirchnerista tenía la misión de desdramatizar la necesidad del ajuste. Entre el entusiasmo y la euforia, los dueños de la Argentina estarían dispuestos a firmar al pie, sin ningún tipo de objeciones, ese programa para resetear al peronismo. La duda no resuelta –ni siquiera enunciada– era si había resto social para abrazar ese ideario en un país que había convertido a Macri en jefe de Estado y cruzaba el largo desierto de la recesión, la caída del poder adquisitivo y el endeudamiento atroz. Aunque Grosso decía que sí, agosto y octubre de 2019 dirían que no.

Aun errado, el esfuerzo intelectual del exintendente tenía su mérito. A contramano de un mundillo casi siempre preso del corto plazo y las encuestas, su dibujo no se dejaba gobernar por el puro presente y remontaba una línea directriz que unía en su cabeza los lejanos años ochenta con el tiempo excepcional de Macri en la presidencia. Siempre propenso a la venta de un futuro a medida de sus pretensiones, decía que el ortodoxo sindicalista petrolero y jefe del bloque de diputados del PJ Diego Ibáñez había sido para Raúl Alfonsín lo que en la antesala de ese 2019 electoral CFK representaba en relación con el egresado del Cardenal Newman.

Pero, el propio Grosso lo admitía, la entonces senadora no era tan fácil de subsumir en el pasado. Mientras que en aquella primavera democrática el último líder del PJ era Perón y estaba muerto, en los años del macrismo la persona que había ejercido el liderazgo más reciente no solo estaba viva sino que tenía una “considerable” intención de voto. Por no decir inigualable. “Sin menospreciar, muy por el contrario, la fortaleza de sus ovarios y el carácter épico del accionar de CFK, la Renovación tuvo un gran desafío que fue construir una alternativa al sindicalismo que para ese entonces tenía la estructura y los fierros”, explicaba.

Entre cuatro paredes, el pensamiento de quien era considerado uno de los cuadros más lúcidos que había dado el PJ envolvía a la dirigencia del peronismo del medio. Afuera, sin embargo, no tenía más eco que el de los analistas del Círculo Rojo, un grupo de empresarios obstinados y algunas viudas envenenadas en el rencor que remaban todavía en las aguas de la política. A contramano de su baja consideración pública, Grosso era un mito viviente, venerado en la trastienda de la política y en la residencia de Olivos. Su larga trayectoria se había truncado antes de tiempo por el fuego de la primera corrupción, pero su predicamento todavía era alto entre desorientados y perdedores. Fue Pichetto, precisamente, el encargado de vocear en la superficie las hipótesis que Grosso elaboró en su gabinete a las sombras.

El asesor no militaba en absoluta soledad. Nacido en la provincia de Chaco, tenía como operador a otro peronista de frontera, que iba y venía entre el macrismo y el PJ: el exjefe de la SIDE durante los años de Duhalde, Miguel Ángel Toma. Ambos formados por los jesuitas, Toma y Grosso habían arrancado juntos en 1983, en tiempos en que Patricia Bullrich era secretaria del partido, y nunca habían desactivado su lazo. Una vida después, ese triángulo volvía a conectarse. Ya en 2018, antes de que Pichetto diera el salto, Toma fingía tomar distancia de Macri, visitaba al senador en su despacho y le vendía al periodismo los planes del peronismo raquíutico para imponer un candidato en la ciudad como Marco, el hijo disponible para la política menor que presentaba Lavagna grande.

Entre huérfana y devastada después del estallido de 2001, esa subjetividad encontró una nueva oportunidad en Macri y en la identidad nuevista del PRO que Gabriel Vommaro describió como nadie en su libro *La larga marcha de Cambiemos*. Tantos años después, las hipótesis de Grosso podían ser leídas como admisión de su propia derrota doctrinaria. Víctima temprana de Menem en los años noventa, tres décadas más tarde asumía sus consignas para adornar el proyecto que más se le parecía. Al final de un extenso recorrido en el peronismo, la estación final de Pichetto actualizaba la traza que unía los ideales del abogado riojano con los del ingeniero nacido en Tandil.

Para el superviviente Grosso, todo formaba parte de una cruel paradoja. Había pasado la mitad de su vida convencido de que su desgracia había comenzado en el fatídico y lejano julio de 1992, cuando en un encuentro partidario en Cosquín había asegurado que el tiempo del ajuste había quedado atrás y que era necesario salir de la etapa monetarista para poner el acento en lo productivo. Ese día, el gran privatizador Roberto Dromi –que figuraba como orador después del

entonces intendente— había sorprendido al auditorio con una pregunta: “Después de este, ¿quién es capaz de hablar?”. Poco después, como parte de una historia circular, Grosso empezaría a tener dificultades en los recién creados tribunales federales y su carrera entraría en zona de turbulencia. Primer emblema de la inagotable saga de la corrupción, el futuro asesor de Macri no tenía dudas: era Menem el que se había dedicado a perseguirlo en forma despiadada. Y, sin embargo, a la vuelta de los años, el exintendente presentaba un programa político afín al que su verdugo había llevado a lo más alto. Crítico de la corporación política, del peso de una estructura sindical intolerable y de un conurbano que las migraciones internas y la pobreza habían constituido, de forma paradójica, en dueño de las elecciones presidenciales, su prédica calzaba perfecto con la ambición de los ganadores del modelo, pero no redundaba en beneficio propio. Eso juraban sus amigos: pese a su fama de reciclado y al lobby que le atribuían para empresas importantes, la de Grosso era un alma destrozada. Había tenido que abandonar demasiado rápido su departamento de trescientos metros cuadrados en el Palacio Estrugamou y, según decía la leyenda, se veía obligado a moverse en un Fiat Duna. Ni siquiera el heredero del clan Macri lo había rescatado de una situación en la que no podía hacer frente a sus deudas y debía recibir la ayuda de viejos incondicionales, por supuesto peronistas.

## El peronismo deseado

De aquel Macri fascinado con Carlos Menem, del que el misionero Ramón Puerta había reclutado para la política y del que Eduardo Duhalde había soñado como candidato del PJ en algún momento de 2002, no quedaban rastros públicos. Los archivos arrancaban con datos posteriores, que partían de la aventura de Compromiso para el Cambio y el nuevo camino del empresario generoso que se comprometía para “cambiar las cosas”. Ensamblado en la factoría de Cambiemos, el candidato de la antipolítica había ganado las presidenciales con la bandera del antiperonismo y había logrado darle vigor electoral a un ejército de náufragos que se había debatido en la impotencia durante los largos años del kirchnerismo. Raro producto del hastío que las clases medias y los sectores altos experimentaron tras el estallido de 2001, Macri había constituido una ajustada mayoría social y se decía predestinado a reparar setenta años de atraso y frustraciones. Además, había encontrado rápido a disposición el acompañamiento acrítico de los grandes medios, un sindicalismo abierto al colaboracionismo y un nivel de interlocución envidiable con los movimientos sociales, algo que Cristina Fernández no había tenido, ni se había preocupado por tener.

Al gigantesco clamor externo por un proyecto que le ofrecía todo al sector privado y a la euforia de los mercados que se preparaban para una oportunidad única, se sumaba la propuesta de una sociedad virtuosa con el peronismo antikirchnerista, que pretendía inaugurar un cambio de época. Entre el sacrificio y el rencor, el PJ institucional estaba dispuesto a acompañarlo en sus líneas directrices, incluso en detrimento de sus propias aspiraciones. La mayor parte de los gobernadores peronistas, el Senado que lideraba Pichetto, el Frente Renovador de Massa, un bloque valioso de diputados resentidos, la conducción de la CGT y las almas justas de Comodoro Py se abrazaban detrás de la consigna fundamental de sepultar a Cristina en el pasado. Al lado del presidente, veían una foto que los beneficiaba: el peronismo reducido a una confederación de partidos provinciales y los leales a CFK arrinconados en dos territorios principales, la provincia de Buenos Aires y la Cámara de Diputados. Como reverso, en zonas a priori inflamables, el tránsito del ingeniero era de lo más liviano.

Las cartas se habían dado vuelta. Macri había ganado el pasaporte al poder como vértice de una alianza edificada contra el kirchnerismo, en primer lugar, y contra las distintas variantes del peronismo, en segundo. Pero una vez aterrizado en la Casa Rosada se mostraba dispuesto a gobernar con un tipo específico de peronismo, el que huía despechado de la sombra del populismo.

Obligado por la Corte Suprema que lideraba Ricardo Lorenzetti, el presidente se vio forzado de entrada a ceder recursos de coparticipación a los gobernadores y comenzó con un proceso de devolución de fondos que le garantizaba el voto del PJ para las leyes más dudosas en el Congreso. A ojos de la Rosada, el rezagado Massa se había alzado con la jefatura del peronismo y no era prematuro sino pertinente presentarlo como tal en el Foro de Davos. Hasta Joe Biden, entonces vicepresidente de Barack Obama, era capaz de prestarse para la farsa. Refundacional como se creía, el macrismo proyectaba una película taquillera en una avant-première restringida a los entusiastas del Círculo Rojo.

Puertas adentro, sin embargo, la nueva alianza estaba dividida y resolvía sus discrepancias en la práctica. Mientras la base social de Cambiemos se parecía a Peña y a Carrió, era irreductible en su antiperonismo y se proponía arrasar con toda forma de oposición, la dirigencia política buscaba negociar una transición con el PJ que se ofrecía en disponibilidad. En eso coincidían, dentro de la coalición gobernante, no solo Frigerio y Monzó. También Rodríguez Larreta, Vidal, Sanz y los gobernadores radicales. A un lado y al otro de la polarización, había un lenguaje común en el arte de la negociación y pesaba la ilusión de regresar al bipartidismo de los grandes acuerdos. Formateado en las tesis de Durán Barba, Peña hablaba en cambio de un “animal nuevo” en la política, dispuesto a romper con todo lo anterior. Para el dúo que flanqueaba al ingeniero, decían los políticos de Cambiemos, el macrismo era el siglo XXI, el peronismo permanecía anclado en el siglo XX y el radicalismo iba de regreso a sus orígenes, en el siglo XIX. Las formas antagónicas de razonamiento rápidamente entrarían en colisión, con vencedores y vencidos.

## Lo viejo y lo nuevo

El año 2017 fue excepcional. Después de un 2016 de devaluación, tarifazo, cierre de empresas y caída de la actividad, Macri tuvo el único año de crecimiento de los cuatro en que gobernó y los indicadores oficiales daban argumentos al optimismo amarillo. Asomaba una recuperación a la que no se pedía credencial de solidez. Aun con una oposición importante en las calles, el oficialismo se confirmaría en las urnas con una vitalidad envidiable. Cambiemos ganaría en catorce provincias y dejaría por primera vez a Cristina Kirchner asociada en forma personal con la derrota, y en el territorio madre de todas las batallas. El gobierno no solo venció a su archienemiga en las elecciones generales. Además, ganó en la Córdoba de Schiaretti, en la Salta de Urtubey, en la Santa Cruz de Alicia Kirchner y perdió –de milagro– en la San Luis de los Rodríguez Saá después de un triunfo apabullante en las primarias. La celestial María Eugenia Vidal no se conformó con someter a la expresidenta en su fortaleza inexpugnable; además ganó en ciento un municipios de la provincia de Buenos Aires y se perfiló como una amenaza para todos los intendentes en el histórico bastión del peronismo. Subestimado por sus rivales y juzgado con desconfianza por el poder permanente, Cambiemos se revelaba como un actor preponderante del sistema de partidos y se preparaba para quedarse por un largo tiempo como parte del paisaje de la política argentina. Eso parecía, eso se pedía. Hasta el escéptico Monzó reconocía por entonces que Peña y su círculo de obsecuentes se habían “recibido de políticos” y pensaba –como más tarde admitiría– que el cristinismo quedaría reducido a las cenizas de un testimonio.

Las réplicas de la victoria nacional de Macri impactarían en todas las zonas del PJ. De íntima relación con Frigerio, la mayor parte de los gobernadores que pasaban por su despacho, en la planta baja de Balcarce 50, lo reconocían sin reservas: el problema ya no era Cristina, ahora veían peligrar la estructura de su propio poder territorial. Lo que se había iniciado con el juego de la polarización y con el kirchnerismo convertido en el demonio al que era mejor no acercarse había derivado en un torbellino que amenazaba con llevarse puestas todas las tribus del justicialismo, se llamaran como se llamaran y habitaran donde habitaran.

El ministro del Interior tenía un mapa en el que clasificaba a los gobernadores. Era una taxonomía que no solo establecía preferencias y trazaba perfiles más o menos dialoguistas: mostraba que la nueva generación de dirigentes empatizaba fuerte con el evangelio del macrismo y que los más rebeldes y menos dispuestos a adaptarse a la era Cambiemos eran los viejos. Visto así, la maduración de un seleccionado del PJ nacional abierto a la transformación que proponía Macri era cuestión de tiempo y lucía inevitable. Si el proyecto de los CEO era validado desde la gestión, lo viejo iba a terminar de morir. No eran solo Urtubey y Schiaretti. Gustavo Bordet, de Entre Ríos; Domingo Peppo, de Chaco; Sergio Uñac, de San Juan, y Rosana Bertone, de Tierra del Fuego, figuraban en la lista de los racionales con los que era posible utilizar el mismo diccionario.

En el otro extremo, los veteranos eran los más díscolos. Con ellos no se podía contar: la hermana de Kirchner desde la cuna del Frente para la Victoria; Alberto Rodríguez Saá desde la República de San Luis; Gildo Insfrán desde el feudo de Formosa y Carlos Verna desde la impenetrable La Pampa conformaban un bloque heterogéneo que se unía en el espanto ante la soberbia del macrismo. Entre un grupo y otro, se mantenía a flote, equidistante, un archipiélago de saltimbanquis entre los que asomaba con fuerza el poderío de Juan Manzur. El gobernador de Tucumán estaba apalancado por un grupo de empresarios poderosos, exhibía una conexión envidiable con la comunidad internacional de negocios –que incluía el lobby judío en Nueva York– y era asesorado por el inoxidable Carlos Corach. Mientras Pichetto y Massa querían sentarlo a la mesa del peronismo moderado, Schiaretti y Urtubey lo rechazaban con recelo (véase el capítulo 6, “El peronismo sin medio”).

Macri pisaba en ese mosaico de bordes irregulares a través de Frigerio y Monzó. Como reverso del sermón público del presidente que se quejaba de los setenta años de atraso y aludía a la extorsión de sectores del PJ, el mensaje reservado del ala política era de pura apertura: “Vengan, no se queden afuera”, les decían. La reactivación económica y la consagración electoral permitían alimentar el sueño de un espacio amplio, capaz de combinar su base de antiperonismo rabioso con una puerta de servicio que se abriera para el ingreso discreto del peronismo en las provincias. Ese PJ moderado ya formaba parte de Cambiemos de manera individual, vivía en la historia personal de sobrevivientes como Rodríguez Larreta, Diego Santilli, Federico Salvai o Cristian Ritondo; estaba diluido en los bloques de la alianza en el Congreso o se presentaba de manera vergonzante en colaboradores de Macri que hacían autocrítica por haberse dejado llevar, allá lejos, por la tentación peronista. Sin embargo, ahora Frigerio les ofrecía ser la



cara del oficialismo en las provincias y encabezar las boletas de candidatos a intendentes y gobernadores.

La lista circulaba, discreta, con la venia de Peña y Macri, pero no se reconocía ni por un instante como parte de una política más amplia que incluyera al peronismo como socio pleno de Cambiemos. Gustavo Sáenz en Salta, Domingo Amaya en Tucumán, Claudio Poggi en San Luis, Alberto Paredes Urquiza en La Rioja, Marcelo Orrego en San Juan, Raúl Jalil en Catamarca y Adrián Bogado en Formosa eran parte de la quinta columna que el ministro del Interior presentaba, un año antes de las elecciones, para pelear contra el peronismo desde adentro. Sus nombres eran desconocidos para el Círculo Rojo y estaban ausentes de la discusión pública, pero pesaban en las provincias y generaban un malestar fuerte en los socios radicales del presidente. Macri los adoptaba, pero con una coartada: eran peronistas con gestión y sin prontuario.

## Del auge a la decadencia

Toda esa fantasía, que activaba las endorfinas de los más ambiciosos en la nueva alianza, duró apenas unos meses. El auge y la decadencia sobrevendrían casi sin escalas. Impulsado por el contundente triunfo en los comicios y la presión de grupos de poder que nunca participan en las elecciones, a fines de 2017 el presidente inauguró la consigna del reformismo permanente y se lanzó a conquistar un paquete de leyes que pecó tanto de ambicioso como de improvisado, la peor combinación.

Con una nueva fórmula que tenía como objetivo principal desindexar las partidas destinadas a la seguridad social y avanzar más rápido en el ajuste, Macri ordenó aprobar una reforma previsional que le traería un costo mayúsculo, generaría divisiones en el oficialismo y haría esfumar en tiempo récord el clima triunfal de la victoria legislativa. El 14 de diciembre, la intifada de los sectores más combativos de la oposición terminaría con la sesión suspendida y una cacería en las inmediaciones del Congreso que incluyó balas, represión, heridos y detenidos. Carrió pidió suspender la sesión y, en el atardecer de una noche de máxima tensión, Macri estuvo a un paso de firmar el decreto que aprobaba la ley, que había sido redactado por su secretario de Legal y Técnica, el Newman boy Pablo Clusellas. Un operativo descomunal, un esfuerzo gigantesco y un resultado que, a poco de andar, se revelaría inservible.

En lo económico, la nueva fórmula implicaba un ajuste de 100.000 millones de pesos y partía del supuesto fundamental de que Cambiemos y su gabinete económico lograrían bajar la inflación en 2018 y 2019: no contemplaba la posibilidad de que el Indec terminara marcando el récord de 47,6 y 53,8% para los dos últimos años del ingeniero en la Rosada. En lo político, les cedió a los sectores antimacristas un argumento para unirse en las calles, resintió los índices de aprobación del presidente, activó cacerolazos en su contra y astilló el bloque de poder que giraba en torno al oficialismo.

Ubicados una vez más en el oficio de bomberos para controlar el fuego que alimentaba el núcleo duro amarillo, Frigerio y Monzó tuvieron que maximizar el arte de la rosca para ejecutar una misión autodestructiva. El ministro del Interior

todavía lo recuerda: estuvo cuarenta y ocho horas despierto negociando con las bancadas que respondían a los gobernadores y llegó a instalarse en el Congreso para garantizar la aprobación de la ley que achataba las jubilaciones y la Asignación Universal por Hijo. Desorbitado en una apuesta que Macri jugó a todo o nada, Frigerio violó el reglamento y llegó a entrar al recinto, lo que le valió una denuncia del diputado kirchnerista Rodolfo Tailhade. El 19 de diciembre, después de doce horas de sesión, la reforma se aprobó con 127 votos a favor, 117 en contra y 2 abstenciones. Catorce gobernadores, la mayoría del PJ, prestaron su conformidad y el bloque de Argentina Federal fue el actor decisivo para que Macri tuviera la nueva fórmula que reclamaba el establishment. En la vereda de enfrente, la oposición había encontrado en “la defensa de los abuelos” la piedra movediza para entrar a la fortaleza de Cambiemos. “Inventaron este caramelito al que llaman bono, la verdad es que no resuelve nada”, dijo Agustín Rossi, sin imaginar que le tocaría ser parte, como ministro, de un gobierno que optaría también por frenar la fórmula de movilidad jubilatoria, entregar un bono y encarar un ajuste en los haberes, aunque con otra lógica: la del regreso al achatamiento de la pirámide de ingresos, un clásico de los primeros años kirchneristas que terminó en una avalancha de juicios de los jubilados contra el Estado.

Sin prestar atención a la resistencia que podía generar ni convocar a debate de ningún tipo, Macri quiso resolver un problema estructural sin anestesia y cometió lo que en su entorno todavía hoy consideran “un enorme error de cálculo”. Aunque culpaba al kirchnerismo por haber beneficiado a cientos de miles de personas que no habían logrado completar los aportes para jubilarse, el macrismo había agravado las dificultades en una economía con un tercio de los asalariados sumido en la informalidad laboral. La reparación histórica que Mario Quintana había impulsado en 2016 para terminar con los juicios de los pasivos tendría como reverso el ajuste previsional que se aprobó con represión. Un año y medio había pasado entre uno y otro escenario: el macrismo había virado en tiempo récord de la ambición de disputar la adhesión de sectores identificados con el peronismo a la de avanzar con uno de los principales mandamientos de la ortodoxia. La idea de un “centro popular” como el que soñaba Pablo Gerchunoff quedó arrumbada y “los adoradores del helicóptero” de los que me había hablado el sociólogo Juan Carlos Torre, en una entrevista para Ideas de La Nación, habían ganado la partida. El costo fue alto.

Los gobernadores que tres meses antes temían un oficialismo voraz que los derrotara en sus propios distritos encendieron de repente todas sus alertas y

empezaron a despegarse de la Rosada. De acuerdo con las palabras que el propio Frigerio usaría más tarde para describir el viraje: “Se asustaron, empezaron a decir que los iban a matar en sus provincias. Olieron sangre otra vez”.

El primer límite a la política de Macri había nacido de una movilización callejera heterogénea que reunía a movimientos sociales, sindicatos, partidos de izquierda y, también, un activismo inorgánico. El segundo surgiría cuatro meses después del otro extremo del mundo, cuando los mercados decidieran que había llegado la hora de picarle el boleto a la escuela del optimismo. Desnudo en su impotencia, el macrismo sentiría entonces, como nunca, la ausencia de un acuerdo amplio para sostener sus objetivos.

A mediados de 2019, al filo del cierre de listas, Cambiemos recordaría la consigna de ampliar su base y se decidiría a incorporar a un Pichetto que estaba de remate. Quedaría margen para que los agazapados peronistas del macrismo salieran del clóset, un viernes de junio, en un almuerzo en el restaurante Los Platitos de la Costanera. Cabecillas derrotados en su estrategia como Monzó, Frigerio, Santilli, Salvai, Ritondo y Sebastián García de Luca; legisladores como Humberto Schiavoni, Daniel Lipovetzky, Silvia Lospennato, Álvaro González y Eduardo Amadeo; ministros bonaerenses como Joaquín De la Torre y Gustavo Ferrari; viejos ucedeístas que habían cursado la escuela técnica del poder en el PJ como Marcelo Daletto, Alejandro Finocchiaro y Santiago López Medrano; intendentes como Julio Garro y Martiniano Molina, y portadores discretos de apellido como Maximiliano Corach, subsecretario de Fortalecimiento de la ciudad, todos se reunieron para hacer el último playback de la versión de la marcha peronista de Hugo del Carril. No estaban todos. Faltaron astutos sobrevivientes como Grosso y Rodríguez Larreta; viejos soldados de Carlos Ruckauf como Fulvio Pompeo y su discípulo canciller Jorge Faurie, y embajadores distinguidos como Ramón Puerta en España, Diego Guelar en China, Jorge Yoma en Perú y José Octavio Bordón en Chile. Asqueada de la cultura del PJ que había mamado en su juventud, Patricia Bullrich no había siquiera pensado en ir. Ya era tarde. El sueño de un peronismo amarillo estaba muerto y sepultado.

## **5. Emilio Monzó:**

**“La figura de Cristina no ha sido un condicionante para que Alberto vaya al centro”**





Emilio Monzó, el 16 de septiembre de 2019, cuando el ministro de Hacienda Hernán Lacunza presenta en Diputados el proyecto de presupuesto 2020.



Recluido en el gulag del Congreso hasta diciembre de 2019, Emilio Monzó había alumbrado su propia fórmula para fortalecer al macrismo. “Peronismo disecado” lo había llamado, en un intento por definir un experimento que no derramara hacia el populismo pero conservara su savia nutritiva en el poder. El presidente de la Cámara de Diputados durante el mandato de Mauricio Macri soñaba con la posibilidad de ampliar las bases del gobierno de Cambiemos en un acuerdo con los sectores del PJ que habían huido espantados por la deriva del cristinismo. Monzó estaba convencido de que la alianza del PRO, la UCR y la Coalición Cívica no alcanzaba para llevar adelante la transformación que demandaba la Argentina. Dejar atrás la polarización y avanzar con el ajuste, todo al mismo tiempo, resultaba inviable con el peronismo en la vereda de enfrente. Con eco en sectores nada despreciables del Círculo Rojo, su propuesta duró nada en la mesa que gobernaban Macri, Marcos Peña y Jaime Durán Barba.

Monzó fue el primero en desilusionarse. Cuando al ensayo del gobierno todavía le quedaban dos años, ir a verlo a su despacho, una tarde cualquiera, era encontrar el reverso amargo y frontal de la escuela del optimismo. A contramano del político que sobrevende sus acciones, el exarmador nacional y ministro de Gobierno de Macri en la ciudad se confesaba fuera de la toma de decisiones y con su ciclo cumplido. La mesa del poder lo había declarado prescindible y en disponibilidad. No hacía falta. El éxito electoral apabullante del oficialismo en 2017, en todo el país, lo había demostrado.

Así y todo, Monzó siguió siendo parte de la mímica de un gobierno amplio, participó hasta el final de todas las instancias en las que lo precisaron y fue clave para introducir temas como la despenalización del aborto, que marcó la agenda de 2018, abrió el juego con el movimiento feminista y le sirvió al presidente para atenuar la presión sobre el frente económico. Crítico de los obsecuentes, como más tarde se revelaría, cuestionaba la falta de política y tenía más coincidencias con la oposición diversa que con el oficialismo monolítico.

Aun al margen de la estrategia de gobierno, el político nacido en Carlos Tejedor que había sido fugaz funcionario de Daniel Scioli en los meses intensos del conflicto con el ruralismo, también creía que el cristinismo iba a quedar reducido a una fuerza testimonial, recluida en los grandes distritos del Gran Buenos Aires. Pero la fragilidad del ensayo amarillo, la mezcla de impericia y dogmatismo de un seleccionado de financistas ante la crisis económica y una base irreductible de feligreses que reivindicaban su política devolvieron a Cristina Fernández de

Kirchner al centro del ring.

Fuera de la gran disputa por voluntad propia y hasta nuevo aviso, Monzó es todavía hoy el nombre de una apuesta por una generación moderada y transversal que incluya a la dirigencia vacante del PJ. El que valora la evolución de un peronismo que con Cambiemos renunció a la tentación del caos para asumirse como socio menor de la gobernabilidad; el que advierte el regreso de un kirchnerismo más moderado, reseteado en clave de poder; el que niega que CFK condicione al presidente y ve a su amigo Alberto Fernández desbordado por la dificultad múltiple; el que se mantiene replegado sobre una oposición de perfil bajo que solo puede encontrar refugio bajo el ala de Horacio Rodríguez Larreta.

Formado por el liberal Francisco Durañona, admirador del político Carlos Menem y con elogios imperecederos para el gobernador Felipe Solá –el último que conocía el territorio–, el bonaerense Monzó describe la mutación de las últimas dos décadas en la provincia de Buenos Aires y lamenta que para gobernar el territorio madre de todas las batallas sea imprescindible pasar antes por la vidriera de la política nacional, anclada en la ciudad cuna del macrismo. Aquel equilibrio de poder que representaba Buenos Aires en relación con la nación está perdido, evoca no sin nostalgia, y se propone ir a quebrar ese maleficio en las próximas elecciones.

Aunque mira la política con un criterio más parecido al de Juntos por el Cambio que al del kirchnerismo, Monzó dice algo que puede explicar un doble fracaso, el del ala política dentro de la alianza y el del ingeniero en el poder: “Macri no entiende el peronismo”.

La entrevista se hizo en dos partes. Primero, una hora de conversación en su despacho de Diputados, antes de las elecciones, en momentos en que su hermetismo público era absoluto, con el compromiso de que la charla sería parte de este libro. Después, un encuentro en su departamento de la CABA, al cierre de 2020, con los Fernández en el poder.

**–¿Qué ves en la Argentina desde el 10 de diciembre de 2019?**

–Muchos creíamos que Alberto Fernández iba a tener un anclaje político en el Partido Justicialista. Imaginábamos un tránsito hacia el centro con Horacio Rodríguez Larreta del otro lado. Pero la polarización hace que tanto el kirchnerismo como el PRO conduzcan a los dos partidos tradicionales que son el peronismo y el radicalismo.

**–¿Por qué pensás que se vuelven a imponer Cristina y Macri?**

–Porque los demás no aprovecharon la situación de mayor volumen político que tuvieron para armar un anclaje político propio. Lo de Horacio es más difícil porque su partido es el del expresidente. En cambio, pienso que Alberto tenía al peronismo con cierta orfandad de conducción y con una gran oportunidad de conducirlo como presidente. Esto no ocurrió. La figura de Cristina no ha sido un condicionante; yo no coincido con los que piensan que Fernández estuvo condicionado. Fue más una actitud que le faltó al propio Alberto, de ir hacia ese lugar. Creo que Cristina le dio mucha libertad durante todo este tiempo para que Alberto se consolide como presidente de la nación.

**–¿Qué falla en Alberto?**

–[Duda] La verdad... Primero, hubiera tenido actores del peronismo en el gabinete con mucho peso, volumen y espalda. Algunos creíamos que el grupo de gobernadores e intendentes del conurbano se iba a alinear en una estructura política para blindar la figura de Alberto. No sé qué falló pero yo los veía a los gobernadores y a los intendentes con esperanza de recuperar el viejo peronismo a través de Alberto.

**–Cuando Alberto dice que no quiere construir el albertismo, ¿cómo lo interpretás?**

–No tiene que construir el albertismo. Tiene que reconstruir el peronismo y eso lo puede hacer. Lo que tenemos que recuperar es el peronismo. Si uno mira y observa de la ruta 6 para afuera, uno ve que no hay grieta en el gobierno de San Juan, en el gobierno de Santa Fe, en el interior del país. Hay una convivencia distinta, a pesar de que hay diferencias. Se mantiene esa relación entre el peronismo y el radicalismo mucho más racional.

**–¿No lo hace porque está tomado por la crisis y por la gestión?**

–Debe haber algo más, porque tuvo grandes oportunidades. Quisiera que lo haga, tengo muchas expectativas como argentino de que Alberto conduzca el peronismo.

**–Puede ser que se piense como un presidente de transición y no como el fundador de una etapa.**

–Puede ser. Si me remito a cómo transitó este primer año, me animaría a decirte que te doy parte de la razón. Si es ese el sentido, entendería más esta lógica. Si no, me cuesta comprenderlo. Pero igualmente si es de tránsito, apostaría a recuperar el viejo peronismo.

**–Decís que Cristina lo dejó hacer. ¿Cuál era la apuesta de Cristina? ¿Qué buscaba?**

–Tranquilidad. Es una persona que fue presidente dos veces, compartió muchos años de su gobierno con su marido, con un apoyo importante, con muchas

agresiones. Es un ser humano como cualquiera. Creo que ella confiaba o confiaba en que Alberto iba a asumir con total libertad. No la veo a ella encima de la gestión de Alberto. Por supuesto, debe ser una auditora permanente en lo ideológico, pero no la veo en la gestión diaria condicionando desde el primer día. Esta es la percepción que yo tengo desde afuera. Hubo muchas oportunidades para que encontráramos un Alberto más peronista y menos albertista. Éramos muchos los que creíamos que esa vacancia que hay en el peronismo la cubriría él. Pero eso todavía sigue vacante.

**–¿Hay riesgo de que ese sector que está vacante vuelva a abrirse del espacio oficialista?**

–Claro que hay riesgo. Hoy vemos a los gobernadores descalzados del gobierno nacional, nuevamente haciendo política en sus distritos, sin una participación permanente en los temas nacionales.

**–¿Cuál es la estrategia del sector que integrás y que volvió a quedar en el medio?**

–Es un campo de refugiados y no hay una estrategia. Estamos tratando de subsistir. Camaño, Urtubey, Rogelio [Frigerio], Joaquín De la Torre, Stolbizer... tenemos que lograr una identidad. Seguimos parados en el centro. Casi todos tuvimos una participación en el peronismo y todos somos producto de lo que extremó el kirchnerismo. La Argentina en su mayoría quiere que vayamos al centro. Si un Alberto Fernández hubiera transitado hacia el peronismo y hacia el centro, creo que se habría llevado unos cuantos apátridas.

## **Peronismo y territorio**

**–¿Qué te enseñó tu paso por el peronismo?**

–El peronismo me enseñó a observar la heterogeneidad de este país. En un local del peronismo te encontrás con diferentes orígenes y eso te invita a una visión mucho más amplia, a una tolerancia mayor y a entender mucho más la sociedad argentina. Es entrar a una unidad básica y encontrarte con el médico del pueblo, con el ingeniero o con el profesional, pero también con la gente humilde que quiere una oportunidad para salir adelante. Esa mezcla y esa solidaridad fue lo que más me marcó como político del peronismo. Eso es el peronismo.

**–¿Qué enseña, a tu criterio, la escuela de poder del peronismo? ¿Qué es lo que está vigente?**

–Poco y nada, lamentablemente. Eso le impide formar una alternativa política peronista en la Argentina. Siempre después del menemismo venía el peronismo, después de cualquiera venía el peronismo, y hoy, después del kirchnerismo, el peronismo no puede resurgir. De esa escuela de poder, de esos encuentros permanentes, de esas discusiones partidarias, de esa relación vincular y de esa mística que teníamos por pertenencia, no ha quedado nada. Si bien es parte de un proceso global donde se desintegran las instituciones líquidas, la concentración del poder, la polarización en torno a dos figuras políticas y la pérdida de influencia del Partido Justicialista marcaron el final de ese proceso de elaboración.

**–¿A qué te referís?**

–Soy una persona formada desde lo territorial. Las que más sufren la concentración de medios en la CABA no son las provincias del interior, sino la provincia de Buenos Aires. Es muy difícil promocionar a un dirigente bonaerense, y terminan siendo gobernadores en la provincia los dirigentes de la ciudad. Hoy los dirigentes se desprenden cada vez más del territorio y buscan cada vez más la CABA. Antes se respetaba mucho la legitimación dentro del territorio. Ha sido mucho más fácil la búsqueda del poder a través de la obsecuencia que a través de la legitimación. Es más fácil encontrar un lugar para la política viniendo al centro del poder que legitimando en tu territorio. Eso no le ha hecho bien a la política durante los diez años del kirchnerismo y, con la continuidad, en el macrismo.

**–Es la autonomía perdida del peronismo bonaerense.**

–Totalmente. Antes, la provincia de Buenos Aires en gran parte era el equilibrio del poder con el presidente. La provincia de Buenos Aires ha dejado de ser el equilibrio del poder. Los intendentes del conurbano ya dejaron de tener cierta rebeldía. Figuras políticas como Cristina Kirchner impiden la rebeldía territorial. En 2017, a intendentes como Katopodis, por jugar con Florencio con convicción, no les fue nada bien en su distrito y eso hoy lo mira el resto. El 90% de los intendentes actúa por una especulación electoral. Si lo hicieran por convicción, tendrían una derrota importante en sus distritos y, a lo mejor, se les terminaría su carrera política.

**–¿Cómo describirías la mutación que vivió la provincia de Buenos Aires?**

–Se terminó el anclaje territorial en la provincia. En el resto del país, los gobernadores tienen cierta autonomía para decidir y pueden adelantar sus elecciones. Buenos Aires está cooptada por la grieta. La compensación que había entre Duhalde y Menem no existe más. Fue Néstor Kirchner quien lo hizo

intencionalmente a partir de 2003 para fortalecer su poder. Le sacó la estructura a Duhalde, y por primera vez un intendente municipal cruzó la General Paz en el kirchnerismo. Nosotros, los intendentes, antes del kirchnerismo, íbamos a la provincia de Buenos Aires. Es tan gráfico el cambio que los últimos gobernadores están atendiendo en la CABA, ya ni siquiera atienden en La Plata.



## **La generación moderada**

**–¿Y por qué no hace pie el peronismo no kirchnerista en la provincia de Buenos Aires y en el resto del país?**

–Pienso que puede nacer algo ajeno a los partidos tradicionales. Va a tener alguna identidad peronista, pero va a ser algo totalmente distinto. Cuesta parir esta nueva generación política posdemocrática. Creo que Cristina es el último eslabón predemocrático. El puente con nosotros lo establecieron Scioli y Macri, dos figuras políticas que fueron producto del activo que les dio su popularidad, no de la militancia política. Salvo Massa, que excepcionalmente tuvo cargos nacionales y tuvo el capital muy difícil de adquirir del conocimiento, nuestra generación política no puede romper con esa barrera. Nuestra generación es la que está preparada para hacer un gran pacto en la Argentina y salir adelante. Macri debería haber sido el autor de ese tránsito ya en su gobierno: debería haber trabajado para que esa generación llegara al poder.

**–Abrir paso.**

–Es mucho más sólido el extremo que el medio. La figura más importante en la Argentina sigue siendo Cristina Kirchner. Entonces hay que buscar un contraste y la gente va a buscar el extremo. A mi criterio, la generación que viene va a ir al medio, porque acepta las diferencias y el diálogo. En los extremos tenés que ser sólido. El gobierno de Macri fue a un extremo, disputando el poder con otro gobierno que salía del otro extremo. La generación que viene es la generación del medio, donde se acepta el diálogo, se aceptan las diferencias, se acepta el aporte del otro. En una mesa, ¿qué diferencia hay entre Massa, Rogelio Frigerio, Horacio Rodríguez Larreta, Urtubey, Uñac, Lousteau? Nada. Converso con todos ellos, es muy poca la distancia, acercarlos sería muy fácil. Cuando esas personas

puedan sentarse en una mesa y puedan ser opción de gobierno, este país va a salir adelante y vamos a terminar con la grieta. Tanto para Mauricio como para Cristina, va a ser muy difícil gobernar si la polarización sigue siendo un esquema de campaña y de poder.

**–¿Qué lugar tendría el peronismo en ese esquema?**

–Yo no veo al peronismo, yo veo a peronistas. Al peronismo le va a costar mucho reconstruirse, si se reconstruye. No creo tampoco ya que a las generaciones nuevas les podamos hablar de Perón, de Evita, y que sea eso un motivo de aglutinamiento. Las demandas son mucho más diversas y específicas. Vos tenés que ser mucho más flexible también para poder abarcar. Antes, un solo mensaje servía para ganar una elección y hoy no es así. Casi que tenés que llegar al elector a la carta. Está pasando en el mundo.

**–Pero vos tenés una diferencia con la lógica del marketing y el big data. Planteás que falta política territorial.**

–Yo no niego que eso existe. Mi diferencia es que si a eso no le agregás lo vincular, no establecés relaciones sólidas para hacer acuerdos a mediano y largo plazo... El vínculo entre las personas es fundamental para generar confianza. Yo no puedo generar confianza a través de las redes sociales. En las redes, los lazos son muy débiles. Acá hay que construir lazos mucho más fuertes. No puedo negar las redes sociales, pero no puedo basar un gobierno en eso.

**–¿Puede nacer una expresión moderada que tenga votos en la Argentina?**

–Sí, va a nacer. La sociedad está demandando eso. La sociedad quiere un alivio.

No quiere que estemos todo el día con esta tensión, de manera permanente. Cuanto más tarde, va a ser peor para la Argentina. Es conceptual la aparición de esa tercera vía: tiene que ver con el diálogo, la tolerancia, la unidad, con cierta generosidad de los actores que estén sentados en la mesa, eso es lo que no surge. No va a surgir de una persona, va a surgir de una mesa de políticos despojados de sus candidaturas, que tengan un proyecto que puedan firmar todos, y que después se pueda plasmar en un gobierno.

**–Una especie de macrismo sin Macri, de Cambiemos sin Macri.**

–No, de Cambiemos de 2015. Cambiemos no gobernó, gobernó el PRO. Cuando armamos Cambiemos, Cambiemos era desde Reutemann hasta Lilita Carrió, desde De Angeli hasta Sanz. Cuando llegamos, se terminó eso. Hay que buscar otra vez esa amplitud.

**–Se busca una solución moderada pero la fortaleza que le queda a Macri es ser la antítesis de Cristina. El futuro dejó de ser hace mucho un activo para Macri.**

–Si Macri apareciera por encima de esta coyuntura, más amplio, tendría más apoyo de la sociedad. El voto que consiguió Macri en 2019 fue un voto de resignación. Lo voto porque no quiero que vuelva tal. Ese no es un voto como el anterior, en el que había mucho de esperanza, de expectativa. Si se hubiera podido armar esa tercera opción, habría sido un voto con mucha esperanza para la gente.

**–Vos en 2016 hablaste de Perotti, Randazzo, Bossio, Katopodis, Julián Domínguez y Massa como actores valiosos para sumar a Cambiemos. ¿Qué lugar le darías a esa dirigencia peronista en un nuevo gobierno?**

–Los mejores lugares. Sin ninguna duda. Porque tienen experiencia en el Estado, conocen el Estado. Tender a buscar la zona de confort es el peor error que puede tener un gobernante. Cuando fueron presidentes, Mauricio con el PRO y Cristina con La Cámpora fueron a buscar una zona de confort. Se rodearon de la gente parecida, de la que no legitima. Los que legitimaban quedaron casi afuera de las decisiones de poder. Se dejaron rodear por estos dos espacios políticos. En la Cámara yo tenía mi secretario general, el secretario administrativo, todos los que me rodeaban: tenía peronistas, tenía PRO, tenía UCR. Hacía el equipo sin observar el origen partidario, pero sí observando su expertise y su capacidad. Tenía figuras que venían del kirchnerismo. Hay gente buena, hay gente honesta, hay gente seria. Creo que el gobierno nacional tiene que hacer lo mismo. Menem fue a buscar personas que no pertenecían a su partido, pero que él entendía eran las más idóneas para su proyecto. Cristina fue a buscar a los más cristinistas y Macri fue a buscar a los más macristas. Ahí estuvo la equivocación.

**–¿Por qué?**

–Hay que ir a buscar a los mejores. Y hay que ser muy federal en esa búsqueda. El que legitima tiene obligación de generar empatía con la sociedad. El que no lo hace tiene un solo objetivo: generar empatía con el jefe. Pero se olvida de la sociedad y hace que el jefe se distancie de la sociedad. Por supuesto que conducir a los que tienen esa legitimación de la sociedad es mucho más difícil que conducir a los otros. Porque el que tiene una legitimación territorial siempre viene con visiones que tienen que ver con su mirada hacia la sociedad. No con su mirada al rey. Cuando vos te rodeás de todos los que te miran a vos, sin legitimación, el riesgo es el que corrió Cristina en el Patio de las Palmeras. Es el riesgo que corrió Macri en Costa Salguero cuando reunía al PRO. Eso te lleva a creer que el mundo es eso. Y es mucho más amplio.

## **Cristina en el ring**

**–Mi impresión es que Cambiemos ganó las elecciones como una marca antiperonista y después gobernó con el peronismo.**

–En 2015 no fue antiperonista, fue antikirchnerista. Nosotros fuimos a buscar peronistas en muchos distritos del país. Había amplitud. En Santa Fe con Reutemann, en provincia de Buenos Aires, en Córdoba. En Jujuy, Morales armó con una parte del peronismo. Para mí, después pasó a ser una fuerza muy porteña, volvió a ser el PRO.

**–En 2017, le ganaron a Schiaretti, a Alicia Kirchner, a Urtubey.**

–Pienso que en 2017 fue contra Cristina Kirchner. En Santa Fe, me contaba Perotti, él quería hacer votar a sus diputados nacionales y la gente le decía “yo quiero votar al del PRO porque no queremos que vuelva Cristina”. Cristina volvió en marzo de ese año, se proclamó candidata y eso trascendió la provincia de Buenos Aires. Todo el país quería agarrar la boleta para ganarle a Cristina. Se llevó puesto todo. No fue contra el peronismo. Fue tan fuerte, sigue siendo la figura más fuerte; con poca potencialidad pero con mucha solidez. Ella genera un temor tal que hace que se refleje de esta manera. La única memoria que uno tiene de 2017 es la de Cristina versus el macrismo. Era una elección unificada y no podías dividir. En 2019, todos adelantaron las elecciones. En la Argentina, la única figura central, que está en el medio del ring, es Cristina Kirchner. El resto estamos todos alrededor. Macri se subió al ring y todos nosotros nos quedamos mirando. No hemos tenido la capacidad para subir a otro a ese ring.

**–¿Cuál es, entonces, la fortaleza de Cristina?**

–Mucha. Se quiere bajar y la vuelven a subir. La gente la vuelve a subir. Parecía que se iba. Tiene un sector que adhiere a ella y que la vuelve a poner en el centro del ring. El kirchnerismo sigue estando en el centro del ring, desde 2003.

**–Más allá de los medios que viven pendientes de ella y de los propios errores del gobierno, tiene que haber algo para seguir en el centro.**

–¿De ellos? Sí, claro. De ellos, hay mística, hay doce años de gobierno en los que se transfirieron muchos recursos también de manera excesiva. En el contraste con el ajuste del gobierno de Macri, se solidificó esa estructura. El kirchnerismo es más fuerte, militan, tienen su fortaleza en la figura de Cristina, gobernaron doce años, dejaron una huella. Son los más fuertes.

**–¿Cómo lo ves ahora al peronismo en el poder? Parece un peronismo de la escasez, sin el margen que tenía el kirchnerismo para avanzar sin consenso opositor.**

–Es un peronismo muy limitado en los recursos. Por primera vez, nos estamos sincerando. No lo veo mal, lo veo racional, creo que no tiene otra alternativa. Por eso creo que es el momento para el pacto. Ahora, los ajustadores, los neoliberales y los que acuerdan con el Fondo son los kirchneristas. Este país es una risa. Hay que sincerar y por supuesto que eso implica un ajuste, pero mediante un pacto político y no sobre la base de una contienda electoral. ¿Quiénes son los responsables de este ajuste? Todos.

**–Es un peronismo inédito.**

–Lo inédito es la realidad de la Argentina que le toca administrar.

## **El peronismo asociado a Macri**

**–¿Qué entiende Macri por peronismo? ¿Qué creés?**

–[Piensa diez segundos] Yo creo que no lo entiende. El peronismo es difícil de entender. Es una cosa... O lo vivís o no lo entendés. No es racional. Lo tenés que vivir. Yo soy peronista porque lo vivo. A mí me gusta entrar a un lugar y encontrarme con esa heterogeneidad que te digo. Eso es el peronismo. Yo no sé si a Macri le gusta entrar a una unidad básica con esa heterogeneidad. Es una vivencia. Yo hoy vivo el peronismo. Si lo racionalizo, no lo puedo ni describir. No existe ni orgánicamente. Vos vas al partido en Matheu y hay un olor a naftalina tremendo.

**–Vive y circula de otra manera.**

–No sé definirlo. Es algo no sé si social. Hay algo, eh. Hay algo que nos junta. No vamos a rezarles a Perón y Evita. Mis amigos siguen siendo los mismos peronistas de toda la vida. Y eso me generó siempre alguna sospecha en el PRO, porque son mis amigos y me siento bien con ellos. Después nos peleamos. Pero nos sentimos parte de algo. El símbolo ya no nos unifica como en otras épocas. Me cuesta mucho definirlo.

**–¿Sigue siendo un partido de poder o ya no más?**

–No, me cuesta. Me resulta más fácil decir que los quince o veinte dirigentes más importantes del país provienen del peronismo que decir que el partido



peronista es un partido de poder.

**–No es casual, ¿no?**

–No, no es casual. Porque el peronismo ha gobernado los últimos treinta años. ¿Dónde teníamos la escuela de poder todos los que nos gustaba la política? Dentro del peronismo. Nosotros tenemos un origen en común y creo que todos soñamos casi con el mismo país. Pero no nos unifica Matheu. Lo último que haríamos es meternos ahí. Esto es lo raro. Lo último que haríamos esos quince o veinte es ir a Matheu. Sí tienen vocación de poder porque se han criado, se han formado y se han desarrollado en un partido con vocación de poder. Sí, tenemos el ejercicio de ir a buscar el poder para transformar. Eso ya lo tenemos en el ADN y tiene que ver con el peronismo.

**–Macri también piensa como vos, que el peronismo ya fue.**

–Está bien, pero lo va a buscar al PRO. Es donde se equivoca. Cuando Mauricio va a buscar al PRO es donde se cierra. Es como si yo fuera a Matheu. También refugiarse en Costa Salguero, en las reuniones del PRO, para que todos te digan que estás haciendo bien las cosas, es lo mismo que ir a Matheu o ir al Patio de las Palmeras. En el PRO parecía que todas esas personas que habían tenido algo que ver con los últimos treinta años estaban incapacitadas para gobernar por el solo hecho de haber participado en alguna función, sin mirar si esa función la habían hecho bien.

**–En una entrevista en 2015 me dijiste que “el peronismo promueve el caos porque es el que mejor lo administra”. ¿Sigue siendo así en esta época de peronismo perdonable, dador de gobernabilidad? ¿O nació con Macri un nuevo peronismo?**

–No. Macri en esto puso una luz. Macri es estratega y no es táctico, el peronismo es táctico y no es estratégico. Como ingeniero, busca que las cosas tengan más orden. Esto vino para quedarse. No se va a poder apelar a la mística en el desorden para conseguir el voto. Esto es algo para rescatar. Hay mayor transparencia y mayor información.

**–Pero el peronismo además colaboró muchísimo con Macri en el Congreso, tanto en la calle como desde el peronismo institucional.**

–No. El peronismo no es un partido de golpe. Todo lo contrario. El principal aliado que tuvo el gobierno se llamó Miguel Pichetto y es peronista de toda la vida. La verdad es que en el Congreso a Pichetto tendríamos que haberle dado el premio al hombre de Estado. Él sí no se dejó llevar por las cosas que pasaron. Él ayudó al gobierno desde el primer día. Todos los senadores nacionales que respondían a los gobernadores, pero con Pichetto a la cabeza, ayudaron para que el gobierno de Macri tuviera todas las leyes. No tuvieron nunca un inconveniente. Es más, hay que decirlo bien: Sergio Massa en la Cámara de Diputados y Urtubey con el Bloque Federal permitieron que el gobierno tuviera todas las herramientas. Ha sido un peronismo que ha colaborado ciento por ciento con el gobierno de Cambiemos. Esto fue así.

**–Se sacrificaron.**

–No sé si se sacrificaron. Para mí, no es un sacrificio. Fueron conscientes de que esa era la función en ese momento, que había un gobierno legitimado por el pueblo, que la gente tenía mucha expectativa y que no había que ponerle ese impedimento. El kirchnerismo sí tuvo una posición mucho más dura porque pensaban que nunca iban a volver. Es el teorema de Baglini: creían que iban alejándose y que nunca iban a tener la posibilidad nuevamente. Terminaron tirando piedras. Y de repente, nuevamente, aparecieron como alternativa,

guardaron las piedras, pasaron a ser más racionales, hablaron con el Fondo y llegaron como alternativa política. Es así.

**–O sea que vos lo ves al kirchnerismo formateado y reseteado.**

–Sin duda. Sí, lo veo en gran parte reseteado. El poder te racionaliza. La realidad es una y obliga a actuar de la manera que estoy viendo en los últimos meses.

**–¿Cómo lo ves ahora al kirchnerismo, después de un año de gobierno?**

–Al comienzo los vi buscando el centro, los vi con algunos gestos hacia el diálogo y la moderación. Vi reuniones de Máximo y Wado con figuras políticas con quienes antes era impensable que tuvieran diálogo; supe de reuniones con empresarios. Pero creo que todo eso no se transformó en un gran pacto nacional. En lugar de enfrentar la crisis económica, social y política que tiene el país desde hace mucho tiempo con un pacto, la impotencia llevó a extremar las posiciones. Palabras simples para problemas complejos.

## **El peronismo tiene que reconciliarse con las reglas**

**–El peronismo y el campo se enfrentaron como nunca durante los años de Cristina. ¿Hay una reconciliación posible con el campo o son fuerzas destinadas a chocar?**

–Una cosa es el dirigente y otra cosa es el campesino. En mi pueblo, la votaron a Cristina Kirchner en 2011, después del conflicto de 2009. Una cosa son cuatro o cinco dirigentes que sigan promoviendo la grieta porque buscan los extremos. La gente del campo lo único que quiere es sembrar, cosechar y tener alguna rentabilidad producto de ese esfuerzo. No quiere otra cosa. La gente quiere vivir en paz.

**–¿No hay un problema con el peronismo tampoco?**

–No. El dirigente de determinadas entidades sí tiene muchos pruritos. Hay muchos gorilas. Pero no tiene nada que ver con la gente. La gente vota al peronismo. De hecho, en 2019 lo votó en casi todas las provincias y fue mucha gente de campo. La gente de Córdoba vota a Schiaretti, la de Santa Fe vota a Perotti, en Entre Ríos sucede lo mismo. Y la mayoría es gente que tiene campo, tiene alguna producción o tiene alguna relación directa o indirecta con el campo. Hay muchos que quieren vivir para atrás. Terminó el 2009. Para la gente de campo, en 2011 terminó el 2009.

**–En ese 2009 del conflicto con el ruralismo, Kirchner lo obligó a Scioli a echarlo, pero después te convocó. ¿Cómo fue esa última charla con él? ¿Fue importante o fue algo protocolar?**

–Fue una charla muy importante, de tres horas, en Olivos. Néstor Kirchner veía para su candidatura de 2011, porque iba a ser él el candidato después de Cristina, que tenía que volver de 2009, justamente. De alguna manera, reconocía que habían tocado la banquina y que había que volver a moderarse. Que había que ir al centro y que podía ser yo en ese momento alguien que... Él pensaba que incorporándome al gobierno podía moderar, que yo podía ser parte de los que moderaban esa decisión de 2009. Él decía: “En mi candidatura potencial a presidente de la Nación hoy mido entre veintiocho y treinta puntos. Yo necesito medir treinta y cinco o treinta y seis puntos. Creo que vos podés aportar una mirada distinta y con eso puede alcanzar”. Me dijo: “Si vos estás acá, podés ayudarme a buscar esos puntos. Yo no puedo volver a ese lugar donde estuve en 2009. Tengo que ir a un lugar más moderado”. Esta fue la conversación sintéticamente. Lo que buscaba era esa moderación y yo podía hacer un aporte.

**–¿Te sorprendió?**

–Me recontra sorprendió. El día que me llamaron, no lo podía creer. Yo ya estaba en otra sintonía y afuera. Pero fue muy buena la conversación, muy buen trato de los dos. Pero le dije que no, que ya estaba en una posición distinta. Y en el llano estaba, eh, esto es así. Cuando te vas del poder, el primer día te llaman todos y te felicitan porque te fuiste; el segundo, la mitad, y el tercero, mi mujer y en mi caso Marcelo Daletto, que es mi amigo. Y te quedás con esos dos llamados. Ahí tenés que arrancar, pero una vez que arrancás es difícil volver. Yo ideológicamente respetaba la posición de Kirchner, pero no la compartía.

**–Como político, ¿qué viste ahí, en Kirchner?**

–Un político de raza, que jugaba todo. Cien por ciento. Con mucha pasión, mucha decisión, pero bueno, yo siempre estuve muy lejos ideológicamente. Pero respeto la ideología de ellos también. Se lo expliqué y me supo entender.

**–Dijiste en algún momento que Massa es el tipo con más horas dedicadas a la política.**

–Lo sigue siendo. Debe ser la figura política que conoce más el Estado. Lo más flojo que tiene es ser candidato. Para mí, cuando se pone en el rol de candidato, tiene complicaciones. Pero en la gestión lo tendría sin dudas en mi equipo. Conoce, tiene la audacia que hay que tener para un gobierno, tiene la picardía que hay que tener para un gobierno.

**–Muchos lo comparan con Kirchner en eso.**

–Sí, son esas personas que tienen esa dedicación. Dan la vida por esto. Eso es Sergio.

**–Y al mismo tiempo muy diferente.**

–Quizá Sergio se pierde, pierde la estrategia, porque en el fondo son muy tácticos ambos. En 2015, Sergio pierde la elección con nosotros por falta de estrategia, pero en la táctica está todo el día. Él no deja de ser todo ese armador que es cuando es candidato. Y vos no podés ser armador, operador de prensa y candidato. Sergio es todo, igual que Néstor Kirchner. Hacen todo, no delegan nada.

**–Si se mira así, se puede concluir que el peronismo es el partido del corto plazo y de la táctica.**

–Era, era, se terminó.

**–Vos decís que el peronismo te gobierna el día a día, pero no tiene estrategia. A Macri, en cambio, lo ves como un dirigente que no tiene corto plazo.**

–Exacto, lo que viene tiene que tener las dos cosas. Macri marcó la cancha, puso reglas. Todavía tiene curvas, pero hay un campo de juego.

**–Llovió.**

–Llueve, a veces no se ve la línea de cal...

**–¿El peronismo tiene que reconciliarse con la estrategia?**

–Sí, y con las reglas. Es una demanda de la sociedad, de la transparencia, de la información. El que no esté dentro de esas líneas, dentro de esas reglas, no va a poder jugar este juego. Es un juego con mucha luz y no es para cualquiera.

## **6. El peronismo sin medio**







Juan Manuel Urtubey, Juan Schiaretti, Sergio Massa y Miguel Ángel Pichetto en mayo de 2019.

Lo primero que habían logrado era dividir el diario en tres y construir así la ficción de fuerzas equiparables con chances similares. Sergio Massa y José Manuel de la Sota sabían que corrían desde muy atrás en una campaña en la que el fundador del Frente Renovador había comenzado temprano a desbarrancar con su ambición presidencial, después del triunfo aplastante y lejano de 2013 en la provincia de Buenos Aires. El espacio del peronismo no cristinista, que había asomado entonces como el cauce natural para expresar el hartazgo con los largos años de Cristina Fernández en el poder, había sido desplazado en forma vertiginosa por un Mauricio Macri ascendente, que se vestía de futuro y se mostraba al margen de la obscenidad con la que Massa exhibía el salto hacia su campamento de figuras que, como él, habían animado antes la prolongada fiesta kirchnerista. Guionado por Jaime Durán Barba, Macri aparecía como la única opción no contaminada, fiable para el antiperonismo, y se había convertido en una amenaza imprevista para la fórmula de Daniel Scioli y Carlos Zannini. Muy atrás, venían el exintendente de Tigre y Juan Manuel de la Sota, el leal escolta que había decidido acompañarlo hasta el final con todo lo que tenía, sin beneficio de inventario. No era obstáculo: el gran diario argentino había decidido lotear sus páginas en forma equitativa durante toda la campaña presidencial de 2015. Noticias, entrevistas, chismes, especulaciones, fotos, reuniones, actos, recorridos, off the record de los candidatos; todo debía ajustarse a una métrica para que el lector encontrara en la góndola de las ofertas electorales –en ausencia de un trato equidistante– proporciones que se respetaban.

Por supuesto, no se trataba de un criterio periodístico, un oxímoron en desuso en la era de las redes sociales, las fake news y la exhibición militante de las grandes empresas de comunicación. Era una decisión política del principal conglomerado de medios que todavía se contentaba con venderle a la política la importancia de su nave insignia, el diario Clarín, pese a que su número de lectores se achicaba día a día y su relevancia social era ya mucho menor que la de Radio Mitre, Canal 13 y TN. Otra cosa era lo que se cotizaba. El matutino todavía marcaba agenda, ordenaba las mañanas de los formadores de opinión amigos y enseñaba a los factores de poder la realidad que veía Héctor Magnetto, desde su antigua oficina del cuarto piso en la calle Piedras. El Círculo Rojo todavía le prestaba atención.

En la elección más difícil desde 2003 para un kirchnerismo que llegaba sin fuerzas, sin aliados de peso y sin ideas nuevas, los tercios repartidos entre las fórmulas presidenciales partían de una lógica: el caudal de votos que pudiera obtener el peronismo del medio beneficiaría más a Macri que a Scioli, el

heredero deforme y no deseado de una Cristina vencida, que no imaginaba hasta qué punto la derrota impactaría en su intimidad. El acuerdo con los candidatos había sido sellado por Jorge Rendo, el presidente del Grupo Clarín que venía de ser director de Relaciones Externas del holding y llevaba ya más de dos décadas como embajador de los intereses de Magnetto ante los actores de la política y la justicia. Rendo conocía tanto a sus interlocutores y tenía con ellos un trato tan familiar como para que, en vida, ácido y desconfiado, Néstor Kirchner hubiera bautizado a Massa con el nada cariñoso apodo de “Rendito”.

Las negociaciones habían sido allanadas por Guillermo Seita, el operador que había sido secretario de Medios de Carlos Menem, era dueño de la encuestadora Management & Fit y había logrado en ese 2015 el curioso récord de trabajar, al mismo tiempo, para las campañas de Macri, Scioli y Massa. Para el circuito chico de aspirantes en política, Seita era la puerta de acceso a Clarín y la garantía de que los sondeos de M&F iban a resultar tan alentadores como para extender la ilusión hasta el umbral de los comicios.

Ese año, los resultados de las generales marcaron el techo de la fórmula del Frente para la Victoria (37,08%) y el crecimiento de Cambiemos (34,15%), pero también la sorprendente vigencia del espacio de Unidos por una Nueva Alternativa (21,39%). La diferencia entre Scioli y Macri era de apenas 700.000 votos, pero la boleta de Massa, acompañado por el salteño Gustavo Sáenz –y con el sustento esencial de la Córdoba antikirchnerista que garantizaba De la Sota– había surfeado la polarización y había obtenido nada menos que 5.386.977 votos. De la inclinación final de ese universo iba a surgir el nombre del nuevo presidente, la preeminencia de una corriente de sentido social y el rumbo económico de los próximos cuatro años.

Fue entonces, en esa ventana de tiempo decisiva entre la primera vuelta y el balotaje, cuando el rol del peronismo del medio volvió a ser crucial, los encuentros no difundidos se multiplicaron y el grupo jugó, una vez más, sus propias cartas. Hubo unas cuantas bilaterales, comunicaciones al más alto nivel y hasta una reunión conjunta. En nombre del macrismo, Marcos Peña y Horacio Rodríguez Larreta; en nombre del peronismo no kirchnerista, Massa, De la Sota y –también– Juan Schiaretti; siempre con Seita y Rendo como facilitadores de un entendimiento que nacía de intereses comunes: todos querían dejar atrás el cristinismo y dar inicio a una nueva etapa que suponían que iba a alumbrar una Argentina moderna, moderada y racional. Consultadas las partes del acuerdo, la mayoría reconoce los contactos que derivaron en un pronunciamiento público

del exintendente de Tigre, aunque solo algunos admiten haber estado en un cónclave que congregó a todos los nombrados.

El 29 de octubre de 2015, a casi un mes de la segunda vuelta prevista para el 22 de noviembre, el exjefe de Gabinete de Cristina Fernández se adueñó por última vez de todas las miradas. Con la sala colmada de periodistas, salió al escenario del Hotel Hilton de Puerto Madero escoltado, a su derecha, por De la Sota y, a su izquierda, por su candidato a vicepresidente, Gustavo Sáenz, y su mayor crédito profesional, Roberto Lavagna. Era uno de esos típicos discursos en los que abundan las generalidades, hasta que el árbitro de la gran disputa pronunció las palabras mágicas: “Argentina necesita un cambio”. Una hora más tarde sería todavía más explícito, en una entrevista exclusiva junto a Malena Galmarini con María Laura Santillán y Santo Biasatti en los estudios de Telenoche: “Yo no quiero que gane Scioli”, dijo. Más tarde, se ensañaría con el exmotonauta y lo definiría como una “alfombra” que “no puede gobernar nada” y es “empleado de Cristina”. Inclinado, con riesgos elocuentes de caer víctima de su pérdida de equilibrio, acababa de nacer el peronismo del medio.

Gestor de la nueva etapa, con merecimientos indudables por haber liderado la resistencia antikirchnerista desde 2009, el multimedio del fantasmal Magnetto se garantizaba el éxito de una operación que dependía, finalmente, del voto popular. Sin embargo, la voluntad del conglomerado que se había hecho grande arrebatándole negocios al Estado en tratativas no públicas con los inquilinos de turno de la Casa Rosada estaba clara. Al reparto de las páginas del diario en tres le correspondía, en la recta final del proceso electoral, el apoyo lo más contundente posible del PJ no kirchnerista al proyecto de Macri. Nadie se escandaliza al admitirlo: Clarín jugó todo para que los peronistas Massa y De la Sota se inclinaran por el egresado del Cardenal Newman. Inconcebible habría sido que no lo hiciera, casi una traición a sus intereses y a su forma de ejercer el poder.

## El cambio

Astillado, confundido, dividido y con una variante colaboracionista que lo llevaba a ocupar un lugar desconocido, el peronismo había terminado por convertirse en un medio para que Macri entrara por la puerta grande de Balcarce 50. Uno de los que se decidió a señalarlo fue, no casualmente, Ginés González García. En el marco de una autocrítica como parte de un oficialismo que se había cerrado hasta perder la elección, el exministro de Salud de Duhalde y Kirchner – que volvería al cargo con Alberto Fernández, cuatro años más tarde– apuntó a Massa y a De la Sota. “Yo tengo una relación excelente con ellos como personas, pero a mí me parece que el peronismo no les va a perdonar fácilmente que se haya perdido la elección por la actitud de ellos. Las expresiones de ellos, sobre todo en el balotaje, fueron muy favorables para Macri y muy contrarias al voto a Scioli. Yo sé que ellos querrían volver, y que teniendo apetencias electorales como siempre tienen, y está muy bien, necesitan estar dentro del peronismo, pero yo no sé si va a ser tan fácil ese reingreso”, dijo Ginés en el programa El fin de la metáfora, unos días después del triunfo de Cambiemos.

En tiempo récord, el Grupo Clarín también sería recompensado por su vocación de servicio. A poco de andar, el exponente más alto del clan Macri le entregaría por decreto la megafusión de Telecom con Cablevisión, en una operación que violaba la Ley de Defensa de la Competencia y no era compatible con la legislación en ningún país desarrollado de los que el presidente gustaba invocar. Era el comienzo de un período en el que la proclamada equidistancia entre macrismo y kirchnerismo se iba a confirmar inviable para el PJ moderado.

Razones había de sobra para intentar el remedo de la ancha avenida del medio y, sin embargo, algo faltaba. Cristina Fernández de Kirchner y su séquito de incondicionales habían terminado su mandato con una infinidad de detractores, encerrados en una serie de obsesiones, cazando traidores, señalando intereses espurios y sin lograr revertir un aislamiento cada vez más notorio. La actividad económica había entrado en una fase de estancamiento, el gobierno había devaluado y no encontraba la forma de ingresar en la sintonía fina que había sido promesa de campaña. La expresidenta tenía en contra a los sectores medios de las grandes ciudades, a los tanques de la comunicación concentrada y a los

empresarios más poderosos de la Argentina, pero además cargaba con el costoso enfrentamiento con el mundo del agronegocio, vital para una economía sedienta de dólares. Dentro del tinglado de lo que había sido el Frente para la Victoria, se había enemistado con el sindicalismo, había descuidado los puentes con los movimientos sociales y estaba en un punto de no retorno con una porción considerable del peronismo, que giraba en torno a Massa y a un grupo de gobernadores, que cada vez aparecían menos por Buenos Aires y apostaban al poscrinismo. Afuera tampoco contaba con aliados internacionales de peso, salvo la bendición del papa Francisco y una alianza incipiente con China que no le alcanzaba para obtener el financiamiento que precisaba.

A partir de ese largo espinel, adentro y afuera, el PJ que se vendía como moderado y racional pensaba edificar su construcción. Las demandas desautorizadas de las clases medias urbanas como la inflación y la inseguridad, el enojo de los trabajadores sindicalizados con el impuesto a las ganancias, la queja de una base social que había ganado en beneficios con la economía en crecimiento y ahora miraba con recelo a los que sobrevivían en el borde, asistidos por el Estado; todo ese continente de resentidos con la cadena nacional, los lugares comunes del progresismo autocelebratorio y la escenografía política del Patio de las Palmeras pedía a gritos una representación y aparecía vacante, disponible para una variante moderada, tal vez más parecida a la del primer kirchnerismo.

El malestar no se restringía solo al núcleo de acero del antiperonismo y a ese piso histórico de rechazo al PJ que rondaba el 30%, según encuestadores y analistas. Abarcaba también un 20 o 25% de votantes más que había acompañado a la propia Cristina en su excepcional 54%, que había estacionado su descontento en la boleta de Massa y que ahora reclamaba “un cambio”. Esa era la amalgama sobre la que se podía afirmar un peronismo de centro que lograra pararse con claridad en la coyuntura, frente al gobierno de los CEO y al ciclo perimido del crinismo. Un fracaso moderado de Macri, con algunos logros económicos, podría habilitar tal vez a ese espacio como plan B, con la promesa de un mayor vigor para gobernar: no una catástrofe de devaluación, ajuste y recesión que arruinara la propaganda de la Argentina del futuro.

Un territorio infranqueable seguía, de todas maneras, reservado para CFK: la lealtad de los sectores más humildes y la feligresía de una clase media progresista que había sido redimida de la impotencia y el trauma del frepasismo. Con el sustrato popular de los primeros y el cotillón simbólico de la segunda,



Cristina y los restos del Frente para la Victoria reunían dos mundos complementarios y conservaban una vitalidad envidiable después de doce años de gestión.

Del centro hacia la derecha, al peronismo antikirchnerista lo desquiciaban los modos del progresismo en la batalla cultural, pero le dolía la indiferencia del Gran Buenos Aires y las extensas periferias urbanas. Moderado y racional como se lo propagandeaba, el peronismo del orden no encontraba el medio para penetrar en la inmensidad del conurbano bonaerense. Era ese último componente el que delataba al PJ ortodoxo en toda su impotencia: mientras le faltaran votos de a millones, no podía ser tomado en serio. Aunque los sets de televisión les dedicaran horas y horas a discursos indignados que parecían guionados por los dueños de la Argentina, ahí donde el peronismo se había hecho grande, donde Cristina todavía reinaba, ahí, ese PJ de máxima pureza no encontraba la forma de penetrar. Peor aún, la base que había construido Massa entre el mérito propio, la orfandad ajena y el apoyo circunstancial de una franja del Círculo Rojo ya había migrado hacia uno de los polos de la antítesis argentina.

## Listos para acordar

Cuando Macri se convirtió en presidente, entre lo prematuro y lo temerario, el peronismo del medio subió al podio de los ganadores. Como parte de una ficción terminada a las apuradas, el ingeniero y su coro de militantes iniciaron una nueva etapa en la que armaron una maqueta de la política a su imagen y semejanza. Legitimados por los 12.997.937 de votos que el team leader de Cambiemos obtuvo en el balotaje, decidieron ignorar los 12.309.301 que habían optado por Scioli y construir una interlocución afín con el peronismo antikirchnerista.

Todo fue tan vertiginoso que resultaba ficticio. El experimento inédito de una fuerza nacida por fuera de los contornos de la política y el entusiasmo militante de los grandes medios generaban un aire sorprendente, como si la paridad extrema hubiera quedado atrás en un segundo y el país entero se hubiera reseteado para iniciar, sin memoria ni archivos pesados, una nueva pantalla. De esa mitad maciza que no digería a Macri, apenas se oía un bullicio de quejas, atribuido a prejuicios infundados o puro resentimiento.

Con los gobernadores que lideraban Schiaretti y Juan Manuel Urtubey como mascarón de proa, Miguel Ángel Pichetto en el Senado, Massa en Diputados y la CGT abrochada entre las divisiones y las promesas, el peronismo no kirchnerista compartía los enunciados abstractos del nuevo presidente y estaba listo para acordar un pacto de gobernabilidad. Se profanaba el nombre de la Conadep para abocarla a investigar la corrupción, se hablaba de volver al mundo, se esperaba la lluvia de inversiones, se creía fácil salir de la impericia de los años kirchneristas: retornar al crecimiento, bajar la inflación, crear empleo de calidad, erradicar la pobreza; todo un catecismo de obviedades que dominaba la crónica inicial del macrismo y terminaría rápido perdido en el basurero de la historia.

Siempre el más rápido en una baldosa, en los primeros días de enero de 2016, Massa hizo dos movimientos que escenificaban el cambio de era, lo elevaban como emergente del nuevo peronismo y complacían al flamante presidente: reunió a su tropa en Pinamar y aceptó debutar en el Foro Mundial de Davos como el aliado principal de un Macri global que vendía la Argentina del futuro.

El 8 de enero, el jefe del Frente Renovador apareció a pura sonrisa, sentado en la cabecera de una mesa pretenciosa, con Urtubey y el ingrato Diego Bossio, un funcionario dilecto del matrimonio Kirchner que había decidido entregar sus servicios a los enemigos históricos del cristinismo. Era la primera presentación del peronismo más entusiasta con el nuevo ciclo y pretendía ser también la primera cita de la renovación, liderada por la generación moderna y moderada. Massa y Urtubey no solo mostraban una afinidad indudable a la hora de balbucear los criterios para refundar el PJ. Además, contaban con un sponsor inigualable: el banquero Jorge Brito, un peso pesado que parecía no tener retorno al cristinismo y se había enemistado con Macri, después de haberlo conocido mucho. Entre la evidencia y el deseo, los medios hablaron de una “cumbre no camporista”, sin imaginar que tres años y medio después Massa terminaría como socio íntimo de Máximo Kirchner.

El 20 de enero, Macri ya estaba en Davos con el exjefe de Gabinete de CFK. El presidente aparecía en los Alpes con un dirigente joven para endulzar a los inversores y bromear ante las cámaras con el entonces vicepresidente de Barack Obama, Joe Biden. La proximidad era tanta que el futuro presidente de la Cámara de Diputados se sumaría incluso a una reunión del macrismo con David Cameron. La foto de presidencia era elocuente. Mientras el sucesor de Cristina charlaba con el premier británico, Massa aparecía sentado a unos metros de distancia, como si fuera un funcionario más de su gobierno, flanqueado por la canciller Susana Malcorra a su izquierda y dos soldados de Macri a su derecha, el jefe de Gabinete Marcos Peña y el secretario de Planeamiento Estratégico, Fulvio Pompeo. Pompeo, que había trabajado bajo la órbita del kirchnerismo entre 2003 y 2007 como jefe de asesores de Jorge Argüello y como su mano derecha en la creación del Observatorio Parlamentario Malvinas, había sido un destacado promotor de la bandera de la soberanía argentina sobre las Islas, una convicción que parecía haber abandonado por completo cuando aterrizó en la cúspide del poder macrista.

El último día de la gira, en conferencia de prensa, Macri aprovechó una pregunta para llevar al exintendente de Tigre a lo más alto, en un pedestal imaginario. “Me acompaña uno de los líderes más importantes de la oposición, Sergio Massa”, dijo. Y enseguida se lanzó a la aventura de las especulaciones: cuenta con “serias posibilidades”, afirmó, de ser quien “conduzca el partido peronista en los próximos meses”. En tiempo récord, el nuevo gobierno confesaba su debilidad y se apuraba a exhibir la garantía, ante los ojos del mundo, de un peronista presentable que lucía más cerca del oficialismo que de la oposición.

Nacían el “peronismo perdonable” y los “dadores de gobernabilidad”, según la taxonomía de época creada por Jorge Asís.

A los movimientos públicos les correspondían gestiones privadas. Antes de convocar a Malcorra, Macri había llamado personalmente a De la Sota para ofrecerle la Cancillería de su gobierno, algo que el entonces gobernador de Córdoba había decidido rechazar, producto de su desconfianza con el experimento amarillo (véase el capítulo 8, “El cordobesismo y el poder mediterráneo”). Del riñón de Massa surgirían enseguida funcionarios de Rogelio Frigerio como el secretario de Asuntos Políticos e Institucionales, Adrián Pérez, y el subsecretario de Coordinación de la Obra Pública, Ricardo Delgado; ministros de María Eugenia Vidal como Santiago Cantón y puntales de Rodríguez Larreta como el secretario de Justicia y Seguridad de la ciudad, Marcelo D’Alessandro. Otros como Daniel Arroyo, Mario Meoni, Claudio Ambrosini y Sergio Federovisky ocuparían sillones en nombre de la oposición en el Banco Provincia, el Enacom y la Acumar.

Más explícita todavía era la línea de América TV, el canal del Grupo Vila-Manzano que cuidaba a Massa como a un hijo y adiestraba a sus principales artistas en la arqueología de la corrupción kirchnerista, con la información de las almas transparentes de Comodoro Py y las artes de la mafia paraoficial de Marcelo D’Alessio, Carlos Stornelli y sus socios en la fábrica de primicias truchas. Igual que ese primer Massa, el holding de los mendocinos no quería volver al pasado y le otorgaba al cambio un crédito fabuloso.

Con dedicación full time y una capacidad difícil de emular para operar sobre el terreno de lo virtual, el exintendente de Tigre era un socio de lo máspreciado para el experimento amarillo. Podía rendir en los pasillos de la política, en el terreno legislativo y en la arena mediática. Emilio Monzó, Frigerio y Rodríguez Larreta tenían con él una larga relación que se remontaba a la década del noventa y había dado sus frutos amargos en el 2013 electoral, cuando Massa rebajó a Macri como su socio menor, después de haber cerrado un acuerdo en forma personal con el entonces impensado futuro presidente. Con el jefe de Gobierno porteño, el vínculo era todavía más estrecho. Todavía hoy, Larreta suele decir que sus amigos de la política son contados con los dedos de la mano y Massa es uno de ellos. La historia se remonta a los años finales del menemismo, cuando Ramón “Palito” Ortega amparaba a una legión de púberes ambiciosos entre los que maduraban Massa, Larreta, Jorge Capitanich, Diego Santilli y Pablo Fontdevila, todos activos dos décadas más tarde.

Sin embargo, la receta de Massa como aliado traía sus contraindicaciones en letra chica: una ambición elocuente, una ansiedad que lo gobernaba y una liga de empresarios que giraba a su alrededor, con intereses propios y permanentes. El romance fue intenso y le permitió a Macri gozar de algunos meses con una tibia oposición, pero duró poco. Ya en junio de 2016, los llamados insistentes del presidente al diputado desde Colombia para que apoyara el ingreso de sus familiares en el blanqueo de capitales no tuvieron éxito. Fue la primera frustración.

## El impostor

A fines de 2016, el supuesto jefe del peronismo que Macri había encumbrado en las alturas de Davos dio un paso más allá en el debate por el impuesto a las ganancias, una de sus banderas históricas contra CFK en los años finales del cristinismo. El líder del Frente Renovador dañó en público el corazón del macrismo y acordó con Kirchner hijo un proyecto común que terminaron firmando trece bloques legislativos. Entre el azar y la astucia, Axel Kicillof apareció por primera vez en el centro de la escena como miembro informante de una iniciativa del Frente para la Victoria que figuraba al tope en el orden de prioridad. El 6 de diciembre, por ciento cuarenta y un votos a favor, ochenta y cuatro en contra y tres abstenciones, Diputados aprobó la rebaja del impuesto a las ganancias. Era la primera derrota legislativa de Cambiemos producto de la alianza plena del kirchnerismo, el massismo y el Bloque Justicialista que integraba Bossio.

Macri y Peña no pudieron digerirlo. El presidente volvió a traficar por la vía del off el concepto de “ventajita” asociado a Massa, y el jefe de Gabinete salió al día siguiente a estamparlo con una definición que el bajo kirchnerismo compartía: “Es la persona menos confiable del sistema político argentino”. Desde el primer piso de la Casa Rosada, se insistía en los medios afines para que las notas sobre el tema se ilustraran con la imagen que mostraba a Massa con Máximo y Kicillof. El fastidio era de tal dimensión que, unas horas más tarde, el egresado del Cardenal Newman interrumpió su descanso en Alta Gracia para blanquear la indignación en Radio Mitre: “La foto invitaba a la pesadilla de pensar que habíamos vuelto al principio. Estaban el jefe de Gabinete de Cristina, Massa, el ministro de Economía, Kicillof, el responsable de la Anses, Bossio, y el gobernador de los Kirchner en la provincia de Buenos Aires, Felipe Solá, diciendo que se querían ocupar de la gente, cuando durante doce años ellos no tocaron el mínimo no imponible. Nadie les puede creer”, dijo. Al exintendente lo fulminaría con despecho, lo rebajaría a la categoría de “impostor” y le dedicaría el centro de sus críticas: “Por más que Massa se haya querido ocultar en la foto, no va a poder engañarnos, porque, al final del camino, terminan diciendo lo mismo: por algo compartieron tantos años de gobierno. Yo lo llevé a Davos a Massa, diciendo ‘este señor aprendió’, y miren con la que salió”.

En ausencia de Frigerio, que estaba de gira por China en busca de inversiones, el gobierno se confirmaba impotente para intervenir sobre el peronismo del medio. Con la virginidad perdida, furioso y desautorizado, Macri llamó al ministro del Interior a Beijing para pedirle que volviera cuanto antes y Frigerio tuvo que tomar un vuelo que venía por la ruta de Australia para llegar en el menor tiempo posible.

Apenas una semana más tarde, Massa le abrió la puerta de su casa en el barrio cerrado Isla del Sol para consensuar un nuevo proyecto. El nexo del presidente con los gobernadores había ido escoltado por Mario Quintana –en nombre de la sociedad Macri-Peña– y los diputados Monzó, Nicolás Massot y Luciano Laspina. Entre dirigentes que se entendían de memoria, el nivel de intimidad era altísimo. Sentado en la cabecera, acompañado por Marco Lavagna y Graciela Camaño, un Massa sobregirado volvía a erigirse con muy poco como el árbitro de la gobernabilidad amarilla. El encuentro, que exhibía un nuevo salto olímpico del exintendente, se haría viral por las sonrisas de los comensales ante un plato de sushi que el massismo –celoso de la imagen– había decidido borrar con Photoshop. Camaño, la encargada de difundir el encuentro en las redes, había sacado la foto con su teléfono celular y se había cuidado de no aparecer en una escena algo libidinosa.

Producto de la confusión y el rencor, en el 2017 electoral la división del peronismo sería absoluta. A la candidatura de Cristina Fernández como senadora en la provincia de Buenos Aires se sumarían la del líder del Frente Renovador y la de Florencio Randazzo, con el efímero espacio de Cumplir. Jefe de campaña del exministro del Interior y Transporte, Alberto Fernández sumaría un nuevo fracaso como armador y colaboraría con lo que, a ojos del cristinismo, fue un experimento por completo funcional al triunfo oficialista de una Vidal que aparecía imbatible. En el macrismo y el kirchnerismo coincidían con la misma versión: la Casa Rosada había colaborado en el financiamiento de la candidatura del exministro de CFK, enemistado con su exjefa de manera irreconciliable después de las elecciones de 2015. Conspiraciones al margen, había fallado la política, había prevalecido el interés personal y se había extendido el ciclo de la derrota que igualaba en la impotencia a las distintas tribus del PJ. Cotizado como socio predilecto del gobierno de Macri, el peronismo del medio se hundía cada vez más en el terreno de lo electoral. Con su candidatura a senador y un nuevo sello, 1 País, Massa había competido en alianza con Margarita Stolbizer, había sido fagocitado por la polarización y había salido tercero en el mismo lugar donde cuatro años antes había arrasado. Entre veinte y treinta puntos por debajo

de Esteban Bullrich y Cristina en la provincia, ni siquiera en Tigre había podido zafar de la debacle: en la Miami del conurbano el exintendente había terminado humillado, en el tercer lugar, con el 24% de los votos, detrás del candidato de Cambiemos (36,35%) y de la expresidenta (30,76%). Parecía claro: su rol esencial en el día a día para beneficiar a los grandes actores de la polarización caía, una vez más, preso del tacticismo y atentaba contra una estrategia propia, de largo plazo.



## La sátira federal

La clausura de la aventura de Cambiemos por parte de los mercados, el final abrupto del festival de endeudamiento en dólares y la profundidad de una crisis que se confirmó como recesión a partir del segundo trimestre de 2018 –y se estiró hasta los últimos días de Macri en la presidencia– aguaron los planes del oficialismo amarillo y complicaron también la larga transición que esperaba la oposición colaboracionista. 2023, el año soñado para un regreso potente del PJ antikirchnerista al terreno electoral, se alejó de repente y la turbulencia obligó al peronismo de centro a definirse antes. Quedarán como postal del naufragio y la confusión las imágenes del piso 21 en la torre de Avenida del Libertador donde Seita montó su base de operaciones. Con vista a las costas del Río de la Plata, dieciséis sillas que hubo que mudar de habitación y un plasma apagado, la mesa quedó reservada para Schiaretti, Urtubey, Massa y Pichetto, cuatro valientes unidos por el espanto que, sin embargo, sonreían y se hacían chistes un día de septiembre de 2018. Promocionaban el acompañamiento de los gobernadores del PJ –que ya habían optado por salvarse solos con elecciones adelantadas en sus provincias–, convocaban al salvador Marcelo Tinelli como candidato a inmolarse en la provincia de Buenos Aires y decían contar con el compromiso de dos aliados a los que les pedían demasiado: el depredador Claudio Bonadio, que seguiría disparando contra CFK un tiempo más desde Comodoro Py, y el rencoroso Magnetto, que pondría su portaviones a disposición hasta el fin para evitar ese “vamos a volver” que ya había dejado de causarle gracia.

De entrada, los cuatro estaban divididos. Massa y Pichetto pretendían sumar a la foto del piso 21 a Juan Manzur, otro peso pesado con un mapa de relaciones de alto voltaje, pero Schiaretti y Urtubey se opusieron fuerte. Sin aparecer en los medios, con un sorprendente poder económico y un carisma que el peronismo no kirchnerista gustaba emparentar con el de Carlos Menem, el gobernador de Tucumán tenía a su alrededor una liga de empresarios codiciados que no terminaban de adaptarse a la era Macri. El banquero Jorge Brito, el farmacéutico Hugo Sigman, el presidente del Congreso Judío Latinoamericano Adrián Werthein, la resiliente familia Eskenazi, Eduardo Eurnekian y el empresario hotelero y lobista del Departamento de Estado estadounidense Gustavo Cinosi lo visitaban con frecuencia en su provincia y lo escoltaban en sus viajes a Los

Ángeles, Nueva York e Israel. Manzur no solo tenía una llegada envidiable al establishment local e internacional. Además, exhibía un vínculo inmejorable con el sindicalismo colaboracionista de la CGT que lideraba Héctor Daer –y digitaba el estrategia antikirchnerista Carlos West Ocampo–, con un grupo de gobernadores afines y con la liga de la provincia de Buenos Aires, a la que conocía desde su tiempo de funcionario de Alberto Balestrini en La Matanza.

El 17 de octubre de 2018, Manzur hizo su milagro del Día de la Lealtad. Reunió al PJ sin medio con intendentes y gremialistas para subir al escenario de una concentración formidable. Gracias a él, Massa, Barrionuevo, Pichetto y Urtubey pudieron asomarse a una multitud por primera vez en años, en una demostración de fuerzas que no tenía a Cristina Kirchner como oradora principal ni las banderas de La Cámpora flameando al borde del escenario. Apresurado en una declaración de la que después se arrepentiría –se había apurado a sentenciar “Cristina ya fue”–, el exministro de Salud de los últimos años kirchneristas había sido uno de los pocos ganadores del PJ en las legislativas de 2017 y era oro en polvo para una corriente a la que no le sobaban ni novedades ni territorio ni poder económico. Influenciado por las recomendaciones del superviviente Carlos Corach, Manzur utilizó la escenografía del peronismo clásico para hacer un llamado a la clase media que había votado a Cambiemos y que ca a, otra vez, en el espiral de la crisis, víctima de su antiperonismo.

El experimento de Alternativa Federal duró apenas unos meses y se disolvió de mala manera antes de las PASO. El principal traspie llegó justo cuando, se suponía, era el momento indicado para el despegue: el enviagrado Schiaretti – que había arrasado en su provincia con el 52% de los votos– desert  de ser el macho alfa del peronismo, se fue de vacaciones y no aportó más a los versos del peronismo del medio. Seis días después de aquel triunfo apabullante en la Córdoba antikirchnerista, la que dio el golpe letal fue Cristina con el anuncio de la fórmula de los Fernández.

La diáspora sirvió, en todo caso, como un testimonio más del extravío de un grupo de diletantes sobrerrepresentados por los medios y con una presencia apabullante entre las élites empresarias durante los primeros tres años de Macri en la Rosada. Demasiado parecido en el discurso y las prioridades al egresado del Cardenal Newman, el cuadrilátero del piso 21 no tenía entidad para ser alternativa ni capacidad para ser federal. Eran muy útiles así, como testimoniales opositores.

## Un pálido intento

En una coyuntura carente de novedades, la sorpresa la daría Lavagna, el exministro de Economía que, en su otoño político, se creía llamado a ser lo que Massa y Urtubey no podían por falta de experiencia y madurez. Beneficiado por una crisis económica a la que el gobierno no le encontraba salida, Lavagna irrumpió en el verano 2018-2019 como producto de una rara conjugación: una encuesta de D'Alessio-Berensztein que lo presentaba como el dirigente de mejor imagen, el envión anímico de viejos peronistas como Duhalde y Pichetto, la promesa difusa de un sector del radicalismo, el impulso de un puñado de empresarios que no daban a conocer sus nombres, un par de columnas de Jorge Fontevicchia y el financiamiento de Luis Barrionuevo. El creador de Ecolatina había tenido una experiencia frustrada en 2007 como candidato a presidente y había pasado años al margen de los primeros planos, pero su nombre evocaba la salida virtuosa de la crisis y los primeros años de la recuperación económica, después de que Jorge Remes Lenicov se inmolará en la devaluación y la pesificación asimétrica para beneficio del peronismo todo.

Rápido y con muy poco, Lavagna concentró la iniciativa y buscó un lugar en el centro hasta que se topó con una serie de obstáculos insoslayables: su incapacidad para conducir, su errada suposición de que el mundo de la política le abriría las puertas y la fiera resistencia de Massa, el mismo que lo había exhibido durante casi seis años como la mayor garantía de seriedad de su espacio para afrontar cualquier turbulencia.

El exintendente no lo dijo así, pero se sintió traicionado por Lavagna. Durante años había financiado la estructura del exministro de Economía, una erogación que –según decía al periodismo amigo– oscilaba entre los 600.000 y los 800.000 pesos por mes. Era lo que costaba mantener una pantalla que se sostuvo en los años de la debacle massista con Lavagna hijo, un grupo de economistas afines y, a partir de 2014, la Escuela de Gobierno YPF del Frente Renovador. Perdida en el polvo de la historia, la escuela buscaba trazar una línea que uniera a Yrigoyen, Perón y Frondizi, con Massa como líder y Lavagna como asesor estrella.

Ucronías.

Pese a los oficios de Camaño y Barrionuevo, que presionaban a los dos lados del mostrador, el exministro y el exintendente no pudieron ni quisieron ponerse de acuerdo. Más ambicioso que certero, Massa traficaba a través de los periodistas aliados escenarios convergentes que no hacían ni más ni menos que servirle en bandeja la elección presidencial: Lavagna no llega y Cristina no juega, decía con insistencia. Nada más lejano, por supuesto.

Con falta de tacto, idas y vueltas y una estrategia que solo podía terminar mal, Lavagna tenía el respaldo de Pichetto, que se soñaba como su candidato a vicepresidente y se creía con capacidad para convencerlo de la necesidad de ir a una PASO de poco volumen con Massa y Urtubey. Pichetto y Schiaretti, que en algún momento parecieron llegar a un acuerdo con el exministro, decían que el viejo había aceptado ir a unas primarias ante sus jóvenes rivales. Pero el economista insistía en desmarcarse de sus potenciales socios, muchas veces de manera errática y otras en forma certera, como cuando advertía en charlas privadas que entre el ganador Brito –el mecenas de Sergio y Juan Manuel– y el perdedor Luis Pagani, se pondría del lado de Pagani, el excavallista que conducía Arcor, la transnacional más importante de la Argentina, y que con Macri había terminado, por segunda vez en setenta años, del lado de los perdedores.

En un terreno resbaladizo, con los medios asociados a Massa que acostumbraban a destriparlo, Lavagna se aferraba en privado a una declaración de principios. “Yo no miento ni especulo”, decía. Era un buen punto de partida, pero no alcanzaba para nadar en un mar de cocodrilos, como él, queriéndolo o no, pretendía hacer. El exministro se consideraba a sí mismo demasiado distinto al medio en el que se movía, sorprendía a sus interlocutores con su malhumor y veía a la dirigencia –que estaba dispuesta a acompañarlo en su aventura– movida por el mero oportunismo. “El 10 de diciembre yo voy a estar en mi casa y ustedes van a estar en el Congreso”, se quejaba. Pero, además, se disgustaba porque el establishment local, que defenestraba a Macri y a Cristina en privado, no se decidía a invertir en serio en su proyecto. “El que pone la plata siempre es el mismo”, decía en alusión a Barrionuevo, un sponsor que se tomaba atribuciones en el terreno de la política y ensuciaba la imagen del candidato prístino que promovía Lavagna.

Como decía Fernández, todavía en modo operador: no tenían destino. Hasta marzo de 2019, reunidos en el búnker del Frente Renovador sobre Avenida del Libertador, Massa y Urtubey jugueteaban con la posibilidad de que Tinelli fuera

candidato en provincia. Dos meses después, los dirigentes que iban a “refundar” el peronismo analizaban la vía de un acuerdo con Vidal en provincia de Buenos Aires, para ser candidatos a presidente en alianza con la gobernadora de Cambiemos. Era una salida beneficiosa para las partes que les permitía a los jóvenes del PJ conjugar el apoyo a la chica de Flores con la crítica al presidente por el vía crucis del ajuste.

La chance de un entendimiento estuvo cerca de prosperar en encuentros –tanto en Retiro como en Tigre– con Vidal y con Federico Salvai, el jefe de Gabinete bonaerense nacido en Salta y de vínculo cotidiano con Massa y Urtubey. Afectado por la jugada de Cristina con Alberto y cuestionado por sus propios socios en la alianza de gobierno, el mismísimo Macri llegó a dar la aprobación para el pacto con el peronismo colaboracionista en el territorio madre de todas las batallas. Pero finalmente también eso naufragó: con el intendente de Tigre, Julio Zamora, en primer lugar, la tropa del massismo ya había migrado hacia el campamento del Frente de Todos, sin esperar a Sergio.

El creador de Consenso Federal no logró insertarse en el mapa opositor y sostuvo un proyecto electoral en el que se fue quedando solo, sin aprovechar la plataforma ni los contactos ni el financiamiento del sello del medio. La gran PASO opositora que proponía Martín Lousteau tampoco terminó de cerrar. El diputado de Evolución afirmaba en privado que había acordado con Macri y con Lavagna, por separado, la posibilidad de una interna amplia entre Cambiemos y el economista de las sandalias. No hubo caso. Ya a principios de 2019, el exministro estaba convencido de que Massa iba de regreso al útero materno del cristinismo y de que Schiaretti y Urtubey eran quintacolumnistas de Macri. Lo que no imaginaba era el salto de Pichetto, su principal promotor en las mesas del Círculo Rojo, ni el acompañamiento del esposo de Isabel Macedo, como al final sucedió. Medió ahí nuevamente la sociedad Camaño-Barrionuevo. La diputada le pidió a Stolbizer –con quien chocaban en intereses y visiones– que convenciera a Lavagna de cerrar la alianza para octubre.

## Diario del lunes

Con un caudal de votos propios reducido pero muy codiciado en la recta final de la campaña, Massa fue el último en definirse. Entretuvo hasta cansar a Fernández, Máximo y Eduardo de Pedro en busca de mayores espacios para su gente y fue atendido también hasta el último día en tres mostradores del macrismo: el de Frigerio-Monzó, el de Vidal y el de Larreta. A su manera, Massa le daría finalmente la razón al alcalde porteño, ese amigo íntimo que le insistía en que el país se polarizaba y no había lugar para una tercera opción. Era la consagración de la estrategia que había diseñado Antoni Gutiérrez-Rubí, el catalán que venía de trabajar con CFK y logró la hazaña de hacerle entender al exintendente que jugar a tres puntas era incompatible con la estrategia de un político que pretendiera trascender. Frente a un presidente como Macri –que, según decía el consultor, en cualquier otro país ya habría renunciado– solo cabía ser cada vez más opositor.

El ala política del macrismo vivió como una derrota la partida definitiva de Massa. Aunque sabían que la pésima imagen del exintendente entre los votantes de Cambiemos no era fácil de edulcorar, sostenían que el acuerdo con él era el medio más conveniente para impedir la unidad más amplia del peronismo y conservar el simbolismo de un PJ dividido, que tantos beneficios le había dado a Macri. A su manera, coincidían con Fernández, que se esforzó hasta el final por capturarlo para el Frente de Todos. Pese a la presión permanente de Peña y del presidente, Frigerio, Monzó, Vidal y Larreta nunca habían quebrado su lazo con el exintendente. Afirmaban que había cumplido la mayor parte de los acuerdos sellados por leyes, cargos y discusiones políticas, y consideraban ridícula la pretensión del núcleo duro amarillo que le exigía a Massa una fe oficialista que ni siquiera exhibía Carrió, la encarnación terrenal de la republiquita aborígen.

Muy tarde, el 6 de mayo de 2019, Macri había convocado al justicialismo no kirchnerista a firmar un acuerdo de diez puntos para una Argentina de largo plazo. Después de ningunearlo durante sus dos últimos años de mandato y apostar a una polarización que lo terminaría deglutiendo, el presidente parecía volver sobre sus pasos en busca de sostener el centro moderado opositor con un arnés, al borde del precipicio. Para algunos directamente una farsa, el sueño del

peronismo prolijo implosionó junto con la crisis y el fracaso del team leader de Cambiemos. Unos meses después del triunfo de Fernández, Massa sería el presidente de la Cámara de Diputados, Schiaretti sonreiría en encuentros con los funcionarios del nuevo gobierno peronista, Lavagna daría vía libre para que su hijo y sus colaboradores más cercanos se convirtieran en funcionarios y embajadores del Frente de Todos y Urtubey se iría a vivir con su esposa a España. Solo Pichetto seguiría envenenado en el rencor con ese extraño chavismo argentino que se entendía de lo más bien con Benjamín Netanyahu y Donald Trump.

Decisivo en 2015, el Grupo Clarín fue, cuatro años después, otro de los actores de peso que decidió guardar la bandera de la ancha avenida del medio en el arcón de los recuerdos. Esta vez, cuando el consultor Seita volvió a peregrinar hasta la ventanilla de Rendo para proponerle dividir el diario en tres, se topó con un “no” rotundo. Por gratitud o por necesidad, su majestad consideraba que no había espacio para un plan B y que lo mejor era acompañar al egresado del Cardenal Newman en un intento a todo o nada por esconder sus últimos estertores. Por más endeble que resultara, los votos de una tercera vía –pensaba en el tablero de control de Clarín– solo podían perjudicar al gobierno de turno y favorecer el regreso de la alianza que había diseñado Cristina, contra los pronósticos unívocos de los que se habían excedido en subestimarla. Anunciada hasta el hartazgo, la renovación no había llegado y la oferta electoral de un peronismo de centro había nacido de las entrañas del kirchnerismo, con el regreso de Fernández para ocupar un rol desconocido.

## **7. El incesante ida y vuelta del establishment con el peronismo**







El presidente Alberto Fernández comparte un almuerzo de trabajo con representantes de la Asociación Empresaria Argentina (AEA), el 18 de diciembre de 2019.

Desde que Carlos Menem agotó sus recursos, su intento de perpetuidad se topó con el límite que le plantó Eduardo Duhalde desde la provincia de Buenos Aires y el Plan de Convertibilidad sembró de heridos las calles argentinas, el peronismo es un significante que no conforma a las familias del establishment y sus apéndices en la formación de opinión. El interregno presidencial del exgobernador bonaerense fue visto como una gestión de emergencia auspiciosa que sacó al país de la crisis, diseñó un formidable operativo de contención social, inició la negociación para salir del default y cumplió en ceder beneficios fundamentales a las grandes empresas. Pero terminó de manera abrupta por el doble crimen de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán y dio paso a un proceso no previsto que se llamó kirchnerismo.

Desde que Menem se fue y el año 2001 hizo volar por los aires una época íntegra, la frustración del establishment es recurrente. El poder económico, los dueños con pretensión de incidir en el rumbo de la Argentina y los actores con capacidad de fuego llevan dos décadas amasando un sueño que no se concreta, tal y como ellos lo diseñan desde su gabinete en las sombras. Se trata de un peronismo dispuesto a ejecutar el programa de las élites empresarias desde la identidad del PJ, que combine la eficacia en las transformaciones exigidas con la representatividad popular, que no dude ni tiemble en la ejecución de un plan que obligue a nuevos sacrificios en la base social y despliegue desde arriba una pedagogía del ajuste pasible de ser asimilada abajo. Que tenga los votos de las víctimas y el chip de los victimarios.

Ese proyecto precisa un nombre que, a su vez, edifique un liderazgo. Y aunque se busca, no aparece. Fueron primero, en la precuela del kirchnerismo, Carlos Reutemann, José Manuel de la Sota y un Mauricio Macri que pensaba anotarse como caballo del PJ. A partir de 2006, cuando el modelo de posconvertibilidad empezó a dar sus primeros signos de agotamiento, vinieron los ensayos con Roberto Lavagna, Felipe Solá, Francisco de Narváez, Sergio Massa, Juan Manuel Urtubey y, otra vez, Lavagna. A todos les faltó algo para llegar a ser. Tan arraigada como fallida, la obsesión pasa por hallar en el yacimiento del peronismo la piedra movediza que abra a una nueva fase, donde la idea ya gastada de la Argentina del futuro pueda arrimarse a la realidad.

Los famosos diez puntos que Macri garabateó sobre el final de su experimento en un borrador insípido yacen escritos desde hace veinte años, en las mesas del poder, juntando polvo. El menemista Juan Carlos Romero los recitaba en el

programa de Mirtha Legrand hace una vida, el banquero Jorge Brito los mencionaba cada vez que podía y hasta Jaime Durán Barba parece haberlo entendido, después de la experiencia fugaz de su discípulo argentino. En el fondo, lo que en los hoteles de Retiro y Puerto Madero se le pide al peronismo, ese oscuro objeto del deseo, es que abandone el histórico componente equívoco que lo torna imperecedero para garantizar, aquí y ahora, un orden social con el lenguaje de las élites: demasiado.

Como un aviso clasificado que exige probada experiencia, se busca al peronista con la capacidad de llevar adelante una serie de reformas que se consideran imprescindibles para salir del atraso. Un dirigente del PJ que deseche el preciado activo de la ambigüedad para aplicar sin anestesia y sin culpa el ideal abstracto y persistente que excita al Círculo Rojo aborigen, el Fondo Monetario, Wall Street, los países desarrollados y, sobre todo, al coro incesante de voces locales guionadas con ese pliego de condiciones. Le guste más o menos, Alberto Fernández es quien tiene ahora esa responsabilidad que por momentos ejecuta a desgano, a la salida de una pandemia que hundió a la economía en una recesión aún más profunda y consolidó el ajuste como un horizonte fijo que ignora la polarización.

Más altisonante que sostenible, el ex Frente para la Victoria cumplió por momentos una parte de ese papel, como lo reconocía la propia Cristina Fernández cuando repetía en cadena nacional que “la juntaron en pala”. Pero lo hizo de una manera desafiante, con modales que alteraban los nervios de los hombres de negocios y empañaban el necesario balance final. En apenas cuatro años, Mauricio Macri funcionó como ayuda memoria traumático para los empresarios y los obligó a reconsiderar sus criterios. Mucho peor, el Chile que había moldeado Pinochet –incluso antes que Margaret Thatcher alumbrara su obra cumbre en Inglaterra– eclosiona ahora para contradecir el ejemplo tantas veces citado, de este lado de la cordillera.

Previsible y extenuante, la conversación pública no se entendería sin ese núcleo de reformas que, según se cree, el peronismo impide ejecutar y, aunque se diga poco, solo un peronista –como el que fue Menem– puede habilitar. La puja distributiva, la lucha de clases y el empate hegemónico del que hablaba Juan Carlos Portantiero remiten al mismo conflicto –despiadado y desigual– que el peronismo surfea sin saldar. Desde que estalló la Convertibilidad, lo que se le reclama es que lo defina. Mientras en los sectores subalternos, el cristinismo de lo simbólico actualizó la idea de una redención aquí y ahora, a la que casi no le

faltaba nada, desde las élites dirigentes se ilusionan con que surja del mismo peronismo que es considerado un obstáculo el espécimen capaz de sacar del estancamiento con el manual de la ortodoxia a una economía concentrada, con altos índices de pobreza, informalidad laboral y una deuda imposible de pagar.

2015 queda a años luz, pero fue ayer nomás. Macri se topó con la posibilidad inédita e inmejorable de reponer una alianza antiperonista en el poder, conducida por un sector que estaba virgen en la función pública y vendía caros los pergaminos de su éxito en el rubro de los negocios. Llegaba el turno de desplazar a los partidos tradicionales que se habían demostrado estériles para avanzar con las reformas de ajuste hasta el hueso. Aun con sus diferencias, peronismo y radicalismo eran vistos por Macri y por sus promotores en el establishment como fuerzas que compartían una matriz nociva. En cambio, el ingeniero estaba habilitado para avanzar con cirugía mayor hasta un punto en el que el PJ y la UCR, por sus genes populistas, tendían a defecionar.

El politólogo Carlos H. Acuña me lo explicó con claridad en una entrevista para La Política Online, a principios de 2017:

En el contexto largo de estabilidad democrática y estabilidad institucional, se rompieron juntas las dos grandes leyes de hierro de la historia argentina de los últimos setenta años: en elecciones libres y transparentes gana el peronismo y la centroderecha no puede ganar liderando una coalición. Macri logra llegar al gobierno liderando una coalición. Pasó algo que no podía pasar, se corrieron los límites de factibilidad en la política argentina y esto abre escenarios impensados.<sup>1</sup>

Investigador principal del Conicet, doctorado en la Universidad de Chicago y director del Programa Estado y Políticas Públicas de la Universidad de San Martín, Acuña remarcaba la excepcionalidad del test que representaba Macri y consideraba tan fascinante como preocupante que las clases más poderosas desde el punto de vista económico hubieran dejado de controlar las políticas públicas a través de la variable de la inversión para aterrizar directamente en el manejo del Estado, algo que se suponía que no era estructuralmente necesario.

## Los ganadores

Se sabe. Macri desembarcó con un grupo de empresarios amigos, llenó los casilleros del organigrama estatal con CEO que acreditaban un pasado reeditable en el sector privado e incorporó a un seleccionado de financistas a la gestión económica. Sin embargo, lo más destacado no fue eso sino el sideral aumento de tarifas con el que consagró a los grandes ganadores de su gestión y benefició a un grupo de hombres de negocios que formaban parte de su núcleo íntimo. Emblemas de la patria contratista, Ángelo Calcaterra y Nicolás “Nicky” Caputo buscaron transitar el ciclo lejos de los reflectores de la oposición y hasta se declararon perjudicados por la aventura del egresado del Cardenal Newman. Sin embargo, Caputo, el hermano del alma del presidente ganó una fortuna con el 23% de sus acciones en la segunda generadora de energía del país, Sadesa, dueña de las distribuidoras Gas Cuyana y Gas del Centro y propietaria también de la generadora Central Puerto, que en 2019 se quedó con una termoeléctrica, Brigadier López, en Santa Fe, licitada por el gobierno de Cambiemos.

De perfil bajo extremo y con un pasado como socio de Marcelo Mindlin en Pampa Energía, Alejandro Macfarlane fue uno de los que se alzó con el premio mayor. Durante los años de Macri en el poder, el yerno del exjefe de la SIDE Hugo Anzorreguy demostró que no necesitaba del peronismo para prosperar en sus negocios: en marzo de 2017, vendió Edelap y Edea por 250 millones de dólares y, dos meses después, se convirtió en el accionista principal de la estratégica Camuzzi Gas Inversora. La controlante de Camuzzi Gas Pampeana y Camuzzi Gas del Sur abastecía en total a dos millones de clientes residenciales e industriales en la provincia de Buenos Aires, La Pampa y la Patagonia: era la distribuidora de gas más grande de la Argentina y una de las más importantes de América Latina. Siempre dispuesto a colaborar con su amigo presidente, Macfarlane no se limitaba a hacer negocios y participaba incluso de reuniones políticas en las que representaba los intereses de Macri. No solo estaba unido por un puente de plata con Jorge Grecco, el secretario de Comunicación Pública de la Nación –que había trabajado junto a él en Edelap y se había quedado con un porcentaje de la venta de la empresa–, sino que además exhibía una fina sintonía con Marcos Peña y era bien considerado por María Eugenia Vidal.

Fue Mindlin, no obstante, el más veloz y sorprendente de los aliados del nuevo presidente. Un mes después de que el ingeniero asumiera el poder, apareció con él en una reunión privada en el Foro de Davos, en lo que funcionó como el primer y más llamativo salto de un empresario que se había hecho grande durante los años del kirchnerismo al círculo de influencia del macrismo. Un año más tarde, se quedaría con la constructora del clan Macri y abrocharía la operación para comprarle Iecsa al primo presidencial, Calcaterra. En el medio, sería favorecido con el descomunal tarifazo con el que las empresas del sector lograron recuperar en apenas dos años lo que habían resignado en parte durante la era de los millonarios subsidios que el kirchnerismo destinaba a mantener la luz y el gas a muy bajo precio.

Con inversiones también en el sector inmobiliario y un crecimiento económico que se multiplicaba a una velocidad difícil de emular, Mindlin se convirtió en el empresario más importante del sector energético, con la presencia integrada en la generación, la transmisión y la distribución de energía. Accionista principal de Transener, la transportista de energía eléctrica más grande del país –con una red de 12.400 kilómetros de alta tensión–, distribuía además la energía para 8,5 millones de personas a través de Edenor. En la empresa privatizada durante los años noventa era socio del magnate británico Joe Lewis, uno de los más distinguidos amigos de Macri.

Velocista de los más astutos y de buena relación con sectores del macrismo y el peronismo, el financista que se había iniciado en los negocios con Eduardo Elsztain expresaba como ninguno el pasaje amable entre dos eras distintas que lo tuvieron entre sus continuidades más llamativas. Pese a que había abonado el proyecto del Frente para la Victoria entre 2003 y 2012 –cuando los subsidios monumentales que iban a las eléctricas ya no pudieron contener sus reclamos de aumentos en las tarifas– y se había asociado con la empresa Electroingeniería en Transener, Mindlin fue el único de los interlocutores habituales de Julio de Vido que no tuvo inconvenientes judiciales. Mientras socios suyos como Gerardo Ferreyra iban a la cárcel como parte de una lista inédita de exfuncionarios y empresarios vinculados al gobierno que perdió las elecciones, el gran beneficiado por el tarifazo de Macri apenas tuvo una citación –casi un trámite– del juez Claudio Bonadio en la causa de los Cuadernos, a partir de una investigación que el periodista Alejandro Bercovich publicó en el diario BAE.

En 2017, el empresario que todos los años reúne al arco político de su preferencia en el Museo del Holocausto reconoció ante la revista Noticias que no



le molestaba que le “digan macrista”. Ese mismo año, fue beneficiado por la Resolución 19 y comenzó a disfrutar de contratos dolarizados en generación. Asociado con YPF, en 2019 se quedó –por 533 millones de dólares– con la Central Térmica Ensenada Barragán que privatizó el presidente.

Mindlin, Macfarlane, Caputo y Lewis fueron los enormes beneficiarios de una brutal transferencia de ingresos. Junto con las concesionarias de peajes, los bancos y los laboratorios, los dueños de las gasíferas y las eléctricas figuraron al tope de la lista de grandes ganadores, en medio de una era de perdedores en masa. Sus ganancias siderales no serían materia de investigación en el gobierno de los Fernández. Al contrario, el presidente –que lo había denunciado en campaña como uno de los grandes amigos de Macri– descubriría de manera súbita las virtudes de Mindlin y lo citaría en un acto público como contraejemplo de los defaultadores de Vicentin.

## El escarmiento

Junto con la consagración de un grupo de empresarios, el apogeo del macrismo coincidió con la caída estrepitosa de la defectuosa burguesía nacional que había proyectado el kirchnerismo. Con orígenes en el rubro de la obra pública, sus exponentes eran emblemas del esquema de negocios de la era del Frente para la Victoria y habían incursionado en el terreno resbaladizo de los medios. Todos cayeron bajo el fuego de Comodoro Py con modos y procedimientos más propios de un escarmiento que de la justicia independiente que gustaban publicitar el egresado del Cardenal Newman y su mesa judicial. En 2016, Lázaro Báez fue el primero en quedar detenido y, después del triunfo de Cambiemos en las legislativas de 2017, se sumaron Cristóbal López y Fabián de Sousa. Ferreyra cayó como parte de la causa de los Cuadernos escritos por el sargento del Ejército Oscar Centeno y que habían llegado al diario La Nación a través del expolicía Jorge José Bacigalupo. Solo el convertible Sergio Szpolski, el primero en bajar la persiana de su conglomerado de medios y dejar un tendal de trabajadores en la calle, atravesó sin mayores contratiempos y en libertad los años intensos del macrismo. A través de los tribunales federales, el poder permanente grababa su mensaje de época: pese a sus malos resultados, el intento kirchnerista de alumbrar un capitalismo de amigos con empresarios aliados había resultado demasiado osado y sus protagonistas debían pagar caro para que nadie optara, en el futuro, por el mismo camino.

En el marco del acompañamiento entusiasta de los grandes medios a su gestión, Macri cerró una alianza de hierro con el Grupo Clarín a poco de llegar al gobierno. Primero dio de baja la regulación de medios de la era cristinista, después reemplazó la Afsca como autoridad de aplicación por el Enacom y enseguida inició el proceso para entregarle a Héctor Magnetto el botín máspreciado, que lo había llevado a romper su matrimonio con Kirchner: la megafusión de Cablevisión con Telecom. En diciembre de 2017, el Enacom aprobó la sociedad de Clarín con el mexicano David Martínez y, en junio de 2018, la Comisión Nacional de Defensa de la Competencia emitió su dictamen favorable. El investigador Martín Becerra fue uno de los que remarcó la hiperconcentración oligopólica en un mercado reservado para un grupo de grandes jugadores. Con Macri nació un verdadero monstruo de las

telecomunicaciones: Cablevisión-Telecom pasó a concentrar el 42% de la telefonía fija, el 34% de la telefonía móvil, el 56% de las conexiones a internet de banda ancha fija, el 35% de la conectividad móvil y el 40% de la televisión paga.

Sin embargo, Clarín no fue el único que se alineó con los intereses del presidente. La Nación le sumó a su alto compromiso ideológico la relación estrechísima de Fernán Sagui con Macri, y Daniel Hadad contribuyó fuerte con su portal de principios irreductibles –convergentes con los del ingeniero–: la visión preponderante de la Embajada de los Estados Unidos, la defensa de los intereses de Israel y la amplificación de las novedades que aportaban las almas puras de Comodoro Py y la banda de Marcelo D'Alessio, una verdadera mafia paraoficial dedicada a la extorsión política.

También la pantalla de América TV estuvo entre las primeras que se acopló a la nueva época. De históricas tensiones con Magnetto, el Grupo Vila-Manzano sintonizó con los deseos del primer Sergio Massa y se abocó de lleno a explotar la saga de la corrupción kirchnerista. En un movimiento que no pasó inadvertido puertas adentro, por primera vez en su historia, periodistas del Grupo Clarín entraron a ocupar espacios centrales en la programación de América, como signo de una partitura que se ejecutaba casi sin contradicciones. La relación más aceiteada que tenían los empresarios mendocinos era con Vidal y Horacio Rodríguez Larreta, y en la Casa Rosada se fastidiaban por las críticas ocasionales a Macri. Todavía a principios de 2018 se hablaba de la posibilidad de que Vila y Manzano se quedaran con los activos de C5N. Más tarde, en coincidencia con un Massa cada vez más opositor, se acentuarían los conflictos. Los laderos del presidente se fastidieron como nunca cuando el esposo de Pamela David viajó a Tucumán en su avión privado para sumarse al cotillón que Juan Manzur organizó para el Día de la Lealtad. Como muestra de su disgusto, comenzaron a recordar la deuda de 1700 millones de pesos que el holding mantenía entonces con la AFIP.

Los planetas que se alineaban en el nivel de la artillería mediática y la alevosa transferencia de ingresos hacia un grupo de empresas favorecidas por el tarifazo no impidieron que, de entrada, el modelo de Macri comenzara a generar rechazo en industriales que también lo habían creído una esperanza. Con la apertura de importaciones, la caída de consumo, la tasa de interés por las nubes y el cierre masivo de pequeñas y medianas empresas, el liberal textil Teddy Karagozian fue uno de los pioneros en encender las alarmas contra un gobierno al que había

votado y en el que tenía grandes amigos. También la multinacional Arcor comenzó a deslizar su malestar por las importaciones de tomate, en el inicio de un ciclo que encadenaría los dos peores años para el empleo en una historia de casi siete décadas.

Sin embargo, el triunfo de Macri en las legislativas de 2017 provocó una sensación de euforia en sectores del empresariado que confiaban en que, finalmente, había llegado la hora de arrasar con los obstáculos de la Argentina peronista. Entre el 11 y el 13 de octubre de ese año, con la atmósfera de un Cambiemos victorioso, el 53º Coloquio de IDEA fue una verdadera fiesta y marcó el regreso de los dueños a los foros de los ejecutivos de negocios. Como hacía muchos años no se veía, Paolo Rocca animó las jornadas en el Sheraton de Mar del Plata junto a Marcos Galperin, Marcos Bulgheroni, Carlos María Blaquier y un ejército de CEO embelesados. Macri, Vidal y Peña fueron ovacionados en un clima de optimismo generalizado. Miguel Ángel Pichetto, Emilio Monzó, Mario Negri, Graciela Camaño y Diego Bossio animaron un debate en el que el gobierno y la oposición casi no tenían diferencias. Marcelo Longobardi, Carlos Pagni, Jorge Lanata y Mario Pergolini se subieron al escenario montado por IDEA y utilizado por el gobierno como plataforma de relanzamiento. Un sondeo de la consultora D'Alessio Irol –propiedad del padre del espía y falso abogado– daba cuenta del ánimo entre los asistentes: sin advertir ni por asomo la orilla del precipicio, el 80% pronosticaba un 2018 “muy bueno”. Se veía el amanecer de una nueva era, el cristinismo parecía un recuerdo y no había lugar para aguafiestas. Nadie podía siquiera imaginar que un semestre más tarde el hada de la confianza moriría de un ataque al corazón y la Argentina de los CEO comenzaría a volar por los aires. El coloquio de 2019 sería el reverso exacto de aquella euforia pasajera: caras largas, ausencias indisimulables y un solo dueño destacado, Cristiano Rattazzi, entre los presentes. La fantasía del macrismo se vendría a pique demasiado rápido, el reformismo permanente sería apenas un suspiro para la Historia y entre los empresarios crecería la sensación de haber sido estafados por uno de sus pares: eran pocos los que se animaban a asumir que habían contribuido, con todas sus fuerzas, a darle entidad a ese engaño.

## El golpe

En marzo de 2018, el latin lover Francisco Cabrera –un amigo sin antecedentes de ningún tipo que Macri puso como interlocutor ante la industria– hizo su aporte más significativo en la función pública: le pidió a los pesados de la UIA que “dejen de llorar y se pongan a invertir”. Creativa y despiadada, la consigna de Cabrera marcó el divorcio irreversible con una entidad patronal de la cual solo Rattazzi –fiscal electoral de Cambiemos– sobreviviría hasta el final como orgulloso macrista.

Un mes y algunos días más tarde, a la crisis pronunciada de la economía real se le sumaría el golpe letal de los buitres de la especulación. El 25 de abril de ese tercer año de Macri en el gobierno, el desarme de las Lebac y la corrida al dólar destrozarían el power point del optimismo amarillo, y el gradualismo entraría en terapia intensiva mucho antes de lo previsto. Con la divisa estadounidense en torno a los 20,50 pesos, se iniciaría un espiral de devaluación acelerada que el presidente agravaría con la receta del ajuste infinito que el Fondo ordenaba a cambio de un préstamo récord promovido por el apoyo político de Donald Trump. La coartada retrospectiva iría a buscar las razones en diferentes episodios. Algunos apuntarían al fatídico 28D, cuando Sturzenegger apareció flanqueado por Peña, Dujovne y Caputo en una conferencia de prensa en la que se anunció que la meta de inflación sería del 15% y no del 10%. Otros responsabilizarían al impuesto a la renta financiera que Macri había acordado con Massa. Pero pocos en el oficialismo repararían en el ritmo insostenible de endeudamiento vertiginoso que había llevado adelante la administración Cambiemos desde el minuto uno.

Riesgo país, FMI, ajuste y un default que se aproximaba a la velocidad de la luz: retornaba el diccionario de la inestabilidad. Sin ningún tipo de controles, abrazado a la quimera de la lluvia de inversiones, Macri se exhibía inerme ante las fluctuaciones especulativas que gobernaban su día a día y le arruinaban todo horizonte. Si la caída del consumo, el cierre de pequeñas y medianas empresas, el aumento de la pobreza y el regreso del desempleo parecían ser una corriente subterránea a la que no se le daba entidad suficiente en lo más alto del poder, el veredicto de los mercados actuó como un shock letal y los fondos de inversión se

convirtieron, de manera impensada, en los principales verdugos del egresado del Cardenal Newman. Ese año, el propio Macri lo admitiría al comparar la crisis con el peor momento de su vida y el secuestro de los años noventa. Después de ganar fortuna con la timba durante los dos primeros años del PRO y sus socios en el gobierno, los capitales especulativos tildaron en rojo al país de los CEO, tomaron la decisión irrevocable de retirarse y dejaron al rey desnudo. El Círculo Rojo, el empresariado y los medios adictos al presidente comenzaron a tomar nota de la realidad. Era la voracidad de los mercados y no el hartazgo social lo que daba por concluida, de manera abrupta, una aventura que parecía destinada a perdurar pese al estancamiento, la inflación y la deuda.

Desde entonces, el ingeniero quedó al frente de un equipo de creyentes que rezaba y esperaba ayuda, mientras anunciaba el final de una tormenta que no hacía más que profundizarse. Lo peor no había pasado, sino que estaba por venir. El peronismo, que hacía unos meses había sido velado en las legislativas, tenía que volver a calentar motores. Lo que había sido consagrado en las urnas como el sinónimo del atraso retornaba para ser, otra vez, la única variante capaz de gobernar la crisis.

Unos meses más tarde, en agosto de 2018, como si alguien hubiera advertido que los acontecimientos se precipitaban y los peores fantasmas regresaban antes de tiempo, aparecieron los cuadernos de Centeno, un desconocido que pretendía hacer historia. El exsargento del Ejército que actuaba como chofer de Roberto Baratta –exsecretario de Planificación Federal bajo la gestión de De Vido– había registrado durante años el supuesto itinerario de la corrupción kirchnerista. Aunque se lo presentaba como un escritor frustrado, lo más probable era que Centeno hubiera actuado a pedido de un poder superior capaz de protegerlo del despiadado cristinismo. Sin embargo, a la hora de las revelaciones, esa fuerza oscura que le había dado cobertura al exsargento durante la década ganada aparecía ausente de la trama que pretendía convertirse en el Lava Jato argentino. Nadie mejor que el peronista Claudio Bonadio y el excolaborador de Scioli y Macri, Carlos Stornelli, para llevar adelante la pesquisa que multiplicó la adrenalina de los guardianes de la república. Tenían como blanco predilecto el mundo de los negocios ligado al kirchnerismo, pero generaron también daños colaterales sorprendentes que impactaban como nunca en el núcleo de la patria contratista. A Ferreyra de Electroingeniería, Carlos Wagner de Esuco y Carlos Mundin de BTU se les sumaban esquirlas que detonaban sobre los empresarios más importantes del país: Rocca, Gabriel Romero, Aldo Roggio, Enrique Pescarmona y hasta el primo Calcaterra sufrirían sofocones inéditos. Intocables

como Luis Betnaza de Techint serían citados a indagatoria y gerentes como Rodolfo Poblete (Emepa), Francisco Valenti (Pescarmona), Javier Sánchez Caballero (Iecsa) y Juan Carlos de Goycochea (Isolux) pasarían horas amargas entre rejas.

El gobierno de los CEO abrió una temporada imprevista de padecimientos para los dueños. Empresarios de los más poderosos de la Argentina estuvieron detenidos un fin de semana en la División de Drogas Peligrosas de la Policía Federal, en Belgrano al 1600. Por acción o por omisión, el gobierno de Macri los obligaba a vivir un calvario que les resultaba insoportable, puro contraste con la vida en los countries, las montañas, el golf y los viajes al exterior.

Cayeron las acciones de los que cotizaban en Bolsa, quedó afectada la imagen de la patria contratista y se frenaron los proyectos de inversión, en especial la gran apuesta de la Participación Público-Privada, con la que el gobierno esperaba compensar el ajuste que había decidido en la obra pública. En una confesión insólita, con todo el auditorio de la Asociación Empresaria Argentina pendiente de sus palabras, Rocca llegó a admitir en el Sheraton de Puerto Madero el pago de coimas durante los años del kirchnerismo. Pese a que manchó como nadie la leyenda del emporio fundado por el capitán de artillería Agostino Rocca, el heredero y dueño de Techint no tuvo complicaciones con el implacable Bonadio, aunque el valor del holding se vino a pique y la amenaza de una investigación en la SEC (la Comisión de Bolsa y Valores de los Estados Unidos) rondó su campamento. Beneficiada como ninguna con el festival de subsidios en Vaca Muerta, la multinacional siderúrgica siguió acompañando a Macri hasta el final, pese a que finalmente el déficit cero obligó al gobierno a frenar la generosa contribución en la meca del shale gas y activó un conflicto de Rocca con el Estado en tribunales.

## La decepción

Soñado como el año de la consagración, 2018 se constituiría en un drama que arrasaría con todo. La crisis desató una guerra entre bandas que se habían unido a partir del rechazo al kirchnerismo y tenían su destino atado a la aventura de Macri. La fisura entre los bloques de poder y el estado de descomposición general se advertían en el archipiélago de los grandes empresarios, en la Corte Suprema, en Comodoro Py, en los medios de comunicación y en los servicios de inteligencia. Se pasó en tiempo récord de la oportunidad histórica al sálvese quien pueda.

Como síntoma de la confusión y la falta de conducción generalizada, la inestabilidad permanente delató la fragilidad del experimento amarillo pero también la de sus aliados en el mundo de los negocios. Si para los argentinos de a pie no saber qué va a pasar mañana es un estado natural hijo de la crisis recurrente –y de una capacidad de supervivencia moldeada a puro sacrificio–, para los dueños del poder, en cambio, puede ser una falencia letal, muestra de una debilidad tan inusual como inquietante. La diferencia no se restringe a una cuestión de clase: incluye también los flujos de dinero que ponen en juego los grupos empresarios cuando apuestan a un escenario que no se da o a un candidato que se revela estéril para cumplir la misión que le habían encomendado.

La decepción pasó a ser el sentimiento de época entre los dueños. Las notas no escritas sobre la frustración que generaba Macri entre las élites fueron tantas que hasta podrían haber llenado las páginas de un libro negro. Negado hasta el final por la escuela del optimismo, el fracaso oficial se advertía en el abismo que separaba la gigantesca expectativa que había generado el expresidente de Boca y lo que mostraban cada mes los datos del Indec sobre inflación, consumo, recesión y empleo. Aunque las encuestas del primer piso de la Casa Rosada afirmaban que el ingeniero se mantenía competitivo gracias a su condición de antítesis de CFK, las preguntas que rondaban las mesas del Círculo Rojo lo descalificaban para ir por un segundo intento. ¿Qué podía hacer Macri si lograba el milagro de su reelección para salir del loop de ajuste, devaluación y estancamiento? ¿De dónde iba a sacar la fuerza para hacer la cirugía mayor que



le reclamaban? ¿Cómo iba a resucitar las expectativas que se le morían en los brazos? ¿Qué tendría para anunciar la noche del triunfo, enfrentado a la trampa que había construido para su sucesor?

## El recambio

El ensayo defectuoso de Macri en el poder debía ser reemplazado por un exponente intermedio que no solo garantizara el buen trato y utilizara las mismas anteojeras ideológicas, sino que además les ahorrara las pérdidas que se habían masificado durante la gestión Cambiemos. Otra vez, a puro disgusto, había que ir a buscar una alternativa al outlet del peronismo. Era la forma velada que tenían los que creyeron en la magia amarilla de aceptar la magnitud del error propio, y su manera de eludir la autocrítica, una palabra también prohibida entre los que casi nunca pierden.

Comenzaron a brotar en la superficie los movimientos empresarios de quienes habían quedado al margen de la fiesta o habían resentido su lazo con la Casa Rosada en el camino.

Citado a indagatoria en la causa Ciccone, desplazado del sillón de autoridad máxima en el Banco Macro y amenazado con la posibilidad de ir a la cárcel, el banquero Brito fue uno de los que decidió incentivar toda conspiración para encontrarle relevo a Macri. Muy atrás había quedado el tiempo en que compartían la presidencia del club de paddle San Jorge, en Boulogne, San Isidro. Dicen que Macri le guardaba rencor porque le había negado un favor para una de sus empresas, y que le facturaba también su apoyo a Massa en las presidenciales de 2015. Por eso prefería a Delfín Carballo, el astuto cuñado de Brito, como interlocutor al frente del Macro. Como contrapartida, en reuniones privadas, el sponsor del exintendente de Tigre gustaba de rebajar a Mauricio a la categoría de “el hijo de Franco”.

Junto con el banquero salteño que era amigo personal de Daniel Hadad y tenía llegada al Grupo Clarín a través de Jorge Rendo, otros dos empresarios comenzaron a aunar fuerzas para jubilar al egresado del Newman. Aunque los dos tenían una pata en la industria del entretenimiento, la crema de sus negocios pasaba por otro lado. Pese a sus trayectorias en apariencia muy distintas, el petrolero José Luis Manzano y el farmacéutico Hugo Sigman apostaban juntos por un gobierno de orientación peronista, aceitaban su comunicación y tenían laderos que estaban en contacto permanente. Podían verse en Buenos Aires o en

Ginebra, donde el exministro de Menem había decidido radicarse y el dueño de la editorial Capital Intelectual tenía inversiones.

Sigman no solo exhibía afinidad con Cristina Fernández sino que además había encontrado motivos muy rápidos para sentirse incómodo con el macrismo. En septiembre de 2016, desde su puesto de mando en la Aduana, el excarapintado Juan José Gómez Centurión se presentó ante María Romilda Servini de Cubría para denunciar el hallazgo de diez barriles con doscientos cincuenta kilos de pseudoefedrina en el Aeropuerto de Ezeiza. Era un cargamento que venía desde Francia y tenía como destino Paraguay. Sigman se hizo presente en sede judicial para admitir que el Grupo Chemo, de su propiedad, había encargado la pseudoefedrina que sería utilizada para fabricar medicamentos antigripales y aclarar que los barriles estaban varados en Ezeiza desde junio de 2011. Mientras que Patricia Bullrich salió a declarar que no se podía hablar de un “descubrimiento” por un cargamento que “había sido detectado por las autoridades anteriores”, alguien en las cercanías de Magnetto consideró que era una buena idea llevar el tema a la tapa del domingo 11 de septiembre. Ese día, el nombre de Sigman apareció en portada, destacado arriba a la derecha, ligado al tráfico de efedrina. La volanta decía: “Escándalo en Aduana”. Un día después, Carlos Pagni le dedicó una columna al tema en La Nación bajo el título “El eslabón que une crimen y política: la efedrina”. Ahí le dio entidad a la lucha del exmilitar Gómez Centurión contra las mafias y ligó a Sigman con Manzur, Alberto Fernández y Adrián Kochen, el consultor que trabajaba para los Eskenazi desde los tiempos en que hacían patria en YPF, tenía una histórica buena relación con el impensado futuro presidente y ya entonces oficiaba de nexos con el gobernador de Tucumán. Pagni recordó que en los actos por el Bicentenario de la Independencia de ese 2016 Manzur había reunido en su provincia a Brito, Sigman, el presidente del Congreso Judío Latinoamericano Adrián Werthein, el eterno Eduardo Eurnekian y el empresario con terminal en Washington Gustavo Cinosi. Ese polo de poder orbitaba en torno al peronismo no kirchnerista en busca de un candidato y no causaba ninguna simpatía en las adyacencias de Macri. Se le sumaba, según el columnista estrella de La Nación, el vínculo de Sigman con Antonio Stiuso, el exjefe de Contraineligencia que se había reciclado en el sector privado y había sido contratado para tareas no especificadas por el fundador de Capital Intelectual.

Dueño de laboratorios, accionista principal del Grupo Insud y con tentáculos de lo más diversos, Sigman había afinado su sintonía con Manzur durante su gestión como ministro de Salud entre 2009 y 2015. Pero habían mantenido el

vínculo y lo habían potenciado después, con la derrota del Frente para la Victoria, algo que también había hecho el dúo de Gordos con peso en el sector de la salud, Héctor Daer y Carlos West Ocampo.

El tucumano, que en ese entonces abonaba la tesis de “Cristina ya fue”, volvería a demostrar su poderío dos años más tarde, a fines de agosto de 2018, durante las visitas del embajador de los Estados Unidos, Edward Prado –destacada como la primera de su gestión a una provincia–, y el rabino estadounidense Abraham Cooper, director del Centro Simón Wiesenthal en Los Ángeles. Manzur declaró huésped de honor al embajador de Trump, y el propietario de Chemo y la productora K&S Films compartió la reunión con Werthein, el presidente de la DAIA Alberto Indij, la sociedad Daer-West Ocampo y el todavía supremo mayor Ricardo Lorenzetti.

La visita de Prado y el rabino Cooper a Tucumán era el resultado de un viaje previo que el gobernador había hecho a Los Ángeles, en noviembre de 2017. A través de Werthein y Sigman, la llegada de Manzur a la comunidad judía en los Estados Unidos ya sorprendía incluso a sus aliados del peronismo. Como parte de sus vasos comunicantes operaba también el omnipotente Cinosi, un empresario argentino que durante el primer kirchnerismo oficiaba de chofer vip de Carlos Zannini y se convertiría después en la mano derecha y asesor especial del uruguayo Luis Almagro en la OEA. De estrecha relación con Eurnekian y Massa, Cinosi se vendería más tarde ante Fernández como nexo con la administración Trump y encontraría rápido una lista de detractores en el corazón del nuevo gobierno, pero eso no le impediría alzarse victorioso como jefe de campaña de Mauricio Claver-Carone, el cubano-estadounidense que en 2020 quebró una tradición de sesenta años y le arrebató a América Latina la presidencia del BID.

Antes de que el sueño de Macri se viniera abajo y CFK reordenara el tablero desde el centro, Eskenazi y Brito –que daría el presente en Tucumán durante el acto del Día de la Lealtad de 2018– completaban el cuadro del establishment antigrieta y tendían un puente de plata entre Manzur y Massa, dos peronistas del medio con una capacidad de lobby entre los hombres de negocios difícil de emular.

Nadie como Daer, en público –y West, en privado–, para expresar las volteretas de ese PJ que buscaba una alternativa de manera desesperada. El orador sindical de aquel 17 de octubre en el Jardín de la República había sido electo diputado

por el Frente Renovador en 2013, había apostado a Scioli en 2015 y había migrado hacia el campamento de Randazzo en 2017. En ese 2018, operaba para que Manzur se decidiera a pelear por la candidatura a presidente y lo haría después, ante el fracaso de ese plan A, para que el sanjuanino Sergio Uñac aceptara el desafío del sindicalismo colaboracionista. De buen vínculo con los políticos de La Cámpora, Daer era la cara más visible de una cúpula cegetista que había avalado la pérdida del 30% en el salario real durante los años de Macri y sus mayores energías estaban puestas en la construcción por arriba. Pero tenía razón en algo: Cristina no iba a ser candidata a presidente. Tampoco, claro, iba a dejar libre el camino para que el PJ del medio que se había sentado enseguida a la mesa del macrismo experimentara a su antojo. La suerte estuvo del lado del sindicalista de sanidad. Nunca compr  la alternativa Lavagna que buscaba sacar con fórceps Luis Barrionuevo en el mundo de los gremios; y Fernández, el candidato elegido a dedo por la expresidenta, tenía infinidad de terminales con el mundo que defendía el jefe por descarte de la CGT.

Como una colectora del poder, esa gran familia de políticos y empresarios iba a lograr estacionamiento en el predio imaginario que edificaba el Frente de Todos. En un gesto de sinceridad inobjetable y con la sola ausencia de Eskenazi, el día de la asunción de Fernández ante la Asamblea Legislativa, el exintendente de Tigre sentaría a sus principales sponsors en uno de los palcos del Congreso: Brito, Vila, Manzano y el cableoperador Alberto Pierri aparecerían entonces, sonrientes, junto a Malena Galmarini. Ellos también habían logrado volver.

## **Cristina, fuerte y al medio**

Con la elección de Fernández, Cristina reafirmó su centralidad y liquidó en un instante el pleito entre actores menores. Le cedió su lugar a un hombre sin poder propio para lograr, con un solo movimiento, varios objetivos: recuperar al peronismo, sumar indecisos y buscar que “kirchnerismo” y “moderado” dejaran de ser un oxímoron en el diccionario de los factores de poder. La senadora elevó el nivel de la política para adaptarlo al tiempo del ajuste, el sacrificio y el endeudamiento récord. Como espejo refractario de aquel Macri que aseguraba a los que menos tienen que no iban a perder nada en su gobierno, la invención de Alberto candidato sirvió para decirles, en campaña, algo similar a los grandes grupos empresarios, los fondos de inversión y el Fondo Monetario: “No tengan miedo porque es con todos”.

Como si tuviera que asegurar un penal sobre la hora, la electora que tanto se había equivocado en 2015 ahora decidía patear fuerte y al medio. Era la audacia de tunear al kirchnerismo con un marcado sesgo conservador detrás de la utopía de gobernar de acuerdo con un contrato social en el que nadie saliera herido. Como si el cristinismo hubiera sido una infancia política de autocelebración que no pensó en madurar y hubiera llegado, ahora sí, el tiempo de la adultez.

Con una sola decisión, tal vez madurada durante tres largos años entre el aislamiento y el despoder, a la senadora le alcanzó para arrebatarse al PJ del medio su principal bandera: la construcción de un peronismo racional y moderado que se soñaba sostenible. Desde un primer momento, la expresidenta explicaba ante su entorno ese giro forzado y a la vez voluntario. “Yo no puedo reunirme con Magnetto. Para eso está Alberto”, decía. Con una estrategia similar al regreso al centro que Kirchner había imaginado en 2010 con la ayuda de políticos como Monzó, ahora su viuda buscaba un vehículo para estacionarse en la moderación, un canal de diálogo con sus viejos enemigos que era, también, un síntoma de que sola no podía.

## Macri cede

Contra viento y marea, contra la realidad más adversa y con la evidencia de su fracaso sobre la mesa, Macri mantuvo hasta el final su deseo de reelección. No cedió al Plan V, no bajó su candidatura ni abrió la puerta a una gran PASO de Cambiemos con Lavagna. Pero con la elección de Pichetto como compañero de fórmula reconoció toda su debilidad. Por primera vez en su travesía como político, abrió la campaña del PRO a la intervención de un Círculo Rojo que le demandaba mayor fortaleza. La euforia durante un par de ruedas en la Bolsa, la baja del riesgo país, los millones que ganaron en un día los grupos empresarios aliados al presidente y el recibimiento en el auditorio de Vaca Muerta para la fórmula de Juntos por el Cambio confirmaron que rendirse ante las presiones del establishment garantizaba un respaldo extra. Macri hizo realidad por unas horas el sueño húmedo del empresariado que juega a ir a elecciones: adoptó a un peronista que hablaba el lenguaje de la política y representaba, sin ambigüedad, los intereses del sector privado. No pudo, claro, hacer realidad el imposible de un Pichetto con votos, pero ganó un aire vital para llegar al umbral de los comicios con el aporte de la vieja política, tantas veces desdeñada –con razón, a la luz de los resultados– por Peña y Durán Barba. Me lo dijo entonces un ministro extraviado en las cercanías del presidente: “Era el mercado el que estaba en contra de los CEO y reclamaba más política”. Para el paciente Macri, que llegaba con el suero del Fondo, era la máxima dosis permitida por la vía intravenosa del peronismo. Su inexperiencia y su fragilidad podían ser disimuladas.

Macri, Peña y Durán Barba admitían su derrota íntima y desandaban tarde y mal una historia de cortocircuitos con los dueños que había arrancado en 2011, cuando el candidato y el asesor ecuatoriano habían mantenido dos encuentros, por separado, con Rocca y Magnetto. Primero, Macri y Durán Barba fueron juntos a ver al CEO del Grupo Clarín a su casa de la Avenida Alvear para explicarle que el entonces jefe de Gobierno porteño no iba a poner la cabeza en la picadora de carne de las presidenciales. Magnetto estaba desesperado: tenía la necesidad imperiosa de que Macri se animara a enfrentar a la Cristina que acababa de enviudar e iba en busca de su segundo mandato casi sin oposición. Como anfitrión y miembro estable del poder permanente, el futuro dueño de

Telecom hizo oír su demanda con una insistencia que sorprendió a los visitantes. Pero Macri y Durán Barba ya habían repartido roles y el futuro presidente deslindó las culpas en el asesor ecuatoriano. La reunión, dicen, no fue de lo más amena. Con Rocca, las cartas ya estaban echadas y el encuentro fue menos tenso, pero la demanda era la misma: hacía falta un retador para la CFK que caminaba hacia el 54%.

Cuatro años después, el choque entre el team leader del PRO y el establishment se repitió ante la presión empresaria por una alianza con Massa. Dueños, analistas, formadores de opinión y fondos de inversión desplegaron toda su artillería para que Macri sumara una pata peronista a la pelea contra Scioli. Pero la estrategia de Durán Barba volvió a desatender el reclamo de sus aliados naturales y, desafiante, el egresado del Newman llegó a decir en campaña que el Círculo Rojo no entendía “nada” de política. Más tarde, de la galera del ecuatoriano salió la porteña María Eugenia para la provincia de Buenos Aires: Macri ganó las elecciones y la disputa de corto plazo con quienes, aunque le desearan lo mejor, siempre desconfiarían de su capacidad para ejercer el mando.

Desesperados y sin horizonte, en 2019, el presidente y su núcleo de acero se entregaron, finalmente, a la atmósfera de los dueños que envuelve al poder de turno. Fue justo unos días después del retorno de Magnetto a la residencia de Olivos, una de las tantas noticias que el macrismo se encargó de difundir por canales amigos y Clarín prefirió no publicar. Para los amantes de las conspiraciones, no era casualidad. Con Pichetto, había entrado al corazón del macrismo la lógica de quienes, según Macri, no entendían nada de política. Estaba probado de antemano: el senador era un peronista que captaba a la perfección la susceptibilidad de los que mandan y se movía como un cirujano en el Congreso, pero era incapaz de interpelar a los votantes, sus verdugos de toda la vida.



## El moderado

Aunque se buscó presentarlo como un mero apéndice de su socia y partera electoral, Alberto Fernández tenía una trayectoria propia y venía con un cúmulo de relaciones difíciles de ignorar. Minimizados por una crónica que seguía estancada en la polarización, los vínculos que Alberto ya explotaba como jefe de campaña con los grupos empresarios y los fondos de inversión avanzarían varios casilleros más en la antesala de las PASO y estallarían después, con una temporada impúdica de garrochazos. De la mano de Sigman, el candidato entraría a la disputa electoral con el apoyo financiero de los laboratorios, un sector que por primera vez en la historia salía de la defensa particular y encarnizada de sus intereses para ir a jugar una batalla mayor. Serían de la partida no solo el propietario del Grupo Chemo, sino también viejos macristas como su socio Daniel Sielecki o el nada pudoroso Alejandro Roemmers, que había hecho su aporte a la escuela del optimismo con una fiesta despampanante para seiscientos invitados en Marruecos. Cerca de Fernández también orbitaban empresarios ligados al peronismo como Marcelo Figueiras, el dueño de Laboratorios Richmond que además era esposo de la exsenadora María Laura Leguizamón.

La elección del exjefe de Gabinete como candidato marcó el regreso imprevisto del magnate sojero Roberto Urquía al campamento del viejo kirchnerismo. Exsenador cordobés colmado de elogios por Cristina hasta el conflicto por la Resolución 125, dueño de Aceitera General Deheza y el ferrocarril Nuevo Central Argentino, recibió a Fernández y a Felipe Solá en la sede de su empresa en Córdoba y apostó fuerte por el fin del macrismo. Según publicó el periodista Diego Schurman en su libro *Alberto*, Urquía colaboró con 30 millones de pesos a la campaña del Frente de Todos. No solo eso. Miguel Acevedo, su cuñado y delegado al frente de la Unión Industrial Argentina, exhibiría en público el apoyo de los industriales a la fórmula del peronismo en infinidad de reuniones, almuerzos y fotos preparatorias para la maqueta del pacto social.

A través de Rafael Bielsa y Eduardo Valdés, Eurnekian tenía una terminal directa en Puerto Madero. Pero el designado por Fernández para conseguir financiamiento empresario fue Juan Manuel Olmos, el operador criado en el

peronismo porteño que tenía el teléfono del poder real. Con peso en la justicia, relación estrecha con el macrismo y un paso como directivo de la Corporación Antiguo Puerto Madero, Olmos oficiaba como el primer contacto del candidato con el mundo de los negocios antes de pasarle la posta al encargado formal de la recaudación, Carlos Castagneto. Entre los aportantes que reconocían en el búnker de la calle México, figuraba también el bingüero Daniel Mautone, socio del macrista Daniel Angelici en sus emprendimientos, pero de histórica simpatía con el peronismo.

La sorpresa mayor la generó, cuándo no, Mindlin, el exponente de pasado kirchnerista que más había ganado con el despiadado macrismo. Antes de las primarias de agosto, el dueño de Edenor, Iecsa y Transener fue a ver a Fernández a su departamento de Puerto Madero con un objetivo principal: que el candidato del Frente de Todos dejara de nombrarlo en la campaña como uno de los grandes beneficiados de la era Macri. El poder de Mindlin es sorprendente. Conté la noticia en Letra P y no fue publicada por ningún medio pese a que se trataba del contacto entre el principal candidato opositor y el empresario más importante de la Argentina en el sector eléctrico, toda una señal del viraje que ya podía advertirse. Solo el periodista Alejandro Rebossio lo mencionó en la revista Noticias como parte del panquequismo empresarial que se apuraba a enterrar a Macri en el pasado.

Según me dijeron muy cerca del futuro presidente, Mindlin había llegado a Fernández a través de un amigo en común. Más tarde, desde la empresa, me hablaron de tres nombres que oficiaban de nexos: Javier Timerman, Santiago Cafiero y Emmanuel Álvarez Agis. El hermano del excanciller fallecido en 2018 es primo de Mindlin y suele definirlo como alguien brillante. Álvarez Agis fue director estatal durante la gestión de Kicillof en las tres empresas donde Mindlin tenía peso accionario –Edenor, Transener y Pampa Energía– y quedó fichado como una de las estrellas de su equipo.

Con la política tantas veces condicionada por el poder económico, esas relaciones trascienden la mera crónica social en un mundo distinguido: aluden a intereses concretos que el establishment defiende ante los inquilinos circunstanciales de la Casa Rosada. Y siempre pesan.

## La contradicción

Si Macri perdió las elecciones y se despidió del poder, fue por el fracaso pleno de todos sus postulados en materia económica. Sin embargo, durante la campaña electoral, la herencia envenenada que dejó el expresidente se convirtió para Fernández en un campo minado, sembrado de complicaciones. El candidato del FdT tenía en la economía el flanco principal para castigar a su rival, pero la dificultad para encontrar una salida al laberinto de la crisis se sintió en su propio espacio. Si el kirchnerismo había terminado golpeado por la restricción externa y con una actividad que oscilaba entre el estancamiento y la recesión, el macrismo empeoró el cuadro en todos los planos y aprovechó el bajo endeudamiento para multiplicarlo en tiempo récord con una montaña de vencimientos de cortísimo plazo.

Según los datos que el exsecretario de Finanzas Daniel Marx presentó en la Bolsa de Comercio en plena campaña, el futuro presidente debía hacer frente a una verdadera bomba de tiempo, las obligaciones por 127.747 millones de dólares que había generado Macri en sus años en la Casa Rosada. Un aluvión imposible de afrontar con las reservas netas en torno a los 12.000 millones de dólares, la economía hundida en una profunda recesión, la inflación en niveles récord, el aumento sostenido de la pobreza y el regreso del desempleo a los dos dígitos.

De acuerdo con los números de la consultora Eco Go, durante la gestión Macri, el salario se había comprimido un 50% en dólares y las tarifas habían aumentado un 54% en moneda extranjera. Esa era la gran obra de Cambiemos que Fernández y su futuro ministro de Economía debían, si no revertir, por lo menos atenuar.

Las dificultades para ensayar una respuesta a la crisis quedaron expuestas como nunca cuando el elegido de CFK se presentó en la usina ultraliberal de la Fundación Mediterránea, el 26 de septiembre de 2019, y anunció la posibilidad de adoptar la salida uruguaya ante la inevitable reestructuración de la deuda que tenía por delante. Pecando de optimista, el candidato del peronismo optaba por una receta ortodoxa, que endulzaba los oídos de los bonistas y del Círculo Rojo,

pero resultaba inviable por donde se la mirara. El Uruguay de 2003 había cerrado un acuerdo con el Fondo para postergar únicamente el pago de vencimientos de capital y hacer frente de entrada al pago de intereses, algo que las reservas que dejaba Cambiemos hacían inviable sin un ajuste mayúsculo. Además, se comprometía a un sendero de superávit primario de 3,2%, 3,3% y 4% en los primeros tres años, un escenario inalcanzable para la Argentina de la estanflación (véase el capítulo 13, “Guzmán, la deuda y el Fondo”).

Alguien ubicado en las antípodas de cualquier variante populista estaba asesorando al profesor de Derecho Penal para que hiciera ese tipo de promesas, un canto de sirenas que buscaba dejar a todos conformes. No era Matías Kulfas, abogado a la tarea de generar la mímica de un pacto social, sentar las bases del crecimiento y diseñar un acuerdo de precios y salarios. Según decía el propio Fernández, el exkicilofista Álvarez Agis y los exfuncionarios kirchneristas – luego massistas– Guillermo Nielsen y Martín Redrado eran sus principales colaboradores en el tema de la negociación de la deuda.

En el seminario que el Grupo Clarín organizó en el Malba, dos semanas antes de la presentación de Fernández en la Fundación Mediterránea, el exjefe de Gabinete les había asegurado a los directivos del diario que Redrado iba a tener “un rol importante”. El expresidente del Banco Central y creador de la Fundación Capital tenía todos los números para ser el “ministro fuerte” que Fernández había asegurado que quería tener en su gabinete.

El ex Golden Boy de los años noventa había terminado mal su relación con el kirchnerismo en 2010 luego de negarse a pagar deuda con reservas. Era un enfrentamiento en el que se cruzaban la supuesta autonomía sagrada del Banco Central, la disputa de poder dentro del gobierno del Frente para la Victoria y el extraño mandamiento ortodoxo de un kirchnerismo que se dedicó a pagar deuda hasta el fin, como si hubiera ahí –de por sí– una virtud irrenunciable.

Sin embargo, Redrado era versátil y difícil de clasificar. Al lazo innegable con la Embajada de los Estados Unidos que inmortalizó WikiLeaks y a sus relaciones históricas con bancos y fondos de inversión le sumaba el vínculo con sindicatos, políticos y hombres de negocios. Entre sus promotores, se destacaban tres empresarios pesados, capaces de ejercer una fuerte influencia en la etapa que el nuevo peronismo pretendía iniciar en el poder: Sigman, Manzano y Cristóbal López. A los tres, Redrado los asesoraba en forma personal desde hacía tiempo, y había llegado incluso a gerenciar el banco del último, el Finansur.

En esos días decisivos entre las PASO y las generales, en el espacio del Frente de Todos se hablaba incluso de que el power trío de Sigman, Manzur y Daer le había encargado un plan económico a Redrado para presentarle a Alberto. Lo central era la propuesta que el extitular de la CNV durante la era Cavallo tenía para acordar con el Fondo, un programa de facilidades extendidas que venía acompañado por altos condicionamientos: en primer lugar, la reforma previsional y la reforma laboral que reclamaba a gritos el establishment. Sin embargo, Cristina Fernández objetó su nombre (véase el capítulo 11, “El peronismo judicial”) y el extitular del Banco Central no pudo cumplir con su deseo profundo.

Nielsen no tenía promotores de tanto calibre y le jugaba en contra su incontinencia verbal. Capaz de señalar a Kicillof como “marxista” e “ignorante” aun formando parte del mismo espacio, Fernández reconocía en privado que el exsecretario de Finanzas de Lavagna le había generado un problema innecesario en plena campaña. Por debajo de esos dos postulantes, mencionados en todos los análisis como los que más chances tenían de ocupar el Ministerio de Economía, aparecía Álvarez Agis, que se había revelado en los últimos tiempos como más amigo del mercado de lo que se suponía en su período de viceministro de Kicillof. El director de la consultora PxQ sorprendía gratamente en los círculos empresarios por su análisis descarnado de la situación económica y el estrecho desfiladero que le esperaba al sucesor de Macri. También tenía entre sus promotores a tres pesados: Mindlin, Brito y Manzano. A los dos primeros los había conocido por su rol de director estatal en representación de las acciones que el Estado había recuperado con la estatización de las AFJP; en alianza con el tercero, intentaría poco después quedarse con la defaulteada Vicentin.

Por último, dispuesto a colaborar, aparecía Carlos Melconian, el extitular del Banco Nación cuyas aspiraciones de ser ministro había frustrado Macri y se había cansado de alertar contra la impericia de los CEO en el poder. A sus pergaminos en la vereda del establishment, Melconian le sumaba el histórico padrinazgo de Brito, el banquero que con el fin de Cambiemos volvería a asomar la cabeza.

No dejaba de ser llamativo. El fracaso del presidente en tiempo récord y la destrucción de todos los lugares del repertorio de la ortodoxia obligaban, a priori, a un replanteo en la clase dirigente. ¿Por qué se había venido abajo, tan rápido, algo para lo que se había trabajado durante tanto tiempo? Con el fiasco del mejor equipo de los últimos cincuenta años sobre la mesa, 2018 podría haber

sido un año bisagra para los dueños de la Argentina. Sin embargo, a Macri le facturaban no el ajuste que había hecho sino el que había dejado por hacer.

Todavía peor. Al final de un ciclo intenso, en el que las recetas del Fondo se habían convertido en un mandamiento esencial para el gobierno de la alianza, los candidatos a ocupar el Ministerio de Economía con el peronismo se destacaban por su fe ortodoxa. Incluso después de ganar las elecciones, fuentes de máxima confianza de Fernández reconocían que no tenía definido quién iba a ser su principal ministro. El nombre de Martín Guzmán apareció con fuerza a fines de noviembre: era el único que planteaba otra salida, bastante menos amable en principio, tanto con los bonistas como con el Fondo.

[1 D. Genoud, “El radicalismo va a terminar pagando un precio muy alto por su alianza con Macri”, La Política Online, 26/2/2017, disponible en <www.lapoliticaonline.com>.](#)

## **8. El cordobesismo y el poder mediterráneo**







El recién reelecto gobernador Juan Schiaretti recibe el saludo de Manuel Calvo, el vicegobernador, el día de la asunción de ambos como mandatarios de la provincia de Córdoba, el 10 de diciembre de 2019. Foto: Sebastián Spongia.

Con un éxito territorial que se burla de la fugacidad en la política y los cambios de ciclo, el experimento lleva más de dos décadas. El peronismo gobierna Córdoba desde 1999 y camina hacia el cuarto de siglo en el poder. Sobrevivió a la derrota de Carlos Menem, superó el estallido de 2001, atravesó indemne el largo período kirchnerista y se adaptó con enorme plasticidad al fallido interregno de Mauricio Macri en la Casa Rosada. Si lo logró, fue porque supo interpretar a una sociedad en la que el populismo del extinto Frente para la Victoria provoca todavía un rechazo abrumador. Ni en 2003 cuando ganó Carlos Menem, ni en 2007 cuando se impuso Roberto Lavagna, ni en 2015 ni en 2019 cuando arrasó Macri: la candidatura de Cristina Fernández solo conoció el triunfo en la provincia en aquel 2011 del excepcional 54%. Interpretada muchas veces como un puro enfrentamiento entre la dirigencia de un PJ conservador y ortodoxo que repelía, uno a uno, los múltiples lugares comunes del progresismo kirchnerista, la distancia del matrimonio Kirchner con la alianza que sellaron José Manuel de la Sota y Juan Schiaretti tiene razones profundas que no se limitan a la pelea intestina del peronismo.

Ahora que Alberto Fernández es el vértice de una alianza heterogénea y el gobernador de Córdoba vuelve a vestirse de oficialista, desde el PJ cordobés pueden ofrecer renovados argumentos para explicar ese vínculo esquivo que surcó la década kirchnerista y acoplarse a su manera a la experiencia de un frente que lleva la contradicción adentro. Con 2.783.122 electores, que representan el 8,68% del padrón nacional, todo se conjuga en el distrito de mayor peso electoral del país después de la provincia de Buenos Aires: el enfrentamiento político entre el Gran Buenos Aires y la región centro, una economía marcada por la expansión del agronegocio y la primacía ideológica de sectores ultramontanos.

El inventor de la palabra “cordobesismo” fue el propio De la Sota. El domingo 7 de agosto de 2011, una semana antes de las primarias nacionales que iban a reelegir a Cristina por un margen apabullante, el último sobreviviente con poder de la Renovación Peronista fue electo gobernador por tercera vez. El Gallego votó en Río Cuarto, donde vivía con su mujer, Adriana Nazario, y a la hora de la siesta, viajó a Córdoba capital. Los resultados le habían otorgado una amplia ventaja (42,61%) sobre Luis Juez (29,49%) y Oscar Aguad (22,94%), dejando las caras amargas de una oposición que ya entonces lo beneficiaba dividida. Al atardecer de ese día de victoria, que abría paso a su tercer mandato después del interregno de cuatro años de Schiaretti, el gobernador electo convocó a su

equipo más íntimo en el búnker de la Avenida Patria. Era un grupo de seis o siete personas reunidas en una casa antigua que De la Sota alquilaba frente al Hospital Córdoba, en una zona de clase media de la ciudad: su hija Natalia, la más cercana en el terreno de la política, su asesor principal Jorge “Zurdo” Montoya, el encuestador Juan Manuel Aurelio y dos personas en principio ajenas al corazón del peronismo, el publicista Ramiro Agulla y el exfuncionario de Fernando de la Rúa Lautaro García Batallán, encargado del diseño de la comunicación de la campaña del PJ.

Uno de los presentes tomó la palabra para treparse al éxito:

–Hoy el delasotismo empieza a ser una corriente interna nacional del peronismo –dijo.

El gobernador electo lo interrumpió enseguida.

–Delasotismo no, porque en Córdoba me votan un montón de tipos que no votan siempre al peronismo. Más que delasotismo, lo que empieza a existir es el cordobesismo.

Una década más tarde, el experimento sigue en el poder, impermeable al humor cambiante de la política nacional. Ya en 2011, la idea no era absolutamente nueva sino que daba vueltas desde el inicio de la carrera de De la Sota en Córdoba. La intención de ese proyecto específico era desplegar un doble movimiento para superar los marcos del PJ, con el objetivo de ganar el gobierno en la provincia y trascender también las dificultades que habían clausurado el ensayo del radicalismo en ese bastión de la zona núcleo. Nunca en más de dos décadas, dicen los memoriosos, el espacio que se transformó en una constante de gobierno apeló al electorado con el anzuelo de la palabra “peronismo” en la boleta electoral.

La dirigencia del PJ provincial aseguraba que Córdoba era una isla en el continente del kirchnerismo, pero no solo por la tensión política evidente que existía con Néstor y Cristina Kirchner. Puertas afuera, el cálculo más íntimo del cordobesismo resultaba llamativo. En la provincia, el peronismo puro era una minoría que oscilaba entre el 25% y el 30% de los votos. Casi siempre en disidencia, el kirchnerismo aparecía como una rara sensibilidad progresista que sumaba por su parte entre siete y ocho puntos más. Pero la mayoría todavía se identificaba como antiperonista dura o votante del radicalismo. Treinta años

después del fin de la dictadura, el genocida Luciano Benjamín Menéndez contaba con adhesiones que algunos políticos envidiaban y propagandistas explícitos en los medios de mayor audiencia. Para ganar, la consigna era captar al electorado independiente con un mensaje más amplio que asumiera en su vademécum desde la crítica al kirchnerismo y el reconocimiento del papel esencial del campo para la economía hasta las demandas de mayor seguridad que se relativizaban desde la Casa Rosada.

Ese peronismo de genes ortodoxos y necesariamente más conservador –también por las condiciones en las que le tocaba desarrollarse– era el que podía competir con chances en Córdoba, con el peso del sector agrícola ganadero y de una pujante industria automotriz que, igual que en todo el país, se dedicaba sobre todo al ensamblaje de autopartes. Por esas características, circulan en el poder mediterráneo los que afirman que Córdoba tiene mayor importancia que Buenos Aires y hasta comparan la provincia con Barcelona.

## Sociedad de subsistencia

Electo secretario general del partido en el Congreso de Río Hondo en 1985, De la Sota había sido un emblema de la Renovación junto con Antonio Cafiero, Carlos Grosso, José Luis Manzano, Carlos Corach y José Octavio Bordón. Pero había caído, también, víctima del huracán menemista, sin capacidad para la disputa mayor que le resultaba adversa. Diputado nacional entre 1985 y 1990, embajador de Menem en Brasil entre 1990 y 1992, considerado entre lo más lucido de una dirigencia profesional y formada a la antigua, el Gallego comenzó a subir la larga cuesta para ser gobernador en la provincia en 1987. Ese año, con Domingo Cavallo en su lista de diputados nacionales, perdió la primera elección ante el radical Eduardo Angeloz. En 1991, De la Sota se lanzó como candidato por segunda vez y ofreció como parte de su ensayo de amplitud en la boleta de legisladores a una serie de figuras que causaban escozor en el peronismo puro: el demócrata Sofanor Novillo Corvalán, el entonces decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba, Rafael Vaggione, y el expresidente de la Asociación Israelita de Córdoba, Arnoldo Lamisovsky. Pero el esfuerzo no alcanzó y volvió a perder ante Angeloz. Su victoria debería esperar hasta 1999, cuatro años después del final traumático de su verdugo electoral –que tuvo que renunciar en medio de protestas de empleados públicos en 1995– y de un período malo de Ramón Mestre padre. Era el inicio de un ciclo tan prolongado que nadie, entonces, podía siquiera imaginar.

De la Sota fue reelecto en 2003 y comenzó a enfrentarse con el impetuoso Kirchner casi desde el primer minuto. Razones había de sobra. El santacruceño había llegado a la presidencia de manera imprevista como el plan C de un Eduardo Duhalde que buscaba con desesperación un heredero que le garantizara la continuidad y frustrara el intento de Menem de volver al poder. El presidente interino había probado primero con Carlos Reutemann y después con el propio De la Sota. El primero no quería, el segundo no medía y el tercero se beneficiaría así por una carambola de la historia de prolongada duración.

En Córdoba, estaban convencidos de que De la Sota era una competencia para Kirchner y un peligro latente. Los diferenciaba la ideología y sus trayectorias se cruzaban en la disputa por un mismo lugar. Los dos habían buscado capturar el

poder central a partir de una construcción territorial. Pero mientras el santacruceño se había legitimado de entrada en la lucha histórica de los organismos de derechos humanos, De la Sota prefería aferrarse, irreductible, a las banderas del peronismo de derecha que se había enfrentado siempre con Montoneros.

El Gallego se había formado en Guardia de Hierro y había tenido choques fuertes con la Juventud Peronista durante la década del setenta. En 1974, después del derrocamiento del gobernador Ricardo Obregón Cano, forzado por el golpe policial conocido como “Navarrazo”, asumió muy joven como secretario de Gobierno en la ciudad de Córdoba, territorio blindado de la ortodoxia. Era parte de un peronismo todavía victorioso. Tres décadas más tarde, el 24 de marzo de 2004, cuando el entonces presidente ingresaba a la ESMA y pedía perdón en nombre del Estado por la complicidad con la impunidad de los genocidas, el gobernador decidía no ceder al clima de época que amanecía y elegía reivindicar a José Ignacio Rucci con un acto en su provincia.

Esas diferencias cargadas de historia no impedían que en un punto los dos se atuvieran a las mismas reglas. La competencia permanente en el terreno político no incluía golpes bajos ni acusaciones personales. Era, según recuerda un hombre de De la Sota, “de la cintura para arriba” y no impedía acuerdos electorales para que el peronismo de Córdoba fuera unido, por lo general, en los comicios provinciales.

El gobernador buscaba edificar un liderazgo distrital que lo proyectara a nivel nacional sin descuidar la base de su fortaleza, pero tenía una característica que lo distinguía, y mucho, del resto de los políticos de su generación: a poco de andar, dicen los que lo acompañaron hasta el final, comenzó a pensar en la necesidad de la alternancia y en un socio para extender sus días en el gobierno. Estaba convencido de que Angeloz había terminado mal y se había tenido que ir antes de tiempo no solo por su obsesión de ajustar sino sobre todo por haber encadenado tres mandatos consecutivos sin pensar en un candidato de relevo. El radical que había gobernado desde el regreso de la democracia de manera ininterrumpida trazaba una línea directriz que agradaba en la provincia: en 1976, había golpeado la puerta de los cuarteles –como él mismo reconocería más tarde en público– y en 1989 había hecho campaña con la bandera de achicar el déficit fiscal contra el marketing plebeyo que practicaba Menem. A ojos de De la Sota, no había sido su genética antipopular sino su personalismo lo que había truncado su experiencia de gobierno. Mirándose en ese espejo, el Gallego decidió ampliar

su proyecto más allá de la conveniencia del puro presente. Pensar a mediano plazo, abandonar la centralidad absoluta, buscar un socio, ceder parte de sus acciones y así prolongar en el tiempo su estadía en el poder: ese era su plan.

De la Sota no designó un delegado ni un recién llegado a la política. Optó por otro peronista de dilatada trayectoria, Juan “Gringo” Schiaretti, con quien incluso había perdido una interna discutida en 1993. El elegido era un político que podía escribir un libro con cada etapa de su vida. De padre ferroviario, estudió en el Liceo Militar General Paz y participó del Cordobazo con apenas 20 años, cuando era un estudiante de Ciencias Económicas; se enroló temprano en el peronismo revolucionario y se exilió más tarde en Brasil. Derrota mediante, fue cavallista fervoroso y funcionario menemista. Menem lo envió como interventor a Santiago del Estero en 1993, después del Santiagueño, la revuelta que hirió de muerte al juarismo tras cuarenta y tres años e incluyó el incendio de los edificios de los tres poderes públicos y de las casas de Carlos Juárez y sus funcionarios. Schiaretti había dado muestras de su capacidad de reciclaje: había sido secretario de Industria y Comercio de Cavallo y ministro de Producción y Finanzas en el primer gobierno de De la Sota (1999-2003) y se había convertido en su vicegobernador durante su segundo mandato.

Schiaretti ganó en 2007 en una elección ajustada (37,06% a 35,95%) que incluyó denuncias de fraude por parte de su rival, Luis Juez, y cuestionamientos por la demora en el escrutinio, que estuvo a cargo del Correo Argentino. Corría el tiempo de la transversalidad, y Kirchner apoyaba al candidato opositor, un progresista que era fácil de divisar por su irrefrenable apelación al humor político y que terminaría años más tarde asociado a la solemnidad de Macri y la consigna del déficit cero. Accidentada y con poco margen, nacía la alianza contra Kirchner que le serviría al peronismo de Córdoba para extender con éxito sus días de gobierno. A partir de ese momento, se pondría en marcha un delicado equilibrio entre accionistas de una empresa común. Demandaría, sobre todo, una notable capacidad política por parte de De la Sota, el responsable principal de un experimento nuevo que excedía la alternancia conyugal, habitual en el peronismo. La nueva convivencia alumbraba una “sociedad de subsistencia”, según la interesante definición de un funcionario que trabajó a las órdenes del Gallego y el Gringo durante las últimas dos décadas. Bajo la máxima del respeto personal y político, el que gobernaba tenía la potestad de tomar las decisiones. El otro contaba con la libertad de opinión, pero debía atarse al compromiso de no entrometerse ni ser obstáculo. El gobierno, finalmente, era una empresa común que, bien explotada, iba a rendir dividendos.



## El poder económico

De la Sota no solo tejía en el ámbito de la política. Además contaba, desde el inicio mismo de su carrera en Córdoba, con una relación fundamental y de lo más estrecha que le garantizaba el financiamiento y la confidencialidad. Sin dejarse ver casi nunca en público, con leyendas poco amigables que lo rondaban a su paso, circulaba por la provincia el empresario Horacio Miró, un forastero que se acoplaría como un engranaje fundamental al ensayo del cordobesismo. Abogado de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), designado por Lorenzo Miguel como joven interventor de la obra social en 1985, se convirtió más tarde en dueño de constructoras y quedó a cargo del diseño de los esquemas financieros que blindaban el proyecto del gobernador. Señalado como testaferro y socio de De la Sota, Miró debutó como funcionario provincial en el mismo momento en que el Gallego asumió la gobernación. De la Sota lo ubicó en el organismo que se convertiría poco después en la Agencia Córdoba de Inversión y Financiamiento (ACIF), que sirvió para canalizar los fondos que enviaban los organismos internacionales de crédito como el Banco Interamericano de Desarrollo y el Banco Mundial. Según publicó el periodista Mariano Bergero en *La Voz del Interior*, en una de las pocas notas que se escribieron sobre Miró, todo se hizo en el marco de la ley del “Nuevo Estado”: “La gran apuesta de De la Sota que contenía la privatización de la Empresa Provincial de Energía, EPEC, y de la banca provincial, y una nueva concepción, alineada con el neoliberalismo menemista, vinculada a la reducción del Estado”.<sup>2</sup>

Reconocido dueño de la constructora Britos SA –más tarde Basaa–, Miró desempeña todavía un rol central en la fortaleza del peronismo made in Córdoba. A sus contratos de obra pública a lo largo de todo el país –como en Neuquén y Tierra del Fuego–, se le suman su nexos aceitado con el poder financiero, sus gestiones como operador político al más alto nivel, sus viajes habituales al exterior y sus relaciones personales, que van desde Marcelo Tinelli hasta su consuegro, César Milani, el altanero represor que Cristina Fernández encumbró al frente del Ejército.

El abogado y empresario Miró tiene sus oficinas en el barrio de Retiro, en el piso 12 de un edificio sobre Avenida del Libertador, pero pesa en Córdoba como en

ningún otro lado. En esas oficinas de Buenos Aires, la política acostumbra todavía a darse cita. Uno de sus primeros vínculos fue con el senador nacional y hombre de Alberto Fernández en la provincia, Carlos Caserio, que formaba parte del Consejo Asesor de la Administración Nacional del Seguro de Salud (Anssal) –más tarde parte de la Superintendencia de Servicios de Salud– en el tiempo de la desregulación de las obras sociales, cuando Miró era interventor de la UOM. Más tarde, Caserio sería ministro de Obras Públicas de De la Sota y el empresario se deslizaría hacia el rubro de la construcción. Distanciado de Schiaretti durante la campaña de 2019, Caserio no solo le abrió una puerta al futuro presidente en la esquiva tierra del antikirchnerismo –bautizada “Macrilandia” desde Buenos Aires– sino que además aportó el arte de Miró como sostén económico.

En cada decisión importante que tomó De la Sota, aparece mencionado Miró. O como protagonista o como testigo. Entre sus pocas declaraciones públicas figuran algunas que no lo ayudan a cuidar la reputación, como aquella de “Yo no soy un porteño que vino a hacer política a Córdoba para ir preso”, que le ofrendó a La Voz del Interior ante la denuncia de que una de sus empresas se había beneficiado con contratos informáticos en la provincia. Cerca del fallecido gobernador de Córdoba están los que ensayan una comparación acaso ingrata para Miró y lo ven como la versión peronista de Luis “Toto” Caputo, el exministro de Finanzas de Macri que pasó de trader del JP Morgan y el Deutsche Bank a funcionario destacado del gobierno de los CEO y responsable central del formidable endeudamiento externo durante los años amarillos.

Junto con Miró, aparece muchas veces mezclado el nombre de Guillermo Seita, el consultor y empresario de medios que es dueño de la encuestadora Management & Fit. Aunque complementarios en la construcción nacional del cordobesismo, sus roles son muy distintos. Propietario de la auditora de medios Ejes de Comunicación y de la franquicia local de la CNN, Seita es la mano derecha de Schiaretti en Buenos Aires y tiene una relación simbiótica con el gobernador que nació durante los años del cavallismo. Era su jefe de Gabinete cuando el Gringo actuaba como secretario de Industria y Comercio. Empresario, consultor, operador y asesor, Seita mantiene un perfil de lo más bajo, pero está en todos lados. Se acostumbró a pegar desde la tapa de Clarín del domingo con los sondeos de Management & Fit, la encuestadora que fundó en 2007 junto a Mariel Fornoni y Mariana Foutel. Pero, además, asesora desde la consultora Off & On Estrategia a figuras centrales del peronismo, el macrismo, las empresas y la Corte Suprema.

Aunque se conocen de memoria, comparten intereses y tienen sus oficinas en el mismo edificio del barrio de Retiro, Miró y Seita pertenecen a tribus distintas dentro de la familia del peronismo, exhiben lógicas diferentes y ocupan roles que se distinguen con claridad. Mientras uno opera en el ámbito de los medios y las relaciones políticas, el otro se encarga del financiamiento y es el dueño del vínculo con el mundo de los negocios.

En 2019, los dos ampliaron su radio de influencia y se convirtieron en vitales para la campaña de Omar Perotti, el gobernador de Santa Fe que más sintoniza con las líneas directrices del cordobesismo. Emblemas del PJ sojero, Perotti y Schiaretti comparten una idea similar del peronismo, tienen que gobernar economías parecidas, les sobran vasos comunicantes y hasta habrían podido adaptarse sin traumas a un segundo mandato de Macri.

Por su cercanía histórica con el Grupo Clarín, los leales a De la Sota siempre vieron a Seita como un quintacolumnista del holding en la provincia. Sin embargo, el consultor era la puerta que abría a una asociación redituable para todos y garantizaba un trato amable para el gobernador en los medios del grupo. Para el Gallego, era la manera de no pelearse con el multimedio que es dueño de La Voz del Interior. Así como De la Sota heredó a Seita de Schiaretti en la gobernación a partir de 2011, Schiaretti heredó a Miró de De la Sota. Ese reparto de roles y de intercambio de favores, dicen los viudos del Gallego, podía traer costos, como en aquel 2009, cuando Schiaretti quiso imponer a Eduardo Mondino como candidato a senador solo porque era un dirigente representativo de los intereses de Clarín. Pero, por lo general, formaba parte de una aritmética que sumaba en todos los frentes.

## La vuelta de la derecha

Como el inquieto Sergio Massa, aunque con intervenciones quirúrgicas y acotadas, De la Sota también apostó sobre el final a la victoria de Macri en las presidenciales de 2015. Fue la forma que encontró de saldar a su favor la interna del peronismo, una competencia que nunca pudo ganarle al cristinismo en la política nacional.

Todo sucedió de manera vertiginosa, en paralelo con el crecimiento del egresado del Cardenal Newman en las encuestas. En junio de ese año, en un mensaje que se haría viral durante los años del macrismo, De la Sota había advertido que no iba a sumarse a ningún acuerdo con Macri porque no quería que el país volviera a los años noventa. “Ya sufrimos mucho esos años, ya vimos cómo se cerraban las fábricas, cómo los chicos perdían su empleo. En Córdoba, yo tuve miles de desempleados por políticas equivocadas, después continuadas por De la Rúa con manifiesta irresponsabilidad. Además, Macri se plantea como lo nuevo. ¿Quién es lo nuevo? ¿Veinte años de la patria contratista? ¿Quién es lo nuevo, los peronistas que tiene con él? ¿[Horacio] Rodríguez Larreta, que fue funcionario de todos los gobiernos, desde Menem hasta la Alianza? ¿Eso es lo nuevo? No hay que mentirle a la gente. Hay que decir que ellos son la vuelta de la derecha”, había dicho.

Tres meses después, esa infinidad de reparos había quedado archivada. En septiembre de 2015, a poco más de un mes de las elecciones presidenciales, el líder del cordobesismo inició un fuerte proceso de acercamiento con Macri. A principios de ese mes, el periodista Santiago Fioriti reveló en Clarín que Massa, Macri y De la Sota se habían reunido por primera vez en Capital para acordar una estrategia común frente al espanto que causaba la prolongación del ciclo kirchnerista. Al día siguiente, en un hecho excepcional, el propio Macri lo desmintió sin demasiadas ganas en Twitter, algo que, según prenunciaba Fioriti en la primera línea de su nota, era previsible: la difusión de una alianza entre supuestos competidores, antes de tiempo, podría ser contraproducente para el objetivo final. El día anterior, el periodista había recibido pedidos, súplicas y presiones de fuentes ligadas a Massa y De la Sota para que no publicara la información. Aunque ese mismo día los miembros de UNA (Unidos por una

Nueva Alternativa) salieron a negar la reunión a través de la pantalla amiga de América TV, todos sus movimientos posteriores ratificaron que el entendimiento existía y era firme.

El gobernador iría más allá de lo esperado. Primero, con una visita a Joaquín Morales Solá en TN para reconocer que se había reunido con el candidato de Cambiemos. “Tomé un café con Mauricio. Tengo respeto por Macri. Hablamos permanentemente. Nos une que queremos un país sin odio. Es lo que pide el papa Francisco”, afirmó. La táctica elegida era similar a la de Massa, con mensajes que no eran tanto a favor de Macri, sino en contra de su rival y de su gran electora: “Scioli no representa ningún cambio. La verdad que Daniel no sería un buen presidente. Porque no es líder dentro del partido político que lo propone. Y hemos tenido mala experiencia en casos similares. La candidatura es fruto del dedo de la presidenta. Si Scioli gana... ¿dónde va a estar el poder? ¿En la Casa Rosada o en el lugar donde viva Cristina Kirchner?”. Dominado por el rencor, De la Sota afirmaba que el gobierno era “chavista, no peronista” y que la presidenta no era parte de la solución, sino del problema de la Argentina.

Era el primer paso de un camino elocuente. Vendrían otros, a medida que la definición electoral se acercara, que incluirían opiniones de las que, según dicen ahora algunos que formaron parte de su entorno, De la Sota se arrepintió. Fue entre la primera y la segunda vuelta cuando afirmó que Macri iba a ganar la elección presidencial y se iba a convertir en el nuevo presidente.

El mensaje final llegó dos semanas antes del balotaje, cuando volvió a pronunciarse de manera no tan elíptica contra la continuidad con cambios que decía encarnar Scioli, en una carta a la militancia.

Los fanatismos solo destruyen. Por eso no entiendo a quienes desde el gobierno nacional siembran el odio, el resentimiento y la división entre los argentinos. [...] Recordemos que ninguno de estos candidatos es peronista. Uno es de Cambiemos y el otro es del Frente para la Victoria, que perjudicó a nuestra Córdoba gravemente durante los últimos ocho años, como lo ha reconocido la Auditoría General de la Nación en su último informe. [...] Compañeros, ustedes bien saben que la impunidad, la corrupción, la discriminación, la violencia y el maltrato no son cosas que los peronistas debamos tolerar y menos apañar porque algunos digan que el kirchnerismo es peronismo. Es por ello que les pido que

voten en libertad y a conciencia por lo que consideren mejor para ustedes, sus familias, nuestra provincia y nuestro país.

Por ese entonces, el exembajador de Menem en Brasil recibiría un ofrecimiento personal de Macri. Antes de pensar en Susana Malcorra, el futuro presidente había soñado con la posibilidad de convertir a De la Sota en su canciller. Para el todavía gobernador era demasiado ofrendarse así para un gobierno que no solo no era peronista, sino que tenía en la base de su fortaleza el gen indestructible del antiperonismo. Su aporte ya estaba hecho.

Las declaraciones públicas del Gallego a favor del cambio que el ascendente Macri promocionaba con el apoyo del Círculo Rojo y la anuencia de un sector creciente de la sociedad representaban un salto olímpico en la trayectoria reciente del sobreviviente de la Renovación. Ese giro repentino tuvo su correlato, puertas adentro del círculo íntimo de De la Sota, cuando su hija Natalia le planteó el tema en una de las reuniones que tuvieron en la oficina de Córdoba capital.

–Papá, nosotros vamos a votarlo a Scioli, no lo vamos a votar a Macri –le dijo.

–Yo no voy a apoyar al tipo que me negó asistencia y me quiso incendiar la provincia. Si no, los cordobeses van a decir que soy cómplice del gobierno nacional –respondió el gobernador.

Se refería a Carlos Zannini, el histórico secretario de Legal y Técnica de los Kirchner que CFK había designado como compañero de fórmula de Scioli a quien responsabilizaba tanto por la coparticipación que la nación le negó durante doce años al distrito como por la sublevación policial que terminó en saqueos y sin asistencia federal, en diciembre de 2013.

Ya todos los puentes habían sido detonados después de algunos movimientos frustrados, y de aquel divorcio decisivo entre dos familias disimiles del peronismo hoy no quedan padres. En Córdoba, aseguran que el Gallego había habilitado a los voluntarios que intentaban mediar en su nombre ante el cristinismo. Un empresario de su máxima confianza había ido a ver a Zannini para pedirle que tuviera otra actitud con la provincia y decirle que no podía conspirar contra el lugar en el que había nacido. La respuesta recibida, afirman todavía cerca del exgobernador, había sido la partida de defunción de cualquier

acuerdo: “Yo no soy cordobés, soy de Santa Cruz”. Es posible que ese empresario haya sido el propio Miró, de buen vínculo con sectores del Frente para la Victoria que tenían llegada al entonces secretario de Legal y Técnica. El rencor era mutuo.

Es más que probable que, después de haber padecido demasiado tiempo las consecuencias del enfrentamiento del kirchnerismo con la provincia, los cordobeses ya tuvieran definido su voto a favor de Macri. Sin embargo, De la Sota era un dirigente de indudable ascendencia social y su pronunciamiento público favoreció las chances del macrismo hacia la segunda vuelta.

En una Córdoba impenetrable para el cristinismo, el candidato de Cambiemos obtuvo el 71% de los votos en el balotaje, sacó cuarenta y tres puntos de ventaja sobre Scioli y la provincia resultó decisiva para su triunfo presidencial. También lo fue, por supuesto, la victoria de María Eugenia Vidal en la provincia de Buenos Aires ante un postulante soñado por los estrategas del no peronismo más intenso: Aníbal Fernández.

## El sello de Socma

La derrota del kirchnerismo, primero, y la muerte de De la Sota, después, pusieron a prueba como nunca el experimento del cordobesismo. Con el aterrizaje de Macri en la Casa Rosada, la confrontación con el poder central quedó de lado y la balanza de dos socios diferentes con peso equivalente quedó desequilibrada para siempre.

A partir de su entusiasmo militante y su relación antigua con el clan presidencial, Schiaretti se subiría rápido al tren de la alegría que proponía Cambiemos como antídoto para dejar atrás el largo ciclo kirchnerista. El gobernador de Córdoba era el emblema viviente de un peronismo ejecutivo que no se distinguía de las líneas directrices que garabateaba el nuevo presidente para el país del futuro. La economía de su provincia, la ideología de su sociedad y el modo de ejercer el poder lo depositaban en los jardines de la residencia de Olivos como un oficialista más.

Zigzagueante y camaleónico, Schiaretti había sellado un pacto de sangre con Franco Macri en un momento difícil de su vida. Durante su exilio en Brasil, el patriarca fundador de Socma lo había protegido en la filial de Fiat, al otro lado de la frontera. En Belo Horizonte, el contador Schiaretti había ingresado como asistente administrativo y había llegado a ser vicedirector administrativo de Fiat Automóveis SA. No era una excepción personal sino parte de una política general del fundador del imperio familiar, que había incluido –según él mismo admitió– negociaciones con la cúpula militar para salvar o refugiar a otros peronistas como Carlos Grosso, José Octavio Bordón y Miguel Ángel Toma.

En los años noventa, aquel lazo sobre la base de intereses comunes encontraría una nueva oportunidad para ser honrado. Franco Macri seguía al frente de Sevel, su hijo era un directivo ascendente y Schiaretti era el secretario de Industria y Comercio de Cavallo cuando diseñaron juntos el acuerdo automotriz con Brasil –todavía vigente– que benefició al sector en general y a la empresa de los Macri en particular.

A esa historia densa de antecedentes se sumaba, en el 2015 de la oportunidad



histórica, la posibilidad de una alianza funcional para unos y otros. Para el hijo de Franco, la chance de contar con el gobernador más importante del peronismo –en lo político y en lo territorial– como aval para la nueva etapa. Para Schiaretti, la chance de obtener beneficios en una provincia que venía de un ciclo extenso de postergaciones por parte del poder central y reclamaba una deuda de la Caja de Jubilaciones que ya por entonces era de 1000 millones de pesos.

A poco de andar, sin embargo, aparecieron los problemas. La devaluación, los aumentos de tarifas y la destrucción del empleo comenzaron a generar malestar en De la Sota. El fundador del cordobesismo había entrado en una fase prolongada de silencio y parecía invalidado para objetar el presente, después de haber hecho campaña contra el pasado. De buena relación con Emilio Monzó y Rogelio Frigerio, el Gallego sentía animadversión hacia Marcos Peña y, ya a mediados de 2016, comenzaba a plantearle a su entorno que el modelo económico de Macri tenía peligrosas coincidencias con el de José Alfredo Martínez de Hoz. Indignante para las almas sensibles del macrismo republicano, la comparación se haría pública en boca de Roberto Lavagna unos meses más tarde. En noviembre de 2016, cuando el ingeniero llevaba casi un año de gobierno y el acompañamiento de las grandes empresas de comunicación era abrumador, el exministro de Economía afirmó en una entrevista radial:

Lentamente nos hemos ido deslizando como país y como gobierno hacia una política que ya vivimos. La tuvimos con los militares y en los noventa y no genera desarrollo. En lo personal, no creo que políticas con tasas de interés muy altas, un dólar planchado que quita competitividad al país, tendencia de salarios a la baja combinada con baja ocupación y un alto endeudamiento sea el programa económico adecuado. Se parece a la combinación de los setenta y los noventa, con falta de competitividad por el dólar, una masa salarial débil y la búsqueda de endeudamiento para tirar para adelante, que después no termina generando lo que uno espera de un modelo económico.

Calcado era el razonamiento que hacía en privado el exgobernador de Córdoba, un viejo aliado suyo. Por ese entonces, Schiaretti figuraba como un ejemplo de gobernante y el massismo –al que De la Sota y Lavagna habían tributado hasta hacía unos meses– seguía acompañando en el Congreso las leyes que necesitaba

el presidente.

Las elecciones legislativas de 2017 llevarían a Cambiemos a consagrarse en las urnas y a dar la impresión de ser bastante más que un gobierno efímero. Pese al alineamiento del gobernador con la Rosada, Córdoba sería uno de los distritos en los que la fuerza de Macri se impondría por encima del peronismo local. Con fama de imbatible, Peña decía desde Balcarce 50 que el oficialismo era un “nuevo animal político”, capaz de despedazar a cualquier rival y con fuerza suficiente para arrebatarse el poder al PJ en todo el país. No se distinguían diferencias, desde Cristina Kirchner en la provincia de Buenos Aires hasta Juan Manuel Urtubey en Salta, todos eran víctimas potenciales. Schiaretti también, que perdió por dieciocho puntos con Martín Llaryora –su candidato y entonces vicegobernador– frente al exárbitro Héctor Baldassi. Hasta el cordobesismo parecía en peligro.

Eran pocos los que podían advertir que 2018 no sería el año del relanzamiento prometido sino el de las tormentas, las devaluaciones, los ajustes y las pesadillas. Arrastrado por la crisis, víctima de su dogmatismo ideológico y estéril ante el gobierno pleno de los mercados, el egresado del Newman iniciaría una temporada negra, con la mayor parte de la sociedad como rehén. Los trastornos en la economía y la fragilidad del gobierno impactarían también en Córdoba. Lejos del puerto de Buenos Aires, el glaciar del cordobesismo empezaría a hacer oír el estruendo de sus primeros rompimientos. Mientras De la Sota elegiría el estricto perfil bajo para iniciar el camino de regreso hacia la unidad grande del PJ, Schiaretti permanecería en la superficie como el socio principal del presidente para la gobernabilidad.

Así como había sido capaz de adaptarse al kirchnerismo desde la provincia que más lo aborrecía y de llevarse mejor con el cristinismo –con sus funcionarios, sus socios y su cotillón simbólico– que el propio De la Sota, el Gringo era apto para abrazarse a Macri hasta el final con el argumento de la responsabilidad.

El gobernador no solo respaldó el vía crucis del déficit cero que el ingeniero firmó con Christine Lagarde y el Fondo Monetario Internacional. Además, obstaculizó con disciplina cada uno de los intentos del peronismo no kirchnerista por reagruparse con miras a 2019. Las reuniones en el histórico Consejo Federal de Inversiones, el viejo edificio en el que Néstor Kirchner, Rubén Marín y Jorge Busti se habían lucido a fines de los años noventa para discutirle el poder a Menem, esta vez no definieron nada importante. A la intención de Juan Manzur

de reunir allí a aliados suyos como Massa, Miguel Ángel Pichetto y el sector de la CGT que orientaba el sindicalista Héctor Daer, Schiaretti le respondía siempre que no había lugar para diletantes en los encuentros de gobernadores. Inflexible en su ortodoxia, el veterano Schiaretti rompía el molde. Era la figura de mayor ascendencia en el lote de gobernadores jóvenes que sintonizaban con el norte de Cambiemos y seguían huyendo del kirchnerismo. Su mensaje coincidía con el de Urtubey, de Salta; Domingo Peppo, de Chaco; Gustavo Bordet, de Entre Ríos; Sergio Uñac, de San Juan; y otros provinciales como Hugo Passalacqua, de Misiones, u Omar Gutiérrez, de Neuquén. Eran los gobernadores no macristas que se paraban al filo del oficialismo y aparecían moldeados por una tijera de la modernización que remitía a los años noventa. Sin titubear, mandaron a votar la reforma previsional que alumbró el principio del fin para las ínfulas del reformismo permanente.

Schiaretti era el líder de ese espacio difuso y se situaba en el extremo opuesto al del Consejo de Ancianos que se indigestaba ante la administración Macri: el pampeano Carlos Verna, el formoseño Gildo Insfrán, el puntano Alberto Rodríguez Saá y la santacruceña Alicia Kirchner. Cuando la tensión con los gobernadores crecía, el cordobés solía cortarse solo con escapadas individuales a la residencia de Olivos y hasta mensajes de apoyo al gobierno grabados desde la quinta presidencial, como cuando se avanzó con la rebaja de ingresos brutos, un impuesto que Macri y las empresas detestaban pero los mandatarios provinciales consideraban vital para la recaudación en plena era del ajuste.

La confianza de Schiaretti con Macri era tanta que hasta lograba penetrar en la discusión más chica del oficialismo. Su prédica en contra de los subsidios al transporte y la electricidad, que beneficiaban a Vidal y Horacio Rodríguez Larreta, terminó con la decisión del team leader de Cambiemos de transferir ese costo a la provincia de Buenos Aires y a la ciudad, algo que para la entonces gobernadora representó un hachazo de 35.000 millones de pesos, equivalente a la mitad del Fondo del Conurbano que había recuperado durante su luna de miel con el egresado del Newman. La frase que el gobernador de Córdoba repetía ante el gobierno y la oposición, “Estoy cansado de que hagan obras en Morón con lo que me sacan a mí en Salsipuedes”, había logrado su cometido. A ojos del presidente, con casi 70 años y cuatro décadas de política, Schiaretti estaba a la cabeza de lo nuevo. O, lo que era lo mismo, en línea recta con su pensamiento promercado.

Esa afinidad no era un secreto: podía contarse en la saga permanente de visitas

que el presidente hacía a la Córdoba del PJ. Más de veinte veces en cuatro años –por lo menos quince con el gobernador como anfitrión–, el ingeniero aterrizó en la provincia que más satisfacciones le dio. La sintonía fina no se restringía a la utilidad del peronista Schiaretti en el mapa nacional que gobernaba Cambiemos. También en la provincia, donde el oficialismo amarillo se dividía en tres facciones, el Gringo resultaba funcional al orden que pregonaba Macri. A Cambiemos le sobraban candidatos con altas pretensiones, demasiado marketing y votos insuficientes. Baldassi, Juez, Ramón Mestre –apadrinado por el demandante Enrique Nosiglia–, Mario Negri y el subalterno Oscar Aguad, todos por distintas razones, estaban lejos de brindar las garantías que ofrecía el titular a cargo del cordobesismo. Esa garantía era Schiaretti, un político perfectamente compatible con la ilusión de Macri: acceder a un segundo mandato nacional para demostrar que la película de terror que se había proyectado desde la Casa Rosada en 2018 y 2019 era un resultado equívoco e imprevisto que no iba a repetirse.

## Unidad hasta que duela

Socio permanente de un monstruo de dos caras, De la Sota estaba en otra frecuencia. Cuando la muerte lo sorprendió en la ruta 36, el 15 de septiembre de 2018, el exgobernador llevaba ya varios meses convencido de que la única salida para el peronismo dividido era iniciar un proceso de unidad generalizada y trabajaba por eso, sin abandonar su estricto perfil bajo. El nombre del programa de televisión que estaba a punto de comenzar en Crónica TV era más que una carta de intención: Tender puentes. Su ambición seguía siendo la misma que tantas veces había visto frustrarse, llegar a ser presidente de la nación, pero esta vez había una diferencia: estaba convencido de la necesidad de confluir en una alianza amplia que incluyera a Cristina Fernández. Evitar que el peronismo siguiera dividido era la única forma, lo repetía ante los más incrédulos, de ganarle a Cambiemos e impedir que la crisis se siguiera profundizando. Cada uno de sus pasos era parte de una autocrítica que no hacía pública. Su pensamiento coincidía con el de José Luis Gioja, el sobreviviente de San Juan que había logrado convertirse en el abanderado público de la unidad desde las paredes frías del viejo edificio del PJ en la calle Matheu. También con el de otros veteranos como Felipe Solá que, después de una década de tensión y distancia con el kirchnerismo, habían decidido fugar de la angosta avenida del medio en busca de una convergencia. Desvelado por hacer pie en la provincia de Buenos Aires, el cordobés pensaba en algún tipo de entendimiento con el diputado nacional y estaba cerca de intendentes del conurbano, como Gustavo Menéndez y Verónica Magario, a los que había llegado a través de Gioja. Todo era producto del espanto que había generado Macri en menos de tres años de gobierno.

Como Solá, De la Sota también apostaba a que Cristina no fuera candidata y designara un delegado, pero estaba dispuesto a todo: incluso a enfrentarla en una gran PASO peronista en la que aparecía con claras posibilidades de ser derrotado. El Gallego hablaba de una “interna de resurrección” en la que todas las vertientes del peronismo se unieran contra Cambiemos, una instancia política comparable a la que él mismo había protagonizado tres décadas atrás cuando enfrentó a Menem como compañero de fórmula de Cafiero. Pese a que podía volver a perder como en aquel 1989, el exgobernador convocaba a un “gesto de grandeza” y se conformaba con ser parte de un sistema que le devolviera el

gobierno al PJ. Decía que el peronismo rubio –tildado de “racional” en los medios de comunicación– no existía ni tenía chances de prosperar en la Argentina, menos aún con Macri en la presidencia.

Pese a sus choques permanentes con el cristinismo durante doce años, De la Sota había hecho en tiempo récord un camino similar y paralelo al de uno de sus aliados históricos, Hugo Moyano, que después de enfrentarse mal con CFK en su último mandato, estaba también de regreso en las cercanías de la expresidenta. Pero en su giro había influido Jorge Bergoglio, una figura clave con la que tenía una relación estrecha, aunque no publicitada. De la Sota viajaba más de una vez por año a la residencia Santa Marta para reunirse con el papa y había llegado incluso a pasar su cumpleaños –el último, el 28 de noviembre de 2017– en el Vaticano, invitado por Francisco. Ya entonces los visitantes de la residencia Santa Marta volvían convencidos: el jesuita también proclamaba la necesidad de la unidad en el panperonismo.

Massa, en cambio, permanecía zigzagueante y con mensajes ambivalentes. El socio principal que De la Sota había tenido en los últimos dos años ya especulaba con la posibilidad de una confluencia con el kirchnerismo, pero lo negaba una y mil veces, como parte de esa política indescifrable de alianzas en la que nada estaba descartado.

Vía De la Sota, la chance de que el peronismo de Córdoba se sumara a la unidad le daba una musculatura inédita al ejercicio de la confluencia y le permitía a la oposición soñar con recuperar un territorio impenetrable. Para el cordobesismo del Gallego, superar los límites de la provincia con un proyecto de poder nacional también era una materia que llevaba demasiado tiempo en la categoría de lo pendiente.

Sabedores del sendero que iniciaba el exgobernador, el macrismo y el peronismo del medio repetían la misma explicación: De la Sota estaba comprometido judicialmente por la construcción de un gasoducto en el marco de la causa Odebrecht y eso –no el criterio de un político de raza– explicaba su giro hacia la unidad.

El proceso de acercamiento de De la Sota con el kirchnerismo había incluido además el encuentro fortuito con un operador por entonces menor, que también proclamaba que sin Cristina no se podía. Con Alberto Fernández habían limado algunas asperezas en las mesas de Patio Bullrich.

Sin embargo, el puente principal con Cristina había sido su hija, Natalia de la Sota, la misma que en 2015 había planteado su postura de apoyar a Scioli frente a Macri. A través de la diputada camporista Gabriela Estévez, la concejala de Córdoba había tenido dos reuniones con Máximo Kirchner, antes de que el propio De la Sota se encontrara con el jefe de La Cámpora. El exgobernador, su hija y Cristina Kirchner comieron finalmente en 2018 en el departamento de la entonces senadora en Recoleta, en un encuentro que se decidió mantener en secreto. La despedida de la expresidenta al exgobernador, en septiembre de ese año y a través de las redes sociales, no deja lugar a dudas: otro vínculo había nacido. Aunque quizá tarde.

## Un solo accionista

La muerte de De la Sota conmocionó a gran parte de la dirigencia nacional que lo acompañaba en su intento de lograr la unidad, consagró a Schiaretti como líder único y sin contrapeso y dejó huérfana a la mayor parte del peronismo de Córdoba. Los dirigentes del PJ de la provincia afirman que el 80% del peronismo seguía siendo entonces delasotista. El Gringo era su socio esencial y el responsable de la relación con la administración central desde la gobernación, pero su perfil era más técnico y menos político que el del Gallego. Era considerado un gran gestor y un administrador de indudable capacidad, pero – todos lo sabían– nunca se había dedicado a armar su propia estructura política. Eso corría por cuenta de De la Sota.

El cordobesismo quedó rengo y su mapa de posibilidades encogió como nunca. Sin embargo, su papel preponderante se incrementó de cara al año electoral. La viabilidad del sello de Alternativa Federal dependía por completo de las elecciones en Córdoba que Schiaretti se había apurado en adelantar para despegarse de la disputa nacional. Para los promotores de ese tercer espacio que soñaba con beneficiarse de la crisis del macrismo, el 12 de mayo asomaba como la fecha bisagra que podía abrir las compuertas de un proceso inédito de crecimiento para el PJ antikirchnerista. Pichetto era entonces el principal creyente –quizás el único– en las chances de prosperar que tenía ese intento.

Abrumador como se esperaba que fuera, el triunfo de Schiaretti debía ser la punta de lanza nacional para el peronismo del medio. Flotaba por esos días la posibilidad de una PASO presidencial entre Lavagna y Massa, dos vedets de la avenida del medio que se enfrentaban por un cartel cada vez más chico.

Pichetto estaba convencido de que tarde o temprano el exministro de Economía aceptaría ir a una competencia interna y, según decían en Córdoba, Lavagna había arreglado directamente con Seita ir a una PASO con el exintendente de Tigre. Pero el economista de las sandalias eligió Radio Continental para salir a decir una mañana de abril que tenía un proyecto distinto al de Massa, y el precario entendimiento se vino abajo en un segundo. Sin hacerlo público, ese mismo día en Córdoba enterraron al peronismo del medio como alternativa de



poder.

Más previsible que sorprendente, la Casa Rosada también apostaba a que la victoria del gobernador la beneficiaría. Dos semanas antes de las elecciones, Macri llamó por teléfono al asesor porteño de Schiaretti y le pidió que se reuniera con Marcos Peña, su principal detractor en el núcleo duro del macrismo. También el empresario Alejandro Macfarlane representaba al presidente en ese tipo de encuentros. Seita no solo había asesorado al egresado del Newman en 2015 sino que además seguía trabajando para Rodríguez Larreta y Vidal. En las reuniones de la mesa chica del PRO, era Larreta el que más había presionado para que el exsecretario de Medios de Menem retornara al circuito de afinidad del oficialismo nacional o, al menos, dejara de amagar con patear en contra.

El 12 de mayo llegó, Schiaretti arrasó y nada de lo que anunciaban los voceros del Círculo Rojo sucedió. En los días previos a las elecciones, el PJ federal vio frustrado su intento de acoplarse para hacer un festejo nacional; la dirigencia que preparaba las valijas para viajar a Córdoba recibió un mensaje contundente por parte del gobernador y sus funcionarios: “No vengán. Es una elección provincial”. Algunos que desoyeron la consigna tuvieron que moverse en el más absoluto perfil bajo y no pudieron subir al escenario de la victoria más importante. Durante el día, la sensación en el peronismo antikirchnerista que había viajado a la provincia provocaba extrañamiento y era generalizada: Schiaretti no quería ganar por tanto ni rescatar al PJ del medio de la esfera de lo testimonial de cara a las presidenciales. Por eso, decidió alambrar su distrito e impidió que los dirigentes nacionales se infiltraran en la fiesta del cordobesismo.

Por la diferencia abrumadora o por el operativo cerrojo, la decisión fue cerrar el escrutinio antes de tiempo y no esperar a que la distancia con el radical Negri se siguiera ampliando: más tarde se sabría que el gobernador había sido reelecto con más del 57% de los votos. Esa tarde, en el búnker del peronismo cordobés se vivían dos realidades. Mientras Llaroyora experimentaba la adrenalina de una elección que lograba el imposible de arrebatarles la ciudad capital a los radicales, Schiaretti y Miró se asustaban de un triunfo que los obligaba a un pronunciamiento nacional que preferían evitar. La crisis entre las facciones de la UCR y el parecido del gobernador con el presidente lo habían depositado a las puertas de una victoria descomunal en un territorio que seguía convencido de las virtudes de Macri como antídoto ante el populismo. El nerviosismo era percibido con nitidez por los extranjeros que habían volado a Córdoba. Al día siguiente, quedaría todo mucho más claro. En lugar de convocar a una alternativa nacional

que rompiera la polarización, tal como esperaban Pichetto, Lavagna y Urtubey, Schiaretti saldría a despegarse del papel de macho alfa del peronismo y se prepararía para irse, literalmente, de vacaciones. No solo quedaba archivada la fantasía de algunos entusiastas que rondaban las mesas del establishment: que el Gringo, con cuatro stents, se animara a una disputa nacional como candidato. Además, era sepultado el sueño de un peronismo moderado, racional y vigoroso con eje en el centro del país.

Seis días después, CFK anunciaría la candidatura presidencial de Fernández y el efecto Córdoba quedaría consumido en tiempo récord. La victoria de Schiaretti no había sido la señal de largada para el lanzamiento del PJ federal: al contrario, había sido el momento preciso elegido por la expresidenta para dar su giro al centro y alterar por completo la ecuación electoral en las presidenciales más peleadas desde el regreso de la democracia. De cara a las PASO y a las generales, Schiaretti conservaría su prescindencia y recibiría a todos los candidatos del peronismo. Pero Miró y Roberto Urquía, los dos empresarios más poderosos de la provincia, apostarían sus acciones a la victoria de Fernández. El cordobesismo seguiría siendo un fenómeno excepcional: vigoroso y efectivo, pero irremediablemente acotado a su territorio de origen.

[2 M. Bergero, “Horacio Miró, el poderoso hombre en las sombras”, La Voz del Interior, 21/12/2014, disponible en <www.lavoz.com.ar>.](http://www.lavoz.com.ar)

## **9. José Luis Manzano:**

**“La Argentina es un milagro de la ciencia política”**





José Luis Manzano, 23 de septiembre de 2011.

Es un mito ingobernable con los genes del PJ. Dejó la política hace más de un cuarto de siglo, pero sigue en el poder. Es la expresión más alta de una generación ambiciosa que se agotó rápido en la primera línea de fuego de la frustración democrática y se recicló después en el mundo de los negocios. José Luis Manzano carga con un nombre que lo invalida para asomar la cabeza en el living de la moral televisada, pero le permite estar detrás de cámara, encima del tablero de control donde se toman las decisiones. Peronista, como se sigue diciendo, conoce a Cristina Fernández de Kirchner desde la década del noventa y apuesta por un período largo de gobierno para Alberto Fernández, sin dejar de apañar nunca el proyecto prematuro de Sergio Massa. Se ubica en el lote de los empresarios que, por su historia personal, por astucia o por algo que él emparenta con la convicción, nunca apostaron el cien por ciento de sus acciones a la aventura de Mauricio Macri.

A fines de 2020, justo en el Día de los Inocentes, Manzano sorprendió con una jugada de altísimo voltaje. En plena discusión por un aumento de tarifas que el gobierno buscaba dosificar al máximo en el año electoral, se quedó con Edenor, la distribuidora eléctrica más grande de la Argentina, en una operación que enseguida se hizo acreedora de cuestionamientos y sospechas. Le compró la compañía a Marcelo Mindlin, uno de los empresarios más poderosos del país, dueño de Pampa Energía, accionista de Transener, con inversiones en Vaca Muerta y relación con casi todo el sistema político. Junto con Daniel Vila, el exministro de Interior de Carlos Menem armó un consorcio que contó con la participación de Mauricio Filiberti y de Global Income Fund Limited, un fondo constituido en Bahamas en 2018 que tiene como titular al ex Bank of America Ricardo Beroiza Contreras, un ingeniero chileno que ya era socio suyo en la distribuidora de luz de Mendoza.

Su poder de fuego quedó a la vista y, aunque él prefiera minimizarlo, en torno suyo se cuentan leyendas de las más disímiles para explicar su fortuna. En el tiempo quedó su sociedad inicial con el rabioso cubano anticastrista Jorge Mas Canosa. Hoy sus relaciones son múltiples, y así como está ligado a fondos de inversión estadounidenses, también oficia de lazarillo de los chinos.

Antes de que el covid-19 se extendiera en los cinco continentes, Manzano vivía arriba de los aviones. Un día en Ginebra, otro en Nueva York, otro en Londres y otro en Buenos Aires, lograr el contacto pleno con él era casi un milagro. Aparecía de a ratos con respuestas fugaces y volvía después al plano de lo

inasible, donde se acostumbró a vivir de manera más que redituable.

Optimista por la coalición de gobierno que logró armar el panperonismo, el mendocino que fue parte de la Renovación Peronista y cayó temprano consumido en la saga de la corrupción menemista se exhibe confiado en la capacidad de Fernández como “desarmador de bombas” y remarca que el peronismo siempre tuvo un componente fuerte de centroizquierda. Pero lo que más lo conmueve es la sorprendente legitimidad que demuestra el sistema político en el país del que se vayan todos y el continente de las convulsiones recurrentes. “Argentina podría haber sido bronca, veredas rotas, fuego en las calles, pero es un milagro de la ciencia política. Los que estuvimos en el 83 deberíamos sentirnos orgullosos”, dice, casi reclamando derechos de autor.

La entrevista es al mediodía, en el bar de uno de los hoteles más caros de Buenos Aires. Tiene lugar apenas iniciado el gobierno del Frente de Todos y continúa después por vía telefónica.

**–Mientras las empresas extranjeras se van del país, usted y sus socios deciden invertir. ¿Por qué decidió comprar Edenor? ¿Piensa que es un buen momento para invertir en la Argentina o el precio de la empresa es el que justificaba la operación?**

–Siempre es un buen momento para invertir en la Argentina, estamos en el sector energético hace catorce años y esta es una buena oportunidad de crecimiento. Creemos en la Argentina.

**–¿Cuál es la apuesta del grupo en energía?**

–Tenemos inversiones en petróleo y gas, generación y distribución eléctrica, distribución de gas, litio y uranio.



**–Usted es un empresario del peronismo que apoya al gobierno. Conoce a Cristina, a Massa y a los dirigentes de La Cámpora. Muchos críticos de la operación dicen que hubo impulso del gobierno para que se concretara. ¿Qué responde?**

–Que no hubo ninguna intervención política. Me llamó Marcelo Mindlin directamente. Al gobierno le informamos cuando ya estaba cerrada la operación. Todavía falta la revisión del ENRE y la aprobación por el organismo.

**–¿Cuál es su expectativa en cuanto al aumento de tarifas que demandan las distribuidoras? ¿Las distribuidoras necesitan un aumento importante en 2021 o se acostumbraron a financiarse con la deuda que mantienen con la Compañía Administradora del Mercado Mayorista Eléctrico (Cammesa)?**

Hay que trabajar con el regulador con conciencia de que los hogares humildes y las pymes están padeciendo aún con la pandemia. Lo que se haga en materia de tarifas será una decisión del gobierno. Nosotros vamos a entregar la información técnica que se nos solicite pero la decisión es del gobierno, que balanceará el mantenimiento del servicio y cuidar la economía de los hogares y de las pymes.

**–¿En qué se diferencia el gobierno de los Fernández de ensayos anteriores del peronismo en el poder?**

–Acá hay una construcción de unidad previa, de unidad en la diversidad. Es una coalición del peronismo, algunos sectores de izquierda y sectores productivos. Hay una unidad del peronismo para llegar al gobierno y con una idea de qué hacer.

**–¿Una idea en común?**

–Sí. La aparición de Néstor fue súbita. Era candidato De la Sota, la candidatura no cuajaba, apareció Néstor contra dos candidatos peronistas más, llegó al gobierno y desde ahí tuvo que construir un liderazgo. No hubo una construcción de coalición previa ni un programa común previo. Fue sorpresivo, era un tapado. Esto es una construcción de unidad previa y creo que nadie se puede sorprender. Es una coalición peronista de centroizquierda, muy distante, en las antípodas, del gobierno de Macri.

**–Con Macri enfrente, ¿el peronismo estaba obligado a construir una alternativa de centroizquierda, como usted dice?**

–No, yo creo que eso fue por la situación social. Si no se hubiera construido una coalición de centroizquierda que expresara las demandas de la gente, el corte hubiera sido horizontal. Se iba el sistema político para un lado y la gente para el otro. Acá la gente se vinculó al sistema político porque hubo una alternativa que decía “vamos a defender lo tuyo”, y la gente confió. Todo el mundo se está cortando horizontal. Acá hay brecha, pero una brecha vertical. Los de muy abajo miran a la cabeza del Estado y se sienten representados. Es un milagro de la ciencia política.

**–Más con el antecedente de 2001.**

–Claro, pero acá es la cohesión de la base social que está expresada en esta coalición, que son el grueso de los trabajadores asalariados, desocupados, gente de la economía informal, pymes y los industriales nacionales excluidos del modelo financiero de Macri: todos esos miran al Estado esperando liderazgo. Es una reconstrucción que parece de hace cuarenta o cincuenta años. A eso te llevaron los cuatro años de Macri. Si los cuatro años de Macri no hubieran sido

tan desastrosos, alguien hubiera pensado en una coalición más de estilo socialdemócrata, mirando la experiencia de Pedro Sánchez o de Portugal. Acá, puro y duro: asalariados, desocupados, pobres, y después, bueno, la capacidad en eso más de Cristina de atraer la diversidad del movimiento feminista, el movimiento LGTB, porque el gobierno anterior era muy excluyente.

**–¿Cree que hubiera habido una chance para el peronismo prolijo sin ese fracaso de Macri?**

–Claro, hubiera habido una chance para el peronismo del medio. Pero cuando el problema es el hambre, la desocupación y el riesgo de fractura social, lo prioritario no es la prolijidad o la construcción de la socialdemocracia. Es poner pan en la mesa. Este es un país donde la gente ha salido a la calle, ahora, a expresar sus preferencias y apoyar a sus líderes políticos. Los que fueron con Macri y los que fueron al festejo de Alberto y Cristina. Pensá que en otros países salen a romper vidrieras y a putear. El sistema político, la capacidad de contener que ha expresado, es impresionante. Los que estuvimos en el 83 deberíamos sentirnos orgullosos. Todo lo canalizó la política, el 80% de la gente fue a votar.

**–Suele decirse que el macrismo y el kirchnerismo son los hijos políticos de 2001.**

–Yo no sé si el kirchnerismo es eso. El peronismo siempre ha tenido un componente fuerte de centroizquierda. La nueva situación demográfica y el fracaso económico, el hecho de que cada vez hay más pobres y la exclusión golpea más en los jóvenes y los niños... todo eso es la base social para un peronismo de centroizquierda, muy mirando las necesidades de la gente. No es que el peronismo se fue para atrás. El país se fue para atrás. Si vos hablás con gente que tiene comedores, te puede contar cuánto aumentó la cantidad de gente en los últimos años.

**–¿Está en contacto con esa gente?**

–Conozco unos cuantos, sobre todo movimientos sociales y algunas ONG no políticas en Rosario; tenemos contactos por La Capital en Rosario y también en Mendoza. Les aumentó muchísimo la cantidad de chicos y de padres de familia.

**–Se dice que es la primera vez que llega el peronismo al poder con la bomba a punto de estallar. A diferencia de cómo llegó Duhalde o cómo llegó Menem.**

–La bomba estalló. Yo creo que lo malo de un sistema con elecciones tan abiertas fue lo bueno. Que hubiera tantos meses electorales mantuvo la expectativa sobre la elección. Perdimos 28.000 millones de dólares de reservas, tuvo costo...

**–Se las gastó Macri.**

–Se las gastó Macri y el país las perdió. Pero la atención y la expectativa de cambio se fueron sobre la política. Con esos niveles de desocupación y pobreza, tendríamos que haber tenido lo de Chile y Ecuador. No tuvimos lo de Chile y Ecuador porque el clima electoral empezó temprano, al principio del año. Todo 2019 la gente fue mordiendo el freno a esperar la elección, y el acto catártico fue la elección, ganar en primera vuelta.

**–¿No está el peronismo ante un desafío inédito, una bomba a punto de estallar: la deuda, la pobreza, la inflación?**

–En eso, Alberto es un buen desarmador de bombas. Es muy buena tu metáfora. Es paciente, es de dialogar. La foto de él en el Four Seasons con los empresarios de AEA, que algunos prefirieron criticar... Yo no soy amigo, no me gusta esa expresión del empresariado argentino, pero sin embargo él está haciendo su trabajo.

**–¿Por qué?**

–Porque él tiene que tratar de atraer a todos los argentinos sobre un programa de reconstrucción económica y de inclusión y darles a todos la oportunidad de participar. Lo está haciendo. Y él debe saber que en su coalición interna va a haber gente que se enojará con ese tipo de fotos, pero está haciendo lo que tiene que hacer.

**–En 2015, lo entrevisté para el libro sobre Massa y usted me dijo: “La jugadora más importante no está en la cancha en estas elecciones”.**

–Sin ella, no se hubiera podido hacer esta unidad porque ella era la que tenía más votos. Es una coalición en la que quien más votos tenía dio un paso atrás para permitir que se forme la coalición, y una coalición en la que ella sabía que iba a haber construcción de autoridad presidencial. Ella sabe lo que pesa la autoridad presidencial en la Argentina. Sin ella, era imposible. Si vos tenés el 7% de los votos, es fácil decir “tenemos que hacer una coalición para ganar”. También es fácil si vos vas primero. Pero si tenés el 34% y no vas primero... Ella ha mostrado una capacidad de sorprender única.

**–Todo el mundo esperaba que fuera candidata y hacía planes a partir de esa certeza.**

–O si no era candidata, que fuera Axel. Tenía lógica que fuera Axel. Era una candidatura natural. La performance de la provincia de Buenos Aires mostró que le entraban todos los votos de la coalición y más. Alberto, la tracción de Sergio, el abrir la puerta a todos los gobernadores, un proceso de construcción de coalición en meses impresionante.

**–Cristina demostró una destreza como conductora desde la oposición que no tuvo desde el poder.**

–Y bueno... ahora hay un desafío: si Alberto apuesta, con la ayuda de Cristina, a ampliar la coalición, o si la coalición para llegar es suficiente y se mantienen todos los vagones del tren, o si se pierden algunos vagones. Yo creo que hay que ampliarla y hay que consolidar una política para la región centro. La coalición de gobierno tiene una debilidad en la región centro.

**–Ampliar a lo que representan, por ejemplo, Schiaretti y Perotti en Córdoba y Santa Fe.**

–Es una política para esas sociedades, que Schiaretti y Perotti interpretan localmente muy bien, pero que las políticas nacionales no han podido contener. Igual es con Mendoza, igual es con las clases medias urbanas de Capital. Pasada la emergencia, si no hubo default y el país está funcionando, habrá que decir “bueno, vamos a ampliar la coalición con esa gente, vamos a tratar de agregarle un 8%, un 10% más de argentinos que por algún motivo no estamos pudiendo contener”, o “vamos a consolidar lo nuestro y dividir la oposición”. Durán Barba recomendaría lo segundo, a mí me gusta más lo primero. ¿Qué es lo que van a hacer? No sé.

**–¿Qué le puede ofrecer el peronismo a esas sociedades hoy?**

–Paradójicamente, una gran demanda que tienen ellos es la seguridad. Educarlos en que la seguridad se hace creando empleo y con inclusión y no con pistolas Taser va a ser complicado. Ja ja. Pero les puede ofrecer la posibilidad de construir un lugar donde haya menos miedo y menos violencia originada en la marginalidad. Les puede ofrecer un fuerte respeto al pluralismo, les puede ofrecer plenas libertades individuales. Puede construir una cosa que atraiga, la coalición tiene todos los ingredientes para eso, pero hay que tener el tiempo.

**–¿Qué le pasa al peronismo con esa agenda institucional?**

–En eso, Alberto y Sergio son de los mejores cuadros con esa agenda, con esa formación, mirando más el modelo de las sociedades europeas, el rol del parlamento, de construir coaliciones. El primer paso de Alberto es el diálogo sobre políticas que ha establecido con Lavagna. Con lo que expresó Lavagna está la base de una coalición más amplia. Una expresión de la coalición no con dos dirigentes o buscando tres diputados que se crucen, sino ampliando con sectores sociales. Ahora, para eso, tienen que tener el tiempo; primero hay que parar la emergencia.

**–¿Qué pasa con una sociedad política como esta que se acaba de constituir?  
¿Cómo pueden convivir?**

–Primero, se deben respetar mucho, porque él cuando tuvo disidencias las dijo muy fuerte y después se han abuenado. Si hay alguien que no se come la del títere es Cristina. Y si hay alguien que no se va a pelear con Cristina es Alberto. La vas a ver durante muchos años a esa sociedad política porque además se ha consagrado con el éxito. Creo que va a ser muy estable.

**–¿Por qué aparece siempre desde el Círculo Rojo esa sensación de que eso se va a romper?**

–Bueno, porque los aviones que aterrizan sin incidentes nunca son noticia. No se van a pelear, no se van a pelear. Primero, no veo que tengan diferencias político-ideológicas. Los que se imaginan que Alberto, si no estuviera Cristina, sería como Macri no lo conocen a Alberto. Ja ja. ¡Era del Grupo Calafate! Era un peronismo de centroizquierda el Grupo Calafate. Algunos creen que Alberto sería como Macri pero no puede porque están Cristina y La Cámpora. Sería como Alberto, que ideológicamente es mucho más parecido a Cristina y La Cámpora.

**–Pese a las diferencias fuertes que tuvieron.**

–Siempre ha sido sobre táctica política, sobre la amplitud de la coalición, sobre cómo relacionarse con los sectores. Me imagino que en eso todos los argentinos deben haber aprendido. Que Alberto y Cristina han aprendido, está claro. Si no, no hubieran ganado la elección como la ganaron.

**–¿Son dos liderazgos que conviven?**

–Son dos cosas distintas. Alberto tiene el liderazgo del Estado y la jefatura del Estado. Cristina tiene un vínculo con la mayoría de los votantes que no es de naturaleza política: es un vínculo de confianza personal. Le tienen depositada su confianza porque saben que los cuida. Mirá lo que te estoy diciendo: esos no son el 48% que votó, pero debe ser el 80% de ese 48%. Esos que le confían no tienen motivo para no depositar en Alberto un liderazgo. ¿Quién va a ser Perón? ¿Cristina o Alberto? ¡No hace falta Perón! Han pasado setenta años. No hace falta. Ella va a seguir siendo Cristina y él va a ser Alberto, el jefe de Estado, que si gobierna bien se va a reelegir. Si gobierna bien, se va a reelegir. Tanto les



molesta que haya un peronista en el gobierno que todavía no había ganado la elección y ya lo habían enfermado. ¡No pueden ser tan gorilas! Todavía no habían anunciado la candidatura y ya lo habían enfermado.

**–Pero él tiene que construir una relación con esa base social de Cristina, que es prestada.**

–La tiene, la tiene, mirá la encuesta. No es prestada. Le han abierto la confianza y por eso el gobierno mira tanto a los sectores más humildes. En eso yo veo en Alberto, Cristina, Axel, Sergio Massa y Máximo una claridad sobre el origen del mandato. Tienen claro el mandato.

**–¿Cuál es?**

–El origen del mandato es mucha gente que se sintió excluida, mucha gente que sintió que en el rumbo que había iba a ser excluida, mucha gente que sintió que no llegaba a mañana. Clase media empobrecida, pobres que se iban a la marginalidad, marginales que no tenían cómo sobrevivir, pymes que quebraban o se tenían que ir al negro. Y una cosa discursiva muy estridente: si vos te ponés a ver la cantidad de páginas en color que se imprimieron con fotos de la realeza europea y el matrimonio presidencial, es muy difícil que la gente se sienta atraída por eso. La gente tiene instinto, se siente excluida inmediatamente. Dice “acá no hay lugar para mí”. Yo creo que Cristina, intuitivamente, cuando salió del gobierno se refugió sobre eso, y que ese cuarteto del que te hablé tiene mucha claridad de que el mandato es ese. Todas las primeras medidas fueron para ese lado. Es restaurar. Es parecido al mandato médico: primero cuidar, acompañar siempre y, si se puede, sanar. Vos mientras el médico te cuida y te acompañe, no cambiás de médico. No le exigís que te sane. El gobierno está mirando todo el día a su base electoral, a los que lo votaron. Después hay que ver cómo articular eso con el resto de los argentinos y cómo ampliamos esta coalición. Pero la emergencia es esa gente.

**–¿Cuál fue la principal virtud de Cristina durante los cuatro años de Macri?**

–Hay de distinto tipo. En lo político, cómo se mantuvo en la relación con su base y su amplitud para construir una coalición tan amplia sin ser ella la candidata cuando podría haber sido. En lo personal, el estoicismo. No bajó un día, y en un contexto muy adverso en la comunicación, muy adverso en lo judicial y muy adverso en lo familiar, porque la hija no estaba bien. El estoicismo, la dureza de esa mujer.

**–¿Qué pasó en esos cuatro años en Comodoro Py?**

–Debe haber pasado de todo. Debe haber habido actividad judicial genuina, pero mucha intervención y manipulación desde la UIF y el Poder Ejecutivo, todo el tiempo. Y de la Jefatura de Gabinete, todo el tiempo. Nosotros en nuestra actividad empresarial lo vivíamos, imaginate a los políticos lo que les deben haber hecho. Mucho, mucho. Nunca vi tanto.

**–¿No había también un sector del peronismo que la atacaba a Cristina desde Comodoro Py?**

–No [se ríe]. Si alguien mira los teléfonos, va a ver de dónde salían los llamados.

**–Quedó Bonadio como el emblema de ese peronismo.**

–Sí, pero que alguien mire los teléfonos. Es fácil en esta época saber las reuniones con el Google Maps, esas cuestiones. No. Había un comando central y unidades de ejecución. La unidad de ejecución era la UIF y el comando central, vos sos periodista, averiguá dónde estaba, pero era central.

**–Hablo del peronismo de Pichetto, Massa, Fepesna –la fundación del PJ no kirchnerista con llegada a Comodoro Py–, donde lo mencionaban también a usted. Un sector del peronismo que no tenía votos y la quería acorralar a Cristina de esa manera.**

–Ja ja. No, para nada. Mucha fantasía. La UIF respondía al PEN, solo miraba para un lado de la cancha y tenía freno y acelerador. Quién era el conductor, no sé. Eso sería para una investigación periodística.

**–Sería para charlar largo. Cristina dice: “Fui la única víctima y la gente más cercana a mí”. No fue contra todos.**

–Por eso estoy diciendo. Miraba para un solo lado de la cancha. Y después habrá cosas propias de los expedientes. Hubo corrupción. Y todo esto de “somos todos corruptos, somos todos inocentes”, sin un Poder Judicial independiente, es muy difícil.

**–¿Qué ve el poder económico del peronismo en la Argentina? ¿Qué tipo de peronismo quisiera el poder económico?**

–Qué veo yo del poder económico. Le gusta más cuando el peronismo no está, y cuando el peronismo está, dice: “Bueno, por lo menos provee gobernabilidad”. En la última elección [2015], fueron todos para el otro lado.

**–¿En 2019 también?**

–Sí, obvio.

**–A pesar de que habían perdido feo esos cuatro años. ¿Cómo se explica ese razonamiento?**

–Los puede la ideología y la pertenencia demográfica. Salvo excepciones, grandes empresarios como Eurnekian, Sigman, Brito, que tuvieron una afinidad con el peronismo y se la aguantaron. En general, todo el establishment económico estaba del otro lado. Tenían todos los empleados en los cargos.

**–A pesar de los cuadernos, a pesar de que las acciones se vinieron abajo...**

–Mirá los directorios, tenían todos los empleados en los cargos y en muchos lugares donde no tenían ninguna expertise. Conflictos de intereses desde la punta hasta el suelo.

**–¿Qué pasa con los fondos de inversión? ¿Cuál es el razonamiento? Usted tiene mucho contacto.**

–Los fondos estaban más cómodos con Macri. Ahora se van a ir varios y van a venir otros. Como siempre. Esos rotan. Estaban más cómodos con Macri porque la narrativa de Macri era muy atractiva.

**–Ganaron mucho los primeros dos años.**

–Perdieron mucho después. Algunos se irán, otros que son amigos míos van a aumentar la apuesta, les encanta Alberto. Y otros se irán.

**–¿No ves problemas con la reestructuración de la deuda con el Fondo?**

–Sí, veo problemas. Va a haber fricción pero se va a terminar arreglando. El Fondo tiene que entender que el valor de esta cohesión vertical que hay entre los excluidos y la cúspide del Estado pasa porque el Estado puede hacerse cargo de eso. En un país que produce pocos dólares, es prioridad tranquilizar la economía, ocuparse de la gente, aumentar la actividad económica y pagar. Creo que al final el Fondo lo va a terminar aceptando.

**–Hubo un peronismo que fue socio en la gobernabilidad de Macri.**

–¡Claro!

**–¿Se equivocó ese peronismo?**

–Era indispensable, indispensable. Y ojalá hiciera eso ahora Cambiemos. Ojalá. Fue todo el peronismo, si bien el paso inicial lo dio Sergio Massa cuando habilitó a Macri y lo acompañó a Davos. Hubo tres presupuestos votados por el peronismo, si no, el gobierno no tenía presupuesto. Yo creo que sí, que había que aportar a que funcionara, ojalá hubiera funcionado. Lo que pasa es que al

principio era medio híbrido, y después el modelo lo hicieron totalmente financiero. ¿Cómo creen que un país puede funcionar con tasas del 100%? ¡No hay manera de que funcione! Lo único que vas a producir es una recesión atroz sin parar la inflación.

**–¿Cuál es para usted la constante del peronismo en el poder?**

–No hay una constante. La constante es que si el peronismo sabe cuidar el vínculo con su base social, va a ser una fuerza política muy activa en los próximos treinta o cuarenta años. Y si sabe abrirse a los fenómenos nuevos. Sobre todo con esto de que la pirámide se hace cada vez de jóvenes, y nosotros de los jóvenes entendemos poco y nada. En eso, la creación de La Cámpora, con todas las críticas que ha recibido, es, yo creo, una idea de reincorporar a los jóvenes en la discusión de la política, no fuera de la política. Los jóvenes en la política son el instrumento para articular los conflictos sin violencia. Si no, después de golpe salís, rompés la plaza y prendés fuego sin nada. No es fácil convocar jóvenes a participar. En el peronismo, La Cámpora, el Movimiento Evita y las organizaciones sociales han incorporado muchos jóvenes. Y la izquierda también. Me imagino que Cambiemos debería hacer una cosa parecida.

**–¿Qué le falta al no peronismo para asentarse en el poder? Alfonsín, De la Rúa y ahora Macri, que terminó, pero con mucha ayuda de Trump y mucha ayuda del Fondo.**

–Con mucha ayuda de Alberto.

**–¿Por qué?**

–Y, esperarlo a Macri costó 28.000 millones de dólares. El tipo tendría que haber puesto el cepo mucho antes.

**–¿Qué les falta? ¿Por qué siempre es tan traumático y les cuesta tanto?**

–Porque construyen contra. Contra el peronismo. Y lo que llevan dentro es muy heterogéneo. No construyen con una cohesión. Eso se expresaba en el final de la campaña.

–¿Clarín va a acompañar a este gobierno?

–Me imagino que sí, espero que sí. Creo que en eso Alberto tiene una capacidad de vincularse sin conflicto. Con Clarín, con nosotros, con el sindicalismo. Por eso la elección de Alberto es muy inteligente. Es un peronista que no se ha dedicado a pelearse con Clarín, pero que no se va a someter a Clarín.

**–¿Por qué el peronismo termina chocando finalmente con Clarín?**

–No, Clarín ha chocado con el peronismo muchas veces. Yo creo que ahora no va a pasar. Nosotros hemos competido con Clarín años, pero que Alberto se acerque a ellos a mí me parece una buena cosa. Tenemos que poder vivir normal en la Argentina.

**–La política dice que ellos piden demasiado.**

–Bueno, si piden demasiado, Alberto les va a decir que no, y si piden normal, les dirá que sí. En eso, no me inquieto. Creo que tenemos un presidente que puede ser un muy buen presidente por ocho años. Vos me ves relajado, de buen humor. Pensá si fuera uno que no inspira confianza y ves la foto con Magnetto. Y no. El tipo está haciendo lo que tiene que hacer.

**–¿Qué fue el menemismo? ¿Qué dejó, para vos?**

–Fue un gran... un intento de bases económicas, en la construcción de Menem y Cavallo, con una idea de que construida la base de actividad eso iba a incluir. Fue muy bueno para estabilizar, pero no para incluir. Yo me fui cuando terminó la etapa inicial de estabilización. Para mí fue un intento fallido porque se olvidaron el capítulo uno: estabilizar e incluir. Primero la locura de Bunge y Born. Después se produjo un artificio, que fue la Convertibilidad, y no el menemismo: ¡toda la Argentina! se enamoró de la Convertibilidad. Y renunció a tener flexibilidad monetaria. Sin flexibilidad monetaria, perdimos la base industrial.

**–¿Fue una anomalía el menemismo?**

–No, bueno, hubo una coalición previa. Nosotros queríamos hacer un gobierno... si estuviera Antonio Cafiero diría un gobierno socialcristiano, y yo diría un gobierno socialdemócrata –que era una gran diferencia que teníamos y la íbamos llevando–, donde habrían estado muchos de los que están ahora, casi todos, la Renovación era de casi todos. Y perdimos. Y Menem al otro día llamó a todos, con diferencias y una generosidad política... Todos los que estaban con Antonio terminaron de ministros. Menem flotaba a distancia, con mucha amplitud. Trabó una relación muy fuerte con el establishment económico y estaba convencido de que él estabilizaba, salía de la inflación, venían las inversiones y con eso hacía una bisagra histórica. ¿Dónde falló? En el corte horizontal.



**–¿Qué pasó con la Renovación? ¿Por qué se la consumió tan rápido el poder?**

–Eso es un fenómeno electoral. Nosotros gastamos mucho capital en sostener a Alfonsín. Alfonsín perdió las de medio término, estaba terminado en el poder y lo sostuvimos. Eso lo consumió a Cafiero, a mí, a De la Sota. De la Sota se reconstruyó. Yo necesitaba transfusiones cotidianas [se ríe fuerte].

**–¿Dice que la Renovación cayó víctima de su alfonsinismo?**

–No, víctima no. Cumplimos una función. Y yo creo que ahora toda esta cosa de la construcción de consensos, de un peronismo que mira, hay mucho de la Renovación. Hay mucho de la Renovación. Si vos mirás, una gran cantidad de los dirigentes que hoy están en el peronismo se formó en la Renovación con nosotros. Gobernadores, intendentes, eran el chico joven que iba con el dirigente nuestro de la Renovación, en todos lados.

**–¿Le puede traer costo al peronismo no haberse renovado en esta oportunidad?**

–¡Cómo que no se ha renovado! ¿Y qué te parece que es Alberto Fernández, Sergio, Máximo, La Cámpora? ¡Axel Kicillof! ¿Te parece que no es la renovación? Es un chico joven brillante.

**–Pero son dirigentes que ya habían estado en el poder.**

–¿Pero no te parece una renovación absoluta? ¡Mirá las edades!

**–Quiero decir que no surgieron desde la oposición, después de la derrota.**

–Es que estamos en el poder la mayoría del tiempo, los últimos setenta años. ¿Qué querés? En eso, la creación de La Cámpora hay que reconocerla. Otros dicen que lo habrían hecho distinto, pero es el único intento orgánico de incorporar a los jóvenes a la política en los últimos veinte años.

**–Después de haber pasado de la política al mundo de los negocios, ¿cómo se define a sí mismo? ¿Qué es hoy? ¿Quién es Manzano?**

–Está bien la pregunta. Nada, soy Manzano. Soy un peronista, me dedico a la actividad privada, voté por el peronismo, estoy muy contento porque voté por el peronismo. Hago algunas cosas académicas. Soy presidente de una universidad, voy mucho a seminarios y eventos afuera. Trato de hacerme tiempo para hablar con los que quieren hablar conmigo, y trabajo todo el día para mantener mis empresas.

**–¿Por qué lo buscan? ¿Por peronista, por empresario o por las dos cosas?**

–Por las dos cosas. De empresario tengo que trabajar porque vivo de eso. Otros me buscan por peronista, otros por curiosidad y otros porque me tendrán cariño. Y a muchos los busco yo, no es que me buscan.

**–¿Le sirvió haber pasado por el peronismo para insertarse en el mundo de los negocios?**

–Me imagino que tiene pros y contras. En algunos lugares te reciben como que ya te conocen, y en otros no te reciben o te reciben con prevenciones porque tendrán prejuicio o porque no les gusta. Lo he podido hacer sin dejar de ser nunca quien soy.

**–¿Está más cerca de China que de los Estados Unidos hoy?**

–No, yo creo que la Argentina tiene que tener una política multipolar basada en el interés nacional. En un plan de crecimiento, la Argentina no puede resignar la inversión ni china ni estadounidense, y tiene que tener la habilidad de no comprar el conflicto. De navegar el conflicto.

**–¿No lo hizo Macri?**

–No.

**–¿Por qué?**

–Porque cuando hizo el paquete de rescate, por sesgo político, miró solo a Washington. Macri y Peña hicieron un paquete de rescate de 50.000 millones de dólares y se lo dilapidaron. Si hubieran hecho un paquete de 70 000 u 80.000 millones de dólares no hubieran tenido esa corrida. Privilegiaron el sesgo político-ideológico, privilegiaron su vínculo político personal, porque ellos

saben que en Medio Oriente y en China hay plata para la Argentina.

**–De todas maneras, el swap chino aumentó con Macri.**

–Lo podrían haber duplicado, triplicado. No mandó un tipo a Medio Oriente. Mucha politiquería, y se pagaron las consecuencias.

## **10. El aliado celestial**





El presidente Alberto Fernández es recibido en el Vaticano por el papa Francisco, con quien mantuvo un encuentro a solas en la Biblioteca Privada del Pontífice el 31 de enero de 2020.



Menos de noventa días le alcanzaron a Jorge Mario Bergoglio para concluir que Mauricio Macri le iba a hacer daño a su país. Francisco recibió al flamante presidente en el Vaticano el 27 de febrero de 2016 y dejó sellado en piedra su mensaje para la Argentina. Macri vivía los inicios de su prolongada luna de miel con los grandes medios de comunicación y el establishment respiraba un aire nuevo, colmado de ilusiones. Paciente, astuto y obsesivo del poder, cuando le llegó su hora, el jesuita volvió a demostrar que no cedía ni un milímetro ante un clima de época que adivinaba efímero. El tiempo acotado que Francisco le dedicó a Macri y la cara de fastidio que exhibió ante las cámaras de todo el planeta destrozaron la imagen del mandatario que se vestía de diálogo y pretendía ser el nombre del consenso.

Las crónicas del día registraron con asombro los veintidós minutos cargados de frialdad que Bergoglio destinó al egresado del Cardenal Newman y la comparación de su gesto pétreo con las sonrisas que marcaron los encuentros con Cristina Fernández de Kirchner se repitió infinidad de veces, a los dos lados de la polarización. Testigos mudos de una atmósfera cargada de tensión fueron las paredes de la Biblioteca del Palacio Apostólico, una de las más antiguas del mundo, fundada hace más de seiscientos años. En ese segundo piso donde el Vaticano atesora 180.000 manuscritos, 1.600.000 libros impresos y más de 8600 incunables, comenzó a escribirse la historia de una pésima relación entre jefes de Estado. Si lo que se pudo ver fue por demás elocuente, el balance que hizo el papa poco después ante peronistas de su íntima confianza fue todavía peor.

–Qué cara de velorio –le dijo un argentino que lo visitó en aquel febrero, en términos bastante menos protocolares.

–Se lo merece. No cumple con su palabra –le respondió el jesuita.

El encuentro entre dos viejos conocidos había quedado largo y en la escena íntima los famosos veintidós minutos habían resultado interminables para un intercambio que nació en punto muerto. Después de los saludos formales, Francisco fue directo al hueso.

–Usted me dijo que iba a terminar con la grieta y no cumplió su palabra.

–Sí, pero es de las dos partes –se excusó el ingeniero, como si fuera un chico al que acaban de retar.

–Sí, pero el presidente es usted. Usted no vivió el 55, las familias divididas, los enfrentamientos. Eso hace mucho daño y deja marcas.

Macri no supo qué responder. O no quiso hacerlo para no agravar la tensión. El tiempo pasó lento, mientras los protagonistas dejaban reinar el silencio. Hasta que Francisco retomó la palabra con una pregunta que, más que invitación a salvar la charla, sonaba como despedida abrupta.

–¿Tiene algo más para decirme? –inquirió.

–No –respondió el presidente.

–Entonces terminamos.

Cuando Macri salió de la Santa Sede, con el peso de las evidencias que cargaba sobre sus espaldas como una cruz, improvisó una conferencia de prensa en la embajada argentina para dar su versión de los hechos: estaba en las antípodas de lo que Bergoglio le transmitiría a su entorno. El presidente aludió a la cita entre “dos viejos conocidos porteños” y dijo algo que en las alturas vaticanas registraron bien, pero decidieron no refutar. “Le comenté mi gran preocupación por unir a los argentinos, dejar atrás los rencores y trabajar en una agenda común de futuro para resolver los problemas del país, especialmente la pobreza y el narcotráfico”, dijo. Justamente, pero al revés, era esa nula preocupación lo que el papa peronista le cuestionaba al egresado del Cardenal Newman de sus escasos días de gobierno. Doce días antes de la cita en el Palacio Apostólico, el 15 de febrero, Francisco le había enviado un rosario bendecido a Milagro Sala, la jefa de la organización Túpac Amaru que estaba detenida desde hacía casi un mes y permanecería en esa condición al menos por los siguientes cinco años. Lo había hecho a través de Enrique Palmeyro, el director de Scholas Occurrentes que lo había visitado con una carta del movimiento de Sala. Ese tipo de gestos con la dirigente social que el radical Gerardo Morales despreciaba se repetiría en marzo de 2017, con un nuevo rosario bendecido enviado a través de Gustavo Vera, y en mayo de ese mismo año con una carta personal. “Sé que el momento por el que está pasando no es fácil. Me he informado de algunas cosas y comprendo su dolor y su sufrimiento. Quiero asegurarle que la acompaño con mi oración y los deseos de que todo se resuelva bien y pronto”, decía.

El caso de Sala era para Francisco solo una muestra de un gobierno cargado de revanchismo, que pregonaba el diálogo pero practicaba la confrontación, usando

el poder del Estado. En el contingente de víctimas reales y potenciales del macrismo, Bergoglio no solo observaba a la dirigencia y los empresarios identificados con el kirchnerismo: también se veía a sí mismo.

Entre distante y enfrentado con esa fuerza política durante una década, el argentino Bergoglio se había llevado mejor con Cristina Fernández que con Néstor Kirchner. Para el santacruceño, el jesuita ejercía un poder de veto inaceptable y construía, al mismo tiempo, la base de una fortaleza que atentaba contra la política. Solía compararlo en ese aspecto con otros dos líderes ambiciosos y con capacidad de influir sobre las decisiones de un gobierno, Hugo Moyano y Héctor Magnetto. Kirchner se alió al jefe camionero y se enfrentó a los otros dos; su esposa estuvo más cerca del cardenal, chocó con el sindicalista y mantuvo al dueño de Clarín en la vereda de enfrente. Si tenerlos a los tres conformes resultaba imposible, situarlos a todos como adversarios podía ser temerario.

Aunque la mirada corta de la coyuntura no lo ponía de relieve, ya en Buenos Aires Bergoglio tenía una mejor sintonía con CFK. Acompañaba medidas como la Asignación Universal por Hijo y coincidía con la presidenta en el rechazo a la legalización del aborto. Pero además, ya en el Vaticano, el ex Guardia de Hierro se había revelado para la Argentina republicana como lo que realmente era: un populista irremediable que no encontraba razones para someterse a una cura de soberbia liberal.

El segundo encuentro que Su Santidad mantuvo con el exjefe de Gobierno porteño, el 15 de octubre de 2016, adoptó formas más protocolares, pero no alteró la cuestión de fondo. Macri se escudó en la compañía de su esposa Juliana Awada y en la pequeña Antonia. Pero además fue acompañado por su hija Agustina, de 33 años, y por la hija de 13 años de la primera dama, Valentina. Esa vez, el presidente se garantizó una reunión a solas por el lapso de una hora con el pontífice en el estudio anexo del Aula Pablo VI y evitó su cara de “velorio”. Lo que no pudo impedir fue que ese encuentro fuera el último en el Vaticano de su gestión como presidente. Medido con la vara de la polarización, el saldo era claramente desfavorable: mientras CFK se había reunido con Francisco cinco veces en apenas dos años –dos en Roma, una en Río de Janeiro, una en Cuba y una en Paraguay–, Macri lo haría dos veces en sus cuatro largos años como mandatario.

Celoso guardián de su perdón, Francisco denunciaba a través de sus aliados

argentinos una campaña “antipapa” que partía de las usinas de la Casa Rosada. Se lo dijo a Macri en uno de los encuentros: “Usted tiene dos hombres que se dedican a operar en mi contra desde la mañana hasta la noche”. Preocupado por aquella definición del santo padre, el presidente lo llamó por teléfono desde Alemania, ese mismo año, tal vez pensando en una nueva cita.

–Acá estoy con Marcos Peña y me quedé pensando en quiénes son esos dos hombres de los que me habló –le dijo como cavando su propia fosa.

La respuesta llegó enseguida:

–Ah, ya encontró a uno. Fíjese si por ahí no anda el otro.

Se refería a Jaime Durán Barba, quien a pocos días del decisivo balotaje de 2015 había provocado un estruendo con una de sus frases célebres: “Nadie vota pensando en lo que piensa el papa. El papa no mueve más de diez votos en un país”, había dicho el consultor ecuatoriano en una visita a Jujuy.

Bastante más adelante, en junio de 2018, las creyentes María Eugenia Vidal y Carolina Stanley escucharían junto a Federico Salvai el diagnóstico lapidario de Francisco sobre la Argentina de Cambiemos. Hasta los justos que tenían un lugar asegurado en el antiguo altar del jesuita habían sido arrastrados por un proyecto de pecadores.

Estas historias que Fernández escuchó de primera mano explican en parte la prédica de Francisco en favor de la unidad del peronismo y de un frente amplio que tuviera la capacidad de eludir el sendero del ajuste, algo que –ya con el Frente de Todos en el poder– se revelaría más difícil de lo previsto. Bergoglio hizo todo lo que pudo para que la aventura del ingeniero durara solo un mandato. No era, únicamente, un problema personal. Era la convicción del papa la que lo alejaba del ideal que proponía el macrismo para la Argentina. Para Su Santidad, Macri era un episodio más de la historia, el último exponente de una moda recurrente.

## Bergoglio contra los liberales

Bergoglio vivía en la residencia mayor de Córdoba, en marzo de 1992, cuando le puso el punto final a uno de los textos en los que ya se podía ver la concepción que llevaría a las alturas vaticanas. Destinado a la provincia por la Compañía de Jesús en lo que para muchos fue un castigo, el jesuita publicó a través de la Universidad del Salvador un libro titulado *Reflexiones en esperanza*. Ahí hacía una reivindicación del fenómeno político, planteaba la necesidad de jerarquizar la cultura política y volvía sobre su crítica a la posmodernidad. “Con el liberalismo, la política deja de ocupar un lugar en la conciencia de los hombres y –subalternizada y desprestigiada– queda sometida a la hostilidad de los poderes dominantes”, escribía. Lejos todavía de soñar con ser Francisco, el entonces sacerdote y profesor de Teología llamaba a trascender tanto “lo gregario del colectivismo como el elitismo liberal ilustrado o el individualismo calvinista de tipo económico”. Además, reparaba en “la monstruosa expresión acuñada por el liberalismo ilustrado: el material humano”. Poco después, en junio de 1992, sería consagrado en la Catedral Metropolitana como obispo auxiliar de Buenos Aires y empezaría a escalar la cuesta del poder, casi siempre en tensión con los gobiernos de turno. Ya entonces, tras el derrumbe de la Unión Soviética, la Iglesia a la que tributaba Bergoglio comenzaba a insinuar su disputa de fondo con un capitalismo salvaje que ponía en riesgo la legitimidad de los vencedores.

Montado a una corriente global, con el menemismo como un tren arrollador que transformaba la Argentina y se consagraba como sentido común, Bergoglio visitaba por esos años a escondidas a los amigos peronistas que habitaban el gobierno de Carlos Menem sin profesar el credo liberal.

Sobre las ruinas del Muro de Berlín, el contexto era opuesto al de la década del setenta, cuando el jesuita se enrolaba en la Teología del Pueblo para disputar la adhesión de la militancia católica a la Teología de la Liberación y los Sacerdotes para el Tercer Mundo. Bergoglio reconocía como figura inspiradora e influencia intelectual al teólogo uruguayo Alberto Methol Ferré, autor de una obra extensa en la que el rol de Perón era reivindicado como parte esencial de la unidad de América del Sur. Methol Ferré había sido uno de los principales intelectuales que alumbraron la Teología del Pueblo en abierta tensión con la Teología de la

Liberación, a la que tildaba de “foquismo eclesial” en los años setenta. Denunciado por su rol durante la dictadura militar, el jesuita argentino comenzaría en ese momento a cuestionar al menemismo y a edificar un enorme proyecto de poder que combinaba su mirada estratégica con el trabajo de base de los curas villeros en la Capital Federal.

Aquel texto de 1992 todavía circula hoy entre políticos de larga trayectoria en el peronismo que militan a su lado desde entonces. Son los tempranos indicios que prueban la sistemática dificultad de la Argentina política para leer a Bergoglio. En esa saga se destaca también el documento de Aparecida de 2007, con motivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. El todavía cardenal primado de la Argentina fue su principal redactor y mostró en ese momento tanto su cintura política como su paciencia oriental para dejar plasmado en el texto final un alegato de lo más potente contra el libre mercado.

En la globalización, la dinámica del mercado absolutiza con facilidad la eficacia y la productividad como valores reguladores de todas las relaciones humanas. Este peculiar carácter hace de la globalización un proceso promotor de inequidades e injusticias múltiples. La globalización, tal y como está configurada actualmente, no es capaz de interpretar y reaccionar en función de valores objetivos que se encuentran más allá del mercado y que constituyen lo más importante de la vida humana: la verdad, la justicia, el amor, y muy especialmente, la dignidad y los derechos de todos, aun de aquellos que viven al margen del propio mercado. [...] Conducida por una tendencia que privilegia el lucro y estimula la competencia, la globalización sigue una dinámica de concentración de poder y de riquezas en manos de pocos, no solo de los recursos físicos y monetarios, sino sobre todo de la información y de los recursos humanos, lo que produce la exclusión de todos aquellos no suficientemente capacitados e informados, aumentando las desigualdades que marcan tristemente nuestro continente y que mantienen en la pobreza a una multitud de personas. [...] La pobreza hoy es pobreza de conocimiento y del uso y acceso a nuevas tecnologías. Por eso, es necesario que los empresarios asuman su responsabilidad de crear más fuentes de trabajo y de invertir en la superación de esta nueva pobreza. Esto nos debería llevar a contemplar los rostros de quienes sufren. Entre ellos, están las comunidades indígenas y afroamericanas, que, en muchas ocasiones, no son tratadas con dignidad e igualdad de condiciones; muchas mujeres, que son excluidas en razón de su sexo, raza o situación

socioeconómica; jóvenes, que reciben una educación de baja calidad y no tienen oportunidades de progresar en sus estudios ni de entrar en el mercado de trabajo para desarrollarse y constituir una familia; muchos pobres, desempleados, migrantes, desplazados, campesinos sin tierra, quienes buscan sobrevivir en la economía informal [...]. Millones de personas y familias viven en la miseria e incluso pasan hambre [...]. Nos duele, en fin, la situación inhumana en que vive la gran mayoría de los presos, que también necesitan de nuestra presencia solidaria y de nuestra ayuda fraterna. Una globalización sin solidaridad afecta negativamente a los sectores más pobres. Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y opresión, sino de algo nuevo: la exclusión social. Con ella queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está abajo, en la periferia o sin poder, sino que se está afuera. Los excluidos no son solamente “explotados” sino “sobrantes” y “desechables”. Las instituciones financieras y las empresas transnacionales se fortalecen al punto de subordinar las economías locales, sobre todo, debilitando a los Estados, que aparecen cada vez más impotentes para llevar adelante proyectos de desarrollo al servicio de sus poblaciones, especialmente cuando se trata de inversiones de largo plazo y sin retorno inmediato. Las industrias extractivas internacionales y la agroindustria, muchas veces, no respetan los derechos económicos, sociales, culturales y ambientales de las poblaciones locales y no asumen sus responsabilidades. La actual concentración de renta y riqueza se da principalmente por los mecanismos del sistema financiero. La libertad concedida a las inversiones financieras favorece al capital especulativo, que no tiene incentivos para hacer inversiones productivas de largo plazo, sino que busca el lucro inmediato en los negocios con títulos públicos, monedas y derivados.

En pleno auge de los populismos en América Latina, el documento sintonizaba con la época y –aunque también advertía varias veces sobre el fenómeno de la corrupción que erosiona la legitimidad política con “el aumento de la desconfianza en el pueblo”– podía ser leído como un aval general a los gobiernos de la región.

En 2011, encontraría una nueva oportunidad para referirse a la región en el prólogo de un libro de su amigo, el laico Guzmán Carriquiry Lecour, sobre el Bicentenario de América Latina.<sup>3</sup> Discípulo como Guzmán de Methol Ferré, el papa reivindicaba la emancipación latinoamericana y se preguntaba: “¿Acaso

nos resignamos a un pragmatismo de muy corto aliento en medio de la confusión? ¿Volvemos a confiar en ideologías que han demostrado fracasos económicos y devastaciones humanas?”. Ya como Francisco, Bergoglio haría infinidad de pronunciamientos que le ganarían para siempre el mote de populista. Adoptaría la idea de la casa común con una reivindicación de las luchas ambientales y, en línea con los movimientos sociales de América Latina, abundaría en el concepto de “cultura del descarte”, la lógica que desecha al continente en aumento de los excluidos.



## La sutura de un cuerpo

En noviembre de 2013, Francisco presentó su primera exhortación apostólica, *Evangelii gaudium*, y dejó un mensaje escrito en piedra que sus feligreses del peronismo tomaron como primer mandamiento. Hija de su formación jesuita, la consigna que más resonaba en la Argentina parecía ser un programa de acción para los tiempos por venir y se volvería todavía más certera a partir de 2015, el año en que el Frente para la Victoria cayó derrotado después de un período de lo más largo en el gobierno, Macri inició su ciclo con ínfulas de refundación y el panperonismo quedó partido en dos o tres pedazos. “El tiempo es superior al espacio”, “La unidad prevalece sobre el conflicto”, “La realidad es superior a la idea” y “El todo es superior a la parte”, decía Bergoglio.

Atrás había quedado el consejo que Daniel Scioli solo pudo apreciar a medias, cuando Francisco le recomendó en el Vaticano que pensara en su estrategia para llegar al poder y leyera a Basil Liddell Hart, el historiador militar nacido en París de padres británicos que era uno de sus teóricos de cabecera. Autor de más de veinte libros, Liddell Hart combatió en la Primera Guerra Mundial, fue asesor de Winston Churchill y se convirtió en fuente de inspiración para quienes protagonizaron conflictos de lo más disímiles, desde los generales de la Alemania nazi hasta John Fitzgerald Kennedy en la crisis de los misiles, pasando por los militares israelíes. Considerado uno de los más destacados pensadores del siglo XX, su libro *Estrategia de aproximación indirecta* es uno de los textos predilectos de Bergoglio y figura entre los más importantes tratados militares de todos los tiempos, a la altura de *El arte de la guerra* de Sun Tzu y *De la guerra* de Karl von Clausewitz. Con la consigna de evitar el choque frontal y no desgastarse en enfrentamientos que no lo merecen, los peronistas que trabajan con Francisco adivinan desde siempre sus movimientos con ese libro en la mano y buscan guiarse con la misma lógica.

Es historia: por un cúmulo de razones de peso, unas cuantas debilidades propias y otras que lo excedían, Scioli perdió su oportunidad. Pero el papa siguió predicando. A la correspondencia con Cristina Fernández, las charlas con José Manuel de la Sota y el encuentro permanente con el sindicalismo y los movimientos sociales, le sumó en el arranque del gobierno de Macri un nombre

nuevo que, según creía, hacía falta recuperar. Se lo dijo a Andrea de Arza, la esposa de Rafael Bielsa, cuando viajó en agosto de 2016 para una audiencia personal.

—¿Su marido lo ve a Roberto? Dígale que la Argentina lo va a necesitar.

Desde entonces el excanciller comenzó a trabajar sobre la difícil misión de reconciliar con la política al exministro de Economía de Eduardo Duhalde y Néstor Kirchner. Tarea por demás ambiciosa, expresaba la intención de Francisco de reconstruir el andamiaje de un peronismo victorioso para un país que, ya preveía, iba de regreso a la emergencia y necesitaba acudir a un probado piloto de tormentas.

El empeño del exjefe del Episcopado, que cualquiera de sus visitantes advertía, contrastaba con su rechazo al clamor generalizado y con su negativa a volver a Buenos Aires. En una especie de escarmiento por haber sido incomprendido durante toda una vida en su país, desde que se convirtió en Su Santidad, Bergoglio decidió sobrevolar la región sin pasar por la Argentina. Brasil, Paraguay, Ecuador, Bolivia, Colombia, México, Cuba, Chile y Perú: todos pudieron verlo, menos los herejes de la polarización.

El jesuita estaba entonces al final de una carrera de lo más intensa. Setenta y seis años en la Argentina, cincuenta y seis como miembro de la Iglesia católica, quince como arzobispo de Buenos Aires, doce como cardenal primado de la Argentina, ocho como presidente del Episcopado y una temporada larga de intervención política destacada, a partir de 2001, con actividad cotidiana en la Catedral Metropolitana, a orillas de la Plaza de Mayo y a metros de la Casa Rosada. Cada vez que le preguntaban el motivo de su no regreso, Bergoglio, dicen, lo tomaba a risa.

—¿Por qué no viene a la Argentina?

—Pero si estuve setenta y seis años —decía. Pura ironía, era su respuesta predilecta, aunque ocultaba más de lo que decía.

Bergoglio había crecido como líder tras su conversión en Francisco pero no había cambiado su esencia, la de un político que sabía ejercer el poder aferrado a una concepción de la historia en la que convivían desde siempre los jesuitas y el peronismo. Repetido opositor al poder doméstico de los políticos argentinos, parado firme en su propio pedestal, había llegado a lo más alto después de un

larguísimo recorrido que incluía el silencio como parte de su estrategia.

No había por qué desviarse de ese sendero. Y, sin embargo, cada tanto se tentaba con la ilusión de un operativo retorno que consagrara en las calles algo parecido a la unanimidad. “¿Usted qué opina?, ¿tengo que ir a la Argentina?”, decía siempre ante quienes no le preguntaban. Era la manera de involucrar a sus visitantes en un juego que terminaba, de manera sistemática, con una respuesta negativa. En un país de posiciones irreconciliables que lo había ubicado siempre en uno de los bandos en pugna, no estaban dadas las condiciones para una vuelta que Francisco parecía desear en su intimidad.

Su trabajo más constante en relación con la Argentina no dependía del regreso y era posible ejecutarlo desde el Palacio del Vaticano, en el incesante intercambio con una lista extensa de dirigentes del PJ que lo visitaban y en las charlas telefónicas permanentes que mantenía con sus operadores más fieles. Famoso por comenzar su día de madrugada ya cuando estaba en Buenos Aires, también en Roma –con una diferencia horaria que podía ser letal– a Francisco le encantaba sorprender con sus apariciones y llamar muy temprano a los dirigentes de su íntima confianza.

–¿A usted alguna vez lo despertó un papa? –decía para inaugurar la conversación.

Su prédica alternaba el paciente mensaje de unidad entre la dirigencia con la potencia de la construcción de una fuerza social para la que ahora contaba con mayores recursos. Era la conformación de un polo transversal en el que se confundían los asalariados que permanecían sindicalizados, como sobrevivientes de la vieja Argentina industrial que el kirchnerismo había intentado resucitar, con el nuevo continente de trabajadores precarios que no paraba de nacer desde la década del noventa y se había confirmado como un bloque macizo y duradero después del estallido de 2001. Los integrados y los excluidos, la aristocracia obrera y los parias del modelo, la histórica CGT conducida por dirigentes dispuestos a todo colaboracionismo y el experimento inédito de una CTEP que le reclamaba al Estado un salario social complementario. A través de su mensaje y de sus leales, Francisco buscaba aportar a la sutura de la herida que se había abierto entre dos cuerpos antagónicos que alguna vez habían sido uno. En los términos en que lo habían planteado primero el sociólogo Juan Carlos Torre y después el sacerdote jesuita Rodrigo Zarazaga, era la base del peronismo que se había dividido durante los años finales del kirchnerismo y había derivado en un

debilitamiento electoral del ex Frente para la Victoria. Para beneficio de la aventura de Cambiemos, el gobierno de Cristina había terminado enfrentado al sindicalismo de Hugo Moyano y no había sabido reconocer la envergadura de los trabajadores informales que se nucleaban detrás de la CTEP.

Lo que parecía un ideal empecinado del papa comenzó a convertirse en realidad a fines de septiembre de 2016, cuando monseñor Marcelo Sánchez Sorondo entró al viejo edificio de Azopardo para coordinar la Jornada de Movimientos Populares de la Argentina en la que cada una de las consignas de Francisco, “Tierra, Techo y Trabajo”, sería abordada en un panel. Afincado en Roma desde 1972, el canciller de la Pontificia Academia de las Ciencias del Vaticano fue el delegado terrenal de Francisco en el primer acto de reconocimiento mutuo entre sindicalistas como Héctor Daer y Juan Carlos Schmid y dirigentes como Juan Grabois, Esteban “Gringo” Castro, Juan Carlos Alderete y Daniel Menéndez. Toda esa dirigencia, que negociaba entonces con los funcionarios del macrismo la regulación del ajuste, podía servir a mejores fines. Mientras la CTEP, el Movimiento Evita y los llamados Cayetanos discutían con Carolina Stanley los términos de la administración de la pobreza, la CGT avalaba con sus razonamientos y su inacción un hachazo furioso sobre el poder adquisitivo y el salario real que sería difícilísimo revertir en los años venideros. Como contracara, el ensamblaje permanente y por lo general subterráneo de esas familias de trabajadores que se habían partido en mil pedazos comenzaría a ejercitarse en conclusiones y movimientos comunes que se expresarían en la calle, por primera vez de manera masiva, en el día de San Cayetano de 2017. Así se iría conformando desde la base una amalgama de unidad que allanaría el camino para la confluencia final de los políticos con el Frente de Todos. Era una múltiple transformación que operaba cambios en distintos planos a la vez y tenía en su origen el sello indeleble de la doctrina Francisco: la necesidad de un peronismo que volviera a asumir su rostro plebeyo de cara a una nueva etapa, en tensión con el PJ institucional que levantaba la mano para votar las reformas de Cambiemos.

Solo faltaba un elemento para acoplarse a ese operativo: la renovación de la cúpula de la Iglesia argentina, que había consentido con su silencio las decisiones de Macri durante sus dos primeros años en el poder. La nueva conducción del Episcopado sería moldeada desde el Vaticano, a imagen y semejanza de Su Santidad.

## *Habemus oposición*

Fue a fines de 2017, justo después de que Cambiemos ganara las elecciones legislativas de manera contundente, cuando hizo su presentación en sociedad la cúpula de una Iglesia más parecida a Francisco: más crítica, más activa y más política. Espectadora, distraída y dialoguista bajo la sotana de José María Arancedo, la nueva jefatura de la curia tenía, en cambio, una trayectoria que la avalaba para la función que pretendía el papa en su país de ahí en más. Para un Bergoglio que buscaba disputar el liderazgo global con su sermón permanente desde el Vaticano, prolongar la pasividad de los obispos argentinos era un contrasentido. Los cruces entre Francisco y el macrismo habían sido recurrentes durante ese lapso inicial pero casi no habían rozado a la conducción del Episcopado. Fue Grabois, en una entrevista con la revista Crisis, uno de los que dejó en claro esa tensión cuando afirmó que Francisco no tuvo “incidencia operativa” durante los dos primeros años de Macri como presidente: “En esa institución supuestamente vertical, la indisciplina reinante en las diócesis es llamativa. La Conferencia Episcopal hace lo contrario a lo que él dice en muchos casos, en otros casos no lo defienden. Están acobardados. Hubo una persecución mediática fuerte contra todo lo que fuera cercano al papa y la reacción de los obispos frente a eso fue no defenderlo”, dijo.

El nuevo elenco de obispos apareció justo, en noviembre de 2017, como aliado de un peronismo que estaba en su peor momento, dividido, desorientado y humillado por el segundo éxito electoral del primer empresario que había llegado a la presidencia de la nación. Cuando la oposición política se revelaba estéril para condicionar a Macri en las urnas y la oposición social no alcanzaba para torcer el rumbo, la Iglesia aparecía renovada en el intento de asumir una nueva voz.

Después de un largo período como obispo de San Isidro y de haber sido dos veces titular de Cáritas, monseñor Oscar Ojea se convirtió en el nuevo presidente del Episcopado y en la figura más alta de una cúpula que incluía al segundo de Bergoglio en Buenos Aires, Mario Poli, y al comprometido Marcelo Colombo en lugar del ultraconservador salteño Mario Cargnello.

Con preocupación especial por los temas sociales, Ojea había sido adjunto del cardenal entre 2006 y 2009 y formaba parte de una familia católica con ramificaciones hacia el peronismo. Dos primos hermanos suyos, secuestrados por un grupo de tareas de la ESMA durante la última dictadura militar, continúan desaparecidos. Otro, que sobrevivió, estuvo preso durante ocho años.

De 57 años, Colombo era el más joven de la nueva comisión y acreditaba una historia singular. Considerado como uno de los obispos más queridos por el papa, había sido ordenado sacerdote a fines de los años ochenta por monseñor Jorge Novak, uno de los contados miembros de la Iglesia que –al frente de la diócesis de Quilmes– denunció los crímenes de la dictadura y acompañó a los organismos de derechos humanos en su reclamo desesperado. Desde que se instaló en La Rioja, Colombo se involucró en la investigación por la muerte de monseñor Enrique Angelelli, el obispo asesinado en 1976 que fue olvidado por la Iglesia durante por lo menos tres décadas y entró con Francisco en proceso de beatificación. Reivindicó a la Juventud Obrera Católica que fundó Angelelli en Córdoba, aportó documentación y fue querellante en la causa que terminó con la condena, en 2014, al represor Luciano Benjamín Menéndez. Además, era un aliado de los ambientalistas que rechazaban el avance de la minería en todo el país.

A esos perfiles se les sumaban otros, también tallados en la madera que le gustaba a Su Santidad. El conservador Víctor “Tucho” Fernández, que había sido rector de la UCA y era un hombre de su máxima confianza, asumió como arzobispo de La Plata. Con diez años como obispo de Lomas de Zamora, el jesuita peronista Jorge Lugones quedó al frente de la Pastoral Social. También con un hermano desaparecido durante la dictadura, Lugones protagonizaría uno de los choques más fuertes con el macrismo de rostro humanitario, cuando en junio de 2018 tomó la palabra en las jornadas de la Semana Social de la Iglesia en Mar del Plata para adoctrinar a la gobernadora Vidal. “Están bien los verbos ‘estar’ y ‘hacer’, pero me parece que falta el sentir y la sensibilidad social”, le dijo, en un sermón que el vidalismo no logró digerir nunca, por lo inusual y lo inesperado.

Como parte de la transformación de la Iglesia, a fines de 2017, Francisco nombró también a dos curas villeros como obispos. Secundó a Lugones con el sacerdote de La Cava, Jorge García Cuerva, y designó a Gustavo Carrara, el párroco de la villa 1.11.14, como auxiliar en Buenos Aires.

Durante los últimos dos años de su mandato, Macri y su gobierno ensayarían con poco éxito la difícil interlocución con una jerarquía católica que hablaba un lenguaje muy distinto al del ajuste, la deuda y el reformismo permanente. A poco de asumir, Ojea decidió apuntar directo al corazón de la reforma laboral que Jorge Triaca hijo había diseñado a pedido del presidente. “Para la Doctrina Social de la Iglesia, el trabajo no es una mercancía, sino que hace a la dignidad de la persona, es el gran ordenador de la vida”, dijo. La definición llegó como parte de un mensaje más general que rogaba que “no se vulneren derechos de los trabajadores” y sostenía que el lugar de los obispos estaba “al lado de los excluidos”. Pese a su perfil bajo y sus formas moderadas, Ojea asumiría la misión de alertar por el impacto que el combo de déficit cero, recesión e inflación tenía en los que estaban a punto de caerse del mapa.

Como con Menem y con Kirchner, ya consagrado en las alturas vaticanas, Bergoglio lograba otra vez incomodar a los inquilinos de la Casa Rosada. Pero lo hacía por primera vez a través de una generación de obispos que, moldeada a su imagen y semejanza, defendía sus banderas.

## El bendecido

Después de tanto padecimiento y tanto ruego por la unidad, el nombre de Alberto Fernández apareció como una respuesta acorde a las plegarias de los creyentes. Sin ser católico militante ni haber conocido a Bergoglio en su faceta argentina, el profesor de Derecho Penal fue bendecido rápido por Francisco para officiar como vértice de una nueva etapa en el peronismo político. Podía misionar para lograr, al mismo tiempo, que el macrismo quedara atrás y el cristinismo se diluyera en una territorialidad más amplia.

Como Cristina, pero a 11.142 kilómetros de distancia de Buenos Aires, también el papa estaba esperando que apareciera alguien capaz de abrir una puerta distinta. Hubiera deseado que fuera Scioli, pese a todas sus carencias, o que fuera De la Sota, pero terminó siendo Fernández, empoderado por CFK. Quienes lo frecuentaron en Roma durante los largos años de Macri en la Casa Rosada afirman que no era cuestión de nombres sino de rumbos. Aunque no haya moldeado la unidad del peronismo en 2019 ni haya querido asumir un rol de titiritero, lo cierto es que hizo todo lo que estuvo a su alcance. Era una doble condena ver cómo en su país el gobierno lo contradecía de manera permanente, mientras él pretendía dar una discusión global.

Fernández había iniciado su diálogo con Francisco muy tarde, pero le alcanzaba con haber llegado en el momento justo. Fue en enero de 2018 cuando pensó en viajar a Chile para ser testigo de la visita del papa al otro lado de la cordillera, una escala más en la que Su Santidad sobrevolaba la región sin pasar por la Argentina de Macri. El exjefe de Gabinete venía de perder muy feo en la provincia de Buenos Aires como jefe de campaña del renegado Florencio Randazzo y buscaba un cambio de aire. Venía también de hermanarse en la derrota con sus antiguos rivales y de reconciliarse con Cristina después de una década en la que había quedado disminuido a comentarista televisivo y operador de causas inviables. Antes de subirse a un avión, consultó a sus amigos con contactos con la Iglesia y fue Guillermo Oliveri quien le recomendó que no lo hiciera. El exsecretario de Culto de Néstor y Cristina –que volvería a ocupar ese cargo a partir de 2019– le explicó que lo mejor era escribirle directamente al papa a su correo personal y evitar así el error que tantos cometían: perderse en la



multitud de seres anónimos sin lograr el objetivo de acceder a Bergoglio. Previo aviso a CFK para preservar una relación que comenzaba a cuidar como un tesoro, Alberto lo hizo tal vez sin expectativas desmedidas. Al día siguiente, sin embargo, recibió un correo electrónico de Su Santidad. Era sábado y Fernández todavía se acuerda. El jesuita le decía que, después de su paso por Chile, iniciaría un retiro de quince días y que lo esperaba después en Roma para una charla mano a mano, cuando él quisiera. El encuentro se concretó el 26 de enero en el Vaticano y se reiteró en agosto de 2018, cuando el futuro candidato volvió a viajar junto al excanciller de Lula, Celso Amorim, y el exministro chileno Carlos Ominami. Desde entonces, los contactos se incrementaron en la previa del proceso electoral y el intercambio de información entre el Vaticano y el Instituto Patria se intensificó, al calor de la crisis que envolvió a Macri hasta devorarlo. En plena era de apagar viejos rencores, Fernández comenzó a repetir que Francisco lo había reconciliado con la Iglesia.

Más adelante, ya con el elegido de Cristina convertido en presidente, la colaboración del papa con el gobierno del Frente de Todos se haría evidente ante los ojos del mundo. Tan rápido como había hecho cuando decidió expresar su desagrado con el egresado del Newman, esta vez el jesuita exhibiría su respaldo a Fernández en el objetivo más importante que se fijaba en el inicio de su mandato: la reestructuración de la deuda. Queriéndolo o no, el macrismo había entrado en un festival de endeudamiento con vencimientos de cortísimo plazo solo asimilable con un piloto suicida que se despreocupa del mañana: 191.119 millones de dólares a pagar entre 2020 y 2023, de acuerdo con los números de la consultora Ledesma. Desactivar esa verdadera bomba de tiempo era el desafío que se había propuesto el profesor de la Universidad de Columbia Martín Guzmán.

Sin antecedentes en la gestión pública pero con una carrera académica dedicada a estudiar los procesos de reestructuración de deuda soberana, Guzmán ya conocía a Francisco. El futuro ministro de Economía de Fernández lo había visitado en mayo de 2019 en el Vaticano junto al premio Nobel de Economía Joseph Stiglitz, en un encuentro en el que se había firmado un entendimiento entre el Instituto para el Nuevo Pensamiento Económico y Scholas Occurrentes, el emprendimiento apadrinado por el papa y dirigido a nivel mundial por dos de sus aliados, José María del Corral y Enrique Palmeyro. Ya entonces habían coincidido en la necesidad de una “economía social de mercado” que mirara al futuro con la voz de los más jóvenes. Mientras Stiglitz hablaba el lenguaje de Francisco y llamaba a poner en marcha modelos alternativos que rechazaran

idolstrar el dinero, Su Santidad era terminante: “Si no, la humanidad va al suicidio”.

El 5 de febrero de 2020, cuando Fernández todavía no había cumplido dos meses como presidente, el Vaticano volvió a ser sede de un encuentro que contó con la presencia de Guzmán y Stiglitz. Esa vez, el tema dejó de ser el intento de establecer a nivel global otro tipo de economía desde la sociedad civil y pasó a ser la reestructuración que iniciaba el gobierno argentino con el apoyo de Kristalina Georgieva, la nueva directora del Fondo Monetario Internacional. Organizado por la Pontificia Academia de las Ciencias Sociales en el Vaticano, el seminario “Nuevas formas de solidaridad” serviría de escenario para que Fernández y Guzmán se mostraran junto a la búlgara que decía venir a dar vuelta la página del endeudamiento y el ajuste consumado durante el mandato de Christine Lagarde, con Macri como discípulo. Junto a ellos, estarían también el economista estadounidense Jeffrey Sachs y el director de la Organización Internacional del Trabajo, Guy Ryder.

Lo más importante, sin embargo, ya estaba hecho. Dos semanas antes del encuentro, Francisco había recibido a Georgieva en secreto en el Vaticano, sin que casi nadie lo supiera. La directora del Fondo se había hospedado en la casa de Santa Marta, la misma residencia en la que eligió vivir el jesuita y en la que se alojaron en 2013 los ciento quince cardenales que lo convirtieron en sumo pontífice. Es un edificio que fue reconstruido en 1996 y está pegado a la Basílica de San Pedro: funcionó como casa para asistir enfermos durante la epidemia de cólera que invadió Roma en 1881 y se la utilizó para hospedar a judíos prófugos durante la Segunda Guerra Mundial. En una muestra más de un liderazgo hecho de gestos, después de ser electo, Francisco decidió vivir en la habitación 201 y rechazar la posibilidad de mudarse al suntuoso Palacio Apostólico en Roma, el lugar que sus antecesores ocuparon desde 1903.

El papa conocía a Georgieva desde bastante antes de que fuera electa como nueva titular del Fondo. Tenían en común el trabajo conjunto con los refugiados y algunas coincidencias en materia económica. Convencido de que la deuda era un mecanismo de asfixia y sometimiento, Bergoglio convocó a la sucesora de Lagarde para charlar sobre la etapa que se iniciaba en su país y pedirle un cambio de actitud general. Dicen que el mensaje de Francisco alternó la amabilidad propia del hospedaje con un reclamo en términos no tan diplomáticos para que el organismo dejara de condicionar a la Argentina. Según uno de los peronistas que lo frecuenta en silencio, lejos de la exposición y las cámaras, sus

palabras fueron las siguientes: “Ustedes están esclavizando a la población. No pueden prestarle a un país que no puede pagar. No hay derecho a comprometer así a las futuras generaciones”.

Dos semanas más tarde, el encuentro en el Vaticano les serviría a Fernández y a Guzmán para subirse a un escenario global en el que la discusión por la reestructuración de la deuda se daba en un terreno excepcionalmente neutral. Con la cifra nada despreciable de ocho defaults acumulados en su historia, uno de ellos demasiado reciente, la debilidad manifiesta de la Argentina ante grandes fondos de inversión que tenían varias veces el PBI argentino entre sus activos quedaba por un instante en un segundo plano. De acuerdo con la presentación del panel que habían armado los colaboradores del papa, el mecanismo de la deuda expresaba bastante más que la indisciplina fiscal de un mal alumno del Fondo y delataba la lógica de un sistema financiero que ahogaba en la dependencia extrema a los países de menores recursos. Dos semanas más tarde, el 19 de febrero de 2020, vendría el pronunciamiento impulsado por Georgieva y firmado por la nueva misión del organismo en el país sobre la “insostenibilidad” de la deuda argentina, un término que Guzmán logró colar en el diccionario de un debate nada salomónico en el que el país de los Fernández era presentado como paria financiero y deudor crónico. Un mes después, llegaría el staff report que recomendaría una quita de entre 55.000 y 85.000 millones de dólares para los pagos de deuda de la próxima década y advertiría sobre el “alivio sustancial” que deberían propiciar los acreedores privados para restablecer la sostenibilidad en un país sin reservas que no podía pagar ni vencimientos de capital ni vencimientos de intereses por varios años (véase el capítulo 13, “Guzmán, la deuda y el Fondo”).

Tras el vía crucis interminable del déficit cero, el final traumático de Macri en el gobierno y la montaña de deuda de cortísimo plazo que el propio Fondo había contribuido a engordar, el organismo iniciaba un reciclaje tan vertiginoso como elocuente y buscaba cambiar el rostro ortodoxo de la francesa Lagarde por la cara sensible de la búlgara Georgieva. No era apenas una decisión interna producto de las circunstancias o del regreso del peronismo al poder. También el papa argentino había hecho su aporte y el nuevo presidente había encontrado, como caído del cielo, un aliado celestial. Desde entonces, el agradecimiento público de Fernández sería permanente y el heterogéneo Frente de Todos se hermanaría en el reconocimiento a Bergoglio, el político absoluto que había hecho mucho para ayudar al bendecido y a su país.

3 Guzmán Carriquiry Lecour, El bicentenario de la independencia de los países latinoamericanos. Ayer y hoy, Madrid, Encuentro, 2011.

## **11. El peronismo judicial**





El juez federal de la Argentina Claudio Bonadio, 10 de diciembre de 2018.



Lo primero que hay que entender es la lógica del poder permanente. Con un alto grado de legitimidad en la Argentina pese a todo, con dos grandes bloques de identificación que se conformaron en los últimos quince años y con las expectativas sociales puestas sobre ella, la autoridad política es una circunstancia. Diseñada como está desde la década de los noventa, con la creación de Comodoro Py como un Frankenstein ingobernable y con elecciones cada dos años, la relación entre el Poder Judicial y el Poder Ejecutivo es de lo más asimétrica. Mientras el gobierno de turno está determinado por la urgencia en un país inestable de límites económicos estructurales y mayorías políticas precarias, los magistrados que juzgan a la política desde su sitio de privilegio son eternos y no van a elecciones. Dependen del presidente para conseguir su nombramiento, pero en el instante mismo en que obtienen lo que buscaban se liberan por completo, y conservarlos como aliados o apéndices comienza a demandar esfuerzos ingentes para el político que no entendió la ecuación general. Cuando la persona que está en la cúspide del Poder Ejecutivo cae en la ingenuidad de creerse dueña del juez, el choque con la realidad resulta brutal y la conmoción es mayor.

En la Corte Suprema de Justicia de la Nación está tallada en piedra una frase de Enrique Petracchi, que adoptan como propia los ministros que se suceden en el máximo tribunal: “Lo primero que tenés que hacer acá es traicionar al que te trajo”. Nombrado por Raúl Alfonsín en 1983, Petracchi permaneció en el cuarto piso del Palacio de Tribunales durante treinta y un años, hasta que murió, el 12 de octubre de 2014. Otros, con muchísimo menos prestigio que él y sin límites para incurrir en el crimen, hacen su adaptación libre de esa norma desde la cofradía que asienta su poder en la Corte, los tribunales de Retiro y el Fuero Contencioso Administrativo.

Ideada por Carlos Menem como un estamento superior destinado a servir a su gobierno, la justicia penal federal de Comodoro Py lo sobrevivió largamente y hasta lo condenó a pasar una temporada en la casa de Armando Gostanian, cuando su tiempo político expiró sin remedio. De aquellos inicios remotos surgió la autoridad de tres jueces federales que vieron pasar a diez presidentes y tuvieron salud incluso para ver la asunción de Alberto Fernández: Claudio Bonadio, María Romilda Servini de Cubría y Rodolfo Canicoba Corral. Los dos primeros de reconocida filiación peronista y el tercero no se sabe, su veredicto fue siempre determinante a la hora de legitimar o no un ciclo de gobierno. Excepciones al margen, jueces, camaristas y fiscales funcionan como una casta

envenenada con un poder mayúsculo que se asienta en la conexión de los tribunales con los servicios de inteligencia y los medios de comunicación. Lo demás es letra muerta.

Guardianes de la víscera más sensible, capaces de llamar a una revuelta del privilegio con tal de no pagar ganancias, hasta la irrupción del covid-19 los miembros de la familia judicial dedicaban una parte de sus horas a ejercitar la camaradería fuera del frío edificio de Retiro. Cada época paría un lugar propio y distintivo. En tributo a Canicoba Corral, los dueños de la membrecía Comodoro Py se juntaban a disputar su propio torneo de truco, la Rody Cup, en el local Tango Porteño del empresario Diego Mazer, yerno del ambicioso financista Sergio Grosskopf. O disfrutaban de una mesa permanente para jugar al póker y al truco por plata en el primer piso de Simonetta Orsini, la joyería de Posadas y Cerrito que estuvo vinculada al último poder cristinista. También, durante años, se los podía ver en La Biela, a esa hora difusa en que cae la tarde y se activan las endorfinas de los que no tienen mayores preocupaciones.

Algunos pocos, que tuvieron la fortuna de haber pasado por la función pública y por la justicia, entienden y explican mejor de qué se trata. Dicen que es un sistema que se reproduce con una estructura para la autodefensa cuyo objetivo esencial no es la teoría profusa que se enseña en las aulas de la Facultad de Derecho sino el artículo primero de la ley del más fuerte: su propia supervivencia hacia el horizonte de lo perpetuo. Resortes del poder profundo, con intereses permanentes, los miembros de la familia judicial que juzga a la política están enlazados de manera más consistente con el poder económico. Ahí sí se observa una equivalencia mayor.

El peronismo, ese subsistema de partidos que siempre está retornando a la Casa Rosada, exhibe una plasticidad que lo habilita para adaptarse a las distintas épocas pero no lo preserva de la guillotina tendenciosa de Comodoro Py. Los perdedores pasan a degüello. No importa la identidad sino las alianzas en una calesita que gira mientras los jueces permanecen, intocables. El Consejo de la Magistratura es una escribanía que rubrica la correlación de fuerzas y tiene las cartas marcadas: pasan los gobiernos sin más perspectiva que la de negociar con el elenco estable de Retiro, que fija las condiciones y teje una telaraña de lo más sólida. Se pagan favores, se cobran viejas deudas y la política solo atina a que le deban algo.

El razonamiento de camaristas, jueces y fiscales es tan obsceno como inapelable:

“En cuatro años, ustedes no están más y yo sigo”. A partir de esa máxima, se despliega un juego en el que cambian los personajes pero persisten los procedimientos. Los años finales de Cristina Fernández de Kirchner en el poder y el interregno de Mauricio Macri proyectaron como nunca el carácter impiadoso de una inmobiliaria con lógica mafiosa que manda a la cárcel a los inquilinos que se creen dueños. El axioma no dicho de Comodoro Py hacia la dirigencia política que cae en desgracia quedó dibujado en el aire de época con forma de una pregunta: “¿Cuánto vale tu libertad?”. El que tiene plata para una tarifa desmesurada la resuelve fácil y el que no, solo puede apelar al intercambio de favores. Si fue precavido, algo quizá le deben.

Frente a esa realidad, los márgenes de acción de la política parecen de lo más estrechos y la estrategia debe ser certera. No sirve aceptar el pliego de condiciones de una camarilla de jueces pero tampoco sirve iniciar una pelea desigual que es un pasaporte a la derrota y el rencor. Eso afirman espadas del peronismo que describen con crudeza el aire fétido que se respira en los tribunales federales pero advierten, al mismo tiempo, que dejarse llevar por la indignación sin diseñar un plan para iniciar un choque es una ingenuidad imperdonable. No alcanza con tener las mejores intenciones ni con declaraciones ni con denuncias ni con quejas.

En el peronismo están los que piensan que el ex Frente para la Victoria y los ministros que se sucedieron en el área nunca tuvieron una política acorde para el Poder Judicial. Producto de esa falencia que se tornó impotencia, Néstor Kirchner lo bautizó “Partido Judicial” en sus últimos años de vida. La venganza de esa casta contra el kirchnerismo político-empresarial tuvo un nivel de virulencia inédito y por supuesto sintonizó con un movimiento regional. Pero lo particular de los años de Macri fue que el peronismo no cristinista se montó en ese operativo como forma de compensar por la vía de los tribunales sus carencias en el terreno electoral. La reforma que los Fernández intentaron impulsar en 2020 con el ensamblaje de dos proyectos –producto de puntos de partida y visiones encontradas– buscaba reducir esa asimetría letal, pero pecaba de una omisión pública: la podredumbre extorsiva del Poder Judicial se nutría de la savia de sectores del PJ que, después de apostar a sangre y fuego por el poscristinismo, se reciclaron en el Frente de Todos.

## Más que un francotirador

Claudio Bonadio le entregó a la venganza sus últimos años de vida. El juez federal que llegó a Comodoro Py gracias a un decreto de Carlos Menem le dio de comer hasta el final a los medios que militaban la saga de la corrupción cristinista. Criado en Guardia de Hierro y engordado por Carlos Corach en el feedlot del menemismo judicial, atravesó indemne y funcional los largos años de Néstor y Cristina en la Casa Rosada hasta que finalmente algo se rompió de la peor manera. Miguel Ángel Pichetto y Hernán Ordiales, dos especialistas del peronismo para el pacto de protección mutua con la justicia, le cubrieron las espaldas en el Consejo de la Magistratura ante el récord de setenta y cinco denuncias en su contra y los intentos de iniciarle juicio político. Pichetto lo hizo en 2005 ante una denuncia de Alejandro Rúa por dormir el expediente en el que se investigaba el encubrimiento menemista al atentado a la AMIA. Ordiales lo hizo entre 2011 y 2014 ante la presentación de Ezequiel Nino y Pedro Biscay por mal desempeño en las causas de fraude empresario al Estado en las que Bonadio laudaba siempre a favor del capital privado. Pero ni Pichetto ni Ordiales actuaron solos, sino que lo hicieron como parte de una política kirchnerista que se intentó desandar demasiado tarde.

Cuando mutó de buen aliado a rabioso depredador, Bonadio dictó siete de los trece procesamientos contra Cristina Fernández, con la particularidad de que se distinguió en casi todos los casos por ordenar la prisión preventiva de la expresidenta. Debutó en mayo de 2016 con el procesamiento en una causa, la del dólar futuro, en la que no había sido denunciada por los diputados opositores, quienes iniciaron el expediente contra el entonces presidente del Banco Central, Alejandro Vanoli, y un grupo de funcionarios que lo acompañaban. Después vino una andanada de fallos que dominaron la agenda mediática y gobernaron la política durante todo el gobierno de Macri: desde los cuadernos de Centeno, la cartelización de la obra pública, la causa Los Sauces y los sobrepagos en la compra de gas licuado hasta el memorándum con Irán, que nunca entró en vigencia, y el ocultamiento y la “exportación ilegal” de documentos históricos.

Algunos piensan que Bonadio se murió sin poder cumplir su sueño de ver a CFK en la cárcel. Pero lo cierto es que tuvo dos años largos para ver ese deseo

consumado y, por alguna razón, no los quiso aprovechar. Recién cuando la expresidenta se convirtió en senadora, comenzó el show del desafuero que Pichetto frenaba desde el Senado con su particular defensa de la clase política. Como si fuera un texto escrito a cuatro manos, Bonadio encumbraba a Pichetto como el dique de contención ante los avances del Poder Judicial y lo elevaba todavía más como el peronista del orden.

Pero el senador que terminó como candidato a vicepresidente de Macri no era el único vínculo. Daniel Scioli y Sergio Massa no ocultaban la amistad que los unía con el magistrado. Era tanta como para que un día el exintendente de Tigre se cruzara a Bonadio en una estación de servicio y el juez le contara al pasar que iba a comer a la casa de Daniel. Sucedió en julio de 2015 y el entonces jefe del Frente Renovador eligió revelarlo en TN. Ya con Cambiemos en el poder, Martín Redrado se presentó de oficio como perito para darle sustento al procesamiento que Bonadio preparaba en la causa del dólar futuro. Con un capital electoral propio aunque disminuido, Massa pudo licuar ese antecedente criminal a la hora de firmar un acuerdo con Cristina, pero al ex Golden Boy le costó el veto de la vicepresidenta, cuando el Frente de Todos asumió el poder. La promesa que Alberto Fernández hizo en la alfombra del Grupo Clarín en el Malba, en septiembre de 2019, cuando anunció que Martín iba a tener “un rol importante”, no se pudo cumplir y Redrado tuvo que dedicar un largo año de lobby persistente para que finalmente CFK lo recibiera en el Senado, sin fotos de ocasión.

El juez federal que manejaba a la perfección su Glock 40 y cargaba con dos muertos en la espalda desde fines de 2001 se movía como un verdugo ante el cristinismo y sus satélites, y había construido un radio de relaciones con la política y el poder económico que trascendía las fronteras. El presidente de la Corte Suprema, Ricardo Lorenzetti, era uno de los pocos que tenía llegada a Su Señoría y cierta capacidad para hacerlo entrar en razones sobre algunas cuestiones. ¿Podía haber algo más arriba? ¿Una terminal externa que hubiera hallado en la escuadra de Corach a un soldado impiadoso y certero a la hora de disparar?

Bonadio hablaba por sus sentencias, pero también a través de los medios amigos y en algunos foros distinguidos como el del Rotary Club o el de un sello de larga trayectoria que encumbró a Massa en los años finales del kirchnerismo y volvió a respirar el aire del poder durante los años de Macri: la Fundación de Estudios Políticos, Económicos y Sociales para la Nueva Argentina (Fepesna). A través de su presidenta, Laura Velásquez, se dibujaba la directriz de un peronismo que,

desde el fin del menemismo, influía más en el ámbito de la justicia y los negocios que en el de la política. Velásquez había tenido un pasaje como funcionaria del Ministerio del Interior durante el gobierno de Menem y conservaba desde entonces algunos lazos de hierro. No solo el que la unía con Bonadio sino sobre todo el que la emparentaba con José Luis Manzano, el exministro que se había reinventado como hombre de negocios. Señalado como el verdadero financista de una fundación que incluía viajes frecuentes a los Estados Unidos, el socio de Daniel Vila blanqueó tarde su influencia y comenzó a figurar como parte de su staff recién en 2019. El Consejo Asesor era un seleccionado de notables y no tanto que ligaba al macrismo con el PJ no kirchnerista: el menemista Rodolfo Daer, el macrista Federico Pinedo, el massista Marco Lavagna, el consultor Enrique Zuleta Puceiro, el versátil radical Alejandro Tullio y el peronismo porteño alineado con Juan Manuel Olmos, entonces presidente del Consejo de la Magistratura de la ciudad. Futuro jefe de asesores de Alberto Fernández, Olmos había designado como prosecretario en Fepesna a su exjefe de despacho en la magistratura municipal, Juan Manuel Richieri, y en el Consejo Asesor a su esposa, la legisladora pro-Larreta, María Rosa Muiños. Todos esos nombres compartían un mundo de relaciones y alumbraban un norte.

El magistrado de la causa de los Cuadernos era un activo animador de las tertulias que impulsaba Manzano y compartía con él la filiación original en Guardia de Hierro. Tanto que, en 2015, el fiscal Federico Delgado pidió investigarlo por abuso de autoridad y violación de los deberes de funcionario público, en una causa en la que se lo acusaba de haber firmado un convenio con el Ministerio Público Fiscal de la ciudad como miembro del Consejo Asesor de Fepesna. En ese ámbito en el que Pichetto podía departir con personalidades como Pinedo, Jaime Durán Barba o Juan Manuel Abal Medina, se trabajaba un consenso poskirchnerista que nunca terminó de madurar. Fue el escenario que eligió el señor gobernabilidad para responsabilizar a la expresidenta por el triunfo de Macri. “La señora dividió el ejército. Si hubiéramos dado la primaria en el marco del PJ, esos cuarenta puntos habrían sido el punto de inflexión para consolidar el triunfo en octubre en la provincia”, dijo. Entre los asistentes al debate, asentía Bonadio. Era una red forjada durante décadas que buscaba redimirse del pecado de lo testimonial con la llegada del gobierno de los CEO y que atendía en varios mostradores a la vez. Como parte de la misma estrategia del peronismo judicial, Pichetto no solo salía empoderado del show del desafuero sino que designaba embajadores como Jorge Yoma en el gobierno de Macri e impulsaba en paralelo y con todas sus fuerzas al fiscal Raúl Pleé para

que se convirtiera en procurador de la nación en reemplazo de Alejandra Gils Carbó, otra de las iniciativas que naufragó. Cuando la unidad llegó y el ejército se reunificó, el rionegrino decidió quedarse afuera, fiel a ese deseo que la mayor parte de sus socios 2015-2019 abandonó.

Cerca de Manzano, anotaban también a un actor clave en el círculo de afinidad de Fepesna: el fiscal general ante la Cámara Federal porteña, Germán Moldes, con asiento en Comodoro Py entre 1994 y septiembre de 2019. Exsecretario de Población del Ministerio del Interior del mendocino, mantiene hasta el día de hoy su sintonía fina con el empresario que tiene su consultora Integra Capital con sede en Miami, Washington, Ginebra y Buenos Aires. Verdadera cartografía de un poder paralelo que pretendía extender su influencia, lo que no se definía en las reuniones de la fundación se charlaba en las mesas de El Mirasol y La Stampa de la Recova, abajo de la autopista Illia.

Sin embargo, Bonadio se distinguía por una característica: no era un eslabón más de la cadena redituable de complicidades que unía a los tribunales de Retiro con la Agencia Federal de Inteligencia. De rasgos inconfundibles, se movía como si fuera dueño de un blindaje mayúsculo y era capaz incluso de entrar en contradicción con la orquesta de Antonio Stiuso y el histórico operador del peronismo Javier Fernández, el comando mayor durante los años en los que el kirchnerismo no exhibía contradicciones con la justicia federal. Buen amigo de Rodolfo Galimberti, Bonadio se llevó a la tumba su secreto mayor, pero hasta sus compañeros de tiro lo sindicaban como un soldado que hallaba su fundamento en las entrañas de la CIA. No era el único, por supuesto, en un país donde la madre patria respira a través de distintas bocas de expendio, unas más cercanas al FBI y otras más ligadas al Departamento de Estado, pero todas con terminales en el exterior.

El rol del juez que aparecía bien arriba en la servilleta imaginaria de Corach influía de manera tan marcada en la política que el peronismo no kirchnerista lo contaba como un puntal para ir a pelear en el terreno electoral. Inviabile como candidato a nada, Bonadio sin embargo pesaba más en la coyuntura que los machos alfa del PJ anticristinista. La mesa de los caballeros del peronismo federal que Guillermo Seita armó en las alturas de sus oficinas sobre la Avenida del Libertador tenía reservada para él una silla en la cabecera. El consultor que era dueño de la encuestadora Management & Fit y la franquicia de la CNN en la Argentina trabajaba para Lorenzetti y solía difundir también los fallos de Bonadio. Más importante que eso, reconocía al magistrado como una pieza que

podía aportar desde su lugar en el doloroso trabajo de parto de Alternativa Federal. Lo que Massa, Pichetto, Juan Manuel Urtubey y Juan Schiaretti no lograban reunir en el terreno de los votos podía recibir un espaldarazo externo, una ayuda divina que arrinconara a la mujer que, aun perseguida y derrotada, los seguía castrando en su función de reproductores de un PJ por completo funcional a los deseos del poder real. Aunque nadie hizo tanto como Bonadio para debilitar a CFK, el objetivo mayor no se pudo cumplir. La crisis terminal en la que se enredó Macri a partir de abril de 2018 impidió que esos planes se aproximaran al terreno de lo concreto. Pero los soldados de ese peronismo inviable jugaron fuerte al poskirchnerismo con una maqueta que incluía a sponsors destacados del poder económico entre los que no solo estaba Manzano sino también el banquero Jorge Brito, uno de los pesos pesados que no ahorra esfuerzos a la hora de hacer sus apuestas. A partir de diciembre de 2019, ese grupo volvería a militar en las filas del heterogéneo Frente de Todos, siempre en función de sus propios intereses.



## Una mesa perjudicial

Igual que sus sponsors, Macri tuvo una ambición desmedida y se soñó refundacional, también en el terreno judicial. El expresidente hizo esfuerzos sorprendentes para diseñar una ofensiva contra sus rivales y dedicó innumerables recursos a atacar a la oposición que lo contradecía. Apeló a la artillería de los jueces federales y combinó el espionaje ilegal con los insumos que le proveían la Unidad de Información Financiera (UIF) y la Administración Federal de Ingresos Públicos (AFIP). Sin embargo, actuó en espejo con su política para el área económica y superpuso operadores y estrategias que chocaban entre sí. La famosa mesa judicial estaba desbordada de comensales: mezclaba a dos funcionarios made in Newman, el jefe de asesores José Torello y el secretario de Legal y Técnica Pablo Clusellas, con el binguero Daniel Angelici, el operador del Grupo Clarín Fabián “Pepín” Rodríguez Simón, el jefe de los espías Gustavo Arribas, el consejero Juan Bautista Mahiques y, finalmente, el ministro de Justicia y Derechos Humanos Germán Garavano. Figuras de segundo o tercer nivel, casi todos recién llegados a un mundo de códigos propios largamente arraigados, los súbditos del ingeniero con antepasados en Calabria se movían con la credencial que les otorgaba su proximidad al holding de Héctor Magnetto. Dicen que Jorge Rendo y Pablo Casey, los embajadores de Clarín ante Comodoro Py, les abrían las puertas a control remoto.

Fuera de ese círculo, el presidente les prestaba una especial atención a los aportes republicanos de Fernán Saguier, uno de los dueños de La Nación que se reunía a comer con él en la intimidad e hizo su contribución personal para la oportunidad histórica que, según creía, representaba el team leader de Cambiemos. A prudente distancia, como siempre, se ubicaba también Ricardo Gil Lavedra, el camarista que juzgó a las Juntas militares y fue después ministro de Justicia de Fernando de la Rúa. Considerado entre algunos de sus colegas como el Anzorreguy del radicalismo, Gil Lavedra también aportaba desde el sector privado mientras conservaba clientes de lo más distinguidos y evitaba exponerse por demás en el contacto con las espadas amarillas.

Del grupo disfuncional de espadas que servían a Macri, los que más penetraban en Comodoro Py eran los dos que provenían del mundo Boca: Gustavo Arribas,

el broker que hacía negocios en nombre del presidente incluso durante el tiempo que pasó en la función pública, y el delegado que puso Macri en el club de la ribera. Angelici no pudo cumplir con sus grandes promesas en el ámbito deportivo, pero al menos aprovechó los palcos del club para pasear a jueces y fiscales que le debían favores a lo pavote. Vía el exsushi, ex SIDE y directivo de Boca Darío Richarte, en la lista de los que no se perdían ningún partido figuraban celebridades como Carlos Stornelli, Raúl Pleé, Ariel Lijo y Gerardo Pollicita.

Parapetado sobre ese arsenal, lejos del diálogo tan promocionado, el calabrés Macri disparó contra todos sus enemigos. Uno de sus blancos predilectos era el sindicalismo que, pedagogía del ajuste mediante, pretendía convertir en emblema de la Argentina inviable para imponer la flexibilización laboral e incrementar la productividad. El hijo de Franco ordenó enviar a la cárcel a exponentes del peor sindicalismo como Omar “Caballo” Suárez y Juan Pablo “Pata” Medina. Pero además intentó avanzar contra otros dos dirigentes que – con diferencias históricas con los anteriores– habían estado cerca del kirchnerismo y hasta tenían relación con su sector: a Hugo Moyano y Víctor Santa María no buscaba darles un escarmiento sino verlos entre rejas.

El domingo 27 de agosto de 2017 ardieron los teléfonos en la residencia de Olivos. Dos semanas después de las PASO que ya preanunciaban la victoria de Cambiemos en las elecciones legislativas de medio término, Horacio Verbitsky publicó en Página/12 la lista de familiares y amigos de Macri que entraron al blanqueo de capitales, incluidos sus hermanos Gianfranco Macri –de sangre– y Nicolás Caputo –del alma–, y Marcelo Mindlin, el oportuno comprador de la empresa del primo Ángel Calcaterra. Enfurecido, Macri en persona llamó a Juan Manuel Olmos para reclamarle por la barrera que acababa de cruzar el peronismo de consorcio y advertirle que se desataba una guerra contra Santa María. Tres meses más tarde, la ofensiva terminó con Verbitsky fuera de Página/12 después de treinta años y con una serie de investigaciones que impulsaba el titular de la UIF, Mariano Federici, sobre los movimientos de fondos, cuentas y fideicomisos en Suiza atribuidos al sindicalista y su familia.

Amigo de Rodríguez Larreta y con múltiples vasos comunicantes que iban desde colaboradores hasta emprendimientos y sociedades en común, Santa María en algún momento logró que dejaran de tenerlo como blanco; es posible que hayan pesado la estrecha relación que Olmos había construido con Angelici en el Consejo de la Magistratura y la histórica afinidad del jefe del sindicato de

encargados de edificios con Silvia Majdalani, la dirigente del PJ porteño que se convirtió en la número dos de la SIDE amarilla. De inmejorable relación con la Embajada de los Estados Unidos, Federici –que llegó a candidatearse para ser el sucesor de Martín Lousteau en Washington– vio domadas sus ínfulas de implacable y la sociedad Clarín-La Nación les indicó a sus periodistas que se dedicaran a otra cosa. No solo eso. Con Fernández en el poder, los directivos del holding de Magonetto hicieron borrón y cuenta nueva, tejieron una relación directa con Santa María y para publicar algo sobre el jefe del Sindicato Único de Trabajadores de Edificios de Renta y Horizontal (Suterh) pasó a ser necesario consultar en el cuarto piso del edificio de la calle Tacuarí. Siempre es reconfortante ver que se apagan viejos rencores en función de objetivos nobles.

Lo cierto es que la mesa judicial de Macri dejó los dedos pegados en todas sus operaciones; sus miembros chocaron entre sí y generaron efectos indeseados que terminaron haciendo retroceder al entonces presidente en sus propios objetivos. La causa de los Cuadernos –que afectó hasta el límite de lo increíble al empresariado socio de Macri– y el reemplazo de Ricardo Lorenzetti por Carlos Rosenkrantz fueron dos de los episodios en los que el grupo de operadores amarillos actuó con una lógica autodestructiva.

Entre los pesados del establishment que se vieron obligados a presentarse en Comodoro Py, fueron procesados o conocieron la cárcel, estuvieron empresarios de una cercanía indudable y una importancia mayor como Paolo Rocca y Luis Betnaza, de Techint, o Ángel Calcaterra y Javier Sánchez Caballero, de Iecsa. Pese a un vínculo de lo más estrecho y familiar, Macri no salió en defensa de ninguno de ellos y los dejó librados a su suerte. Sintomático fue el caso de Mindlin, que apareció justo en el inicio del macrismo para comprar la empresa que quería vender el primo del presidente. Alejandro Bercovich reveló en el diario BAE que el chofer Centeno estacionó en el edificio de Pampa Holding y Bonadio tuvo que incluir al zar de la energía en el expediente de los Cuadernos. Exdueño de Edenor y dueño de Transener y Petrobras, el empresario que fue uno de los grandes beneficiarios de la brutal transferencia de ingresos del tarifazo deja trascender que, en esa instancia, no recibió ayuda del egresado del Cardenal Newman sino del PJ judicial.

Premeditado o no, a Mindlin le tocó declarar ante Bonadio el Día de la Lealtad peronista. Dos semanas después, el 30 de octubre de 2018, hizo una fabulosa demostración de poder y reunió a todo el arco político en el Centro Cultural Kirchner para presentar el proyecto de remodelación del Museo del Holocausto.

Sergio Massa y Horacio Rodríguez Larreta fueron los dos escoltas en la galería de fotos gigantescas que publicó el portal de Daniel Hadad y que incluía al financista Javier Timerman –primo de Mindlin–, Daniel Vila de América, Martín Etchevers de Clarín, Miguel Ángel Pichetto, Juan Manuel Urtubey, Diego Bossio, Hernán Lombardi, Sergio Bergman, Claudio Avruj, Guillermo Yanco, Carlos Melconian, Miguel Ángel Broda, Marcos Galperin, Eduardo Elsztain, Marcelo Longobardi, Jorge Lanata, Alejandro Fantino y Jorge Fontevecchia. Casi como si fuera el anfitrión, Massa contaba con la distinción de ser el único que se repetía en las fotos.

El dueño de Pampa Holding había cursado invitaciones para todo el espín del poskirchnerismo pero había dado a su entorno la orden especial de premiar al primero que le avisara de los pasos del depredador Bonadio. Entre los asistentes, había varios que conocían al juez federal, pero solo uno estaba destinado a ganar la carrera por la primicia; a Massa, un político de fronteras difusas que hacía cotizar alto su llegada al verdugo de Cristina Fernández de Kirchner, unas semanas más tarde le alcanzaría un mensaje de tres palabras y un número para cumplir con creces su misión: “Mañana, a las 11.30”. A esa hora del 27 de noviembre de 2018, Bonadio daría a conocer el sobreseimiento del rey del tarifazo a través de canales amigos. Lo que no había logrado la mesa judicial lo había conseguido un dirigente del peronismo que había soñado con la avenida del medio, venía de ser humillado en las elecciones y parecía, a esa altura, perdido en un callejón sin salida.

Unos meses después, la expresidenta sorprendería a casi todos con la designación de Alberto Fernández y forzaría el reordenamiento del tablero de la política y el poder. Massa volvería a ser útil a los fines de Mindlin en el nuevo escenario y lo ayudaría, dos años después, a reconciliarse con la familia ensamblada del Frente de Todos. Junto con el primo Timerman, Santiago Cafiero y Emmanuel Álvarez Agis, el esposo de Malena Galmarini sería uno de los puentes de plata que le abriría a Mindlin el corazón de un Fernández que pasó de criticarlo por ser amigo de Macri y beneficiario del tarifazo a presentarlo como ejemplo del empresariado nacional. También lo sentaría a la mesa de Máximo Kirchner.

## El síntoma Lorenzetti y la mayoría peronista

Entre los errores de la mesa tumultuosa de operadores judiciales que armó Macri, figura bien arriba haber desplazado a Lorenzetti, el presidente de la Corte Suprema que durante once años no solo había logrado conducir a ministros de trayectorias antagónicas dentro del máximo tribunal sino que además se había erigido en el jefe del Partido Judicial, con un notable empeño para lograr ascendencia sobre Comodoro Py.

En 2016, la llegada de Horacio Rosatti y Carlos Rosenkrantz alteró los equilibrios previos y obligó a Lorenzetti a recalcular su estrategia. Sin embargo, fue el impulso del macrismo para desplazarlo de la presidencia de la Corte el que se convirtió en un bumerán para el propio Macri, que con Rosenkrantz construyó su minoría automática y se cansó de ver naufragar las iniciativas que propiciaba. Como en tantos otros aspectos, Macri fue por más y rindió menos. Solo así se explica.

Durante los dos primeros años del gobierno de Cambiemos, el rol de Lorenzetti había sido de lo más eficaz para uno de los objetivos principales del bloque de poder que doblegó al kirchnerismo. Aunque de entrada le había fijado límites a Macri con el fallo que lo obligaba a cumplir con reclamos de fondos de las provincias o el freno al tarifazo descomunal sin audiencias públicas, Lorenzetti había aportado mucho para implantar la ley del talión desde los tribunales federales y acorralar a Cristina Fernández y sus socios. Uno de sus soldados más leales, Martín Irurzun, inventó en 2017 la doctrina que en tiempo récord envió a la cárcel a decenas de exfuncionarios y empresarios ligados al cristinismo. Como parte de un método sistemático, el presidente de la Sala II de la Cámara Federal instauró como norma el uso de la prisión preventiva para los casos de corrupción y convirtió en regla lo que era absolutamente excepcional con el argumento infundado de que existía riesgo de fuga o capacidad de obstaculizar el proceso por parte de procesados que habían perdido todo su poder. De máxima confianza de Lorenzetti, Irurzun impuso la pena anticipada, vulneró todas las garantías y contribuyó de manera fundamental a crear un cambio radical en el escenario. Derrotados en forma ajustada en las urnas, el kirchnerismo y sus satélites habían quedado inhabilitados, de un día para otro, para participar de la discusión

pública: gran parte de su elenco era eyectado del sistema político y pasaba sin ningún tipo de transición de la esfera de la acusación y la sospecha a la del delito y la cárcel.

Por algún motivo de lo más poderoso, Irurzun había decidido inmolarse en la causa de la época y sacrificar su propia trayectoria. Hijo de un juez federal y con una carrera cuyos inicios se remontaban a 1972, el camarista que borró los límites entre el procesamiento y la condena había sido secretario, juez criminal y correccional y miembro de la Cámara Federal desde la década de los noventa, cuando había construido junto a Horacio Cattani una reputación de cierto prestigio y tradición garantista. Con Macri, Irurzun no solo inauguró una doctrina inconstitucional que estuvo vigente hasta el final de su mandato –recién fue invalidada en la Bicameral de Monitoreo e Implementación del Código Procesal Penal cuando expiraba el mandato del ingeniero–, sino que además habilitó el festival de escuchas desde la Dirección de Captación de Comunicaciones del Poder Judicial, el estratégico sillón que le otorgó Lorenzetti cuando el presidente le arrebató las intervenciones judiciales a la Procuración y se las dio a la Corte. Las filtraciones que difundían los periodistas y medios amigos del gobierno completaban el cuadro que le permitía a Cambiemos desplegar sus planes a futuro, mientras el cristinismo quedaba devaluado a la categoría de un grupo de reclusos.

Poco reconocido pero también decisivo, el líder supremo ya había hecho un giro por demás elocuente con respecto a su propio pasado en un tema que le interesaba de manera especial a Macri: había alentado varios pronunciamientos de la Corte alineados con el deseo del empresariado en materia de Derecho Laboral, desde que Cambiemos aterrizó en la Casa Rosada. El fallo Orellano, de 2016; el fallo Espósito, de ese mismo año; y el fallo Rica, de abril de 2018 –los dos últimos con la disidencia de Rosatti– eran ejemplos de una línea antisindical que bajaba desde la cabeza del Poder Judicial y se había adelantado al desembarco de Rosenkrantz.

Cómo fue posible que Macri haya ordenado desplazar a Lorenzetti después de semejantes servicios es materia de tesis en la Facultad de Derecho. Lo cierto es que lo hizo y le abrió el camino a la llamada “mayoría peronista” para iniciar un nuevo tipo de gobierno en el máximo tribunal. Se pasó del poder de un Lorenzetti que pecó de exceso de confianza a un esquema colegiado donde Rosatti y el veterano Juan Carlos Maqueda hicieron un doble movimiento digno de estudio en los claustros del peronismo: primero aportaron su expertise para

eyectar al rafaelino de la presidencia y después sellaron con él –ya debilitado– una alianza táctica para gobernar el día a día que a Rosenkrantz se le escapaba. Así, con fórceps, nació la mayoría peronista.

Con un pasado como abogado corporativo de grandes empresas como el Grupo Clarín, Farmacity y McDonald's, el exrector de la Universidad de San Andrés era la antítesis de Lorenzetti y no le interesaba construir mayorías sino sentar jurisprudencia en cada fallo, algo que en la escala del uno al diez a Macri y sus discípulos les interesaba cero.

Con un deseo de trascendencia incontenible, Lorenzetti soñó en algún momento –y dicen que todavía sueña– con dar el salto a la política y presentarse directamente como candidato a presidente. Alguno de sus promotores llegó a decirlo en público y todos los que se reunieron alguna vez con él parecen coincidir: sus movimientos y la elevada autoestima que lo caracteriza no dejan lugar a demasiadas dudas. Acostumbrado a conducir y ser parte del poder permanente, el rafaelino abarcó tanto que terminó descuidando lo más básico y amaneció un día con más adversarios que aliados en el palacio. Sin embargo, a su lado están convencidos de que el ministro de la Corte jamás habría sido desplazado si Macri no hubiera contado con una fuerza convergente: el especial interés del Grupo Clarín en barrerlo de su cargo.

Egresado del colegio Champagnat, graduado en la Facultad de Derecho de la UBA y abogado del presidente en la causa Panamá Papers, Fabián “Pepín” Rodríguez Simón era asesor de Macri desde 2009 y triangulaba con Elisa Carrió, pero tenía su corazón atado al deseo del gran pulpo argentino. Entre sus valiosos antecedentes, llevaba colgada la cucarda de haber sido abogado del Grupo Clarín en la causa por la inconstitucionalidad de la Ley de Medios. No solo había defendido la tesis de un Héctor Magnetto que por primera vez en cuarenta años se declaraba víctima –y no socio– de un poder autoritario, sino que además había escrito un libro titulado Clarín y la Ley de Medios. Claves para comprender cómo resolverá el caso la Corte Suprema de Justicia de la Nación. Víctima de ese optimismo que gobernaba a los que se acoplaban a la epopeya del PRO, aquel libro de Pepín había salido a la calle en 2013, apenas unos días antes de que la Corte fallara sobre el tema que enfrentaba a Magnetto con CFK. Convencido de un pronunciamiento favorable a los intereses del grupo, el libelo quedó viejo y desautorizado por los hechos en menos de una semana con los votos de Eugenio Zaffaroni, Elena Highton, Enrique Petracchi y Lorenzetti a favor del artículo 161, que establecía la adecuación de los grupos a la cantidad

de licencias permitidas. En las tribunas irreconciliables del kirchnerismo y del Grupo Clarín, hoy coinciden en recordarlo con gracia: más papista que su majestad, el operador Rodríguez Simón tuvo que retirar la edición de circulación. Sin embargo, en el cuarto piso del Palacio de Tribunales, donde Lorenzetti conserva su búnker, todavía circula uno de esos ejemplares, prueba imperecedera de la alianza de Clarín con un macrismo entonces municipal, a favor de la concentración de medios.

Según Martín Etchevers, gerente de Comunicaciones Externas de Clarín y presidente de la Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas (Adepa), Rodríguez Simón había llegado a la calle Tacuarí como parte del estudio de abogados Llerena & Asociados, del que era parte junto a otro macrista de paladar negro, José Torello, el jefe de asesores made in Newman de Macri. A cargo de las demandas en el Fuero Civil y Comercial Federal, Pepín era para Lorenzetti el quintacolumnista más expuesto de Magnetto dentro del gobierno de Macri, y lo que había sido una discrepancia coyuntural –aquel fallo de 2013– era leído como el motivo persistente de recelo contra la supervivencia de un Lorenzetti que se había soñado eterno. El rencor que le adjudicaban al CEO de Clarín con los que se animaban a desafiar su poder era tanto que sus dos socios y accionistas principales, José Aranda y Lucio Pagliaro, aprovechaban para vestirse de ovejas ante terceras partes y aludir a Magnetto con un apodo no demasiado republicano: el Siciliano. Con la edad del peronismo, en el cuarto piso del edificio de la calle Tacuarí se fantaseaba con ganar la carrera por la perpetuidad.

Con el rafaelino debilitado, la presidencia de la Corte quedó para Rosenkrantz, un jurista de prestigio en el sector privado que así como había sido discípulo de Carlos Nino y se había doctorado en Yale, desconocía y rechazaba el abecé de la política. Aunque auspiciaba la Maestría en Periodismo de Clarín desde la Universidad de San Andrés, nunca había defendido directamente al grupo sino que había dejado la misión en manos de su socio, Gabriel Bouzat.

La caída de Lorenzetti era también el debilitamiento de un aliado de peso del empresario Daniel Hadad. El expresidente de la Corte tenía como mano derecha a María Bourdin, la abogada y periodista que dirigió durante una década el Centro de Información Judicial, un sitio web que ayudó a la imagen del rafaelino. Autora del libro Justicia y medios. La revolución comunicacional de la Corte Suprema Argentina, la notoriedad de Bourdin, que se había formado junto con Hadad en periodismo, era tanta como para que Carrió la denunciara en



público con su habitual estridencia.

Fue en ese 2018, cuando se suponía que Macri iba a despegar con más fortaleza que nunca, que el grupo de familias del poder que se había unido en la resistencia contra el kirchnerismo comenzó a disgregarse a puro resentimiento.

Nadie pudo convencer a Lorenzetti y a Bourdin de que Carrió y Clarín no eran lo mismo. Con una estrella que se sostuvo siempre con la constelación de medios como aliada, la jefa de la Coalición Cívica no solo figura como abonada a los programas destacados del grupo sino que además firmó un pacto de sangre en beneficio de los hijos adoptados, de manera irregular, por Ernestina Herrera de Noble durante la última dictadura militar. Alejandro Fargosi y Gustavo Literas, dos de sus aliados de hierro, también son parte de la familia con aire permanente en el holding. Mientras ese tipo de especímenes libraban su batalla contra el populismo autoritario, Lorenzetti les decía a sus interlocutores que era Macri quien había colonizado la justicia con sus nombramientos.

La designación de Rosenkrantz fue vista al instante como una victoria de Clarín entre los detractores del grupo. Ya en diciembre de 2018, la Corte rechazó “por inadmisibles” el recurso por la apropiación de Papel Prensa que había presentado Lidia Papaleo de Graiver y confirmó el sobreseimiento de Mignetto y Bartolomé Mitre. Como contrapartida, el desplazamiento del líder supremo provocó un sinnúmero de reacomodamientos. En primer lugar, debilitó a Comodoro Py, que perdió la tutela de un jefe político capaz de envolver en discursos de transparencia la lógica mafiosa de los tribunales federales. Si Lorenzetti era el jefe del Partido Judicial, Rosatti –que tenía la curiosa estima de Carrió– había cometido la herejía imperdonable de no invitar a ninguno de los jueces federales a su juramento, algo a lo que solo podía animarse un político peronista. En segundo lugar, generó un cimbronazo en empresas de comunicación que, durante más de una década, le habían otorgado al presidente de la Corte un trato privilegiado a cambio de información para sus fines. En Infobae y América lo lloraron, en Clarín lo disfrutaron varios y en La Nación nadie lo lamentó demasiado porque los voceros más leales a Lorenzetti habían caído en desgracia antes, como víctimas no publicitadas del huracán Carrió. Distinguido, republicano y presuntuoso, el diario de los Saguier volvía a ser arrastrado por la lógica tan brutal como eficaz del Siciliano Mignetto. Quizá, Clarín se ilusionó con que la caída de Lorenzetti podía remover un obstáculo para la cruzada judicial y mediática que buscaba ir un paso más allá y convertir a Cristina Fernández de Kirchner en Lula Da Silva.

Pasó todo lo contrario. Mientras Rosenkrantz y su mano derecha, Federico Morgenstern, creían haber arribado a un poder estable y presidencialista, la Corte devenía en un cuerpo colegiado, sin mayoría automática ni reverencias hacia el nuevo presidente. A partir de ese momento, cada fallo debería ser construido, un signo de debilidad que ya afectaba al último Lorenzetti. Con la adaptable Elena Highton de Nolasco cautiva de un macrismo que le había extendido la sobrevida más allá de los 75 años, Rosatti y Maqueda se aliaron con Lorenzetti para acentuar un perfil supremo más opositor al gobierno de Cambiemos. Si Maqueda y Rosatti eran dos políticos del peronismo que habían dado el salto a la cabeza del Poder Judicial, el rafaélino tenía antecedentes más emparentados con el radicalismo que con el PJ, aunque sus modos de construir poder llevaban el sello del populismo argentino. Pese a que la nueva mayoría de la Corte se definía sobre todo por lo que no era, es decir, oficialista, el lenguaje superficial del periodismo amarillo la etiquetaba como “mayoría peronista”. El mote pretendía ser una acusación pero no era más que una demostración de la incapacidad de Macri y ese séquito de inservibles que no cumplían con su tarea. Un ejemplo más de una Argentina en larga agonía que se resistía a morir con las balas de fogueo del macrismo, un accidente de la historia que no estaba a la altura del drama de un país en eterna lucha fratricida.

Lo cierto es que esa contradicción entre los bloques de poder que se habían hermanado para acabar con la estadía del kirchnerismo en la Casa Rosada fue un síntoma de que la ilusión de un gobierno capaz de sintetizar una nueva época comenzaba a resquebrajarse antes de tiempo. La ambición no había matado al macrismo pero había expuesto todavía más sus limitaciones.

La mayoría peronista tenía poco y nada de cristinista –como se confirmaría a partir de 2020–, pero su consolidación iba a terminar beneficiando a la Cristina opositora que dejaba de estar sola contra todos. Con los Fernández en el poder, la vicepresidenta dedicaría gran parte de su energía durante el primer año de gobierno a disparar contra “la Corte del lawfare”, en una confesión abierta de la impotencia del heterogéneo arco oficialista para desactivar las causas judiciales en su contra (volveré sobre esto en el Epílogo).

Por ese divorcio en malos términos, quedaría expuesta una larga saga de espionaje que aceitaba el triángulo con el periodismo y los tribunales de Comodoro Py. Por el vidrio astillado de la república que no fue empezaron a verse los seguimientos cruzados entre bandas. La mafia paraoficial del falso abogado Marcelo D’Alessio no solo extorsionaba a víctimas para pedirles dinero

y convertirlas al frente de arrepentidos del kirchnerismo, sino que además espiaba a figuras insospechadas de populismo. En la infinidad de datos que D'Alessio guardaba en sus computadoras había información relacionada con los movimientos migratorios de Gabriel Bouzat, el abogado de negocios que defendía a las empresas más grandes del país como Clarín y Farmacity y era socio de Rosenkrantz en su estudio jurídico, Bouzat, Rosenkrantz & Asociados. ¿Quién podía espiar al nuevo presidente de la Corte, el único capaz de votar de acuerdo con la visión del gobierno? La sospecha no necesitaba publicarse en el Centro de Información Judicial: el exrector de la Universidad de San Andrés estaba seguro de que detrás de la banda que lo seguía en forma ilegal estaba Lorenzetti, con el apoyo de un empresario importante de medios, amigo suyo y con influencia en distintos estamentos del poder. Por debajo del discurso vacío de independencia judicial y transparencia que enunciaban los voceros clonados del PRO, la guerra de todos contra todos era despiadada.

## D'Alessio y la mafia

Como heredera principal del poder que construyó su marido a nivel nacional, Cristina Fernández de Kirchner había quedado involucrada en un grupo de causas en las que se investigaba el origen de la fortuna de la familia Kirchner o el abuso de poder durante sus últimos años de mandato. Algunas, consideradas disparatadas en los propios tribunales federales, como la causa del dólar futuro o la del memorándum con Irán que nunca entró en vigencia; otras, reconocidas con fundamentos incluso en el espacio del Frente de Todos, como las de Hotesur y Los Sauces. Como parte de ese mismo cuadro que reducía el kirchnerismo a una empresa montada con el solo objetivo de sacar rédito de la corrupción estructural, aparecían empresarios aliados al cristinismo como Cristóbal López y Lázaro Báez o funcionarios emblema del capitalismo de amigos como Julio de Vido, José López, Roberto Baratta o Ricardo Jaime. Verdaderos profesionales que fueron parte del esquema original que diseñó Kirchner, algunos sintieron la muerte del expresidente, otros entraron en el descontrol del sálvese quien pueda y otros fueron víctimas de los mismos servicios de inteligencia que durante años los habían protegido. Es historia, y el país se divide en mitades para construir su juicio sobre la materia.

Sin embargo, en ese universo inabarcable de expedientes, las pruebas acumuladas en contra del gobierno del Frente para la Victoria resultaban insuficientes para el objetivo que se perseguía. Fue necesario montar una ficción adicional para operar sobre el terreno de la política. Hijo de Eduardo D'Alessio, un encuestador de referencia para el establishment, Marcelo D'Alessio también oficiaba de consultor, pero su especialidad supuesta era el narcotráfico y las drogas. Su padre fundó D'Alessio Irol en 1991, dio el salto a partir de un acuerdo con Clarín en 1995 y, durante décadas, se cansó de ser entrevistado en los medios de comunicación, de publicar encuestas y de dar cátedra en los foros empresarios. Más cerca en el tiempo, se asoció con Sergio Berensztein, uno de los exdirectores de Poliarquía. Aunque su hijo se presentaba en público como experto en narcotráfico y en privado decía ser empleado de la DEA, resultó ser poco más que un impostor. Delicias de la meritocracia aborigen.

Detrás del extorsionador D'Alessio, gobernaba la lógica despiadada de una

mafia que operaba en forma ilegal pero se paraba en la frontera de la ley por su relación formal con el gobierno de Macri, los tribunales federales y los medios. El objetivo era beneficiar al macrismo pero, sobre todo, apelar a cualquier herramienta disponible para sepultar al kirchnerismo.

Con el cúmulo abrumador de evidencias que consta en el expediente de Dolores que lleva adelante el juez federal Alejo Ramos Padilla podrían escribirse los tomos de la verdadera enciclopedia del apriete. Extorsiones, amenazas, seguimientos, filmaciones y mensajes intimidatorios de una organización que contaba con armamento propio, se movía en autos blindados y usufructuaba la cobertura estatal para “ablandar”, hacer “entrar en pánico” y “arruinar” a empresarios que debían declararse arrepentidos ante el fiscal Carlos Stornelli y el empleado de Clarín Daniel Santoro. Aun traducido al frío diccionario de la burocracia judicial, el lenguaje de la mafia asusta.

La asociación ilícita no era un emprendimiento unipersonal de un “loco”, como se apuró a decir Patricia Bullrich, en abierto contraste con la definición de D’Alessio, que presentaba a la ministra de Seguridad de Macri como alguien de su entera confianza: “Bullrich, de conocimiento de mi familia, le indicó a mi padre que le interesaba que me ponga a trabajar con su equipo de energía”, decía el supuesto loco en una carta hallada en su computadora que –según se cree– habría sido enviada al exministro Juan José Aranguren, quien lo designó como director de Enarsa. La organización estaba inserta en el corazón del poder real, donde grupos del sector privado, miembros de la justicia y funcionarios estatales del espionaje y la seguridad actuaban como un solo puño. En torno a los objetivos que apuntaba D’Alessio en tándem con Stornelli y Santoro, orbitaban personajes y entidades de peso: la ministra Bullrich, la Agencia Federal de Inteligencia que conducían Gustavo Arribas y Silvia Majdalani, la Embajada de los Estados Unidos, la DEA, el juez Claudio Bonadio, el fiscal de Mercedes Juan Ignacio Bidone, el juez en lo Penal Económico Marcelo Aguirre y el empresario bélico Mario Montoto. A través de Santoro, los blancos de la organización no solo eran señalados en el folletín de la corrupción que distribuían Clarín y América, sino que hasta quedaron inmortalizados en un libro editado por Planeta, El mecanismo.

Todo comenzó con encuentros en hoteles de Retiro como el Emperador y el Four Seasons y en restaurantes como Dashi o Sarkis. Ahí se diseñó un itinerario para, primero, provocar un impacto en la ficción informativa y, después, generar consecuencias concretas en el terreno penal. El funcionamiento de la

organización paraestatal se repetía: arruinar trayectorias de empresarios que habían quedado expuestos en su debilidad, sembrar el pánico y privar de la libertad a los que no cedían al juego extorsivo.

Alrededor de D'Alessio funcionaba una verdadera organización que contaba con recursos de sobra y alternaba modos policiales con procedimientos que no remitían a la república publicitaria de Cambiemos sino más bien a la Cosa Nostra o la Ndrangheta, la mafia calabresa. Disponía de fondos, contactos, vehículos blindados, armas, capacidad de interceptar comunicaciones, hacer seguimientos y hasta tener acceso al registro de vuelos y llamadas entrantes y salientes de las víctimas. El plan surgía del espionaje ilegal pero incluía también la intimidación, la exhibición de armas de fuego y la utilización de sirenas oficiales, entre otros elementos.

La sola lectura de un expediente donde se acumulan infinidad de pruebas causa náuseas. Es la reconstrucción de los pasos de una operación plagada de reuniones, planes y objetivos para convertir en realidad aumentada lo que primero los testigos admitían obligados, después salía en los medios y finalmente llegaba a La Familia de Comodoro Py, que fijaba con su impunidad habitual el precio de la libertad ajena. Así se alimentaba la construcción de un relato que consumía hasta el éxtasis, cada día, medio país.

La asociación ilícita operó durante casi todo el mandato de Macri. Ya en 2016, D'Alessio extorsionaba en nombre de Santoro al empresario Gabriel Traficante, como consta en el procesamiento del falso abogado que firmó ese año el juez federal Luis Rodríguez. Después vino una larga lista de blancos de extorsión entre los que figuraban Gonzalo Brusa Dovat, Mario Cifuentes, Diego Vestillero, Víctor Palomino Zitta, Saturnino Costas y María Cecilia Giannoni. Dice Ramos Padilla: “La vulnerabilidad de las víctimas era un factor que era aprovechado por la organización. Quien es puesto ‘en emergencia’ o ‘en pánico’ o es ‘ablandado’ o ‘quebrado’ –para utilizar la terminología propia de D'Alessio y sus colaboradores–, porque ha cometido un delito, es o teme ser investigado por ello, ya sea porque tiene una situación personal embarazosa, porque se utiliza un ardid verosímil o por cualquier otro motivo, se encuentra en un estado de vulnerabilidad mayor, y por lo tanto es mucho más permeable a aceptar cualquier tipo de exigencia con tal de que aquel acontecimiento que lo aterroriza –que puede o no ser un delito– deje de ser o no sea utilizado en su contra”.

Lo que se presentaba en los medios como un eslabón más que actualizaba la

larga cadena de la corrupción kirchnerista era vivido por los extorsionados como una verdadera pesadilla. Todo se traducía rápido al lenguaje burdo de la polarización para consumo masivo, y personajes secundarios eran potenciados para debutar como protagonistas de una segunda ola de transparencia funcional al gobierno de Macri. Brusa Dovat era “el Centeno de Pdvsa”, Cifuentes era “El nuevo Lázaro Báez” y todos eran la repetición al infinito de un mal endémico inescindible del populismo.

En términos del juez de Dolores, la organización criminal incluía en su repertorio “investigaciones ilegales, recopilación de información con acceso a base de datos de acceso restringido, extorsiones, direccionamiento de declaraciones judiciales y ‘blanqueo’ de información de inteligencia ilegal; todo ello en relación con los hechos y personas vinculadas a los expedientes judiciales públicamente conocidos como ‘Mafia de la Aduana’ y ‘Mafia de los contenedores’”.

El falso abogado y consultor D’Alessio se lo contó –en un chat que figura en la causa– a Pedro Etchebest, el empresario agropecuario que inició la denuncia por espionaje y extorsión ante Ramos Padilla. D’Alessio había trabajado en Enarsa durante un año y medio en el último gobierno de Cristina, “infiltrado”, según la definición que él mismo incluía entre los antecedentes de su currículum. El diálogo con Etchebest es el siguiente:

–Y cuando obviamente en un momento la presidenta no se da cuenta, pero digamos que yo me enfrento con La Cámpora, yo no firmo un porongo. Esto, digamos, ya era el límite, yo reporto a Estados Unidos, miren ustedes con esto ya tienen perfecto gracias. Cuando se fue el gobierno yo empiezo a trabajar ahí codo a codo con Stornelli y Bonadio, de las primeras reuniones eran en una habitación del Four Seasons. Mirá, esto no lo sabe nadie.

–Mirá vos.

–En el Four Seasons, el de Posadas, el de la Recova.

–Sí, sí, lo conozco.

–Media cuadra de la Recova.

–Muy bonito.

–Alquiló Bonadio una habitación a nombre de un míster nadie, y usábamos una habitación, una suite chiquita, porque sabíamos que no teníamos cámara, que no teníamos nada, para empezar a hacer la causa para meter en cana a De Vido.

–Ah, mirá vos.

–Yo hice la detención de De Vido y la detención de Baratta. De ahí arman el libro este, me contacta Santoro, empiezo a tener otra vinculación con los medios, con este y lo otro.

Como en la causa que en 2020 comenzó a tramitar en Lomas de Zamora, había una característica común. El espionaje tercerizado desde la AFI se nutría del emprendedorismo berreta de soldados que, en su cruzada, dejaban las pruebas a la vista: chats, fotos, filmaciones, audios, archivos; todo estaba en los teléfonos y computadoras de los involucrados. Actuaban como si no hubiera un mañana: alguien les había hecho creer que el poder del que gozaban era eterno.

Tan importante como eso, nada habría sido posible sin el rol de empresas de comunicación entre las que se destacan el Grupo Clarín de Magnetto, el Grupo América de Vila-Manzano y el portal Infobae de Hadad. De histórica disputa por negocios e intereses, durante el macrismo se dio por primera vez una confluencia entre Clarín y América, un hecho que no pasó inadvertido en el Círculo Rojo. Los comunicadores del holding que se quedó con Telecom comenzaron a ocupar como nunca lugares centrales en la pantalla del canal de los sponsors mendocinos de Massa. Había una comunión de intereses.

En cada uno de esos medios, se prestaron a la ficción extorsiva, de manera recurrente, periodistas que contribuían a los fines de la mafia. Sabiéndolo o no. Nadie llegó tan lejos como Santoro, el empleado de dilatada trayectoria que atendía las causas judiciales que le interesaban a Clarín. En términos de Ramos Padilla, para los planes criminales que incluían “las actividades de espionaje ilegal contrarias a la ley de Inteligencia, delitos de coacción, extorsión, tráfico de influencias y lavado de activos”, la asociación ilícita de la que participaba D’Alessio “se valió de la actividad y la figura” del “periodista Santoro”.

Aunque en diciembre de 2020 fue revocado por la Cámara Federal de Mar del



Plata, sería ilustrativo que el procesamiento del panelista de Animales Sueltos comenzara a enseñarse en las escuelas y facultades de periodismo que todavía subsisten para trabajar a partir de la realidad concreta y evitar la recurrente destrucción de expectativas de generaciones de desprevénidos. Ahí, Ramos Padilla afirma que la “asociación ilícita investigada no solamente obtenía información de manera ilegal y la introducía en el circuito legal a través de diferentes modos sino, lo que es más grave, en algunos casos, producía información y le otorgaba un sentido o dirección”.

Primero, se amenazaba a la víctima para lograr un comportamiento determinado o un monto específico de dinero. Después, se avanzaba hacia la operación de amedrentamiento público a través de lo que Santoro decía en América o publicaba en Clarín y, finalmente, estaba la posibilidad de enviar a la cárcel a quienes no se arrepintieran a través de los paladines de la justicia. Todo apuntaba a provocar un sentimiento de desesperación.

La intimidad de la sociedad D’Alessio-Stornelli era tanta como para que el falso abogado filmara en el despacho del fiscal las declaraciones de los testigos que él le llevaba para que se arrepintieran. Lo mismo con las supuestas entrevistas que hacía Santoro en las que el hijo del espía manejaba la cámara de lo que después emitiría la pantalla de América. Era el resultado de un largo proceso en el que el objetivo declarado era explícito: ir “ablandando”, “convirtiendo” y “quebrando” a los empresarios designados como blanco; programar a los arrepentidos para que actuaran su confesión y prolongaran el loop de la corrupción kirchnerista.

Aunque se suponía que ceder a la extorsión de la mafia era el mal menor, el costo para quienes se prestaban al juego era también elevado en términos personales. La exposición incluía que los llevaran como un paquete, custodiados por hombres armados que respondían a D’Alessio, y los entregaran ante las cámaras de los medios amigos y los tribunales de Comodoro Py, donde una jauría de periodistas se abalanzaba sobre una noticia montada por la organización. “Sale en tapa de Clarín”, “sale en Telenoche y TN”, “sale en América”, “sale en Infobae”, anunciaba el falso abogado a sus socios en el emprendimiento.

“El Poder Judicial y, en general, todas las autoridades de la República no pueden valerse de la actividad de una organización paraestatal o privada –ilegal– como la investigada para llevar adelante investigaciones o incorporar datos provenientes del espionaje o la inteligencia ilegal a determinadas causas a través

de un anónimo, un denunciante, un testigo, un imputado o incluso un imputado-colaborador, y ello aun cuando –insisto– en aquellos testimonios se revelen datos ciertos sobre corrupción, narcotráfico, etc.”. Lo dice Ramos Padilla en el procesamiento de Santoro y debería ser una obviedad, pero es por lo general letra muerta.

¿Cómo fue posible algo semejante? Es difícil responder sin preguntarse por los componentes estructurales del poder en una democracia fraguada. Queda a la luz que la audacia y el aventurerismo de un grupo de extorsionadores fueron estimulados desde el Estado, aunque aparece más difuso el sustrato de relaciones políticas y económicas de una camarilla de dirigentes y empresarios de histórica identificación con la directriz Estados Unidos-Israel. Dice Ramos Padilla: “Varias de las personas involucradas en aquel expediente [el vinculado a la causa de la “Mafia de los contenedores”] aparecen en los informes de inteligencia que tienen sellos de la AFI, el Ministerio de Defensa Israelí o la Embajada de los Estados Unidos, donde se observan datos sensibles de las personas investigadas. Estos informes pudieron haber sido utilizados para llevar adelante las extorsiones, pero al mismo tiempo fueron de utilidad para Daniel Santoro”.

El empleado de Clarín fue un actor clave que ligó a muchos de los interesados en esta trama. Stornelli declaró que fue él quien le presentó a D’Alessio y son muchos los involucrados en la causa que dicen lo mismo. Bullrich tiene una relación histórica con Mario Montoto, y el empresario bélico que fue parte de Montoneros suele decir que ejerce sobre la exministra una especie de jefatura desde el tiempo, lejano, en que compartían militancia en el peronismo revolucionario. Pese a no ser parte de la comunidad judía, Montoto logró la distinción de ocupar durante nada menos que dos mandatos el sillón de presidente de la Cámara de Comercio Argentino-Israelí, una entidad que integran magnates como Eduardo Elsztain, Adrián Werthein y Marcelo Mindlin como presidente honorario. En 2017, Montoto fue el gran anfitrión de Benjamín Netanyahu en la primera visita de Estado de un premier israelí a la Argentina, una retribución de honores al gobierno de Macri, al viaje de Bullrich a Jerusalén en noviembre de 2016 y a la pleitesía de la administración Cambiemos con el gobierno del Likud. De reconocida amistad con Hadad, a Montoto se le atribuye una sociedad con el dueño de Infobae que tanto uno como otro se empeñan en negar. Citado a declarar en Dolores, Montoto lo desmintió también ante el juez Ramos Padilla, aunque reconoció la amistad que lo une al empresario de medios y al fiscal Stornelli, a quien dijo conocer desde hacía veinticinco años. En su confuso pero eficaz testimonio –quedó a salvo de la ola de procesamientos–, el

fundador de la firma Codesur no pudo explicar la infinidad de mensajes que le mandaba D'Alessio con saludos para su hijo e información sobre los pasos que daba con éxito la organización ilegal que conducía. Aseguró que fue el periodista Eduardo Feinmann el que le presentó al falso abogado y negó que haya sido él quien lo acercó a Bullrich. Curioso o no, cada uno desde su lugar, Montoto, Hadad y Stornelli estuvieron muy cerca de Scioli en sus años como gobernador bonaerense. El primero como asesor y proveedor de tecnología, el segundo como promotor de las virtudes del peronismo motonáutico, el tercero como debutante en un Ministerio de Seguridad que le compraba los insumos a Montoto. Macri convirtió en política de Estado el alineamiento con Israel y le permitió a Bullrich, Montoto, Hadad, Stornelli y Santoro honrar esa membrecía común que los une desde hace décadas. Aunque la mayoría de los mencionados pretenda exhibirse como distante con respecto a la política partidaria, su filiación política es clara y les permite conjugar relaciones, intereses y negocios de manera virtuosa. Un día con Scioli, otro día con Massa y otro con Macri, pueden aportar su capacidad tanto dentro como fuera del peronismo, pero siempre con un norte claro. Una mafia como la de D'Alessio no se explica sin entender esas trayectorias distinguidas.

## **12. Horacio Rosatti:**

**“Está mal que lo que tiene que hacer el político lo haga el juez”**





La ministra de Justicia y Derechos Humanos hasta marzo de 2021, Marcela Losardo, mantiene su primer encuentro con el presidente de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, Carlos Rosenkrantz, la vicepresidenta Elena Highton de Nolasco, y los ministros Juan Carlos Maqueda, Ricardo Lorenzetti y Horacio Rosatti. 16 de diciembre de 2019.

Letra muerta que se intenta reanimar todos los días, la independencia del Poder Judicial se basa en una serie de premisas que la historia reciente se hartó de desmentir. Jueces sin identificación partidaria explícita que dicen estar lejos de la política, pero militan con una lealtad envidiable en función de intereses concretos, casi nunca los de la gente de a pie. A los 64 años, Horacio Rosatti está parado en las antípodas de esa ficción. El ministro de la Corte Suprema nombrado por el gobierno de Mauricio Macri acredita toda una vida de filiación peronista y actuación política. Su llegada al máximo tribunal marcó un contraste notorio con el prolongado gobierno de Ricardo Lorenzetti y también con la irrupción de Carlos Rosenkrantz, el exrector de la Universidad de San Andrés que se convirtió en presidente de la Corte. De trayectorias similares, Rosatti y el experimentado pionero del PJ, Juan Carlos Maqueda, armaron rápido un tándem decisivo para la formación de mayorías. Aprovecharon una ventana de oportunidad para desplazar a Lorenzetti y después formaron con él una nueva alianza que alumbró a la mayoría peronista. Del vínculo inestable entre esos tres jueces –que son capaces tanto de llegar a un acuerdo como de enfrentarse con acusaciones sin límite– dependen la dirección de la cabeza del Poder Judicial, el resultado de la elección que en 2021 elegirá al líder supremo y fallos hipersensibles, como el de la reforma jubilatoria, que pueden hacer volar por los aires el ajuste diseñado en el presupuesto oficial.

Rosatti sabe de derecho tanto como de ejercicio del poder y piensa que esa última aptitud no le corresponde por mérito propio sino por haberse formado en un espacio político que ofrece un saber compartido de algo que no se aprende en ningún lado.

Con más de treinta libros escritos, el ministro de la Corte evalúa desde hace tiempo cuáles son los rasgos específicos de esa fuerza política y tiene ganas de escribir sobre el peronismo para dar una visión desde adentro, a contramano de los lugares comunes. Exdecano de la Facultad de Derecho de la Universidad Católica de Santa Fe, exintendente de Santa Fe, ex convencional constituyente y ex procurador general del Tesoro de la Nación, después de ser ministro de Justicia de Néstor Kirchner estuvo una década alejado de los primeros planos hasta que un día volvió para ser un actor de peso, desde la cabeza del Poder Judicial. Un peronista que exhibe una filosofía opuesta a la del proyecto trunco del macrismo pero se para también, desde hace dos décadas, distante del profesor de Derecho Penal Alberto Fernández y de la abogada exitosa Cristina Fernández.



Con una historia que lo sitúa en la frontera de dos mundos irreconciliables, Rosatti sugiere que el poder político y el de la justicia funcionan con lógicas distintas aunque complementarias. Contra la queja de diferentes gobiernos que ven en sectores de la justicia un Partido Judicial que ata de manos a la política, sostiene que el político tiene un marco mucho más amplio de posibilidades para definir los trazos gruesos, que el juez es –o debe ser– apenas un fileteador y que, cuando la justicia debe resolver, es porque antes falló la política. “Muchas veces el juez interviene porque el político no ha actuado. Cuando el problema llega acá y nosotros tenemos que resolverlo, ha pasado varias instancias judiciales antes porque hay un conflicto que desde los poderes representativos no pudo ser resuelto”, dice. Cuando habla, es fácil advertirlo: está lejos del discurso apasionado de los políticos que actúan condicionados tanto por los tribunales como por el calendario electoral y, aun en pose de modestia, es consciente de ser dueño de un poder sin fecha de vencimiento. Los intentos que, desde el Frente de Todos, buscan elevar el número de miembros de la Corte o iniciar juicio político a sus actuales miembros lo tienen sin cuidado. En el arranque del año electoral, el oficialismo está lejos de contar con los votos que necesita. La entrevista transcurre en el despacho de Rosatti, en el cuarto piso del Palacio de Justicia.

**–¿Cuál es la diferencia entre el peronismo y otros partidos?**

–En el peronismo lo que parecería haber de diferente es que el acceso es muy libre a la estructura del partido, a la militancia, y la persona que se destaca logra rápidamente una ubicación que casi nadie discute. El liderazgo, la formación, el atributo que se pueda tener, tiene un reconocimiento muy espontáneo. Por lo que yo he visto y conversado con gente de otros partidos, en otras estructuras partidarias hay que realizar toda una carrera, un cursus honorum, una actividad que tiene que ir de menor a mayor. El justicialismo es bastante diferente en este punto.

**–No existe ese cuello de botella que a veces impone la política y consume la energía del que quiere entrar.**

–Sí, sí, a veces puede responder a una prueba de lealtad y a veces simplemente a la burocracia. En el justicialismo, esto es mucho más anárquico, mucho más libre, más espontáneo. La persona que quiere ingresar ingresa. Y la persona que se destaca es reconocida y no tiene trabas por eso. No sé si esto remite a que hay un acostumbamiento al ejercicio del poder y se está siempre mirando quién es el más apto para ejercerlo, porque el poder es algo que se está acostumbrado a ejercer. Lo veo como una marca muy especial del peronismo y creo que en distintas épocas ha sido así. Después, hay palabras que tienen significados muy profundos, que a veces se cumplen y a veces no.

**–¿Por ejemplo?**

–Lealtad. Siempre pienso que la lealtad tiene que ver, dentro de este partido, con el motivo por el cual uno ingresó. Uno es leal a eso. El militar que ingresó al partido porque Perón era militar tiene un compromiso con una faceta. Como algunos han visto en el peronismo una especie de socialismo criollo no marxista, tal vez el compromiso es con eso y ven traicionado ese ideario si alguien importante transgrede eso que ellos creen es el ADN del peronismo. Los que son católicos ven que parecería ser un movimiento democristiano y otros, todo lo contrario. Cada uno va viendo lo que le parece (o lo que cree ver) y en lo que se siente representado.

**–De acuerdo con esa descripción, se puede pensar que es en cierto punto más democrático.**

–No quiero agraviar a los que ven la democracia como un conjunto de procedimientos establecidos. Diría que es más anárquico, es más plural y, en un concepto de democracia que contenga estos elementos, sí puede ser más democrático. Para los que ven lo primero puede que no. Lo veo muy dinámico.

**–¿Qué atributos se tienen en cuenta o valen dentro del peronismo y no valen tanto en otros partidos?**

–Weber hablaba de distintos tipos de legitimidad: carismática, tradicional y racional-legal. Es evidente que el peronismo surge a partir de una forma de legitimidad carismática y después mezcla un poco de las tres. Porque, como dice Weber, el problema del carisma es que, cuando muere el líder carismático, eso no se transmite. Hay otros partidos tradicionales que buscan la legitimidad en una forma de organización determinada. El peronismo tiene una forma muy peculiar de armonizar o intentar armonizar determinados valores. Para mí, lo predominante es fijarse en la necesidad de los que menos tienen. Es esa mirada de búsqueda de concordia, porque ciertamente se puede mirar el interés de los que menos tienen a través de la lucha de clases y es válido también. El peronismo ha sido cuestionado por los sectores de izquierda porque intentó y logró una cierta armonía entre el capital y el trabajo.

**–¿Se aprende el ejercicio del poder dentro del peronismo?**

–No, yo creo que hay cierta percepción compartida, cierta gimnasia que tiene que ver con que el poder debe ser ejercido. Si no es ejercido, no es que sea arrebatado, pero se frustra el objetivo para el cual una persona ha sido convocada, elegida, designada. Marx decía algo así como que el pensamiento sin acción es etéreo y la acción sin pensamiento es ciega. Se trata de buscar una praxis general, muy general, con la práctica que enriquece la teoría. Hacer, gobernar, acertar y equivocarse permite tener una percepción crítica de en qué se ha fallado. Eso no se estudia en ningún lado. Los libros y los discursos de Perón son muy didácticos, son entretenidos, están dichos con cierta inteligencia práctica y se pueden adaptar a múltiples situaciones. Ese también es un gran mérito que se extiende hasta hoy.

**–La ambigüedad.**

–Claro, cierta ambigüedad que permite su proyección a circunstancias cambiantes. Es una forma criolla, pícara, de entender la realidad y ver que hay que meter mano en la realidad, que siempre hay injusticias.

**–¿Cuál es el malentendido esencial con respecto al peronismo?**

–Las versiones que uno lee de investigadores extranjeros y las tesis doctorales – que las hay en grado sumo– terminan siendo muy reduccionistas. Yo prefiero las versiones de los filósofos y ensayistas argentinos. Reduccionista en el sentido de que para algunos es un autoritarismo de derecha; eso es no captar la esencia del fenómeno, salvo que creamos que desde 1945 hasta acá gran parte de la población argentina es autoritaria y que eso está en el ADN de los argentinos. Me parece que no, es muy reduccionista todo eso. Es más complejo el fenómeno. No quiero hacer una interpretación endogámica de la Argentina y el peronismo, en el sentido de que solamente podría entenderlo la gente que está adentro del peronismo. Cualquiera se puede aproximar y entender. Esto tiene su identidad. Hay mucho de nacionalismo en el peronismo, que es difícil que se vea mucho desde afuera. A veces, se percibe más desde adentro. El nacionalismo es otro factor de adhesión del peronismo. Para algunos; para otros nada que ver. Lógicamente, las concepciones filomarxistas son más internacionalistas y entienden esto como un fenómeno de una derivación nacional, donde el sujeto proletariado, la clase obrera, tiene un rango más importante, por lo menos en los años cincuenta y sesenta.

**–Algunos piensan que el peronismo sigue siendo una corriente de avanzada que se moderniza, se adapta y se transforma. Pero otros lo vinculan con el atraso. ¿Qué podría decir sobre eso?**

–Cuando uno ve lo que pasa hoy en el mundo, donde los países más liberales y librecambistas del mundo son proteccionistas, uno dice ¿dónde está el atraso y

dónde la modernidad? Yo tiendo a desconfiar. ¿Desde dónde me dicen esto? Resulta que a lo mejor se quiere imitar un modelo que pasó de moda en el país que lo imponía y ahora nosotros lo estamos teniendo. Vamos un poco a trasmano. En el mundo de la política, no todo es teoría, hay mucho de praxis y de resolver necesidades. En la resolución de las necesidades y la opinión de la gente es que se dirime esto, si un partido es moderno, si atrasa o adelanta. No es una ciencia exacta la política. Cuando se dice que el pueblo se equivoca, ¿quién dice que se equivoca? Alguien que, iluminado, está afuera del pueblo.

### **–¿Qué pasa con el liderazgo en el peronismo?**

–Muerto Perón, hay distintas alternativas. El linaje es una forma, el que tiene “la sangre de” hereda algo. En la última fórmula presidencial, era la familia: Perón-Estela Martínez de Perón. Otra es “mi heredero es el pueblo”. Y otra es creer que un carisma se reemplaza por otro carisma. Cuando aparece una figura carismática, en cualquier país del mundo, suele tender a tener una primacía. En el caso del peronismo, es a través de un sistema organizativo, que no solamente es partidocrático. El movimiento sindical, las organizaciones libres del pueblo, como decía Perón; lo que opina el partido, la gente más o menos organizada: de ahí se va generando un consenso que va de abajo hacia arriba. Se dirime de una forma democrática que tal vez no es la forma de las elecciones internas.

**–Yoma dice que, desde 1989, el peronismo no elige un jefe y lo que manda es el dedo. Menem puso a Duhalde, Duhalde a Kirchner, Kirchner a Cristina, Cristina a Scioli y Cristina a Alberto.**

–Habría que ver si en otros partidos hubo internas. Son muchos los que quieren eliminar las PASO porque no hay competencia interna. Creo que no hay que escandalizarse por eso. Comparar es difícil.

**–¿Qué se hace cuando uno ingresa a una estructura y ya hay un poder constituido? ¿Cómo se desarma eso?**

–Lo primero es conocer las reglas de esa institución. No puedo jugar un partido de fútbol con cartas de truco. He integrado dos de los tres poderes del Estado y en el tercero no he querido estar porque no me considero apto para la deliberación legislativa. La política y la Justicia tienen lógicas diferentes; no contrarias, diferentes. Yo he sido ministro de Justicia y he hablado con los jueces y ahora soy juez y hablo con los ministros. Siempre va a haber una tensión y un cierto recelo recíproco entre los dos poderes y creo que es razonable. El político tiene otro tiempo, tiene más el ahora, una percepción más global, y tiene más posibilidades.

**–¿Por qué lo dice?**

–La única limitación del político es la Constitución y su ideología, pero tiene un marco muy amplio de posibilidades para decir vamos para un lado o vamos para el otro. El juez no. El juez tiene la Constitución y la ley que le ha marcado el político. Lo único que puede hacer es descalificar una ley por inconstitucional; el marco interpretativo que tiene es muy reducido. El político siempre se queja de que el juez frena el cambio y el juez dice que no se puede hacer cualquier cosa. Eso es natural y pasa en cualquier democracia. El político es un pintor de brocha gorda; el juez es un fileteador, le queda la interpretación de la ley. Muchas veces el juez interviene porque el político no ha actuado. Cuando el problema llega acá y nosotros tenemos que resolverlo, ha pasado varias instancias judiciales antes porque hay un conflicto que los poderes representativos no han podido resolver. Está mal que lo que tiene que hacer el político lo haga el juez. El juez es muy mal político en general.

**–Dice que la solución de la política es patear el conflicto.**

–Judicializar algo que debería haber sido resuelto en el mundo de la política. Cuando el juez tiene que actuar como un político, ponderando situaciones, se equivoca. Eso no significa que no tenga compromiso, debe tenerlo, saber lo que pasa, abrir la ventana. Pero tampoco creer que tiene un mandato o creer que es un contrapoder, un poder contramayoritario. El legislador también actúa contramayoritariamente cuando sanciona una ley que defiende los intereses de un sector minoritario, discriminado. Uno escucha un discurso en la justicia y parecería que somos los únicos que podemos interpretar realmente a la sociedad porque los poderes representativos no lo hacen. Yo no lo comparto en lo más mínimo.

**–No tiene mucho que ver con lo que se percibe desde afuera. Nadie piensa que el juez es un redentor de pobres e indefensos.**

–Afuera se ve distinto. Acá usamos mucho la metáfora de abrir la ventana. Uno abre la ventana y se da cuenta si hace frío. Acá nunca hace frío. El juez es hoy cada vez más conocido, eso me parece bien. Tiene sus riesgos, nos tocó el siglo XXI y, si no gusta un fallo, a veces estamos en un cartel. Bueno, tendremos que estar.

**–¿Por qué elogia en Maqueda el manejo de lo político y lo jurídico?**

–A mí me parece que la persona que llega a la Corte con una experiencia de compromiso político tiene un plus. Este es un tribunal muy especial, no es una instancia más, es cabeza de poder. En los Estados Unidos, si se pregunta a estudiantes de Derecho o a los juristas por los jueces más importantes en la historia de la Corte norteamericana, van a decir cuatro o cinco nombres que tuvieron intensa experiencia política previa. Estoy hablando de experiencia política previa dentro del sistema democrático.

**–Cuando escucha hablar de la mayoría peronista de la Corte, ¿qué piensa?  
¿Cómo le suena?**

–Nada. Me agraviaría si se hiciera referencia a una participación no democrática. Si remite a una historia de vida de compromiso con un partido que siempre ha actuado dentro del sistema democrático, no hay problema. Que digan mayoría peronista, minoría radical, mayoría o minoría liberal, me tiene sin cuidado. Siempre hay gente disconforme con los fallos de un tribunal de justicia.

**–¿Piensa que es una fórmula que puede ser leída de distintas maneras?  
Porque parecería casi una acusación.**

–Las miradas son siempre interesadas. Uno a esta altura ya sabe cómo funcionan las cosas y cómo reaccionan algunos actores. Eso es natural. Nosotros nos guiamos por la Constitución. La reforma del 94, por ejemplo, establece una relación capital-trabajo específica, no cualquiera. “Justicia social” dice el artículo 75, inciso 19. Si uno es peronista, radical o liberal, lo concreto es que se habla de la defensa del valor de la moneda, de defensa del trabajador y de justicia social. Lo dice el inciso 19, no lo digo yo. El artículo 14 bis está en la Constitución desde 1957, no se inventó ahora.

**–¿Y cuando se habla de reforma laboral y todas esas ideas que reclaman el Fondo y el sector privado?**

–Al que no le gusta, tendrá que volver a la Constitución de antes de la reforma de 1957, para hablar de las que están vigentes. Yo aplico la Constitución de 1853, con la reforma del siglo XIX y con las reformas vigentes de 1957 y 1994. Eso es lo que tenemos que hacer nosotros. Cuando emitimos una sentencia que defiende el medio ambiente, estamos aplicando el artículo 41. No hay que ser ni peronista ni radical. Esto es lo que dice la Constitución. Lo que pasa es que hay



que leerla.

**–Quizás algunos quieren borrar una parte.**

–Bueno, ¿cómo se borra? Con dos tercios de miembros de cada cámara, ley de necesidad de la reforma, después hay que ganar una elección para tener mayoría de convencionales y así se reforma. Así se reformó en 1994. Así lo hicimos. Esa fue la reforma jurada por el 99% de los convencionales, salvo los dos que se retiraron. Había liberales de los de “hay que pasar el invierno”, gente más de derecha, de izquierda, radicales, peronistas, y todos juramos la Constitución.

**–El derecho laboral, ¿qué importancia tiene para usted?**

–Las leyes pueden ir y venir, se reforman fácilmente; la Constitución no. Después hay que interpretar, por supuesto, pero uno interpreta lo que es interpretable. El sistema que establece nuestra Constitución para la relación capital-trabajo es muy claro: capitalismo, porque se habla de propiedad privada inviolable, pero no de cualquier manera sino en función social. Lo dice el artículo 17, lo dice el artículo 14 bis, lo dice el artículo 75, inciso 19. Los tratados internacionales que se vinculan al 75, inciso 22, que se vinculan a los derechos sociales, también lo dicen.

**–En ese sentido, la Constitución es hija de una tradición política que tiene al peronismo en primer plano.**

–La Constitución argentina tiene un enorme mérito porque seguimos manteniendo el eje de la Constitución fundacional de 1853. Cuando el país, siempre dividido, se parte en peronismo y antiperonismo y se sanciona la

Constitución del 49, que tiene muchísimos méritos, esa Constitución era asumida por el 50% de la población y por otro porcentaje similar no era asumida. Vino un remedo, que fue la reforma del 57, porque el peronismo estaba proscripto, pero algo de lo que decía la del 49 tomó. Y la del 94: ahí estábamos todos. Se dijo –y esto fue valorado por los no peronistas– que la Constitución vigente es la de 1853, con las sucesivas reformas.

**–Está como perdida en la historia argentina la Constitución de 1949.**

–Es una Constitución que tiene mucho mérito y que responde a un momento histórico. El problema de esa Constitución es que no había un consenso mayoritario como el que tuvo la reforma del 94. Ya tuvo una problemática desde el origen en cómo debíamos interpretar los dos tercios para generar la reforma, tuvo el retiro del radicalismo... tuvo algunos déficits.

**–Otros dicen que se inscribe en la mejor tradición del constitucionalismo social.**

–Sí, por supuesto. Acá tenemos la Constitución mexicana de 1919, la Constitución italiana del 47. Hay hitos muy importantes. La reforma del 94 también tomó aspectos importantes, como por ejemplo que el dominio originario de los recursos naturales pertenece a las provincias.

**–Los críticos consideran que esa es una cláusula liberal que permite a los gobernadores otorgar concesiones a mineras y petroleras sin discutir en el Congreso.**

–Yo creo que no; es una cláusula federal. Lo importante de esa cláusula es que

en 1853 los recursos naturales se regían por el Código Civil y el Código de Minería y la riqueza era particular, de propiedad privada. La Constitución del 49 estatiza los recursos nacionalizándolos, la del 94 los estatiza provincializándolos.

**–Así nacieron los gobernadores petroleros que fueron candidatos a presidente.**

–Bueno, la riqueza va cambiando: antes era el campo, luego la minería y ahora el litio. Las regalías permiten conjugar el interés general para que cada provincia no haga lo que quiera con la riqueza natural. Las provincias son las propietarias pero la política estratégica sobre esos recursos, la política a largo plazo sobre su utilización, la diseña la nación.

**–¿Cómo se conserva el poder?**

–Yo no creo mucho en la carrera política. No creo que alguien sea tan imprescindible que si no es diputado, si no es senador, si no es intendente, si no es gobernador, si no vuelve a ser diputado, si no es defensor del pueblo, si no es asesor del concejal y si no está siempre en un cargo público, la democracia decae. Creo que uno cumple un rol, cree estar capacitado para cumplir un rol y para otros roles, no. Y me parece que hay que tener antídotos propios, ahora ya institucionales, para evitar aquerenciarse demasiado en el poder. En lo personal, estoy muy ligado a mi ciudad, Santa Fe. ¿Qué me gustaba a mí? Que yo terminaba un cargo público y volvía a ejercer la profesión. No pasaba de intendente a concejal, pudiendo hacerlo obviamente. Yo volvía a vivir en la misma casa y volvía a ejercer la profesión. Entonces, el kiosquero de la esquina veía que yo sabía hacer otra cosa además de política y que me podía rebuscar mi sustento y el de mi familia trabajando de otra cosa, que no fuera la política. Para mí, eso es importante. Para otros no. En algunas personas, hay una visión un poco mesiánica, como si creyeran que si no están ellos, la democracia se devalúa. Yo aspiro a que el que venga después de uno sea mejor que uno y uno termine siendo olvidado. Mezclarse entre la gente y pasar a ser uno más en mi

ciudad para mí es algo apasionante y es muy importante.

### **–Parece más bien una excepción.**

–Para otros, hay que seguir, de este cargo tengo que pasar a este otro. Puede ser que sean muy útiles, puede ser que se reciclen. Uno ve que alguien es diputado, después es secretario de Pesca, después es defensor del pueblo, después es asesor del concejal, después está en el PAMI. Y uno dice ¿de todo esto sabe?, ¿o empieza a aprender cuando llega? Siempre cuento que cuando era procurador del Tesoro y el presidente Kirchner me ofrece ser ministro de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos, yo le dije que no, le dije: “No estoy capacitado para ser ministro de Seguridad”. Tanto insistió que terminé diciéndole: “Si me sacás Seguridad y no tenés a otro, yo te acepto”. Y él sacó Seguridad y yo fui ministro de Justicia y Derechos Humanos. Yo no estaba capacitado para manejar las fuerzas de seguridad. Me parece que es la forma de hacer las cosas un poco mejor. Nos vamos a equivocar un poco menos.

### **–¿Qué tenía Kirchner que lo hacía distinto?**

–Me parece que Kirchner tenía claras dos o tres cosas. Reconozco en Kirchner una gran audacia en el sentido positivo del término. Él corría los límites. La deuda externa no se puede renegociar pagando el 23, 24, 25, 26%. Eso era imposible, pero se hizo. Cuando yo le pregunté por las demandas internacionales que teníamos en el Ciadi [Centro Internacional de Arreglo de Diferencias Relativas a Inversiones], muy complicadas, le dije: “¿Qué capacidad de negociación tengo?”. Me hizo así [levanta la mano y junta el dedo gordo con el índice]: cero. Yo tenía la espalda contra la pared: solo quedaba ir para adelante; para atrás no podía. Él tenía eso, eso. Y además, de los dos años y pico que yo trabajé, en el gobierno había mística. A mí me da la sensación de que en algún momento, después, se perdió. Con Rafael Bielsa en la Cancillería y con Roberto Lavagna en el Ministerio de Economía, nosotros trabajábamos todo el tema de los juicios, la negociación, la deuda. Y se trabajaba con mucha mística, con

muchas ganas de salir adelante. Eran épocas en que se decía que, en función de cómo estaba el país, íbamos a tardar quince o veinte años, dos generaciones, en salir. Resultó que en pocos años se pudo salir. En gran medida, porque había dos o tres cosas claras, había arrojo, audacia, convicción. Cuando el país no tiene confianza en sí mismo y autoestima, es muy difícil.

**–¿Cómo se logró esa vez?**

–Tal vez por cómo accedió Kirchner al poder, tal vez porque un año antes no estaba en los planes que Kirchner fuera presidente, porque no estaba en la primera línea de los candidatos con más intención de voto antes de la elección, tal vez por eso –creo– él vio que tenía un empuje que le permitió ir corriendo los límites. Y todos fuimos corriendo los límites. Cuando yo iba a los lugares donde teníamos que defender a la Argentina, también sentía que estaba impulsado para correr los límites, para desafiar todo lo que eran las reglas del Ciadi en ese momento y del derecho internacional. Prácticamente no teníamos ni que presentarnos y, sin embargo, no nos fue mal. Y hoy, disculpando la inmodestia, se analiza en varias universidades norteamericanas la defensa argentina en el Ciadi. ¿Por qué? ¿Porque éramos grandes teóricos? No, porque teníamos mucha convicción y había intereses soberanos que defender.

**–¿Por qué vuelven estas demandas tantos años después?**

–Y... yo tendría que haber seguido el proceso. Nosotros cuestionábamos duramente la intervención del Ciadi y de la jurisdicción extranjera, defendíamos muy fuertemente la jurisdicción nacional. Eso hay que decirlo, hay que hacerlo, y la contraparte tiene que ver que uno está convencido y que después el laudo lo va a revisar en el ámbito interno. Todo eso mejora la capacidad de negociación y después genera una tensión. Desde la inferioridad que nosotros teníamos en cuanto a recursos, competíamos con los principales estudios jurídicos del mundo. Pero no íbamos con el arco y la flecha, íbamos preparados y con una enorme convicción. Era un clima en ese momento en el gobierno. Mantener la

mística durante veinte años es muy difícil.

**–¿Dónde se imagina dentro de diez años?**

–Tengo la inamovilidad en el cargo hasta los 75 años, once años más. Después, me veo escribiendo y nada más. Ahora lo hago también. En Santa Fe, tal vez viniendo un poco acá. Tranquilo, con alguna conferencia de vez en cuando, escribiendo, no más que eso. Eso es lo que tengo previsto. La vida me ha llevado a lugares imprevistos. Jamás pensé que iba a ser intendente de mi ciudad, que para mí es el mayor orgullo, haber sido elegido por mis vecinos y seguir en contacto con ellos. Ser reconocido por la gestión, que es lo que más me importa de todo. Es como decir “bueno, estuve a la altura de las circunstancias”.

## **13. Guzmán, la deuda y el Fondo**







Martín Guzmán, ministro de Economía, junto con Joseph Stiglitz en la Pontificia Academia de las Ciencias, el 5 de febrero de 2020. Foto: Gabriella Clare Marino.

Martín Guzmán era un desconocido y vivía a 8500 kilómetros del lugar que pretendía ocupar. Solo en Manhattan, soñaba con acceder al cargo de ministro de Economía de la Argentina, esa silla eléctrica que aniquiló a una lista interminable de funcionarios impetuosos. Mientras en Buenos Aires el Frente de Todos festejaba la victoria sobre Mauricio Macri y su comandancia alimentaba la fantasía de una recuperación rápida, el profesor de la Universidad de Columbia no figuraba en los planes de nadie. O de casi nadie.

Guzmán tenía entonces 37 años, una carrera académica importante, una relación estrecha con el premio Nobel de Economía Joseph Stiglitz y un tema de cabecera que calzaba a la perfección con la encrucijada argentina: la reestructuración de deuda soberana. Pero no contaba con experiencia en la función pública y estaba lejos del sitio donde se tomaban las decisiones. Se había graduado como economista en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), pero hacía once años que vivía en los Estados Unidos, y había hablado apenas una o dos veces con Alberto Fernández.

El presidente electo contaba con el asesoramiento de economistas del Grupo Callao, como Matías Kulfas y Cecilia Todesca, pero había asegurado que quería tener un “ministro fuerte” y los nombres que circulaban como potenciales candidatos tenían poco de heterodoxos: el expresidente del Banco Central, Martín Redrado; el exsecretario de Finanzas, Guillermo Nielsen, y hasta el expresidente del Banco Nación en el gobierno de Macri, Carlos Melconian (véase el capítulo 7, “El incesante ida y vuelta del establishment con el peronismo”). Solo Emmanuel Álvarez Agis, el exviceministro de Axel Kicillof, que se había convertido en consultor de referencia del establishment, exhibía genes distintos.

Guzmán se había doctorado en la Universidad de Brown, una institución de élite en el noreste de los Estados Unidos, y trabajaba desde hacía siete años con Stiglitz en Columbia. La proximidad era indudable: estaban a una oficina de distancia, hablaban todos los días y compartían incluso la sala de reuniones. Además, el premio Nobel acreditaba una relación antigua con Cristina Fernández de Kirchner y su nombre aparecía como una influencia decisiva. Sin embargo, las coincidencias se terminaban ahí. Stiglitz no tenía contacto con Fernández y Guzmán veía con preocupación desde Nueva York cómo el presidente electo prometía adoptar las propuestas que recomendaba la ortodoxia local. Sus intentos de llegar al corazón del albertismo nonato habían concluido

en aproximaciones parciales que no terminaban de abrirle la puerta del gobierno en formación. Se había reunido con Sergio Massa en Manhattan, había visitado a Juan Manzur en Tucumán y, sobre todo, se había acercado a Kulfas, sin llegar a convencerlo.

Guzmán les repetía a sus interlocutores que no solo era necesario dejar de tomar deuda con el Fondo sino que además hacía falta dejar de pagar el endeudamiento contraído en tiempo récord por el gobierno de Macri, tanto en el concepto de capital como en calidad de intereses, y por un lapso de cuatro años. Eso, se suponía, implicaba un choque mayor con los grandes fondos de inversión, que querían cobrar cuanto antes, y una negociación más dura con Wall Street. Kulfas, que era por lejos el más receptivo, también dudaba. “¿Cómo se lo explicamos a Alberto? Eso quiere decir que va a tener que gobernar en la pobreza”, decía el futuro ministro de Desarrollo Productivo. La tesis de Guzmán era opuesta a la que planteaba por entonces el influyente Redrado en sus charlas ante empresarios y banqueros. A principios de noviembre, el ex Golden Boy había difundido un trabajo en el que proponía avanzar de entrada con un programa de facilidades extendidas que incluía un nuevo acuerdo con el Fondo para recibir desembolsos extra a cambio de comprometerse a llevar adelante las reformas de ajuste que el peronismo pancristinista prometía no hacer.

Con ese asesoramiento, Fernández había decidido viajar a Córdoba acompañado por Felipe Solá, Eduardo de Pedro, Fernando “Chino” Navarro y el poderoso Roberto Urquía para aparecer en la usina ultraliberal de la Fundación Mediterránea y hacer un gesto de connotaciones inequívocas. Ahí, en la única patria que se le reconocía a Domingo Cavallo, el casi seguro presidente había elogiado al liberal Carlos Sánchez, que había sido presidente del Instituto de Estudios sobre la Realidad Argentina y Latinoamericana (Ieral) (una asociación civil de estudios económicos en el seno de la fundación) y había trabajado con él, le había hecho guiños al empresariado cordobés y había dado un paso en falso que preocupaba a los economistas heterodoxos que orbitaban en torno al Frente de Todos.

Fernández había definido la deuda como el tema vital a resolver en sus primeros meses de gestión y había lanzado una serie de afirmaciones sorprendentes. “Necesitamos ganar tiempo y no hacer quitas. Diferir las obligaciones en el tiempo y que suban de un modo más amesetado, no exponencialmente. Por las condiciones internacionales, no va a ser difícil hacer algo parecido a lo que hizo Uruguay, lo he hablado con inversores internacionales. No va a haber

dificultades para eso. Es ganar tiempo y no hacer quitas”. Declaración de buena voluntad que incluía un asesoramiento tan ortodoxo como ineficaz, la salida uruguaya se inspiraba en la fantasía de evitar la quita de capital y de intereses, y había funcionado como título destacado incluso en medios considerados progresistas, pero había recibido objeciones públicas de economistas tan diversos como Melconian y Roberto Lavagna. Lejos, en Manhattan, Guzmán se agarraba la cabeza. Era el 26 de septiembre de 2019 y a Alberto le quedaban menos de setenta y cinco días para asumir. El modelo uruguayo era inaplicable para la Argentina.

El país que en 2019 gobernaba Tabaré Vázquez había firmado en 2003, al final de la presidencia de Jorge Battle, una reestructuración con el FMI que fijaba un sendero de superávit fiscal primario del 3,2%, 3,3% y 4% en los tres primeros años postacuerdo, una meta imposible de cumplir para un gobierno endeudado como el argentino, que ya se sabía destinado a ver cómo la recesión se prolongaba y padecía la falta de dólares para impulsar el crecimiento después de casi una década de estancamiento y caída libre. La salida que el futuro presidente le había ofrendado a la Fundación Mediterránea solo podía aplicarse con un viento de cola extraordinario que impulsara los commodities a precios mucho más altos en el arranque del gobierno peronista, un ajuste todavía mayor o un nuevo aumento de la monstruosa deuda que había incubado la administración Cambiemos.

El 6 de octubre de ese año, escribí en El Canciller una nota crítica sobre la propuesta y la titulé: “Fernández, el monstruo de la deuda y el canto de sirenas de la salida uruguaya”. Para refutar al todavía candidato, cité los números que había presentado Daniel Marx muy poco antes en la Bolsa de Comercio, durante una conferencia de la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL) que había reunido a toda la ortodoxia aborigen. De acuerdo con los números del exsecretario de Finanzas que había sido funcionario de Carlos Menem y Fernando de la Rúa, el próximo presidente debería hacer frente a vencimientos de deuda por 127.747 millones de dólares durante su mandato: 35.483 millones de dólares en 2020, 21.566 millones en 2021, 34.201 millones en 2022 y 36.497 millones en 2023. Era un aluvión imposible de pagar. Pero de ese total de casi 130.000 millones de dólares que Fernández tenía que cubrir en sus cuatro años de gobierno, nada menos que 31.296 millones eran intereses de deuda: 10.202 millones vencían en 2020, 8189 millones en 2021, 7098 millones en 2022 y 5807 millones en 2023. De dónde iba a salir la plata para cumplir con esa partida que ya entonces representaba un gasto superior al

de la seguridad social era lo que ni Fernández ni sus economistas ni los gurúes de la city querían o podían decir. En una nota a pie de página de su presentación, Marx recomendaba la salida de siempre, la misma que Redrado: pedir más deuda para pagar deuda. El director de la consultora Quantum había hecho un “ejercicio de reperfilamiento/reestructuración” en el que había simulado un “programa largo apoyando mejoras con aumento de exposición inicial” del Fondo. Traducido, sugería que se incrementara enseguida el endeudamiento argentino con el organismo que presidía Kristalina Georgieva para ir, después, hacia una “graduación”.

Desde Nueva York, Guzmán pregonaba por todo lo contrario e insistía en dejar de tomar deuda, con un lenguaje técnico que tenía escasa repercusión pero encontraba cierto parentesco con la frase de un alto generador de clics, Álvarez Agis, consultor estrella de empresarios como Jorge Brito, José Luis Manzano y Marcelo Mindlin. “La deuda es como la falopa. Al principio es rica pero después te mata”, le había dicho a Luis Novaresio.

Mientras Álvarez Agis, Nielsen y Redrado asesoraban a Fernández y hablaban en su nombre, Guzmán era un tapado que vivía en otro mundo. Sin embargo, en la recta final hacia el gobierno, una puerta se le abrió finalmente, es probable que a través de Kulfas.

Corrían los últimos días de octubre de 2019, apenas unas horas después del triunfo de 48% a 40% ante Macri en primera vuelta, cuando el economista de Columbia logró ingresar en las oficinas de Puerto Madero en las que atendía el presidente electo. La charla introductoria recién comenzaba a fluir hacia un tema bisagra, que todavía figuraba como prioridad sin solución en la agenda de Fernández. El profesor de Derecho Penal era la figura más demandada de la política. Había decidido viajar a México en una señal que insinuaba un tipo de alineamiento en política internacional y le permitía, al mismo tiempo, zafar de la presión de un país que pedía con ansiedad las primeras definiciones sobre el rumbo del futuro gobierno, algo que recién iniciaba su lentísima maduración. Fernández no disponía de las precisiones que le exigían.

–Venite conmigo a México –le dijo de repente el exjefe de Gabinete al joven economista al que había visto en una o dos oportunidades en toda su vida.

Guzmán tenía pasaje para volver a Nueva York ese mismo día, pero no quería dejar pasar la oportunidad que venía persiguiendo desde hacía varios meses.

Decidió cambiar de vuelo y tomar un avión para llegar a México vía Panamá. A 7400 kilómetros de Buenos Aires, más cerca de Columbia que de la Casa Rosada, el economista que se había formado con el profesor Daniel Heymann iba a encontrar su pasaporte para el ministerio.

Fernández viajó con Solá, su futuro canciller, tuvo un encuentro con Andrés Manuel López Obrador y contó con tiempo de sobra para tomar distancia de la urgencia argentina y pensar cómo encarar el desafío inédito que se le presentaba. En el DF, recibió la visita de dos halcones republicanos que reportaban a Donald Trump y buscaban apurar la interlocución con el gobierno peronista. En primer lugar, el veterano Elliott Abrams, que durante la presidencia de Ronald Reagan había financiado a los contras en la Nicaragua sandinista con el dinero de la venta de armas a Irán: denunciado por Amnistía Internacional e indultado por George W. Bush, había sido recuperado por Trump después de tres décadas para operar contra Nicolás Maduro en Venezuela. En segundo lugar, el cubano estadounidense Mauricio Claver-Carone, que tendría un papel estridente y destacado en el primer año de gobierno de Fernández y lograría arrebatarse a América Latina la presidencia del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), que le correspondía por tradición a la región desde hacía seis décadas. Los dos estaban escoltados por Gustavo Cinosi, un empresario argentino que, como vimos en el capítulo 7, trabajaba bajo las órdenes de los Estados Unidos, era dueño de la franquicia del hotel Sheraton, asesor especial de Luis Almagro en la Organización de los Estados Americanos (OEA) y ya se adiestraba como futuro jefe de campaña de Claver-Carone en la carrera por el BID. Salvo ese episodio, la semana que Alberto pasó en México le sirvió sobre todo para hablar con Guzmán, que por entonces pasaba inadvertido entre periodistas y curiosos.

En ese viaje, Fernández y su futuro ministro de Economía charlaron mucho sobre la renegociación de la deuda. Llevaría unas semanas de maduración, pero el presidente electo se decidiría por Guzmán y cambiaría por completo su discurso. De regreso a la Argentina, dejaría correr el nombre del discípulo de Stiglitz y el periodismo económico comenzaría a prestarle mayor atención al tapado que promocionaba el albertismo. Guzmán tenía en el calendario una cita pública que le vendría a la perfección para terminar de instalar su candidatura como ministro y su perfil de especialista. El 19 de noviembre de 2019, en la conferencia de las Naciones Unidas en Ginebra, presentaría los ejes centrales de un paper titulado “Crisis de deuda soberana: ¿será esta vez diferente?”. La propuesta, que incluía suspender el pago de capital e intereses por lo menos por dos años y no tomar más deuda con el Fondo, lograría un eco llamativo en el

país que el profesor de Columbia había abandonado once años atrás. Fue como si Guzmán hubiera estado predestinado a llegar en el momento justo, cuando la deuda se tragaba el PBI argentino, el peronismo iba de regreso al poder y la economía aparecía vacante, sin que el Frente de Todos acertara a formular una salida posible para enfrentar la crisis múltiple.

Ese día, en Ginebra, el graduado de la UNLP recibió en su teléfono un nuevo mensaje de Fernández. Apenas seis palabras bastaban.

–Te necesito mañana en Buenos Aires –decía.

Ansioso por volver al país para debutar en la función pública, Guzmán no dudaría ni un instante. Pasaría por su departamento de Nueva York para buscar algunas cosas y volaría a la Argentina para encontrarse con el presidente electo. Ocho días más tarde, Alberto sería la estrella de la conferencia anual de la Unión Industrial Argentina (UIA) en Parque Norte, que había organizado el cuñado de Urquía y presidente de la entidad patronal, Miguel Acevedo. Allí, escoltado por el dueño de Aceitera General Deheza, volvería a aludir a la reestructuración de la deuda, pero utilizaría un discurso opuesto al que había promocionado en la Fundación Mediterránea. Ya no había lugar para prometer la salida uruguaya ni para juramentar que no habría quitas a los acreedores. “Vamos a pagar el día que hayamos crecido, hayamos producido más, hayamos exportado más y hayamos conseguido los dólares con los que tenemos que pagar nuestras deudas. Así va a ser esta vez. Y no me voy a dejar convencer por los cantos de sirena, porque nos han dejado en el fondo del mar. Espero que todos lo entendamos”. Por alguna razón, Fernández había decidido utilizar la misma figura que yo había puesto en el título de mi nota de octubre. La salida uruguaya era un canto de sirenas: Guzmán le había hecho entender que esa entonación solo iba a complicar su gobierno y beneficiar a sus adversarios. Veto de Cristina mediante, el futuro presidente tampoco cumpliría la promesa que le había hecho a los gerentes del Grupo Clarín en la alfombra del Malba y Redrado no ocuparía ningún “rol importante”. Nielsen no sería ministro y apenas obtendría la presidencia de YPF como premio consuelo y por un tiempo acotado. Melconian volvería a ser sensación en YouTube y a animar las mañanas de Radio Mitre, pero quedaría apartado una vez más de la función pública. Guzmán, en cambio, viajaría tres veces de Nueva York a Buenos Aires entre principios de noviembre y el 6 de diciembre, el día elegido por Fernández para dar a conocer su gabinete.

En el último de esos vuelos, el del regreso definitivo, el economista que era



fanático de Gimnasia y Esgrima y había crecido en una familia humilde de La Plata trajo una de las claves que le servirían para consolidarse como ministro: su relación privilegiada con Georgieva. La nueva jefa del Fondo había sido designada en septiembre de 2019 para lavarle la cara al organismo que había apostado todo a la reelección de Macri con un blindaje descomunal vía Christine Lagarde. Georgieva acreditaba una trayectoria distinta, no solo porque había nacido en Bulgaria, sino porque tenía antecedentes que no calzaban por completo en la tradición ortodoxa de los burócratas de Washington.

El 5 de diciembre, un día antes de que Fernández presentara en Puerto Madero la larga lista de ministros que lo iban a acompañar, Guzmán tomó el tren en Nueva York y visitó a Georgieva en las oficinas del Fondo en la capital estadounidense. Fue la única charla informal que tuvieron, una aproximación en la que el futuro ministro de Economía empatizó con la titular del FMI pero no habló en nombre de su país, como lo haría a partir de entonces. Después de ese encuentro, el economista, que había vivido en la Argentina la crisis de 2001 con apenas 18 años, viajaría hacia Buenos Aires para asumir, al día siguiente, el desafío más importante de su carrera. Ya no era una prueba académica para colarse en un seleccionado de galácticos: ahora debía gobernar la crisis en una tierra que tenía por costumbre devorarse a generaciones enteras con cada oleada de inestabilidad.

## La diplomacia de la deuda

Poco después, Guzmán comenzaría a sostener en privado que en el Fondo había dos líneas, la que Georgieva comenzaba a insinuar y la línea dura de Lagarde que había sobrevivido a su gestión. En la primera, el ministro de Fernández ubicaba a la misión de emisarios que debían negociar con la Argentina, Julie Kozack y Luis Cubeddu. ¿En qué se diferenciaban? Ya entonces Guzmán lo repetía puertas adentro del gobierno: “Si la línea Lagarde trabajó con Macri un programa de austeridad fiscal y contracción monetaria, la línea Georgieva está en contra de la austeridad en la crisis y no pone objeción a nuestro plan ni a que el programa sea elaborado por nosotros”, decía. Un tiempo más tarde, el propio Fernández comenzaría a hablar de un “nuevo Fondo”. El objetivo del gobierno argentino era que el FMI comenzara a hablar el lenguaje de Guzmán y dijera, públicamente, lo que ya admitía en privado: que la deuda de 44.000 millones de dólares que había contraído en tiempo récord la administración Macri era “insostenible”. Insulso para la mayoría de los argentinos, en el diccionario de los técnicos ese término era la piedra movediza que abría la puerta para lograr el propósito principal de Guzmán una reestructuración con quita a los grandes fondos de inversión que estaban primeros en la larga fila de acreedores del Estado.

Ya entonces, ese doble juego en una negociación a tres bandas ponía al Fondo del lado de la Argentina en la pulseada con Wall Street, pero no estaba exento de riesgos. Con una historia larga en la que más de una vez se había presentado como salvador y había terminado como verdugo, el FMI también iba a ganar lo suyo gracias a su relación con el peronismo de gobierno.

Ya a principios de noviembre, Guzmán había elaborado la primera oferta para los gigantes del negocio financiero, entre los que BlackRock, el fondo de inversión del magnate estadounidense Laurence D. Fink, pesaba como ninguno. Era un cronograma de pagos que quedaba muy lejos de las pretensiones de Wall Street y sería modificado varias veces hasta encontrar el punto de acuerdo, que llegaría en la segunda mitad de 2020.

Guzmán tenía entonces una meta de máxima. Iniciar el contacto con los bonistas

cuanto antes y evitar un doble riesgo, que estaba planteado en *Too Little, Too Late*, un libro que la Universidad de Columbia había publicado en 2016 y no tenía traducción al castellano. En ese trabajo que el ministro de Fernández había editado con Stiglitz y el codirector del Banco de la República de Colombia, José Antonio Ocampo, se apuntaba a dos variables centrales para la negociación que la Argentina tenía por delante: la magnitud y el tiempo. La tesis principal del texto se basaba en la evidencia, como le gustaba decir a Guzmán. Las reestructuraciones de deuda soberana que habían tenido una salida “liviana”, sin conflicto con los acreedores, habían terminado en un alivio insuficiente: la crisis había sobrevenido, de manera irremediable, poco tiempo después y con peores consecuencias. Pero también los experimentos como el que el discípulo de Stiglitz pretendía llevar adelante habían fracasado cuando la negociación se demoraba mucho, el diferendo se resolvía demasiado tarde y, en el medio, aparecían nuevos problemas. Nadie podía imaginar entonces que el planeta estaba a las puertas de la peor peste del último siglo y que la crisis global iba a adoptar una dimensión colosal.

A fines de enero de 2020, Guzmán viajó a los Estados Unidos para reunirse con Georgieva y tomar contacto por primera vez con dos funcionarios del Tesoro estadounidense. Ese encuentro, que se concretó sin ser revelado a la prensa y contó en exclusiva para *Letra P*, le sirvió al ministro para conocer cuál sería el rol de la administración Trump en la reestructuración con los bonistas. Para el gobierno argentino, era un triunfo a medias: los Estados Unidos, de relación privilegiada con los grandes fondos de inversión y dueños del 16,5% de las acciones en el directorio del Fondo, no se involucrarían en las negociaciones y se declararían prescindentes. No iban a jugar, aseguraba, ni a favor ni en contra de la Argentina.

Una semana más tarde, Fernández y Guzmán recibirían el espaldarazo del aliado celestial de cara a la prueba de fuego que les esperaba en el arranque de su gestión. La deuda era el tema excluyente en el inicio del mandato del Frente de Todos y Guzmán aparecería lidiando casi en soledad con la materia más difícil. Mientras el presidente vivía sus primeros meses de gobierno en una interfaz en la que tomaba medidas de emergencia como el congelamiento de precios pero no terminaba de asumir la tarea gigantesca que tenía por delante, Guzmán enviaba al Congreso el proyecto de Ley de Solidaridad Social y Reactivación Productiva, que incluía un ajuste fuerte y se metía de lleno en un conflicto para el que no le sobraban fuerzas. Por pasividad o por no ser convocada, la sociedad argentina, en especial los votantes del Frente de Todos, asistiría anestesiada a ese test en el

que se definía gran parte de su futuro. En ese contexto desigual, los fondos de inversión hacían sentir su poderío en una directriz que unía Wall Street con Buenos Aires y el gobierno jugaba de visitante en su propio país por el peso inigualable del discurso que ponía a la nueva administración en el lugar del deudor que solo tenía como opción pagar todo y cuanto antes. Era una correlación de fuerzas que delataba una asimetría fenomenal, y para los Fernández, el papa Francisco sería de entrada el mejor de los socios. Tal vez el único en un concierto global que repetía una sola partitura.

El argentino Jorge Mario Bergoglio conocía a Georgieva desde bastante tiempo antes de que fuera elegida para actuar un papel de lo más trabajoso, como el rostro sensible de un organismo despiadado. Se habían reunido tres veces en privado para tratar una agenda amplia en la que se destacaba la deuda monstruosa que dejaba Macri en el fin del mundo. En dos oportunidades, Francisco había recibido a la economista que se perfilaba para ser directora general del Fondo pero no había asumido sus funciones, y en otra, de carácter reservado, la había acogido en la residencia Santa Marta ya como mandamás del FMI con un mensaje firme, casi impiadoso, que apuntaba a la propia responsabilidad del organismo por haber entregado un préstamo inconmensurable a un gobierno en retirada (véase el capítulo 10, “El aliado celestial”).

El 5 de febrero de 2020, cuando el peronismo recién aterrizaba en la Casa Rosada, el seminario “Nuevas formas de solidaridad” que el papa organizó en el Vaticano fue una bendición para el gran deudor del fin del mundo. Pesó el vínculo de Gustavo Beliz con Bergoglio, la relación del canciller de la Academia Pontificia de las Ciencias del Vaticano, Marcelo Sánchez Sorondo –instalado en Roma desde 1968–, con gran parte de la dirigencia que nutría las filas del nuevo gobierno y, sobre todo, la voluntad de Francisco de colaborar con su país y con un presidente que amanecía como una resultante sin contraindicaciones para la unidad del justicialismo y el reciente destino pendular de la Argentina.

Para Guzmán, que tenía por delante su prueba más difícil, era una oportunidad única. Inmejorable. El profesor de Columbia no solo pudo codearse con Georgieva en un terreno neutral. Además, contó con el aval presencial de su amigo Stiglitz; del director del Centro de Desarrollo Sostenible de Columbia, el reconocido Jeffrey Sachs; de la secretaria ejecutiva de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal), Alicia Bárcena; del presidente del Banco Centroamericano de Integración Económica, Dante Mossi; del

expresidente del Banco Mundial, Enrique Iglesias, y de altos funcionarios de los principales países de Europa, como el ministro de Economía de Francia, Bruno Le Maire, o la ministra de Finanzas y Economía de España, Nadia Calviño. El ministro de Finanzas de Alemania, Olaf Scholz, no estaba presente pero Angela Merkel había avalado el encuentro en la cena que habían mantenido dos días antes en Berlín con Fernández, Guzmán y Beliz. Además, formaban parte de los paneles los ministros de Economía de México, Arturo Herrera; de Colombia, Alberto Carrasquilla y de Paraguay, Benigno López.

Era la escenificación de una batalla global en la que la Argentina volvía a ser el terreno de disputa de fuerzas que la trascendían. A poco de asumir, Guzmán exhibía de su lado un contrapeso invaluable en relación con lo que consideraba “el poder real en el mundo”. La foto al cierre del seminario, que mostraba al papa escoltado por Georgieva y Guzmán, expresaba el consenso del más alto nivel en que la reestructuración de deuda soberana demandaba un cambio urgente.

Amigo del ministro de Economía desde mucho antes de su nombramiento, el director argentino ante el Fondo en representación del Cono Sur, Sergio Chodos, estaba en el lugar de los hechos, pero buscaba tomar distancia para ver en perspectiva la escena que lo incluía. Cuando vio a Le Maire y Calviño juntos, el abogado que dieciséis años atrás había participado del equipo de reestructuración de Lavagna y Nielsen no pudo más que abstraerse y situar la foto en el álbum de la historia. Era un seleccionado antiglobalización bendecido por el Vaticano y solo podía entenderse de una manera: en la vereda de enfrente, un poder mayúsculo estaba listo para ir a la contienda. Eran los grandes fondos de inversión, que tenían en su cartera acciones equivalentes al PBI de varios países y disponían de un arsenal cargado para disparar contra un país pequeño que se había malacostumbrado al default. Esa confrontación con Wall Street sería definida por Guzmán, mucho después y en privado, con una palabra: sórdida. El ministro estaba ante su batalla más difícil, porque consideraba que los fondos tenían más poder que los países nucleados en el FMI y porque, para discutir con el organismo que conducía Georgieva, la Argentina contaba con algo de hándicap: una turbulenta historia que había convertido al Fondo en mala palabra.

Con un discurso que solo podía generar escepticismo en el sur del mundo, el ministro argentino le decía en privado a su amiga nacida en Bulgaria que tenía frente a ella la gran oportunidad de provocar un giro en la historia del FMI y retornar a las raíces de una entidad desarrollista como la que había imaginado

John Maynard Keynes después de Bretton Woods. Un mes después del encuentro en Roma, llegaría un primer paso que, aunque no alcanzaba para lograr el objetivo, sorprendería a muchos. Se trató del staff report que recomendaba una quita de entre 55.000 y 85.000 millones de dólares para los pagos de deuda de la próxima década y advertía sobre el “alivio sustancial” que deberían hacer los acreedores privados para restablecer la sostenibilidad en un país sin reservas que no podía pagar vencimientos –ni de capital ni de intereses– por varios años. Era el primer movimiento de una estrategia coordinada con la cual Guzmán lograba en parte lo que quería y el Fondo incursionaba en una nueva literatura, poco antes impensada. A favor, el discípulo de Stiglitz conseguía un aliado poderoso que dejaba en segundo plano por un tiempo su presión habitual por el ajuste a cualquier precio. En contra, el FMI también ganaba: apenas unos meses después de haber sido el socio fundamental de Macri en un endeudamiento de cortísimo plazo, volvía a sentarse a la mesa de las decisiones en el país con la camiseta de la sensibilidad.

## Ventaja visitante

Macri no solo emitió en sus dos primeros años una montaña de deuda imposible de pagar: además cambió por completo el perfil del endeudamiento hasta llevar las acreencias en moneda extranjera al 78%. Pese a eso, Fernández y Guzmán decidieron no entrar en default pleno el 10 de diciembre. En cambio, prefirieron pagar vencimientos de deuda hasta el 31 de marzo para iniciar una negociación, como el ministro repetía una y otra vez, de “buena fe”.

El 16 de abril, el gobierno presentó su primera oferta en la quinta de Olivos con la presencia de la enorme mayoría de los gobernadores de todo el país, incluidos los de la oposición. En la cabecera de una larga mesa rectangular, el presidente aparecía escoltado a su derecha por Cristina y Guzmán, y, a su izquierda, por Horacio Rodríguez Larreta y Sergio Massa. Corría el tiempo de un consenso transversal obligado y redituable, marcado por el inicio de la pandemia; Fernández vivía un idilio con la sociedad y hasta el radical Mario Negri lo promovía como el “comandante para la batalla” contra el virus. Dentro del oficialismo, también la unidad era la imagen preponderante y la vicepresidenta aparecía en Olivos para respaldar a un ministro que no pertenecía a su sector pero había empezado a valorar como a pocos en los primeros meses de gobierno.

Guzmán presentó su propuesta para renegociar 66.238 millones de dólares de deuda emitida bajo legislación extranjera, con un cronograma que incluía un período de gracia de tres años sin ningún tipo de pagos y combinaba una quita reducida sobre el capital –5,4%, 3600 millones de dólares– con un recorte importante, del 62%, en los intereses, que equivalía a 37.900 millones. El monto total de la quita que pretendía el ministro ascendía a los 41.500 millones de dólares. “Argentina hoy no puede pagar nada. No solo hoy, sino que durante ciertos años no podrá pagar nada y con el Fondo hemos coincidido en que tiene que haber una fuerte reducción”, dijo Guzmán. Era el punto de partida de una negociación desigual, en la cual el gobierno argentino amanecía cada día condicionado por el discurso de Wall Street que se imponía en su propio país. Los fondos tenían más voceros en Buenos Aires que la posición argentina, que contaba con escasos defensores.

Nadie vivía como Guzmán el lobby feroz que hermanaba a los grandes medios de comunicación, la mayor parte del establishment local, los economistas que trabajaban para el sector financiero –pero traficaban sus opiniones como si fueran neutrales– y un ala del Frente de Todos que ensayaba negociaciones paralelas con los bonistas extranjeros, en el papel de policía bueno. En sus apariciones públicas, el ministro buscaba mantener la calma con una fría exhibición de sus nervios de acero, pero en privado reconocía que la presión era fuerte, en especial la de las grandes empresas que tenían acceso al financiamiento externo y privilegiaban la reducción de su propio costo.

Asociada a voceros locales que masificaban el punto de vista del Círculo Rojo, se formaba desde arriba una corriente de opinión general cuya única consigna era que el Estado nacional debía acordar rápido con los acreedores extranjeros y pagar lo que pedían para que las empresas locales que se financiaban afuera tuvieran la posibilidad de recuperar cuanto antes el crédito en el exterior. Guzmán respondía en público con una serie de argumentos que traducían al lenguaje técnico aquella consigna de Néstor Kirchner en la reestructuración de 2005: los muertos no pagan. Los bonistas debían hacerse cargo de que habían asumido un riesgo cuando decidieron apostar a la aventura de Cambiemos y al pago de intereses exorbitantes en un mundo de tasa cero. En privado, Guzmán le remarcaba a Fernández que la Argentina ya estaba viviendo en condiciones de default y que el fantasma tan invocado por la oposición era desde el tiempo de Macri una cruda realidad: el gobierno nacional no tenía nada de financiamiento externo, ninguna provincia lo tenía. Los gobernadores que estaban endeudados en dólares no podían pagar lo que debían. Peor todavía, distritos como Chubut o Neuquén habían salido a tomar deuda bajo ley de Nueva York y, a pesar de que habían puesto sus regalías como garantía, se habían comprometido a pagar un interés imposible. A los gobernadores de todos los partidos les convenía una reestructuración integral y, según decía Guzmán, lo que se estaba definiendo era a qué velocidad se resolvía la salida. Con o sin acuerdo, el ministro apuntaba a no pagar deuda por un plazo de tres años.

A la inversa, las primeras beneficiarias del hipotético deal, afirmaba el ministro en sus charlas con el presidente en Olivos, iban a ser las empresas más grandes que presionaban por todos los medios a su alcance en favor de satisfacer con una mejor oferta los intereses de BlackRock y sus aliados. Este fondo de inversión era el más intransigente en las negociaciones, conducía al Grupo Ad Hoc –donde se enrolaban los duros como Fidelity, Ashmore y Pimco– y exhibía, como si fuera poco, acciones en una larguísima lista de empresas argentinas. Llegar a un



acuerdo con BlackRock parecía imposible y harían falta mediadores de peso para traerlo de regreso cada vez que golpeaba la mesa y se retiraba. Uno de ellos sería Miguel Galuccio, el ex CEO de YPF que había fundado su propia petrolera, tenía acciones de Fink en Vista Oil & Gas y conservaba una relación excepcional con Cristina. En al menos dos oportunidades, Guzmán había logrado entrar en contacto con el megamillonario que demoraba el acuerdo por la deuda, y la diplomacia había primado. Sin embargo, a la hora de las efectividades conducentes todo volvía a trabarse y BlackRock le corría el arco al gobierno argentino, una y otra vez.

Aun cuando el entendimiento llegara, repetía Guzmán, ni la población en general –que vivía de su ingreso en pesos– ni el Estado en sus diferentes niveles iban a acceder al crédito de la noche a la mañana. Era el sector privado, agrupado en entidades que solían destripar al gobierno con sus comunicados, el que más iba a sufrir la extensión de la cesación de pagos y por eso presionaba. Sin embargo, nada era ni automático ni sencillo. En el propio establishment estaban los que reconocían que el financiamiento barato ya escaseaba y que hasta en Vaca Muerta –el universo que más perspectiva tenía de recibirlo– iba a resultar arduo que un acuerdo con los tenedores garantizara inversiones en el corto plazo. Indiferente a todos esos matices y prevenciones, el coro pro bonistas extranjeros era abrumador en Buenos Aires y, salvo un grupo pequeño de empresarios amigos de Fernández –como el industrial José Urtubey, el banquero Pablo Peralta y el farmacéutico Marcelo Figueiras–, el resto actuaba en favor de los grandes fondos y en contra de la reestructuración.

Puertas adentro, la negociación mano a mano de los funcionarios argentinos con los abogados que trabajaban para los acreedores externos estaba lejos de cualquier diplomacia. El periodista Alejandro Bercovich contó en BAE Negocios cuál era el tono de las amenazas de los delegados que enviaban los gigantes de Wall Street. En una videoconferencia vía Zoom, en el arranque de la reestructuración, el mexicano Gerardo Rodríguez Regordosa, director ejecutivo de Mercados Emergentes de BlackRock, amenazó a Guzmán con una frase que escucharon todos los que estaban conectados a la plataforma en distintos lugares del planeta.

–Yo no sé si ustedes tienen claro con quiénes se están metiendo. Nosotros tenemos espalda y podemos sentarnos a esperar para negociar con otro gobierno que entienda a los mercados. Lo único que tengo que hacer es esperar a que te vaya mal. Ya estás en default y vas a tener más problemas –dijo.

Bercovich también citó el mensaje intimidante del enviado estadounidense de un fondo inglés, más chico, que tenía en cartera un stock importante de los bonos emitidos en el canje de 2005 (organizados en el Exchange Bondholders Group). Ese representante comparó a Guzmán con Yanis Varoufakis, el primer ministro de Economía que designó la coalición Syriza en Grecia. “Vimos otro ministro con ideas parecidas a las tuyas. Vos tenés mejores modales. Pero se opuso a nosotros y en tres meses se tuvo que ir”, le advirtió. Varoufakis había durado poco más de cinco meses en su cargo.

En esos momentos, cuando el gobierno aparecía arrinconado por un juego de pinzas que apretaba al mismo tiempo en Wall Street y en Buenos Aires, Guzmán buscaba no perder la calma. Con el respaldo esencial de los Fernández, el ministro repetía puertas adentro del gabinete su caracterización sobre la batalla global que tenía a la Argentina como deudora y protagonista. Y hablaba casi como si creyera en una fuerza superior, con una confianza que sorprendía a sus interlocutores. “Ellos primero capturan. Si no capturan, te intimidan. Pero con la Argentina no funciona ninguna de las dos. En otros países te imponen la solución. Porque la Argentina tiene con qué. Porque no nos intimidan, no nos asustan ni nos pueden cooptar”, afirmaba.

Para el ministro de Economía, la reestructuración de la deuda no era solo la prueba más difícil que le había tocado en lo personal. También era un proceso geopolítico en el cual, junto con la discusión por pagar más o menos, se jugaba otra partida, y ahí el objetivo era ganar el sentido común.

Las amenazas cara a cara no eran, de todas formas, la única melodía que tenían los buitres en su repertorio. La presión se intensificaba a través de distintos canales y Guzmán aparecía incluso desautorizado por las versiones que emanaban del propio gobierno. Era Massa, sobre todo, el que tendía puentes, prometía concesiones a destiempo y recibía pedidos de Nueva York para desplazar a Guzmán de las tratativas. El presidente de la Cámara de Diputados no solo había sido uno de los promotores frustrados de Redrado como ministro (y lo seguía siendo). Además, hacía cotizar su llegada al financista David Martínez, el mexicano que era dueño del fondo Fintech y socio de Héctor Magnetto en la gran Telecom. Aunque Martínez tenía una parte muy pequeña de la deuda argentina y su negocio siempre había sido entrar después a lucrar con los bonos defaulteados, había sido uno de los primeros socios del banquero Brito en la generadora eólica Genneia y había ingresado por esa vía al mundo de relaciones de Massa.

Muchas veces desbordado por operaciones permanentes, Guzmán precisaría el respaldo explícito de los Fernández para superar la prueba del desgaste. La pandemia que se prolongaba en el tiempo mucho más de lo previsto, la cuarentena y la recesión que se profundizaba dejaban al gobierno sin aire y conspiraban contra la quita agresiva que había imaginado un ministro sin experiencia política al que, día por medio, los formadores de opinión que jugaban para los bonistas le pedían la renuncia. El riesgo del “too little, too late” estaba más presente que nunca.

Ante ese cuadro, Guzmán se encargaba de remarcar que había una diferencia significativa con respecto al escenario europeo que los representantes de los fondos pretendían trasladar al tercer mundo, a manera de advertencia. Grecia había tenido enfrente no solo a los bonistas sino también a la Troika, que integraban el FMI, el Banco Central Europeo y la Comisión Europea. La Argentina, en cambio, tenía de su lado a Georgieva. Era un cambio sustancial que ubicaba a la Argentina como rara beneficiada. El endeudamiento atroz al que la había llevado Macri de manera irresponsable y en sociedad con el Fondo dejaba en una buena posición al gobierno de los Fernández en un solo aspecto: también el organismo de crédito necesitaba cambiar de piel y reciclarse para no quedar como responsable principal de una nueva crisis en el tercer mundo.

El bloque que ligaba los intereses de Guzmán, Stiglitz y el papa Francisco advertía que se quebraba una línea de continuidad que llevaba por lo menos cuatro décadas. Desde que Margaret Thatcher gobernaba Inglaterra y Ronald Reagan los Estados Unidos, el poder financiero había escrito las reglas de juego del mundo y había tenido una influencia decisiva en los organismos multilaterales, en especial en el Fondo. Pero, a partir de la crisis de Lehman Brothers en 2008, se había abierto una fisura en la alianza maciza que Wall Street y Washington habían sellado a lo largo de la historia. Eso explicaba el informe sobre la sostenibilidad de la deuda que había publicado el FMI en marzo de 2020.

Con la variable del Valor Presente Neto como parteaguas y la discusión sobre la fecha de inicio para un pago de intereses que Guzmán pretendía patear bien lejos, la Argentina extendería los plazos de negociación y mejoraría la oferta en varias oportunidades. Lo haría después de asegurar en público, más de una vez, que el país no tenía margen para ceder más, que ya se había hecho el “máximo esfuerzo” y que el gobierno no podía aflojar más sin caer en un ajuste profundo al que no estaba dispuesto. Pero, dada la disparidad de fuerzas, la “última oferta”

siempre daba lugar a una nueva.

Dos semanas antes de llegar al acuerdo, Guzmán fue al programa Verdad/Consecuencia de TN y reiteró el que era por entonces su argumento público fundamental: “Aceptar lo que ellos piden significa más desempleo, más angustia para la gente, por ejemplo, tener que ajustar jubilaciones, y eso es algo que nosotros no vamos a hacer”. La frase se viralizó cuando CFK difundió un video de cincuenta y ocho segundos, en el que el ministro explicaba cuál era la postura oficial, y le sumó una frase de su autoría: “Martín Guzmán sobre la deuda externa. Clarito como el agua”. Era un nuevo y explícito apoyo de la vicepresidenta al funcionario que se había cargado casi en soledad la negociación con los grandes fondos de inversión en un momento en que una lluvia de críticas lo tenía como blanco. Todo era parte de un teatro de la confrontación en que las dos partes resignarían una porción de sus objetivos. Con puntos de tensión en lo económico y lo legal, la discusión se extendería hasta el 4 de agosto, y les tocaría también a los monstruos de las finanzas globales pagar algunos costos por su intransigencia.

## El desenlace

El desenlace se precipitó en los últimos días de julio y los primeros de agosto. El viernes 31 de julio fue una jornada muy intensa, en la que se condensaron las tensiones de un largo proceso. Faltaban apenas cinco días para la fecha límite que había fijado Guzmán, después de extender varias veces los plazos de negociación, y el gobierno aparecía arrinconado. Pese al discurso de firmeza que el ministro había llevado al living de TN, la escena se repetía y el peronismo se delataba sin recursos. Una y otra vez, volvía a prolongar la pulseada y a ceder un poco más sin resolver el conflicto. Dueños de la cancha, los grandes fondos le venían corriendo el arco a un ministro que definían como principiante de buenas intenciones, en una operación incesante para deslegitimarlo; y también a un gobierno que actuaba condicionado y sin dirección. Guzmán y los negociadores argentinos retrocedían en su apuesta de máxima mientras BlackRock y compañía se mostraban inflexibles. Tal vez por la pandemia, tal vez por un estado de desmovilización preocupante, los votantes del Frente de Todos no eran convocados a participar de una disputa vital para el gobierno. La veían desde lejos, en absoluta pasividad. Así, el peronismo dilapidaba la que podía ser su mayor fortaleza y se confesaba impotente para revertir una correlación de fuerzas extremadamente desfavorable.

La mañana del 31 de julio, lejos de Buenos Aires, los grandes fondos de inversión recibieron un golpe inesperado. Wall Street amaneció con una nota de The New York Times que tendría un efecto decisivo. Titulada “Las negociaciones de la deuda en la Argentina ponen a prueba el capitalismo amigable”, apuntaba directo al corazón imperturbable de Larry Fink, que ponía contra las cuerdas al gobierno argentino. El artículo, que estaba firmado por el periodista estadounidense Peter S. Goodman y el argentino Daniel Politi, tenía como ilustración una foto de un barrio popular de Buenos Aires y un epígrafe nada inocente: “La pobreza crece en Argentina mientras el coronavirus empeora la caída económica”. En su interior, narraba la historia de la pulseada entre los bonistas y el gobierno peronista, ubicaba a Fink como el gran obstáculo para llegar a un acuerdo y le marcaba la contradicción entre su declamado progresismo y su voracidad insensible a la hora de pelear por la suya. Era un costado muy poco conocido del megamillonario, que entonces figuraba como

candidato para ser secretario del Tesoro en el gobierno de Joe Biden y administraba un capital superior a los 7 billones de dólares. En el diario que él mismo leía todas las mañanas, se le facturaba la incoherencia de presentarse como “la vanguardia de una forma progresista del capitalismo” y pelear, al mismo tiempo, en forma despiadada, por un “trato marginalmente mejor”, en una postura que lo enfrentaba al Fondo, a otros pulpos dispuestos a un entendimiento –como Greylock, Gramercy, Humes y Fintech– y a un grupo de economistas destacados que habían firmado la carta de apoyo a la Argentina, desde los premios Nobel Stiglitz y Edmund Phelps hasta Carmen Reinhart, la flamante presidenta del Banco Mundial.

Que la empresa de Fink juegue un papel protagónico al presionar a Argentina contrasta con su campaña por hacer que los negocios impulsen el progreso social.

Hace dos años, Fink escribió una carta abierta a los directores ejecutivos de grandes corporaciones en la que los alentaba a prestar atención a preocupaciones sociales, laborales y medioambientales. “Para prosperar en el tiempo, cada compañía debe mostrar que hace una contribución positiva a la sociedad, además de lograr desempeño financiero”, escribió.

Eso decía la nota, y recordaba que en enero de 2020 Fink había difundido otra carta dirigida a los estadounidenses nucleados en la Business Roundtable, en la que advertía que las empresas que no atendieran el cambio climático sufrirían las consecuencias en el mercado.

La pose del magnate afligido por causas que abrazaban las buenas conciencias chocaba a 200 kilómetros por hora con la batalla del especulador que era capaz de matar por tres centavos de dólar. Una bomba inesperada había estallado en el patio trasero de alguna de sus mansiones. Ese artículo le dolió al gigante. Tanto, que mereció una respuesta, la carta de lectores que el 4 de agosto publicó en The New York Times el director gerente y jefe del grupo de portfolio de BlackRock, J. Richard Kushel, con el objetivo de defender el buen nombre de Fink.

Ese mismo día, sucederían dos o tres hechos propios de una negociación que ya no le servía a nadie postergar y debía llegar a su fin. En Washington, esa

mañana, el board del Fondo Monetario Internacional tendría una reunión que redundaría en un nuevo apoyo a la Argentina. A su término, la subdirectora del Departamento para el Hemisferio Occidental y jefa de la misión del Fondo en Buenos Aires llamaría por teléfono a Chodos, el abogado que ya había ocupado el cargo de director por el Cono Sur durante la gestión Kicillof y era la mano derecha de Guzmán a la hora de negociar.

–Sergio, empieza el receso de verano y Kristalina no quiere irse sin que quede clara la posición del organismo, por las dudas de que pase algo y se defina la negociación en su ausencia.

Poco después, los voceros de Georgieva difundieron un mensaje que llegó hasta Wall Street. El Fondo ratificaba su posición y dejaba flotando una advertencia en línea con el gobierno argentino: la reestructuración de la deuda, en el marco de un programa con el organismo, sería más desventajosa para Fink y sus amigos. Dos aliados históricos, la comunidad financiera de Nueva York y los burócratas de Washington, habían entrado en contradicción de intereses y el caso argentino no hacía más que confirmarlo.

Faltaba muy poco para llegar a un acuerdo, y tan importante como el cierre definitivo era la manera en que se presentaría el entendimiento. La pulseada estaba en torno a los cincuenta centavos de dólar por bono que se comprometía a pagar la Argentina: el peronismo de gobierno se había estirado hasta los cincuenta y tres centavos y los fondos querían llegar a cincuenta y 56.

El viernes por la tarde, Guzmán tomaría contacto con Jennifer O’Neil, la diplomática directora de BlackRock que había reemplazado al belicoso Rodríguez Regordosa por orden de Fink. Hablaron durante una hora y media por videoconferencia, en busca de saldar las diferencias de centavos, que representaban varios millones de dólares en la cuenta final. Quedaban sesenta minutos para las cinco de la tarde, la hora de Nueva York en que cerraban los mercados, y el lunes 3 de agosto era el último día para llegar a un acuerdo.

–No hay más. Se acabó. Vamos a ir a un standstill y volvemos a negociar en ocho meses –dijo Guzmán, en lo que sonó como un punto de inflexión.

Tanto, que el ministro se permitió incluso algo que, dado su estilo de corrección y su lenguaje técnico, resultaba lo más parecido a una chicana.

–¿No era lo que ustedes querían? –preguntó.

Era eso, sí, aunque cuatro meses atrás, lo que habían reclamado los grandes fondos. En el inicio de las negociaciones, los bonistas habían pedido suspender por seis meses los contactos con el argumento de que la pandemia provocaba una incertidumbre financiera extraordinaria, y presionaban para volver a negociar después de ese lapso. Pero entre un momento y otro, los acreedores no habían hecho más que escalar posiciones y ganar márgenes de rentabilidad. La Argentina había cedido bastante más de lo que el propio Fondo había recomendado, cuando fijó en cuarenta y siete centavos de dólar el tope que le otorgaba sustentabilidad al pago de deuda. Wall Street no quería volver a foja cero.

El ministro de Economía se quedó con la sensación de que la delegada de Fink ya sabía que, finalmente, el gobierno había encontrado una base donde hacer pie para no ceder más. Esta vez, la Argentina cumpliría con su palabra.

Apenas cortó la comunicación, Guzmán llamó a Alberto Fernández.

–Presidente, creo que no hay que extender los plazos y cerrar la negociación con los que acepten.

–No extiendas –respondió Fernández desde Olivos.

Como parte de esa jornada interminable, Guzmán había grabado además una entrevista con Página/12 que se publicaría el domingo. Ahí, deslizaría la idea de un cambio de rumbo: frenar las negociaciones a causa de la falta de acercamiento entre las partes y avanzar primero en un acuerdo con el Fondo.

Consideramos que es mejor acordar con la oferta que hicimos que no acordar, pero como no vamos a ofrecer más, si no hay acuerdo sobre esta propuesta, el camino es otro. En ese caso, lo que haríamos es retomar el programa con el Fondo Monetario Internacional pero en las condiciones que necesitamos tener. Eso implicaría que tome más tiempo la reestructuración, pero también daría lugar a una reestructuración más profunda. Son las dos alternativas. Esta oferta, que muestra un gran esfuerzo y cerrar en ese valor, o que la Argentina se mueva más hacia el acuerdo con el FMI y más adelante, dentro de seis u ocho meses aproximadamente, vuelva a hacer un replanteo con los sectores privados.



En esas últimas cuarenta y ocho horas, ya sobre el filo de las negociaciones, el gobierno había conseguido algo que le había costado muchísimo en los cuatro meses previos. Como más tarde diría uno de los negociadores argentinos: “En esos dos días, nuestras amenazas recuperaron la credibilidad”. A esa altura de los acontecimientos, con el peronismo asfixiado por la crisis múltiple, era creíble que Guzmán hubiera decidido hacer caer la reestructuración y dejar de perder energía en un acuerdo inviable. Incluso peor, hasta era verosímil pensar que ese era el objetivo oficial. Para el ministro de Economía, el impacto del golpe a Fink en The New York Times había sido un factor fundamental. “Eso es muy duro para un personaje que es el dueño de la liquidez global”, repetía Guzmán puertas adentro del gobierno. La batalla empezaba a provocar costos en los dos bandos y era necesario encontrar una solución sin más dilaciones.

El lunes 3 de agosto, se reactivaron las negociaciones. El profesor de la Universidad de Columbia sintió que estaba por fin a las puertas de un acuerdo y quiso tener el aval de los dos pilares del gobierno. Ya contaba con el de Fernández para clavarse en 54,8 centavos de dólar por bono y quería también el respaldo de la vicepresidenta. Guzmán fue al departamento de Cristina en Recoleta y mantuvo con ella una charla que, según recuerdan a los dos lados del oficialismo, se extendió durante casi tres horas. CFK lo había apoyado en las instancias decisivas, había participado con Massa y Máximo en la confección de las leyes estratégicas que Economía había mandado al Congreso, y Guzmán, que le reconocía “su compromiso, su fuerza y su inteligencia”, quería que estuviera al tanto de los detalles: que hubiera un acuerdo entre lo que era aceptable para el gobierno y lo que no lo era.

Esa madrugada, Guzmán y Chodos terminarían de cerrar los detalles de un entendimiento que tenía un capítulo económico y un capítulo legal. Después de ocho meses interminables, Fernández tuvo finalmente su primer éxito de gestión.

La Argentina logró reestructurar 66.137 millones de dólares de deuda bajo legislación extranjera y obtuvo una quita que, según los números oficiales, llegaba a 37.000 millones. Era un paso más que importante, dada la disparidad de fuerzas, y le permitía al gobierno zafar de la montaña de deuda de cortísimo plazo que había generado Macri en tiempo récord. La bomba del endeudamiento había sido desactivada y Fernández podía respirar. La urgencia ya no lo gobernaba.

Sin embargo, el acuerdo tenía también su reverso y Guzmán lo sabía antes que

nadie. Era un acuerdo en que las dos partes habían cedido y el gobierno argentino lo había hecho más, dado su objetivo inicial. Como saldo incómodo, no se había podido evitar que el Frente de Todos se comprometiera a pagar alrededor de 2800 millones de dólares durante su mandato, un período de gracia en el que esperaba estar libre de deuda. La Argentina empezaría a pagar sus primeros vencimientos en 2021. Tampoco se había logrado descomprimir por completo el calendario de pagos y, a partir de 2025, las obligaciones se tornarían otra vez de lo más pesadas. Guzmán había conseguido bajar a la mitad la fenomenal carga de intereses que había generado Cambiemos, algo que era su meta principal, pero no había logrado que esa baja se tornara compatible con la tasa de crecimiento que la Argentina preveía para los próximos años. El gobierno se comprometía a cumplir con una tasa de interés del 3% anual y no estaba claro cuándo ni cuánto volvería a crecer la economía: pese a la quita, los intereses de la deuda largaban con ventaja en la nueva carrera en la que, según todo indicaba, iban a incrementar su peso más rápido que el PBI argentino.

A la hora de anunciar el entendimiento con los bonistas, lo que para el gobierno era sin dudas un éxito, Guzmán lo haría sin aire de triunfalismo. “Ningún acuerdo es perfecto y este tampoco lo es. Es un acuerdo, que es mejor que no tener acuerdo”, diría tiempo después. Se había cumplido con el objetivo de resolver un problema, salir del default y dejar atrás la emergencia en materia de pagos de deuda. El otro propósito, la contienda global contra las fuerzas especulativas que habían librado Stiglitz y los académicos que lo apoyaban, había dejado un sabor amargo. El propio Guzmán lo reconocía en privado, a fines del primer año de gobierno. No había demasiados motivos para el optimismo, porque el papel que había jugado el Fondo en la negociación con los bonistas no era fácil de reeditar. El organismo que conducía Georgieva era un actor interesado, tanto en la resolución del conflicto como en el cobro de su propia deuda. Sabían que un mal acuerdo del gobierno con los acreedores iba a complicar después sus propios intereses. Guzmán lo resumiría en pocas palabras: “Cada uno vela por sus intereses. No hay buenos y malos. Es puro interés”.

Como interlocutor predilecto de Georgieva, el ministro de Economía se colocaría también en un lugar especial, no exento de contraindicaciones. En momentos en que los formadores de opinión del Círculo Rojo reclamaban a gritos su renuncia, su llegada preferencial a los burócratas de Washington le allanaría el camino para seguir al frente del ministerio. Guzmán había obtenido el respaldo del Fondo en la pulseada con los acreedores y había logrado también, en el inicio de las tratativas, una licencia que consideraba fundamental: impedir que el

organismo que había sido socio de Macri organizara la negociación con los grandes fondos, como había sucedido en otros casos y como podría haber sucedido en el caso argentino. Georgieva jugaba en línea con Guzmán pero no decidía sobre los términos de la pulseada.

Aunque nadie lo expresara en público, en ese aspecto también había una contracara, según lo que observaban algunos economistas de la heterodoxia que formaban parte del peronismo de gobierno. Por debilidad, convicción o estrategia, Fernández, Guzmán y Chodos habían jugado al límite y habían hecho un peligroso uso del Fondo. Lo habían presentado como la autoridad que permitía o no seguir mejorando la oferta, en un movimiento riesgoso que le devolvía legitimidad al socio de Macri en el programa suicida del déficit cero y el endeudamiento irresponsable. Con ese Fondo que no aceptaba ninguna quita y se había lavado la cara en apenas unos meses, habría que ir a negociar poco después, en el año electoral, la instancia en que el pancristinismo se jugaba en parte su sobrevivencia. El plan económico que se le reclamaba al gobierno contaría con la presión extra del aliado, que era acreedor privilegiado y tenía, al mismo tiempo, la potestad de auditar las cuentas argentinas. La reducción del déficit fiscal, la reforma previsional que achatava la pirámide de las jubilaciones, el recorte de los subsidios que congelaban las tarifas, la suba de las retenciones y el aumento de la presión sobre los monotributistas: todo eso estaba en el recetario de siempre de un organismo que llevaba décadas hablando el lenguaje del ajuste.

## **14. La Campora y la vocaci3n de poder**





Militantes de La Cámpora en la conmemoración del 35° aniversario del golpe de Estado en la Argentina de 1976, el 24 de marzo de 2011.

Se impuso como lo más sólido dentro de un andamiaje de gobierno bastante más frágil de lo que se preveía. La organización que emergió durante el segundo mandato de Cristina Fernández de Kirchner como un relevo obligado por la muerte de Néstor Kirchner y se convirtió en el principal sostén de la entonces presidenta llegó a la costa del gobierno de Alberto Fernández con un camino recorrido, que le sirvió de aval y de sustento. La Cámpora inició su segunda temporada en el Estado mejor posicionada: con la experiencia de haber sobrevivido cuatro años a la ofensiva del macrismo, con una política frentista que implicaba mayor cautela y sin la presión de ser el rostro principal del gobierno. Esa doble ubicación, en la historia larga del kirchnerismo y en el arco de alianzas que dieron origen al Frente de Todos, le permitió crecer con más facilidad desde un distinguido lugar secundario, después de haber demostrado que podía subsistir al margen del poder.

A partir del liderazgo de un Máximo Kirchner que se transformó en actor protagónico del sistema político, la agrupación sumó a su extensión territorial y su presencia en el Estado el activo de un dirigente que pasó a tener un papel central en la mesa de decisiones del gobierno y a abandonar, poco a poco, su extremo perfil bajo. Por debajo del presidente y de la vicepresidenta, Kirchner hijo mostró un crecimiento sorprendente y fue el tercer nombre en importancia para el pancristinismo, pese a no gobernar un territorio propio como Axel Kicillof. Dejó de ser solo el jefe de su agrupación, asumió la conducción del bloque oficialista ampliado en la Cámara de Diputados, trabó un vínculo con parte de la dirigencia opositora, creció como orador, se destacó como voz oficial y obtuvo un nivel de visibilidad hasta entonces impensado. Apenas unos meses le alcanzaron para sepultar de manera fulminante la caricatura que se había trazado de su personaje: como tantas veces, la oposición le había hecho un favor a la familia Kirchner. Su nombre dejó de ser motivo de broma y se transformó en una figura omnipresente dentro y fuera del gobierno: primero por portación de apellido y después por mérito propio. Los que antes ordenaban disparar en su contra hicieron sus mejores esfuerzos por conocerlo y hasta se permitieron elogiarlo. Entre ellos, algunos de los dueños destacados de la Argentina, más interesados por estar cerca del poder que por alimentar las imágenes de consumo fácil que rinden alto en el rating de la polarización.

Junto a Máximo Kirchner, una camada de políticos nacida entre finales de la década de los setenta y mediados de los ochenta ocupó cargos de relevancia en la administración Fernández y maduró también integrando las voces del peronismo



kirchnerista con exposición pública y presencia en los medios. Como parte del legado de su padre, Máximo trabó incluso una relación con políticos destacados del peronismo y el radicalismo que se habían alternado en el poder desde el regreso de la democracia. Algunos ya míticos, lo que todos tienen en común es haberse formado en una escuela que está en las antípodas de las nuevas camadas de dirigentes que son engordadas en el feedlot de los estudios de televisión y chocan después con la cruda realidad de las urnas. Entre esa dirigencia no mediática que cometió una lista interminable de grandes errores y pagó en parte por eso –aunque sigue vigente como integrante del poder–, hay sobrevivientes que también respetan al heredero de los Kirchner.

## La mayoría de edad

La muerte del expresidente en 2010 y la soledad de CFK a partir de entonces llevaron a La Cámpora a ocupar lugares relevantes de manera prematura. Por eso, el macrismo terminó siendo para la agrupación el entrenamiento forzoso que se había salteado y redundó en un respeto mayor para su dirigencia. Una especie de recuperatorio en el que se rindieron las materias adeudadas durante el segundo mandato de Cristina, cuando la agrupación aparecía más asociada a los privilegios del poder que al sacrificio militante. Todo fue parte de un salto que, sin embargo, tuvo sus límites. Producto de la desconfianza, de la convicción o de sus propias limitaciones, Máximo Kirchner se aferró al hermetismo y se mantuvo, de todas maneras, a mitad de camino, entre el rol del dirigente de una organización vertical y la pretensión del político que aspira a revalidar en las urnas su destino de heredero.

Sus discursos se escucharon únicamente en las sesiones del Congreso y en actos como el de diciembre de 2020 en el Estadio Único de La Plata, organizado por Axel Kicillof, su competidor principal en la escalera hacia el futuro. Junto con ese desplazamiento público que se nutrió del discurso político y la interlocución con el poder empresario, hubo otra novedad que tuvo lugar detrás de cámara: el esfuerzo sostenido de La Cámpora para lograr una inscripción beneficiosa en la narrativa de los medios de comunicación. En ese plano, Máximo no solo tuvo línea directa con las señales identificadas con el kirchnerismo. Además, tejió un lazo personal con los dueños de grandes empresas periodísticas, como Daniel Vila, José Luis Manzano o Alberto Pierri, y se preocupó por llegar de alguna manera a entablar un pacto de no agresión con el Grupo Clarín. Como si la política y el poder fueran antes que nada potestad de accionistas, fuera del radio cristinista, el trato de Máximo con los medios se restringió casi siempre a nivel de propietarios, gerentes y directivos. El jefe de La Cámpora se cuida de no arriesgarse al intercambio con periodistas que no sean de su íntima confianza y lealtad, en un movimiento ambiguo: así como extiende la práctica que guio a sus padres en el poder nacional a partir del enfrentamiento con el holding de Héctor Magnetto, contradice la táctica que ellos mismos usaron cuando quisieron acumular poder desde Santa Cruz y se convirtieron en objetores destacados del último Menem.

Es la característica de una fuerza que, hacia afuera, puede ser vista como un monasterio donde solo ingresan los creyentes capaces de hacer su voto de silencio. Ese hermetismo que ordena que nadie hable sin autorización es también parte de su fortaleza y le sirvió para atravesar en forma íntegra los momentos de mayor adversidad. Hacia adelante, sin embargo, esos atributos pueden resultar insuficientes. En un escenario de polarización que siempre se define por la franja del electorado no alineado que va y viene de manera errática, ese rasgo de Máximo y la jefatura camporista puede suponer un techo para la construcción política, un déficit que le quite potencia al proyecto más ambicioso que se amasa entre cuatro paredes. Por qué lo hacen y hasta cuándo piensan mantener esa postura todavía no está claro. Pero en el caso de Máximo el desafío parece mayor porque apuesta a liderar el espacio que hoy responde a Cristina. Junto con el caudal de votos incondicional que cosecharon Néstor y Cristina, el hijo de esa sociedad exitosa en el plano de la política parece haber heredado un temor, producto de una debilidad: la dificultad para explicar el poder económico del grupo familiar, un activo inescindible de una construcción sólida que lleva un cuarto de siglo en los primeros planos de la política.

Suele decirse que Máximo es dueño de características que lo emparentan más con su padre que con su madre. Se lo presenta como más negociador y menos consignista. Sin embargo, también como Néstor, el jefe de la bancada oficialista en Diputados se confiesa afectado por las tapas del viejo matutino fundado por los Noble, una artillería que hace rato tiene la pólvora mojada y lastima al peronismo más con la estructura audiovisual que con las columnas plenas de resentimiento que se destacan en el diario. La diferencia es que Máximo no se queda solo en los disgustos o en los señalamientos del tipo “a vos te mandó Magnetto”. También se empeña en lograr un alto el fuego sobre el camporismo y dispone a sus colaboradores para que tomen contacto con la comandancia del holding en función de lograr un trato entre justo y edulcorado en las distintas plataformas del multimedio. El cambio con respecto a la última etapa de Néstor y Cristina presenta puntos en común entre la estrategia del jefe de La Cámpora y la de su gran socio en el Frente de Todos, Sergio Massa, que edificó su carrera a partir del vínculo con los medios, en un incesante juego de pinzas para promover su campaña permanente: con los periodistas primero y con los dueños después. Con un protagonismo creciente y la perspectiva de heredar el proyecto que nacionalizaron sus padres, Máximo también quiso abrir un canal de interlocución con los editores responsables de un relato situado en las antípodas de la década ganada. Esto le permitió quebrar en parte el enigma que lo rodeaba, desautorizar los retratos superficiales y ganar aire para que su construcción

política siguiera creciendo sin ser el blanco predilecto de los tanques de la comunicación que habían apostado todo, en primer lugar, a la derrota del kirchnerismo y, después, a la aventura de Macri en el poder.

Debido al hermetismo que la distingue, no resulta fácil hacer una radiografía de la organización que cuenta hoy con entre treinta y cinco y cuarenta mil militantes y adherentes en todo el país; por otro lado, ese hermetismo tiene un efecto contraproducente para el camporismo porque, si bien no resiente en lo más mínimo su base electoral, habilita los relatos de la oposición que se venden como pan caliente entre la sensibilidad que aborrece todo tipo de populismo. En la cúpula de La Cámpora explican esa desconfianza como producto de que el espacio fue “estigmatizado, perseguido y subestimado” desde su origen. Sea el huevo o la gallina, el resultado es el impedimento tanto para eludir imágenes cristalizadas en el sentido común como para entender a un actor central de la política y el poder en la Argentina. Un manantial inagotable que nace de la cantera de Cristina, una pira a que todo lo devora o una maleza que brota debajo de las piedras, las descripciones de sus fieles y de sus detractores coinciden en un punto: aun en un mundo de carencias, La Cámpora continúa su expansión, aunque no siempre de la misma manera.

Con el cambio de década, el aumento de la pobreza y la crisis permanente, ese permanente escalar posiciones vino acompañado con un esfuerzo sostenido por mostrar otro tipo de modales en un contexto bastante más adverso, con un poder fragmentado y múltiples restricciones. Cuatro años en el llano y largos meses en la marginalidad del sistema político que viraba hacia Macri llevaron a la agrupación a sacar conclusiones inéditas, en línea con una Cristina reseataada que se abría para volver. Si bien el desierto de los años amarillos había quedado atrás, ya no había espacio para retomar la épica del último cristinismo. La pérdida del poder como resultado de una seguidilla de errores que dejaron a la expresidenta sin aliados, la hipoteca de la deuda, la recesión sin fecha de vencimiento, todo eso había obligado a la comandancia de La Cámpora a dejar atrás su infancia política, la del kirchnerismo sin Kirchner, y asumir también la mayoría de edad en cuanto a sus aspiraciones de poder. Ya no cabía seguir sobreactuando los triunfos y omitiendo las derrotas, esa costumbre que hizo taquillero al Frente para la Victoria.

La Cámpora volvió al poder más grande. Con sus jefes en edades más avanzadas, con incidencia en áreas decisivas y con el crédito de ser reconocida como un actor político de peso hasta por sus detractores. Pero en el nuevo

contexto carecía del margen necesario para la audacia y el despliegue de otros tiempos. La escasez y la unidad más amplia la llevaron a reconfigurarse. En esas condiciones, durante el primer año de Fernández como presidente, la agrupación puso en práctica un manual no explicitado hacia afuera, aunque conocido por todos sus dirigentes. Surgía de una definición en la que el camporismo se asumía como una parte de un todo más heterogéneo, la alianza pancristinista, y tenía como consecuencia una posición expectante con respecto a la gestión del gobierno.

Desde su puesto de secretario general de la organización, Andrés “Cuervo” Larroque es uno de los autorizados a hablar en nombre de una agrupación que se extiende de sur a norte, pero restringe como pocas su mensaje público. Con un cierre centralizado de máxima seguridad, la mayor parte de los líderes de La Cándora, incluso los que tienen un proyecto territorial y una construcción propia, precisan la autorización del director general de Comunicación del Senado y vocero de la agrupación, Hernán Reibel Maier, para hablar ante la prensa.

En una entrevista que le hice para elDiarioAR, a fines de enero de 2021, Larroque se encargó de definir el lugar de La Cándora en el andamiaje oficial. Afirmó que la agrupación tenía un doble vínculo, porque era parte del espacio de Cristina dentro del Frente de Todos, pero al mismo tiempo tenía su particularidad en el mosaico cristinista. Traducido, La Cándora se distinguía dentro de la coalición panperonista y aparecía como reverso del territorio simbólico que ocupaban los gobernadores del PJ, los intendentes del conurbano y el sindicalismo cegetista que había avalado la destrucción del salario real durante el gobierno de Macri. Pero tampoco era lo mismo que el Instituto Patria ni que la dirigencia silvestre que se identificaba con la expresidenta y transpiraba nostalgia, despreocupada de la construcción de poder, aquí y ahora.

## La expansión permanente

Nacida en vida de Kirchner como la identidad que reunía a los hijos del poder, voraces y consentidos, la derrota de 2015 y la intemperie que sobrevino la obligaron a mutar hacia una política de mayor cautela con el objetivo de no dañar la coalición oficialista ni delatar una ambición desmedida. Todos esos años, decía Larroque, les habían servido para hacer un aprendizaje propio y para relacionarse de una manera distinta con otros actores, dentro y fuera del peronismo. Incómodos con la palabra “madurar”, decían que la experiencia había sido útil para “evolucionar”. Hacia dónde era materia de interpretación y debate, más afuera que adentro de la organización. Pero había algo que parecía nítido: desde el minuto cero del nuevo gobierno, se buscaba hacer el mayor esfuerzo para evitar que los acusaran de atentar contra el Frente de Todos y favorecer una ruptura prematura. Reverso de un pasado en el que primaba la ansiedad, el criterio para la nueva etapa era ejercitar la paciencia para no tomar decisiones precipitadas ni reaccionar en caliente. Esa también había sido una enseñanza de la derrota: entender lo complejo y lo diverso del espacio en busca de aplicar un antídoto contra el divisionismo y las posiciones, a priori, irreconciliables.

Ese límite autoimpuesto no impidió dos constantes que se repitieron en 2020: que el resto de las organizaciones que integran el arco oficialista la siguieran viendo igual de voraz y que, ante cada funcionario que cae, surja enseguida un nombre de La Cámpora como potencial reemplazante.

Como ejemplo por demás gráfico, sobre el final del año de la pandemia, Máximo Kirchner decidió ir en busca de la conducción del PJ bonaerense, en medio de un escenario social y sanitario que continuaba siendo de lo más sensible. Pese a que en la inmensidad del conurbano estaba la fortaleza inexpugnable de CFK, el desembarco de su hijo no dejaba de ser una curiosidad en un mapa donde los intendentes del PJ todavía miraban con recelo a La Cámpora y aún aludían a sus dirigentes bajo el mote de “los pibitos”. Quince años después de que Néstor Kirchner enfrentara a Eduardo Duhalde en un acto que alteró por completo el mapa de poder del peronismo nacional y casi cuatro años después de que Cristina rompiera con el partido para ir a competir con la camiseta de Unidad

Ciudadana, el jefe del bloque oficialista en Diputados se propuso conducir el sello del PJ, cobrar las regalías de la herencia y dejar de ser el líder de La Cámpora para ser algo bastante más grande en el centro neurálgico del país unitario. Puso su jefatura como prioridad en el territorio madre de todas las batallas y se fijó el objetivo de quedar al frente del partido con el impulso de intendentes aliados como Martín Insaurrealde –que sobreact an lealtad para redimirse de sus habituales zigzagueos– y la venia de rivales históricos como Juan Zabaleta y Gabriel Katopodis, dos de los que habían arriesgado sus acciones municipales en la aventura electoral de Florencio Randazzo, guiados por el espanto que les causaba el cristinismo endogámico. Máximo chocó con la débil negativa de un grupo de intendentes que masticaba bronca en privado y que Fernando Gray se proponía liderar, pero avanzó sin mayores dificultades. Si esa jugada podía representar costos para el objetivo de un peronismo unido y debilitaba la fortaleza electoral del Frente de Todos era algo que solo podría saberse a la hora de contar los votos en los siguientes comicios legislativos. A nivel de la dirigencia, Máximo volvía a beneficiarse con su apellido y su título de heredero más que con su capacidad política. Contaba además con el apoyo explícito de Fernández, que hasta condicionó su candidatura a jefe del PJ nacional a la exigencia de que los intendentes apoyaran al hijo de Cristina.

Desde La Cámpora, se sostenía que el objetivo de Kirchner era parte de una estrategia general que apuntaba a promover dirigentes del sector en las provincias: un movimiento que, según la voz oficial, pretendía diluir a la agrupación en el espacio más amplio del peronismo. Según sus rivales internos, en cambio, la movida iba dirigida a conducir el PJ en todo el país –meta ambiciosa a m s no poder– a partir de un propósito de corto plazo, el armado de listas para el año legislativo. En una nota de análisis para elDiarioAR, el periodista Pablo Ibañez inscribió la estrategia de Máximo en la historia del kirchnerismo y marcó que la mudanza definitiva de Santa Cruz a Buenos Aires replicaba el movimiento de su padre, para quien no había proyecto nacional posible sin el control del Gran Buenos Aires y sin dominio del PJ. Pero, según Ibañez, Máximo lo hacía de un modo distinto, más propio de los inicios del camporismo que de la versión madura del Frente de Todos:

Kirchner, en 2008, luego de cinco años de intervención judicial normalizó el partido pero antes hizo una costura que ensanchó al peronismo: arrop  a Roberto Lavagna, que en 2007 había enfrentado a Cristina en la presidencial, se

reconcilió con protoduhaldistas y jefes territoriales de pasado silvestre o menemista como José Manuel de la Sota, Rubén Marín y Juan Carlos Romero y trabajó con Juan Carlos “Chueco” Mazzón como operador multitasking, para ser el jefe de un peronismo ampliado que luego se rompió con la 125. Pero trató de ser el jefe de todo el peronismo. Máximo avanzó con menos cintura: su ingreso arrebatado, que puede requerir la renuncia masiva de autoridades y una elección prematura, generó heridas y malestares y podría tener derivaciones judiciales. Busca ser Néstor pero usa los modos de Cristina.

Así, la pelea por el PJ bonaerense parece ser, hasta ahora, el movimiento más cuestionado de Máximo.

Jefe indiscutido de la criatura que parieron los Kirchner, Máximo consolidó una cúpula en la que se destacan, además de Larroque, Eduardo “Wado” de Pedro, Facundo Tignanelli, Mayra Mendoza, Mariano Recalde, Luana Volnovich y Rodrigo “Rodra” Rodríguez. Muchos son padres fundadores y encarnan la primera línea de una organización que no reconoce fronteras y amenaza con incorporar o deglutir a los que adoptan una actitud pasiva.

En ese esquema de fricción inevitable, hay algo que le reconocen a la dirigencia camporista tanto en el Frente de Todos como en la oposición: plantea sus posturas con claridad y sostiene su palabra, algo que no todos suelen hacer. Es un diferencial que la distingue de jefes comunales considerados “menemistas” en sus formas, que oscilan según su conveniencia y acostumbran tener un discurso público y otro privado. Históricos competidores que exhiben desde siempre discrepancias con La Cábora, los jefes del Movimiento Evita valoran de Máximo y de su entorno esa virtud. La organización social que dirigen Emilio Pérsico y Fernando “Chino” Navarro es la única que cuenta con un desarrollo comparable al del camporismo, con un poder territorial más extendido pero sin la preeminencia de La Cábora en los casilleros estratégicos del Estado.

El equilibrio es delicado porque ese crecimiento no puede conspirar contra la meta de unidad que se considera prioritaria puertas adentro. En eso coinciden con el resto de las corrientes internas que integran la alianza pancristinista: saben que a nadie, salvo a la oposición, le conviene una ruptura.

Pese a lo poco que se conoce fuera de las paredes de la membrecía y la



militancia, por más de una razón, el camporismo es una rara avis en el contexto de las identidades líquidas y las redes sociales. Reúne lo que pocos: militancia, conducción vertical, organización, disciplina, presencia territorial, mística, diálogo creciente con el poder real y, lo que consideran un activo fundamental, conocimiento del Estado.

Máximo no solo ordena a su propia fuerza sino que además es capaz de llamar a dirigentes de otras agrupaciones para que disciplinen a los suyos ante algún cruce de segundas líneas. “Esos son tuyos, fijate”, es uno de los mensajes que se le adjudican en la alianza de gobierno.

La agrupación trabaja por un horizonte a diez años, pero construye poder minuto a minuto. Cuenta con el ministro del Interior como lazo con los gobernadores y las provincias, conduce el PAMI a través de Volnovich y la Anses con Fernanda Raverta, tiene presencia en Desarrollo Social con la secretaria de Inclusión Social Laura Alonso y pesa en YPF por medio de Santiago “Patucho” Álvarez, Desiré Cano y Santiago Carreras. Ahí asoma otra diferencia importante: la organización que se potenció a partir de 2010 se preocupa de manera especial por formar funcionarios para ocupar lugares en la gestión y les pide que se especialicen en temas estratégicos, incluso bastante antes de que sean designados en puestos de visibilidad. Se busca, según repiten, formar políticos profesionales.

Sin embargo, el Ejecutivo no es el único ámbito donde se advierte la presencia de la agrupación. Su peso se percibe con claridad en Diputados y viene aumentando en el Senado, como lo muestra el rol de Recalde, Anabel Fernández Sagasti, Matías Rodríguez y Martín Doñate. Pero, además, se replica en las legislaturas provinciales y se extiende en las universidades, los colegios secundarios y los barrios populares. El mundo del trabajo, donde pesa el sindicalismo peronista, es la zona donde más le cuesta hacer pie: o la organización de los asalariados no figura entre sus propósitos o se trata de un déficit sintomático. Tan cierto como que el peso de la actividad industrial y la clase obrera aparece en retroceso desde hace décadas es que el primer kirchnerismo parió generaciones enteras de nuevos trabajadores que vivieron el auge del consumo, se sindicalizaron y se incorporaron a la política gremial en gran medida bajo la conducción de la ortodoxia cegetista. De ese universo, que en algún momento pretendió liderar Facundo Moyano con la creación de la Juventud Sindical, también se sabe poco, pero algo parece fuera de duda: no es ahí donde crece La Cámpora.

## Las generaciones

Junto con la actuación pública de una generación que se formó por impulso de Néstor Kirchner y se crio bajo la protección de Cristina, hay una mutación interna de la que también se conoce poco. 2015 fue el año bisagra que marcó, para muchos, un antes y un después. La derrota, el llano, las diferencias y la ofensiva del macrismo para reducir al kirchnerismo a una experiencia delictiva llevaron a un proceso de decantación. “Se fueron los que no estaban convencidos”, me dijo un funcionario que se sumó a la organización en sus inicios y valora ese período como parte de un aprendizaje forzoso y necesario. Algunos que tenían chofer a disposición regresaron a sus puestos de empleados en el Estado y volvieron a tomarse dos colectivos. Al retornar a sus antiguos lugares, otros advirtieron la mala imagen –por usar un eufemismo generoso– que habían dejado en los trabajadores unos cuantos camporistas que, de la noche a la mañana, aparecieron en posiciones de mando que no supieron ejercer con criterio político. Sobran anécdotas para ilustrar la soberbia de recién llegados al mundo de la política que maltrataban a empleados rasos amparados en su condición de delegados de la jefa del movimiento popular. En ese tipo de rasgos encarnaron el rencor de sectores de la clase media y la caricatura que difundieron las empresas de comunicación que apostaron todas sus fichas a que un espécimen como Macri podía sacar a la Argentina del estancamiento. “Teníamos mucho poder, no estábamos preparados y muchos laburantes quedaron resentidos. No sabíamos cómo conducir”, se sinceró un veterano con el que hablé con el cuidado que exigen la política, en general, y La Cámpora, en particular. En aquella entrevista para elDiarioAR, Larroque explicó a su manera parte de esa transformación vertiginosa y obligada:

Con Néstor en vida, había una idea de preparar un esquema de cuadros a diez años y la muerte de Néstor precipitó todo. Cristina decidió rodearse de personas de confianza y entendió que nosotros cumplíamos esos requisitos. Fue un proceso de trasvasamiento que se dio de manera más acelerada de lo previsto. Teníamos diez años menos que ahora y eso puede jugar, pero pienso que el saldo fue positivo.

Las dificultades, las contradicciones y la crisis económica no impidieron que, a diez años de su nacimiento, la agrupación haya experimentado un desarrollo notable. Los que se incorporaron a la función pública con 30 años hoy tienen 40, y la distancia generacional con los más jóvenes que se siguen sumando es inevitable. Aunque de manera oficial se prefiera hablar de una armonía y negar ese desfase, el propio Larroque lo reconoce en parte, y entre la militancia están quienes advierten ese choque entre la responsabilidad de gestión y la mística juvenil que envolvía a la organización en su origen y sigue impregnando al piberío.

Con un lenguaje inclusivo que también es parte de la transformación de los últimos años y se advierte incluso en los discursos de Máximo, Larroque identifica cuatro generaciones: la de los fundadores que hoy están arriba de los 40 años, una segunda que tiene lugares de responsabilidad muy importantes y oscila en los 35 años, una tercera formada por los pibes y las pibas que andan por los 25 años y una cuarta integrada por los compañeros y compañeras que están en el secundario. El intercambio entre las distintas camadas, cada una con su rol y su especificidad, se tornó más complicado que de costumbre durante el año de la pandemia para una organización que sigue apostando a la “construcción militante, territorial y colectiva”. Solo en algunos momentos se pudo advertir con nitidez la línea que une de punta a punta a la agrupación, como en los procesos que terminaron con la aprobación del aborto legal, el impuesto a la riqueza o la ley sobre manejo del fuego. En el día a día, sin embargo, el Estado suele absorber casi por completo a muchos funcionarios y no les deja tiempo para conducir con claridad a una base que se expande a lo largo de todo el país. Para algunos se trata de una dificultad notable, un desafío político propio del crecimiento al que hay que prestarle especial atención. Para otros, en cambio, el tema es casi inexistente y ese principio de divorcio en realidad se reduce a los días de cuarentena. Finalmente, están los que piensan que La Cámpora es una agrupación en constante construcción, moldeada no solo por sus líderes sino también por las circunstancias.

El distanciamiento social impidió los plenarios, las reuniones, los viajes y las visitas que los líderes de la agrupación hacían en forma permanente a las unidades básicas. “El brazo militante del Estado” tuvo que llegar por lo general a través de las redes sociales, vía Zoom, Instagram o WhatsApp, aunque también se organizaron ollas populares en el peor momento de la pandemia y hubo

presencia en los comedores barriales. Volcados como nadie a la tarea de gobierno, cerca de Kirchner y De Pedro sostienen de todas maneras que se ocuparon del vínculo con la juventud y participaron de encuentros físicos y virtuales en los meses del encierro. En palabras de Larroque,

tener un vínculo permanente o de interacción con los compañeros y compañeras es algo que necesitamos casi en términos psicofísicos: nos oxigena, nos da fuerza y nos permite observar si estamos cometiendo algún error. Muchas veces en una reunión, mirando los gestos de los compañeros y las compañeras, uno va advirtiendo qué va bien y qué va mal, más allá de lo que se pueda argumentar.

Algo parece claro: lo que en los comienzos era una agrupación de iniciación hoy es una plataforma de gobierno, y no es fácil atender la demanda desde abajo para los viejos dirigentes que hoy se ven consumidos por la gestión cotidiana en un contexto inesperado.

## La defensa del sistema

En el primer año del Frente de Todos, ese cambio de escenario forzado por la pandemia convivió con criterios que se mantuvieron inalterables. La Cámpora se nutrió desde su origen de militantes que, como parte del activismo antimenedista, fueron protagonistas del ciclo que termin  en el estallido de 2001; crecieron con la crisis de representatividad y el “que se vayan todos”, pero encontraron rápido un cauce en el proceso que lider  Kirchner padre y se sumaron a la política institucional con la consigna de no reeditar aquel abismo al que la Argentina no podía regresar. Sesgados por la defensa irrestricta de sus propios intereses, la oposición más dura y una parte del establishment se cansaron de presentarlos como una desviación hacia los extremos sin advertir que la nueva generación kirchnerista continuaba la tarea que había iniciado Néstor sobre los escombros del sistema de partidos, cuando le inyectó a la política que agonizaba una dosis altísima de legitimidad y en tiempo récord. Guiados por ese mismo criterio, los jefes de La Cámpora trabajan contra “el peligro de la antipolítica” y se proponen la defensa y el fortalecimiento del sistema político. Son más un dique de contención que una amenaza. Elocuente, el desplazamiento hacia el centro de la agrupación de Máximo incluye una apuesta de mediano plazo y se advierte con notable claridad en la alianza con Massa, aquel rival encarnizado que tuvieron a partir de 2013. El hijo de la vicepresidenta y el fundador del Frente Renovador sostienen un acuerdo que trasciende las paredes del Congreso y le permite a Kirchner abrir un canal de negociación con el poder económico que juega asociado a Massa desde hace por lo menos una década. Se trata de un bloque empresario con intereses permanentes: dueños de medios; pulpos del sector energético como Marcelo Mindlin, la familia Bulgheroni y Manzano; actores del sistema financiero como el fallecido Jorge Brito y hasta fondos de inversión extranjeros como el que lidera el doble agente mexicano David Martínez, socio de los Brito en la generadora eólica Genneia y de Magonetto en la gran Telecom.

La Cámpora se para como punto intermedio entre las máximas que marcaron el período de CFK como presidenta y los axiomas del emprendimiento independiente que llevó adelante Massa cuando se propuso insinuar su propia alianza de clases, entre la aristocracia obrera –unos tres millones de personas, en

2013— que maldecía al Frente para la Victoria por el pago de Ganancias, los sectores afectados por la violencia urbana y una facción del Círculo Rojo que aparecía en disponibilidad. Así, la comandancia camporista parece haber trascendido su propaganda inicial: ya no se aferra a las consignas de “los pibes para la liberación” y “los soldados de Cristina”, sino que aparece como su continuadora, la pretendida síntesis histórica de todos los kirchnerismos. De fondo, algunos camporistas imaginan una alternancia posible a mediano plazo entre lo que Máximo y Massa expresan dentro del subsistema de partidos que es el peronismo. En este punto, adaptan la tesis de Néstor que sugería una centroizquierda y una centroderecha para una especie de pacto interior que le permitiría al panperonismo presentar distintas ofertas, sin el costo de la jibarización entre facciones. En esa maqueta de futuro, Máximo es el candidato natural que, según todos suponen, buscará en algún momento su propia oportunidad.

De todos modos, reparar solo en el trabajo de adaptación en relación al establishment que hace la organización puede llevar a subestimar su construcción política y minimizar sus fortalezas. En paralelo con ese corrimiento que le permite desde hace un tiempo sentarse en la mesa del poder real, La Cámpora también ejercita su músculo para seguir sumando sectores que construyen en otra dirección. Eso explica que se haya consolidado como el único actor que se mantiene en pie de todo el mosaico de organizaciones que llenaba hace unos años el álbum de sellos del kirchnerismo. Unidos y Organizados, Kolina, Nuevo Encuentro y tantos otros agrupamientos pasaron a la historia, se diluyeron o sufrieron escisiones que se sumaron al camporismo. Kirchner hijo edificó en los últimos tiempos un vínculo con parte del feminismo, con los movimientos ambientalistas y con dirigentes de agrupaciones sociales como Juan Grabois de la CTEP o Federico Fagioli de La Dignidad. Además, mantuvo bajo su órbita al transversal Itai Hagman y se esfuerza por sostener una relación con la legisladora porteña Ofelia Fernández. Ese trabajo de contención no está exento de contradicciones y dificultades; al contrario, se basa en la incomodidad que generan las posiciones de los que se mueven en la frontera de lo permitido por La Cámpora. Es el intento, dicen, de nutrirse de otras fuerzas para evitar que la política se convierta en una profesión endogámica que replique los modos de una casta. Dentro de los grupos que forman parte del gobierno, solo Barrios de Pie se mantiene por fuera de la égida de La Cámpora, aunque conserva con su dirigencia un diálogo constante.

El esfuerzo por tender un lazo con las organizaciones sociales tampoco impide

que la agrupación quede enfrentada a los sectores más perjudicados por la ola de marginalidad que se viene propagando en los últimos años. Después de un largo período de negociaciones que no resolvieron el problema, el desalojo con represión a las familias que ocupaban un predio de 100 hectáreas en Guernica encontró a Kicillof, Larroque y Sergio Berni unidos detrás de un criterio que, de haber estado en la oposición, habrían denunciado sin dudas, sobre todo los dos primeros. Fue en octubre de 2020, cuando el secretario general de La Cámpora eligió ponerse en la vereda de enfrente de un ejército de necesitados que acumulaba dos meses de supervivencia a la intemperie, y eligió denunciar a los sectores de izquierda que eran parte de la toma pero de ninguna manera representaban a la mayor parte de los desesperados. En esa población abundaban, por el contrario, votantes históricos y naturales del peronismo kirchnerista.

Kicillof y Larroque actuaron forzados por la justicia, los intendentes del Frente de Todos y la presión de los medios que nacionalizaron el conflicto con lógica policial. El Estado municipal y el provincial no habían previsto la ocupación, habían llegado tarde para impedirla y querían actuar de manera ejemplificadora para que no se propagaran las tomas. Guernica mostraba tanto la escasez de reflejos del gobierno como la profundidad de una crisis que expulsaba hacia los márgenes a una porción creciente de las mujeres, hombres y niños que habitaban el Gran Buenos Aires. Las cifras de desocupación, pobreza y desigualdad en ascenso no podían desligarse del cuadro que proyectaba ese gran descampado a cielo abierto, pero el cristinismo decidió adoptar una costumbre que no figuraba en su manual de campaña: ubicar a los desesperados en la esfera del delito. Como líder y fundador de La Cámpora, Larroque quedó atrapado en ese callejón sin salida y resolvió, finalmente, de una forma que solo delataba la impotencia de la política para regular el desarrollo inmobiliario guiado por la lógica del mercado.

Otra vez, nada es lineal. Esa amplitud a nivel de la superestructura no impide que el camporismo tenga dificultades para crecer en el ámbito territorial pese a su poder político y su potestad para construir desde la estructura del Estado. La excepción de Mayra Mendoza,  nica intendenta que logró imponerse en el conurbano con la camiseta de La Cámpora, muestra un déficit que la militancia atribuye a una serie de características. Demonizada por los medios, víctima de su falta de humildad o "mal vendida", como sostienen algunos cuadros intermedios, la organización apuesta muchas veces a armar un espacio más amplio para licuar el peso negativo que tiene su nombre entre la clase media del interior y los

grandes conglomerados urbanos.

Hasta hoy al menos, le cuesta imponerse entre los no convencidos que la siguen viendo, en el mejor de los casos, como parte de una estructura cerrada y lejana. Junto con lo territorial, está pendiente la relación con el electorado que queda más allá del alto piso de adhesiones que conserva el cristinismo, una base envidiable que, sin embargo, no alcanza para ganar elecciones. Ese es uno de los principales desafíos para el proyecto mayor que amasan sus dirigentes todos los días: ser ellos, alguna vez, la conducción del panperonismo y la cara principal del gobierno.



# **Epílogo**

**El peronismo que sufre el poder**





El 10 de diciembre de 2020, en el día internacional de los derechos humanos, Alberto Fernández y Cristina Fernández de Kirchner encabezan un acto en el Espacio para la Memoria (ex Esma).

Las circunstancias explican mucho, pero no todo. Cristina Fernández de Kirchner sabía que gobernar después de Mauricio Macri iba a ser una experiencia traumática. Por eso, no solo buscó un socio para ampliar las fronteras de su poder, sino también un político que estuviera dispuesto a hacerse cargo de la bomba de tiempo que había dejado activada el primer empresario en llegar a la Casa Rosada por la vía de las urnas. Difícil que Alberto Fernández se olvide de aquella conversación con Felipe Solá, a fines de 2018, cuando la entonces senadora le preguntó al exgobernador para qué quería ser presidente con el “quilombo” que había. Después de una década fuera de los primeros planos de la política, Fernández tenía lo que uno de sus íntimos amigos, hoy embajador argentino en el exterior, definió una tarde en Buenos Aires como “el grado de locura necesario” para ponerse al frente de lo que venía.

Acostumbrado a moverse en las sombras como operador todoterreno, el exjefe de Gabinete se puso el traje de candidato y durante la campaña ejecutó sin mayores dificultades la partitura que había formulado Cristina. Enseguida, dio muestras de su capacidad de resiliencia. Como si nunca hubiera dejado de entrenar para asumir el poder, sorprendió incluso a parte de un entorno que lo creía fuera de estado, se adaptó en tiempo récord a la adrenalina que le provocaban la negociación con los factores de poder y la adhesión de una mayoría social que ansiaba con nostalgia el regreso al tiempo de las vacas gordas.

Sin embargo, a la hora de gobernar una crisis muy profunda, todo resultó bastante peor. Pese a que surgió de un triunfo electoral mucho más amplio que el de Macri, el gobierno peronista no encontró las facilidades que tuvo el egresado del Newman para presentar la ficción de una nueva etapa en la que sus contrincantes quedaban rápidamente reducidos al pasado y a la marginalidad política. Con el derrumbe de la galaxia de medios que había creado el último cristinismo y la militancia entusiasta de las grandes empresas de comunicación a favor de Macri, Cambiemos comenzó su gobierno con un aire refundacional que, aunque tuviera mucho de ficticio, le permitió avanzar con sus objetivos y tomar medidas hasta muy poco antes impensadas, como la violenta transferencia de ingresos a favor de un grupo de grandes concesionarios que significó el tarifazo en los servicios. Los Fernández no contaron con ese beneficio y chocaron de entrada con una correlación de fuerzas de lo más ajustada. Al Frente de Todos lo recibió intacta una artillería que no dio ni un paso atrás: la estructura de medios que había promovido las bondades del reformismo permanente, los tribunales

federales que habían ejecutado un festival de prisiones preventivas y una parte de la sociedad que, pese al fracaso ruidoso del experimento Macri, seguía firme en su convicción antiperonista. Ese dispositivo ubicó al nuevo presidente más como una extensión del último cristinismo que como el nombre de una experiencia distinta o fundacional. Lejos de cualquier autocrítica, los factores de poder que apostaron a la aventura de Macri admitieron, en el mejor de los casos, haber errado con el instrumento, pero siguieron aferrados a los axiomas de la Argentina meritocrática alineada con Trump y se mantuvieron desafiantes, con el objetivo tan audaz como temerario de quebrar la alianza entre AF y CFK. Ese frente social-empresario que tiene bien claro lo que no quiere ejerció un poder de veto elocuente durante el primer año del Frente de Todos en el gobierno y le marcó límites en el plano económico, en el terreno de los medios, en la batalla judicial, en la Cámara de Diputados y en la calle.

Eso no era todo. Había que sumarle la deuda, la crisis y, también, el covid-19. Nadie esperaba que la pandemia más letal del último siglo se expandiera alrededor del planeta y le sumara a la Argentina sobreendeudada otro trastorno que hundiría todavía más la actividad económica, prolongaría la recesión y elevaría hasta niveles desconocidos los índices de pobreza, indigencia y desocupación. Pero pasó.

Frente a ese cuadro, el presidente tuvo una primera reacción que lo puso por encima de la polarización y le permitió disfrutar un minuto de gloria que duró dos o tres meses, en un juego para el que colaboró de manera especial Horacio Rodríguez Larreta, incansable gestor de sus propios objetivos. Con un costo sanitario, económico y político inconmensurable, la irrupción del coronavirus le sirvió a Fernández para despabilarse y salir de un modo inicial de gobierno que se distinguía poco de la campaña electoral. Fueron unos primeros meses, de diciembre a marzo, en los que la gestión del Frente de Todos parecía estar reducida a las buenas artes que fuera capaz de desplegar Martín Guzmán: las tratativas para reestructurar la deuda, la Ley de Solidaridad Social y Reactivación Productiva que apuntaba a reducir el déficit fiscal, el congelamiento de tarifas y alquileres, el freno a los desalojos y la declaración de emergencia ocupacional con doble indemnización. Mientras Guzmán ejecutaba un operativo de urgencia para tranquilizar la economía, Alberto se mostró muchas veces despreocupado, en charlas distendidas con periodistas, con el país bailando sobre la cubierta del Titanic.

Así fueron los primeros cien días de gobierno.

## El imperativo de centro

Fernández ganó las elecciones como candidato de CFK con la promesa de ir hacia el centro y tender puentes con sectores que se habían enemistado en muy malos términos con la vicepresidenta electa. Aunque intentó hacerlo, de manera intermitente y errática, se topó con dificultades elocuentes. La pesada herencia no se restringía al endeudamiento demencial de Macri sino que incluía a la misma oposición que había enfrentado a Cristina y se orquestaba a partir del eje Juntos por el Cambio-tribunales federales-medios. Por eso, gran parte de los conflictos que marcaron el final del ciclo de Cristina se repitió con Alberto como inquilino de la Casa Rosada. Más allá de que el presidente pretendía una relación armónica con las grandes empresas periodísticas que lo habían elevado durante su década de opositor, el choque se reeditó, igual que con la casta de Comodoro Py y la Corte Suprema.

Por lo demás, el centro y el consenso –que tanta adhesión generaban entre los grandes empresarios, una parte de la clase política y los intelectuales de la moderación– ganaban siempre la mejor prensa, aunque tenían bastante de lobo con piel de cordero. El sueño de una Argentina donde los conflictos se saldaran en armonía contradecía una historia de durísima confrontación en torno a intereses irreconciliables y buscaba disimular el pliego de condiciones que los dueños del país presentaban, gobierno tras gobierno, para que la política firmara a libro cerrado. Si la polarización es el reverso del empate tenso que impide tanto consolidar un proyecto político como sacar a la Argentina del vaivén estancamiento/caída libre que ya lleva casi una década, el imperativo de centro aparece como la falsa salida que funciona como coartada, es siempre idéntica y pretende conciliar un imposible: el apoyo político y social para un programa de ajuste envasado bajo la etiqueta de reformas estructurales. Detrás del llamado a un gran acuerdo nacional volvieron a circular las consignas de siempre: achicar el déficit fiscal con recortes profundos que, sin embargo, no deben afectar a los dueños de la Argentina; reducir los impuestos al capital privado, brindar una lista infinita de garantías para liberar la inversión y apostar a un derrame con sinónimo acorde a tiempos de consenso. Esa campaña permanente que nacía de las usinas de la más pura ortodoxia económica tenía una traducción difusa al idioma de la ciencia política, que le servía para amplificarse en un lenguaje cuya

virtud consistía en eludir la división entre ganadores y perdedores. Por qué el consenso proempresario no había funcionado durante la aventura del macrismo, que en ese plano hizo todo lo que le demandaban, y por qué solo había florecido la especulación financiera eran preguntas cuyas respuestas quedarían pendientes para cuando la oposición tuviera la oportunidad de volver a gobernar. Después de la debacle de la pandemia, cuando tocó el piso de 9,5% del PBI, la tasa de inversión se estacionó según Morgan Stanley en torno al 12%, un número que está apenas por debajo del promedio de los últimos años. Macri no había alterado ese número de manera significativa. La lluvia de inversiones no había mojado la tierra del macrismo y el festival de deuda había venido de la mano de corrientes especulativas que se dedicaron a timbear en la Argentina durante los dos primeros años del PRO en el gobierno para irse de un día para otro gracias a la ausencia de cualquier tipo de controles y con un fuerte impacto en la estabilidad económica.

El dogma del ajuste revestido del imperativo de centro era el camino que se le proponía recorrer a Fernández, en un ejercicio que por supuesto lo obligaba a romper su alianza con Cristina y serruchar la rama que lo sostenía. Mientras el presidente pretendía ir en otra dirección sin saber cómo, CFK aguardaba en boxes con un programa similar al que había marcado el final de su gestión económica y había terminado en la derrota electoral de 2015. Las circunstancias, no obstante, eran distintas. El endeudamiento, la presión del Fondo Monetario Internacional y la debacle de los ingresos que se prolongaría con la pandemia dificultaban como nunca la sintonía fina que se demandaba. Después de tres años de caída estrepitosa en el salario real, había motivos fundados y adicionales para preservar a la población asalariada de un nuevo golpe en el poder adquisitivo por la vía de un aumento de tarifas como el que requerían la reducción de subsidios y el acuerdo con el Fondo.

El imperativo de centro chocaba en el terreno de la práctica con el continente de heridos que había fabricado la crisis y con la realidad de una polarización alimentada desde las mismas usinas que reclamaban la moderación ajena. Pura paradoja, esa mezcla de voracidad y ansiedad que demostraban las élites, en especial un grupo reducido de dueños que lideran el poder económico, contrastaba con la paciencia de los sectores más perjudicados por la crisis y la caída del poder adquisitivo. Pasó el tiempo y sucedió lo esperable: los ademanes de la unidad nacional que había forzado la pandemia cedieron muy rápido a la confrontación más o menos abierta.



## El comandante

En lo personal, gracias al dedo mágico de Cristina, Alberto Fernández tuvo una oportunidad única pero también puso mucho en juego. Comprometió su reconocida carrera de hombre de Estado y se calzó un traje que nunca se había probado como parte de su acuerdo con la vicepresidenta. Después de haber sido poco más que un comentarista de la política entre 2008 y 2018, el caso del profesor de Derecho Penal puede asemejarse al de un jugador que vuelve a su club para retirarse. A partir de su asunción como presidente se puso a prueba a sí mismo, arriesgó el recuerdo que había dejado en los años nestoristas y se expuso a que el paso del tiempo lo delatará.

En un ejercicio de nostalgia que ahora se demuestra inconveniente, Fernández asumió con la consigna de sacar a la Argentina del pozo como, según repetía, había hecho junto a Néstor Kirchner. Fue uno de sus primeros errores. Un año y medio después, por lo menos dos cosas parecen claras. Primero, que el país y el contexto son distintos y se burlan de la traslación mecánica que hizo el exjefe de Gabinete en campaña. Segundo, tal vez más preocupante, que el motor de esa recuperación fue Kirchner asociado con Roberto Lavagna, no Alberto, que era la mano derecha del presidente en el manejo de la operación política pero no el responsable de la gesta post-2001. Por eso, con su desempeño en la gestión, Fernández está redefiniendo su lugar en la historia reciente, de punta a punta. No solo su presente y su futuro, sino también parte de su pasado.

En un juego de identificaciones que no logró conformar a nadie, Alberto no solo probó invocar a Néstor sino que también eligió a Raúl Alfonsín como ejemplo, en una comparación recurrente que erizó la piel del peronismo. Si bien Fernández levantó –y levanta todavía– la bandera de la ética y buscó reivindicar la transversalidad en la apelación a un radicalismo que hoy casi no existe, lo que logró fue un efecto adverso, más todavía en los meses de 2020 donde fue marcada la inestabilidad con el dólar: quedar emparentado con un gobierno que terminó su ciclo de manera traumática por la crisis económica y la hiperinflación. La presión del mercado para que Guzmán devaluara a fines de 2020 puso al presidente en el sendero ingrato de Eduardo Duhalde, que asumió forzado a ejecutar una megadevaluación con Jorge Remes Lenicov. Pero

finalmente, y después de haber rifado el excepcional superávit comercial de 12.528 millones de dólares que logró la Argentina en 2020, las reservas del Banco Central dejaron de caer, producto de causas que cada quien atribuye a lo que quiere: la negativa firme del gobierno a ceder, el paquete de medidas de Guzmán que incluyó incentivos de ahorro en dólares, la elección en los Estados Unidos o el renacer de la soja.

Fuera lo que fuese, a finales de su primer año de gestión, el balance parecía bastante nítido. Ni Kirchner, ni Alfonsín, ni Duhalde. Fernández quedaba obligado a transitar su propio camino, pero el inicio de 2021 lo volvería a conectar con la experiencia más próxima que hasta ese momento había querido eludir: la de la propia Cristina, su socia omnipresente y gran electora. Con una coalición mucho más amplia que la del último Frente para la Victoria, después de que la división del peronismo permitiera el triunfo de Macri y en un contexto en el que hallar la salida virtuosa para la economía no resultaba tan sencillo, el presidente quedó a cargo de un ensayo de gestión que tiene más puntos en común con la experiencia de gobierno de CFK que con cualquier otra.

Frente al cuadro de situación que generó la pandemia, la respuesta de Fernández se dio por etapas en torno a circunstancias que fueron cambiando. Del encierro estricto de marzo, abril, mayo y junio –cuando los muertos de cada jornada oscilaban entre cinco y cincuenta– a las cifras del inicio de la primavera –con un promedio de trescientas víctimas fatales cada veinticuatro horas–, los cambios fueron notorios: la cuarentena se relajó de mil maneras, el pesimismo creció en todas las encuestas, Fernández dejó de ser el comandante aclamado para la batalla contra el virus, la polarización volvió a gobernar la coyuntura y el presidente fue perdiendo su autoridad política. Hasta fines de septiembre, el encierro colectivo afectó al propio Alberto, que se mantuvo casi siempre en el aislamiento de la quinta de Olivos, rodeado de un reducido grupo de colaboradores que cumplen órdenes y pocas veces discuten de política.

Aferrado a la nostalgia de su memoria nestorista, el sucesor de Macri decidió enfrentar con un esquema precario la herencia más explosiva, el combate de una oposición rabiosa y el impacto del covid-19. Propio de un diseño de gobierno para una Suecia sin pandemia, al presidente se le fue el primer año de mandato con un balance amargo que quedó marcado por la elevada cifra de muertos a causa del coronavirus, y tuvo como principal activo la reestructuración de la deuda de Guzmán, el logro que se había fijado como meta fundamental en el inicio de la gestión y que sirvió para desactivar la bomba de tiempo de

vencimientos de cortísimo plazo que había dejado Cambiemos. Pese a la importancia de evitar el default, el objetivo prioritario del presidente para la primera etapa de su mandato, una vez conseguido, duró nada en la agenda pública y se escurrió en un campo de batalla donde al peronismo le costaba salir de su arco. También en ese aspecto se pudo advertir la debilidad del gobierno.

En paralelo, a los datos de la crisis global, que se tradujeron en el aumento del continente de desocupados y pobres, la Argentina le sumó la inestabilidad permanente, la escasez de dólares y la caída del poder adquisitivo por cuarta vez en los últimos cinco años. ¿Cuál era la fortaleza del gobierno panperonista para hacer frente a ese panorama pleno de restricciones?

Poco había quedado del borrador que habían escrito algunos colaboradores de Fernández, en el que el presidente se proponía iniciar una nueva era y lograr una “síntesis abarcadora” para que el kirchnerismo se religara con aquellos sectores que, a partir de 2008, habían huido espantados por la confrontación con el campo y con el Grupo Clarín y habían comenzado a migrar hacia las afueras del Frente para la Victoria. El objetivo era, más que ambicioso, inviable: hacerlo sin que nadie se sintiera derrotado, subsumido ni subordinado a una corriente principal que, sin embargo, se distinguía con claridad en el archipiélago de todos los peronismos: la base de poder que se mantuvo leal a CFK en todo momento, con raíces firmes en la provincia de Buenos Aires.

El frente heterogéneo que sirvió para ganar las elecciones tuvo que enfrentar infinidad de dificultades para gobernar y Fernández quedó como el administrador de diferencias que, aun sin ser irreconciliables, marcaron los límites de la política oficial. Anunciada en mayo de 2019 por Cristina, aquella decisión que recuperó a Alberto como la pieza que faltaba para una aritmética superadora alteró los equilibrios y abrió pasó a la victoria, pero no pudo garantizar un funcionamiento eficaz a la hora de gobernar. Las caras del peronismo que Fernández arrimó en campaña volvieron muy rápido a cuarteles de invierno. Los gobernadores, que se habían fugado en los años previos hasta dejar a CFK como dueña de su soledad política y su cuota de popularidad irreductible, regresaron a sus provincias para ser, una vez más, espectadores de las decisiones que se tomaban en Buenos Aires.

Lo que pasó, más allá de los posicionamientos políticos, fue lo que algunos en el PJ habían temido dos años atrás, cuando Macri era arrastrado por los mercados y se delataba impotente para gobernar los intereses de sus aliados naturales. La

crisis tan anunciada esta vez le estalló al peronismo y la pandemia proyectó el peor de los mundos sobre una economía que acumulaba largos años de restricción externa, ajuste y recesión. La suma de las partes no pudo garantizar un rumbo definido, y la diversidad, sin conducción clara, derivó más de una vez en confusión y parálisis. La característica de un Fernández que nunca había construido poder propio y siempre había trabajado para otros jugó en contra. Parado como vértice de la alianza oficialista, mantuvo la mayor parte de sus viejos criterios. Armó un gabinete para otro país, decidió concentrar la mayor parte de las decisiones y prefirió no delegar: por autosuficiencia, porque temía falta de lealtad o porque, en el fondo, no tenía la confianza necesaria en sus elegidos. Esa sobreexposición lo llevó a descuidar el uso de su propia palabra, la base de autoridad para un político que accedió al lugar más alto gracias a una transfusión de votos y tenía en el archivo a su más implacable detractor.

Resaca de su rol como jefe de Gabinete y operador, Fernández apuesta demasiadas veces a que decir es al menos tan importante como hacer y dedica horas interminables a charlar con periodistas, en público y en privado. Se trata de un contraste fulminante con el uso de la palabra cargado de voltaje que hace su vicepresidenta, en cuentagotas y en circunstancias importantes en las que siempre genera un estruendo que sacude a la política, al poder y a gran parte de la sociedad. Pura paradoja, ese abuso de la oratoria llevó al presidente a quedarse sin discurso en momentos fundamentales, como cuando los muertos y los contagios llegaron a su mayor nivel, el botón rojo se demostró una fantasía y él mismo no logró estar a la altura de lo que había predicado. De tanto hablar, puede quedar disfónico en una sociedad que precisa orientación en medio del ruido.

Uno de sus ministros, que lo conoce desde hace tiempo, lo definió a su manera en una conversación privada. Alberto tiene un déficit que en medio de una crisis se advierte con nitidez: le cuesta sostener las posiciones rotundas que él mismo busca asumir. Cae entonces, de manera recurrente, en el intento de quedar bien con casi todos, lo que genera el efecto opuesto y lleva a muchos a preguntarse, dentro del propio oficialismo, cuál es el verdadero Alberto.

En política, su misión y activo principal pasa por conducir el FDT sin resignar el valor de la unidad; Fernández decidió vetar la construcción del albertismo, en lo que para algunos constituyó una confesión abierta de su imposibilidad, y quedó como una figura institucional, en el marco de una coalición en la que se impusieron las estructuras consolidadas de La Cábora, los intendentes, los

movimientos sociales y el massismo. Según la jefatura de Gabinete de Santiago Cafiero, el objetivo fundamental es preservar el “todismo” y demostrar que el aprendizaje de la confluencia no tiene vuelta atrás. Como si Alberto no tuviera más ambición que la de ser el nombre de una transición, una excepcionalidad que no se vale de la ventana de oportunidad única que lo puso donde está, y se resignara a cumplir el papel de vehículo para un peronismo que no resolvió sus diferencias internas y solo las puso en segundo plano, ante el espanto que Macri provocó tanto en su auge como en su decadencia.

La decisión de no edificar poder propio fue una de las tantas características que lo mostraron como el opuesto de aquel Kirchner que tanto le gustaba invocar. El expresidente no solo era el más rápido en el terreno de la táctica y buscaba siempre concentrar la iniciativa. En paralelo, era un incansable constructor y diseñaba planes de lo más ambiciosos a largo plazo. Aun cuando en algún momento también su ensayo empezó a quedarse sin condiciones favorables desde el punto de vista económico y todavía se lo critica por no haber aprovechado al máximo el ciclo alcista de los commodities, Kirchner vivió hasta el final para la política, en un doble tiempo en el que mientras gobernaba el minuto a minuto de las decisiones en medio de la fragilidad, pensaba cómo hacer para quedarse en el poder durante veinte años. Producto de la crisis que le toca administrar y del rol que decide desempeñar, Fernández apareció casi siempre como un presidente gobernado por las restricciones, que –por limitaciones propias o condicionamientos ajenos– hace política sin horizonte, se distrae muchas veces en cuestiones secundarias y corre el riesgo de ver consumida su cuota de poder.

## La contradicción adentro

A poco de andar la cuarentena, el objetivo inicial de construir la avenida del medio, encender la economía y llamar a un contrato social se vio frustrado en la Argentina del empate tenso donde los ganadores permanentes confirmaron que no estaban dispuestos a ceder nada, ni aunque viniera el fin del mundo. El centro quedó dinamitado, pero lo más significativo fue que, en más de una oportunidad, la alianza oficialista mostró que lleva la contradicción adentro. La expropiación fallida de Vicentin, la reestructuración de la deuda, la tentativa de pacto con sectores empresarios, la sublevación de la policía bonaerense, la política de seguridad, la toma de tierras y la caída de reservas del Banco Central fueron apenas los hechos más destacados de una discusión pública que encontró a distintos sectores del gobierno con posiciones enfrentadas y en defensa de intereses a veces contrapuestos.

Después de varias pulseadas internas en busca de dirimir posiciones de poder, el presidente armó una mesa para limar discrepancias y se sentó en la cabecera con Cafiero, Máximo Kirchner, Sergio Massa y Eduardo de Pedro. Lo que comenzó con cenas que se prolongaban más de la cuenta derivó después en almuerzos en los que alternaron, según dicen, cuestiones operativas con discusiones políticas. Así se constituyó lo que puede ser interpretado como un segundo estamento del poder por debajo de la conversación –intermitente, difícil, fundamental– que sostienen AF y CFK en lo más alto. Por portación de apellido, por ser el jefe de Diputados y por conducir una organización que tiene presencia en todos lados, Máximo se convirtió en el tercer nombre en la toma de decisiones. Crédito de Cristina, durante todo 2020 Axel Kicillof quedó apartado de ese debate intermitente, pendiente de los fondos de la nación y tomado por el impacto de la pandemia y la crisis en un territorio tan extenso como lastimado por las dificultades múltiples. Recién en 2021, el exministro de Economía pareció recuperar aire en la gestión y tuvo margen para involucrarse en el debate económico que la vicepresidenta mantuvo con Guzmán por la velocidad de la recuperación y la profundidad del ajuste vía reducción de subsidios en el año electoral.

Sucesores naturales por edad y condiciones, quienes conocen el vínculo entre

Máximo y Kicillof sostienen que la preferencia tan marcada de Cristina por el gobernador bonaerense provoca diferencias con su hijo. Sin ser parte de La Cámpora, Kicillof necesitó bastante más que su plus como candidato para ganar la elección de 2019 y se benefició tanto de su identificación con la vice como del trabajo camporista en la provincia de Buenos Aires. Esas tensiones, que nunca pasan a mayores y apenas trascienden fuera del cristinismo, llevaron a CFK más de una vez a pedirle a su hijo que no cele a Kicillof.

La fragilidad, la incertidumbre y las discrepancias en el gobierno fueron producto de la debilidad económica, la falta de dólares y la presión de actores que siempre quieren una nueva devaluación para incrementar sus márgenes de rentabilidad, pese a que la divisa acumula tres años de suba y los salarios cargan con tres años de pérdida.

A diferencia de lo que sucedía en los años del último gobierno de Cristina, cuando la homogeneidad impuesta produjo una sangría de aliados, el Frente de Todos tiene rasgos que lo distinguen de las versiones anteriores del kirchnerismo y funcionan como daños colaterales de la unidad más grande. Cuando los temas de debate acentúan la polarización y se producen los momentos de mayor tensión, la disputa se mete adentro de la alianza oficialista, donde también militan actores que representan intereses distintos a los de la base social que se mantuvo leal a la vicepresidenta incluso durante su etapa de mayor aislamiento político. La fuerza de la unidad no impide que por momentos la balanza se incline para favorecer al bloque de poder opositor gracias al peso de jugadores que integran el panperonismo.

Según la caracterización de Eduardo Basualdo, la coalición oficialista es un frente nacional que reúne a los sectores perjudicados y perseguidos por el macrismo con grupos económicos también afectados, de manera relativa, durante el gobierno que privilegió como nadie al capital financiero internacional. En una entrevista que le hice para Letra P a mediados de 2020, el reconocido historiador y economista de Flacso y la CTA consideró que el Frente de Todos no es la continuidad del cristinismo sino que incluye a una parte mayoritaria de la clase trabajadora y los sectores populares, pero también a los grupos económicos locales.

—¿Dice que hoy grupos como Clarín son parte de ese frente nacional?

–No todos, pero están incidiendo y están presentes en esta alianza. Esta es una alianza de los perseguidos y perjudicados por el capital financiero internacional que encarnó Cambiemos con sectores empresariales también perjudicados relativamente, porque, si uno mira la fuga, esos sectores están muy presentes. No es que los únicos ganadores de la fuga fueron los capitales golondrina: se puede percibir en la lista de 100 principales fugadores publicada en El Cohete a la Luna. Creo que la persecución judicial de Cambiemos a los grupos económicos tenía que ver con la dificultad para subordinarlos al capital financiero. Hay antecedentes. La ruptura de la Convertibilidad tuvo como protagonistas no solo a los sectores populares: también incidió la disputa entre los grupos que promovieron la devaluación y el capital financiero que quería la dolarización.

En torno al oficialismo, ya no se anotan solo los empresarios como Cristóbal López, Lázaro Báez o Gerardo Ferreyra, que pagaron con la cárcel su asociación al kirchnerismo. También figuran los que regresaron de la mano de Fernández y Massa, como el fallecido Jorge Brito, el magnate Hugo Sigman y el versátil José Luis Manzano. Se trata de actores que se identifican con el establishment peronista que no pudo acoplarse a la aventura amarilla –algunos estuvieron al margen de entrada, otros acompañaron y después rompieron– y vieron en el ensayo de Fernández una nueva oportunidad. Aunque haya sido naturalizado a fuerza de lobby y publicidad, nada es tan sorprendente como el regreso de Marcelo Mindlin a las costas del pancristinismo. El comprador de la empresa de Ángel Calcaterra, que había sido denunciado por el candidato Fernández en campaña, pasó muy rápido a ser considerado por el presidente como un ejemplo del empresariado nacional, una concesión de lo más generosa que le permitió ingresar al Plan Gas de subsidios en Vaca Muerta y lo mostró después como el vendedor de Edenor al consorcio de Manzano, Daniel Vila, Mauricio Filiberti y Global Income Fund Limited, un fondo de inversión creado en Bahamas y controlado por el chileno Ricardo Beroiza Contreras.

Producto de esa misma contradicción que atraviesa al bloque oficialista, en su primer año largo de gobierno el presidente no pudo cumplir el papel que se esperaba de él como redentor de un peronismo no kirchnerista que venía de acumular un ciclo largo de impotencia y orfandad a la sombra de Cristina. Tampoco supo conformar a la vicepresidenta, que sentía nostalgia de aquel jefe de Gabinete “eficaz” que trabajó, sobre todo, a las órdenes de su marido. El “quilombo” que el Frente de Todos debió afrontar hizo visible, en particular, las



falencias del profesor de Derecho Penal, que fue sometido a la gimnasia del desgaste y el combate frontal de la oposición más intransigente, pero también al fuego amigo de los que se amparan en el paraguas amplio de la vicepresidenta.

Alberto generó sentimientos de decepción y preocupación incluso en varios dirigentes del peronismo que lo acompañaron durante gran parte de su vida y que todavía lo acompañan. Vicepresidenta, dueña de un caudal de votos inigualable y jefa de una organización que ocupa gran parte del organigrama de poder, Cristina por supuesto influyó en la marcha de los acontecimientos, aunque su actuación quizá no haya tenido tanto que ver con el relato dominante que la describe como una especie de hiena que asfixia a su delegado en el poder sino más bien con la impaciencia ante la falta de resultados, algo que a su modo le había pasado al propio Kirchner cuando la que gobernaba era su esposa, entonces una debutante en la función ejecutiva. Cristina era la encarnación viviente del último gobierno del Frente para la Victoria y tenía disponible gran parte de la batería de axiomas que había moldeado en la soledad de su último mandato. Solo que en segundo plano. Frente a las dudas y el incesante ida y vuelta del presidente, la vicepresidenta emergía, en determinados momentos, con su convicción de siempre.

## Las cartas de Cristina

La primera vez que Cristina golpeó la mesa en público y demostró su insatisfacción fue el 9 de julio de 2020. Lo hizo como respuesta a la maqueta del pacto social que Fernández había armado en la residencia de Olivos con la CGT, la UIA y la Sociedad Rural. La vicepresidenta eligió una nota escrita por Alfredo Zaiat, titulada “La conducción política del poder económico”, para expresar su desagrado y llamar a “no equivocarse” a la hora de ensayar alianzas. En su esencia, el artículo planteaba que la derecha empresaria liderada por Héctor Magnetto y Paolo Rocca no tenía nada de burguesía nacional, se desentendía del mercado interno, ejercía un poder oligopólico y respondía a intereses transnacionales. Con ellos, nada se podía acordar y era mejor no confundirse.

Para compensar la fuerza de esas ideas, que habían marcado el final del cristinismo puro –y habían acabado en la derrota ajustada de 2015–, hacían falta días enteros de entrevistas con ministros que hablaran el lenguaje de la emergencia, el virus y la moderación. Sin embargo, también en Cristina había algo que no se entendía y era producto de la dificultad elocuente del panperonismo para salir del doble encierro político y económico. Un año atrás, cuando había reaparecido en sociedad con modos de madre comprensiva para presentar Sinceramente, CFK había llamado, precisamente, a la confección de un contrato social. Si no era con los invitados que Fernández decidió sentar en la puesta en escena de Olivos, ¿con quién quería llevar adelante el acuerdo para salir del empate y la polarización? ¿La vicepresidenta no avalaba el acercamiento que su hijo parecía iniciar en esos mismos días con el establishment vía Sergio Massa, en reuniones con Brito, Mindlin, Marcos Bulgheroni y Miguel Acevedo? ¿Creía que había que reeditar la experiencia del empresariado identificado con el kirchnerismo? Nadie podía confirmarlo. Lo único claro era que la expresidenta no estaba a gusto con la postal que se había diseñado en Olivos. Desde el gobierno se diría poco después que, por un error de protocolo, Cristina no había sido invitada a esa reunión, pero el planteo de fondo que hacía Zaiat y CFK amplificaba al infinito parecía bastante más que producto de un enojo.

Habría que esperar más de cien días de lo más intensos para tener nuevos datos,

aunque no más claridad. En vísperas del 27 de octubre, en el décimo aniversario de la muerte de Néstor Kirchner, cuando el gobierno resistía la formidable presión de actores del mercado para forzar una nueva devaluación, la vicepresidenta decidió jugar una carta que no estaba en los planes de nadie, ni siquiera en los de ella, por lo menos el 9 de julio. Publicó un mensaje en sus redes sociales en el que llamó a un gran acuerdo nacional con todos los sectores, incluidos los “mediáticos”, para resolver el más grave de los problemas, la “economía bimonetaria”. Era una forma de desandar el camino que ella misma había insinuado antes, de la mano de Zaiat, y que generaba confusión en sus propios seguidores. Pero no podía ser leído como un regreso a los postulados de la campaña de 2019 porque lo que había cambiado era su propio lugar de enunciación: la vicepresidenta ya no hablaba como alternativa a un macrismo decadente sino desde la debilidad de la propia crisis que atravesaba su gobierno. CFK decía que el problema que no había podido saldar durante su gestión y que Macri había agravado con un endeudamiento suicida y la eliminación de todo tipo de controles no era ideológico, ni de izquierda ni de derecha. La prueba: era el peronismo el que volvía, otra vez, a sufrirlo.

La carta llegaba unos días después de otro movimiento, más discreto, que cerca de Fernández se encargaban de destacar. El almuerzo que el presidente había mantenido en la residencia de Olivos con Paolo Rocca y Luis Betnaza, escoltado por Guzmán y De Pedro. La presencia del ministro del Interior en el encuentro que parecía reiniciar un acercamiento con el establishment era exhibida en Casa Rosada como prueba de que Cristina aprobaba el entendimiento con los miserables de ayer, según la definición que el propio Alberto le había propinado al dueño de la multinacional siderúrgica en el inicio de la pandemia. Se trataba en realidad de una cita para resolver el pleito judicial que se había originado sobre el final del macrismo y le impedía a Techint participar del Plan Gas que se estaba elaborando: poco se supo de acuerdos trascendentales que incluyeran a Rocca.

Abierta a interpretaciones de todo tipo, la convocatoria de la expresidenta partía del reconocimiento de que el oficialismo no podía resolver la crisis (hasta los optimistas de la primavera albertista decían que la corrida se estaba llevando puesto al gobierno). CFK no estaba nada conforme con el balance ejecutivo de su criatura electoral y buscaba evitar que la fragilidad se acentuara junto con una brecha cambiaria que había llegado al 130% después de las últimas medidas del presidente del Banco Central, el radical Miguel Pesce, que había profundizado el control de cambios y había logrado el efecto adverso de potenciar la disparada

del dólar. La vicepresidenta quería preservar el poder que le había costado recuperar y no le servía ver cómo la presión devaluatoria y la evaporación del peso erosionaban cada día la legitimidad del gobierno. Su suerte política y personal también estaba en juego. Por eso, había cambiado de carta y de mensaje.

Como cada uno de sus pronunciamientos, el llamado de Cristina provocó un estruendo y generó en poco tiempo una escena hasta entonces insospechada. El lunes 3 de noviembre de 2020, en un acontecimiento que constituía toda una novedad, Héctor Magnetto volvió a sentarse a la mesa del peronismo cristinista. El CEO de Clarín formó parte de la comitiva de la Asociación Empresaria Argentina (AEA) que se reunió con Guzmán en el Salón Belgrano del Ministerio de Economía. Magnetto participó con otros dueños como Rocca, Alfredo Coto, Federico Braun –todos vicepresidentes de AEA–, Enrique Cristofani, Alberto Grimoldi, Carlos Miguens y el presidente-delegado Jaime Campos, pero su participación fue la gran novedad del día. La presencia del gran enemigo de Cristina en un encuentro de ese tipo sugería que había un intento mutuo de acercar posiciones ante la crisis y el empate. Por esos días, se había armado una composición que servía de sustento para el entendimiento entre el peronismo y el poder económico. Los gestos al mercado, la baja de retenciones a las aceiteras, la media sanción de un presupuesto que contemplaba el ajuste, las reuniones con empresarios, la carta de la vicepresidenta y los desalojos en Guernica y en Entre Ríos sugerían que el gobierno apostaba a un pacto de sobrevivencia con los dueños. Un movimiento general en el que el oficialismo cedía para ganar aire y parecía abrirse a un programa diseñado por sus adversarios.

Cuando escribió su carta desde la debilidad para llamar a un acuerdo con Magnetto incluido, Cristina no estaba segura de que, aun precaria, la solución estaba en marcha. Dos semanas antes de ese 26 de octubre, Fernández y Guzmán habían viajado juntos en avión a Vaca Muerta para anunciar desde la meca del shale el lanzamiento del Plan Gas con el que se buscaba revertir la caída de la producción y evitar un aumento en la importación de combustibles, lo que provocaría una mayor salida de dólares y el riesgo de nuevas turbulencias en el año electoral. Detrás del objetivo oficial de llevar la producción del fluido a 30.000 millones de metros cúbicos en cuatro años, generar un ahorro fiscal de 2500 millones de dólares y evitar la salida de divisas por 9200 millones, se dibujaba la posibilidad de una alianza con un sector estratégico de indudable poder económico: los petroleros locales entre los que se destacaban Rocca, Bulgheroni y Mindlin. Era un acuerdo discreto que, tal vez por incapacidad para

promocionarlo o tal vez porque no rendía en el show de la polarización, tenía muy poca prensa. Aunque el entendimiento había sido moldeado durante meses por Matías Kulfas, por decisión de los Fernández, Guzmán había quedado a cargo del área energética para discutir la reducción de subsidios, una materia por demás intrincada.

## El graduado

Lo importante para la escena general fue lo que sucedió en el vuelo a Neuquén, donde el presidente y el ministro de Economía charlaron mucho sobre la disparada de un dólar paralelo que iba camino a tocar los 195 pesos y llevaba la brecha al nivel récord de 150%. En ese viaje, obligado por las circunstancias, Fernández decidió dejar en manos de Guzmán la conducción de la política económica y darle un poder que hasta el momento le había negado. El ministro de Economía tenía un rol importante pero había sido bautizado por sus detractores, no sin razón, como “el ministro de la deuda”. Casi como un calco del esquema disfuncional que había diseñado Macri, Fernández había avalado que las decisiones del área se repartieran entre los miembros del gabinete económico y entraran en contradicción de manera frecuente. Pesce, Kulfas, la vicejefa de Gabinete, Cecilia Todesca, y la titular de la AFIP, Mercedes Marcó del Pont, tenían voz y voto en una mesa horizontal donde todos opinaban y el presidente finalmente definía.

Guzmán y Alberto habían construido una relación personal y pasaban muchas horas juntos. No solo hablaban en persona varias veces por semana y por teléfono todos los días, sino que los fines de semana el joven ministro era un abonado a la residencia de Olivos. Sin embargo, en las reuniones del gabinete económico, Guzmán parecía uno más. Hasta que la crisis llegó a su punto máximo y Fernández se convenció de que tenía que elegir un ministro con más poder, tal como había prometido en campaña. Fue en la troposfera, a 30.000 pies de altura, donde el profesor de la Universidad de Columbia –que llevaba once meses en el cargo– se recibió de ministro.

Ya se habían perdido miles de millones de dólares que el Banco Central entregó a precio subsidiado para que las grandes empresas, en especial las del sector energético, cancelaran sus deudas en dólares contraídas durante la gestión Macri, en un raro privilegio que chocaba con la lógica del Estado que había llevado adelante el proceso de reestructuración de deuda. Esa fue la ventanilla principal por la que el gobierno peronista perdió la mayor parte de las divisas que habían ingresado durante 2020, y no la compra de dólar ahorro, que también impactaba, aunque bastante menos que la demanda de un grupo selecto de compañías que

pesaba fuerte entre los formadores de opinión del Círculo Rojo.

Tan cierto como que cinco millones de personas habían comprado dólares durante agosto era que la demanda de las empresas que habían tomado deuda en forma acelerada durante los años de Macri era de lo más elevada: según datos publicados por Página/12, solo por esa ventanilla se habían ido unos 5000 millones de dólares entre enero y julio. El propio Pesce reconocía que el endeudamiento en moneda extranjera de las grandes firmas se había incrementado en 20.000 millones de dólares entre 2015 y 2019. Sin embargo, afectado por la caída permanente de reservas, Pesce presionaba dentro del gobierno para prohibir por completo la compra de dólar ahorro, en un movimiento que parecía guionado por el lobby descomunal de las compañías endeudadas en dólares que competían con la clase media –que buscaba preservar sus ingresos de la inflación– por el acceso a la divisa. Durante esos meses Guzmán y Pesce chocaban puertas adentro del gobierno, mientras el peronismo beneficiaba a un reducido grupo de firmas con el dólar subsidiado y se enemistaba con la clase media, sin lograr explicar hacia afuera cuál era la disyuntiva.

A partir de aquel encuentro en el avión a Vaca Muerta, Guzmán pasó a concentrar las decisiones económicas y a afianzar su relación directa con Fernández. Si hasta ese momento en las reuniones del gabinete económico, que se hacían con el presidente en Olivos, todo era horizontal, todos opinaban y era Alberto el que decidía, a partir de entonces se generó una especie de embudo que benefició al ministro de Economía. Como parte de una nueva mecánica, Guzmán pasó a ser el que hablaba con todos, escuchaba las opiniones y le llevaba después el menú de opciones a Fernández en un encuentro mano a mano.

Obsesivo del detalle, Guzmán iba siempre a las reuniones de trabajo con toda la información ordenada para ofrecerle al presidente. “Esta es la situación, este es el problema, estas son las alternativas. Esto implica esto, esto implica esto, esto implica esto”, le repetía. Fernández tenía la decisión y elegía. Así Guzmán ganó un poder indudable, pudo pilotear la crisis, resistir la ofensiva por la devaluación y cruzar el océano del verano hasta llegar a la costa de la liquidación de divisas de la cosecha, que se iniciaba en marzo.

En el camino, avanzó en un acuerdo con las grandes aceiteras nucleadas en la poderosa Cámara de la Industria Aceitera de la República Argentina (Ciara) y el Centro de Exportadores de Cereales (CEC) para captar divisas del agronegocio y

fortalecer las alicaídas reservas del Banco Central. Se decidió bajar el diferencial de retenciones para la exportación de aceites, harinas y subproductos de la soja, como la cáscara para consumo animal, en una doble distinción para las grandes empresas que concentran la oferta de dólares. El gobierno no solo redujo por tres meses del 33% al 27-28% el gravamen para los pulpos que gobiernan el comercio exterior hasta igualarlo con el que paga el grano de soja sino que lo estableció después en 30% de manera definitiva, en contraste con la reducción escalonada para los sojeros que volvería en enero de 2021 al 33%. Así, Fernández revirtió la decisión que había tomado Macri en 2018 y cedió a un lobby prolongado del sector que se lleva la parte del león, escudado en consignas contra la “primarización” de la economía.

El Estado resignó millones en derechos de exportación y Guzmán se alejó del objetivo de reducir el déficit en busca de una tregua que le permitiera zafar de la inestabilidad económica.

Con ese tipo de acuerdos y a partir de una batería de medidas no exentas de riesgo si, a pesar de todo, finalmente se producía la devaluación, el discípulo de Joseph Stiglitz logró un oxígeno vital para el gobierno del Frente de Todos, la brecha se redujo a la mitad y el dólar bajó 50 pesos en pocas semanas. Los resultados, de todas maneras, fueron parciales. El éxito del ministro no se apoderó del prime time como lo había hecho la disparada del dólar. Tampoco pudo evitar que la inflación acelerara en los meses siguientes y que los salarios volvieran a cerrar el año por debajo del aumento de precios.

Un trabajo del economista Amilcar Collante, miembro del Centro de Estudios Económicos del Sur, daba cuenta de que el impacto de la crisis cambiaria durante el primer año de los Fernández era comparable al de las últimas tres devaluaciones fuertes: la de diciembre de 2015, la de mayo-septiembre de 2018 y la de agosto de 2019, a la salida de las PASO. El IPC de los meses siguientes fue del 3,8% en octubre, 3,2% en noviembre, 4% en diciembre, 4% en enero de 2021 y 3,6% en febrero. Así, la inflación acumulada entre octubre de 2020 y febrero de 2021 fue del 20%, un porcentaje similar al de la crisis de 2018 y solo 3 y 3,9 puntos por debajo de la inflación acumulada post-PASO de 2019 y post-cambio de gobierno en diciembre de 2015. A diferencia de aquellos tres episodios, la crisis cambiaria de octubre de 2020 se había dado con un dólar oficial controlado. Sin embargo, el efecto era comparable al de una devaluación.

Tan cierto como que el aumento de precios, en especial el de los alimentos, se



convirtió en el mayor problema para el gobierno fue que Guzmán les ganó su pulseada a los pronósticos y la presión del mercado: pudo atravesar el verano sin mayores turbulencias, llegó a la estación virtuosa en la que el agronegocio comienza a liquidar los dólares de la cosecha y se benefició además por un viento de cola excepcional, que llevó el precio de la tonelada de soja de 300 a 520 dólares en apenas unos meses, un aumento que ni siquiera el más optimista de los dirigentes del Frente de Todos podía imaginar a mediados de 2020.

## El debate económico interno

Con el año nuevo, llegó también el rebote más fuerte de la economía, la mejora en la recaudación y el tiempo del superávit primario. El impuesto a la riqueza sirvió para recaudar con una contribución de los sectores más pudientes pero también para descomprimir la brecha por la venta de dólares de quienes tuvieron que cambiar pesos para pagar lo que no querían. Sin embargo, la recuperación se dio sobre un terreno social dinamitado. La desocupación volvió a ser tema de preocupación como no lo era desde hacía más de quince años, la pobreza se expandió hasta niveles difíciles de precisar y el poder adquisitivo quedó derruido por subas de precios que la ayuda estatal no alcanzó a compensar.

En el arranque de 2021, la consigna de que los salarios le van a ganar a la inflación en el año electoral luce difícil de cumplir. El operativo que ensaya Guzmán con el objetivo de tranquilizar la macroeconomía sugiere que los asalariados pelearán un empate con la inflación y no lograrán ni de cerca revertir de manera sustancial el ciclo de pérdidas abultadas que lleva por lo menos tres años. Guiado por el temor a la inestabilidad que podría derivar en una nueva devaluación y un nuevo salto inflacionario, el criterio de Guzmán de ceder muy poco a los que viven de un ingreso en pesos no solo es cuestionable desde el punto de vista de los intereses de la población que votó al Frente de Todos: también marca un techo para la recuperación económica, como lo señaló Emmanuel Álvarez Agis, el exviceministro de Kicillof hoy considerado market friendly.

Aliado imprevisto de Cristina durante la negociación con los fondos de inversión, Guzmán es una rara avis en su sillón porque no trabaja para ninguna facción de poder ni responde a intereses externos, pero su visión de mediano plazo lo lleva a ser muchas veces inflexible ante las demandas de los sectores más vulnerables. El ministro de Economía recibió en sus primeros meses elogios de Roberto Lavagna y de sectores de la heterodoxia. Sin embargo, su posicionamiento teórico le genera cortocircuitos dentro de la alianza de gobierno. Está claro para casi todos que el equilibrio que persigue Guzmán es más que complicado en un contexto en el cual no parece fácil hallar una salida virtuosa. El discípulo de Stiglitz rechaza la austeridad en la crisis pero su defensa

de la reducción del déficit fiscal en un escenario de recesión económica es, más que una novedad, una característica impensada en el libreto del cristinismo original. Por eso, en el mismo mercado que quiso expulsarlo de su cargo en más de una oportunidad, hay tótems del neoliberalismo como Guillermo Calvo, Domingo Cavallo y hasta Miguel Ángel Broda que lo consideran el dique de contención de un populismo sin culpa. El apoyo de Calvo, gurú que predijo el efecto tequila, es sintomático porque fue el entusiasta que afirmó en la campaña de 2019 que el peronismo estaba en condiciones de hacer el ajuste que a Macri le había resultado inviable. En privado, sin embargo, Guzmán buscaba saldar el debate y se presentaba a sí mismo como un economista “heterodoxo con restricciones fiscales”, una definición que iría cambiando con el tiempo.

En la entrevista que le hicimos con Alejandro Rebossio, en diciembre de 2020, para elDiarioAR, Guzmán planteaba parte de su filosofía. Rechazaba que la eliminación del IFE y el ATP pudiera ser catalogada como parte de un recorte ortodoxo y decía: “Para transitar el camino de la estabilidad, sí que necesitamos converger al equilibrio fiscal, las cuentas en orden. No querer hacerlo en ningún momento sería no entender que hay restricciones que respetar”. Tres meses más tarde, el 8 de marzo de 2021, durante una visita en Catamarca, fue bastante más allá:

Hay una tendencia a asociar la reducción del déficit con la derecha, eso está mal. Lo que la derecha pide es un Estado chico, con bajos impuestos y que gaste poco, y con poca presencia en la economía, menor a la que muchos consideramos que debe tener para cuestiones clave del desarrollo. [...] Hablar de sostenibilidad fiscal no es un concepto de derecha. Por el contrario, consideramos que el Estado tiene un rol importante para resolver cuestiones que el mercado no resuelve. Para tener esa capacidad, el Estado debe ser fuerte, esto quiere decir tener una moneda robusta y capacidad de crédito. Un Estado que vive pidiendo prestado y que tiene una moneda débil porque emite cantidades que el sistema no puede absorber es un Estado débil.

Esa pretensión, la de tener un Estado potente en el futuro, venía atada a las restricciones en el presente de urgencias. Todo era parte de un esfuerzo sostenido del ministro para poner en marcha un experimento inédito: reeducar a los

votantes del peronismo en una pedagogía del ajuste como mal menor. Guzmán se desvivía por demostrar que esa era la única alternativa para impedir que la crisis cíclica se reeditara una vez más y sostenía que lo peor que podía pasarle a la economía era una devaluación que forzara el aumento de la inflación y de la pobreza.

Sin embargo, esa prédica chocaba con el tándem Cristina-Kicillof y venía de rebotar con la vicepresidenta en dos rubros esenciales. Primero, en el terreno previsional –donde el bloque de Senadores del Frente de Todos dio de baja el artículo 6 de la Ley de Movilidad Jubilatoria y dispuso una actualización trimestral de los aumentos–, y después en el debate sobre tarifas, donde las críticas más duras a la visión “fiscalista” de Guzmán venían de los representantes de Cristina en la materia. El exinterventor del Ente Nacional Regulador de la Electricidad y subsecretario de Energía Eléctrica, Federico Basualdo, y el titular del Ente Nacional Regulador del Gas, Federico Bernal, llamados “los Fedes” en la cocina del oficialismo, cuestionaban el recorte de subsidios y rechazaban también por lo bajo la segmentación que proponían los funcionarios de Fernández para cobrarles más a los sectores de mayores recursos. La masa de subsidios destinada a impedir que una nueva suba de tarifas afectara todavía más el poder adquisitivo de los asalariados era un tema de una complejidad indudable que había provocado la crisis del último cristinismo tras el fracaso de la sintonía fina anunciada por Cristina. Según los números de la consultora Energía y Economía, dirigida por Nicolás Arceo –designado por Kicillof en YPF en 2012–, entre 2013 y 2016 se destinaron entre 14.000 y 16.000 millones de dólares a esa partida, un agujero monumental que se pagó con pérdida de reservas y fue incluso una de las causas de la devaluación de 2014. Guzmán quería evitar ese escenario. En la Casa Rosada eran partidarios de ordenar un incremento a los sectores de mayores recursos y cuestionaban que pagara lo mismo un vecino de un barrio humilde que el que vive en Puerto Madero o el que climatiza la pileta en Nordelta. Pero los técnicos identificados con CFK afirmaban que segmentar no era posible.

A Guzmán le preocupaba y mucho algo que la polarización presentaba como inalcanzable: lograr un consenso interno entre los distintos actores del poder, tanto del oficialismo como del empresariado y la oposición. Por supuesto, el debate no se restringía a la escena doméstica ni a las distintas alas del Frente de Todos. Incluía también al Fondo Monetario Internacional, que se había instalado una vez más como actor fundamental de la política argentina a partir del pedido de socorro de Macri y del blindaje descomunal de 44.000 millones de dólares

que Cambiemos había tomado entre 2018 y 2019. El rol del organismo de crédito presidido por Kristalina Georgieva era ambiguo y hasta podía generar sorpresa en los desprevenidos que se hubieran perdido los detalles de su reciente cambio de piel. El reemplazo de Christine Lagarde por la economista búlgara que tenía una larga relación con el papa Francisco había reseteado la clásica información sobre el Fondo y lo había convertido en un aliado del gobierno argentino en la reestructuración de la deuda con los grandes fondos de inversión. El propio Fernández había llegado a hablar de un “nuevo Fondo”. Por supuesto, ese apoyo no era gratis y dejaba al peronismo de Cristina en una situación incómoda.

Guzmán decía que lo peor que le había pasado a la Argentina era el préstamo demencial que el organismo le había dado al gobierno de Macri. Pero confiaba en su relación con Georgieva y apostaba a lograr un acuerdo beneficioso para las dos partes, sin reparar en la historia traumática del país con el organismo. Forzado por el endeudamiento de Macri, el ministro de Economía había decidido avanzar con un programa de facilidades extendidas, un esquema que en 2019 – cuando todavía no tenía garantizado el ministerio– él mismo rechazaba con el argumento de que exigía reformas estructurales. Sorprendente en un colaborador de Stiglitz, Guzmán se declaraba partidario de varias de las medidas que recomendaba el organismo de crédito. Veía la reducción de subsidios como un punto de partida necesario para evitar la devaluación, y consideraba la reforma previsional con achatamiento de la pirámide de jubilaciones –algo que había provocado una lluvia de juicios entre 2002 y 2006– como una salida virtuosa.

En el año en que el Frente de Todos se jugaba mucho en las elecciones, Guzmán repetía que quería evitar la austeridad en la crisis y promovía un aumento de salarios por encima de la inflación, pero hasta entrado el mes de abril sus señales parecían dirigirse en otra dirección. En privado, decía que el Fondo no lo condicionaba en lo más mínimo y que, si el organismo intentaba imponer algo parecido a un programa, el resultado iba a ser una ruptura de relaciones. “Los dos estamos en problemas. Ellos nos prestan a cambio de que no les hagamos default”, aseguraba.

Gran parte del ajuste, de todas formas, ya estaba hecho y se asentaba en la debacle del salario real que había beneficiado a grandes empresas que, después de haber soportado la pandemia con cuarentena, iban camino a la recuperación montadas sobre una gran reducción de sus costos. La reestructuración de la deuda con los tenedores privados, la suba astronómica de la soja, el rebote de la

economía y la decisión de erradicar el gasto covid le habían permitido al ministro reducir el déficit fiscal y ordenar las cuentas. En ese plano, la segunda ola asomaba como la amenaza que podía hacer volar por los aires las proyecciones de Guzmán.

## La obsesión del lawfare

La cuestión económica, grandísima preocupación de la mayor parte de la sociedad, no era lo único que afectaba al oficialismo. Para Cristina y su grupo de colaboradores más estrechos, el lawfare y los condicionamientos del Poder Judicial a la política figuraban como la prioridad número uno, si se tenía en cuenta la cantidad de horas que le dedicaban en el debate público, desde las redes sociales y los medios de comunicación identificados con el gobierno. El poder que conservaban los actores de Comodoro Py y la Corte Suprema que habían activado el encarcelamiento de la plana mayor del cristinismo, en un proceso de revanchismo sin precedentes que vulneró todas las garantías, nublaba la visión política de la vicepresidenta y la mantenía en el banquillo de los acusados. Si como jefa de un movimiento mayoritario y socia principal de la alianza de gobierno no lograba mejorar su situación personal y la de su círculo más estrecho, el futuro asomaba colmado de obstáculos. La falta de resultados en la materia y las distintas visiones en la estrategia a adoptar se convirtieron en uno de los motivos principales de los cortocircuitos de Cristina con Alberto durante todo el primer año de gobierno del Frente de Todos. La carrera contra el tiempo era desigual y para CFK la posibilidad de una derrota electoral presagiaba lo peor: volver una vez más a un escenario de fragilidad y encierro político. Eso explicaba la energía que el cristinismo ponía en señalar a los jueces que actuaban desde el anonimato y sin rendir cuentas a casi nadie, como la propia Cristina dijo en su alegato de marzo de 2021 en la causa del dólar futuro.

Junto con la pandemia, la situación económica y la deuda, la cuestión judicial era el tema de agenda obligado, pero era el más lejano para la mayor parte de la población que vivía pendiente de otras urgencias. La vicepresidenta hizo un esfuerzo descomunal para ligar la realidad de las mayorías con el accionar de un Poder Judicial que condicionaba los procesos electorales en toda América Latina. Sin embargo, Cristina sabía mejor que nadie que tanto sus votantes como el electorado zigzagueante –que iba y venía en medio de la polarización en busca de una salida para sus problemas– la juzgarían por los resultados económicos a la hora de ir a votar.

Todo parece parte de un empate envenenado. Así como Ricardo Lorenzetti y la

familia de Comodoro Py no pudieron suplir con escuchas televisadas, pedidos de desafuero y un festival de prisiones preventivas los votos que no tenían sus socios en el PRO y el PJ no kirchnerista, CFK encontró en el gobierno su propio límite para disolver ese poder que, según dice, la extorsionó. Peor que eso, abroqueló a jueces que se aborrecen entre sí y representan distintos intereses.

El malentendido con Fernández a la hora del reparto de roles, la escasa disposición de la renunciada Marcela Losardo y de Gustavo Beliz para resolver los problemas de la vice y la incapacidad de los funcionarios cristinistas para cumplir con la misión encomendada depositaron a Cristina durante gran parte de 2020 en la esfera de la denuncia, más cerca de la queja que de la posibilidad concreta de iniciar juicio político a los supremos o ampliar el número de jueces de la Corte. Eso explicó el regreso a las filas del oficialismo del auditor Javier Fernández, el todopoderoso operador de la escuadra Stiuso que hasta unos meses antes era considerado poco más que un espectro.

Aquella temporada de soledad y aislamiento, cuando sus exfuncionarios iban a la cárcel y ella organizaba las horas del día con sus abogados, no puede considerarse parte del pasado porque la política no encuentra forma de diluir el poder perpetuo de un estamento que, desde hace un tiempo, funciona como el más agresivo dispositivo para lastimar a la dirigencia política en un juego a tres bandas del que participan los servicios de inteligencia y los medios de comunicación. Por supuesto, si ese poder funciona es porque tiene margen para avanzar desde el punto de vista social y porque encuentra elementos que sirven a una narrativa eficaz. Sin aliados en Comodoro Py, algunos funcionarios emblemáticos del cristinismo no tuvieron nunca dificultades judiciales.

Si Cristina reaccionó como lo hizo hasta que Martín Soria reemplazó a Losardo fue porque consideraba que la táctica de Alberto no era garantía suficiente y temía verse, ante una derrota, en la misma fila que Amado Boudou, Julio de Vido y tantos que masticaron bronca por la indiferencia de su jefa máxima en el momento en el que la doctrina Irurzun arrasaba con todo.



## El poder

En el inicio del segundo año de gobierno de la coalición panperonista, el Poder Judicial aparecía como el contrincante a vencer por el cristinismo. No solo por la amenaza de la cárcel y la persecución sino también por el diseño económico que esbozaba desde la precariedad el peronismo de la escasez. Lo dejó ver la propia CFK en la carta que escribió a un año de la asunción de Fernández, cuando alertó sobre futuros “fallos de neto corte económico para condicionar o extorsionar” al gobierno, lo que en la Corte advirtieron como una alusión a la eventual respuesta de los supremos ante las demandas de los jubilados contra la política previsional, la piedra angular de la reducción del déficit ejecutada por Guzmán.

Entre tantas misiones que el presidente no pudo cumplir, estuvo también una que vivió con enojo y frustración en lo más íntimo: la relación con el Grupo Clarín. Después de haber sido durante larguísimos años un interlocutor frecuente de los directivos del holding y de los columnistas principales del diario, el presidente y el multimédios de Magnetto se desconocieron en la nueva etapa y se acusaron mutuamente por la falta de lealtad a los principios básicos de un matrimonio que se revelaba como un malentendido. Mientras el profesor de Derecho Penal esperaba un trato entre amigable y neutro, el cuarto piso de la calle Tacuarí apostaba al juego temerario de una ruptura más o menos explícita entre Alberto y Cristina. Un colaborador de extrema confianza de Fernández, de esos que vivieron pegados al presidente durante todo su primer año de gobierno, me lo dijo un día con fastidio: “Él fue con la bandera blanca y se la agujerearon a tiros”. Así se vivía en la residencia de Olivos la disposición de Clarín, que ya no podía –ni quería– acompañar como lo había hecho en el amanecer del primer kirchnerismo, cuando el entonces jefe de Gabinete oficiaba de celestino, el país era otro y las fuerzas en pugna también.

Por lo demás, urgido, contradictorio y sin el beneficio de la duda por parte de la militancia agrocambiemita, el peronismo del Frente de Todos intentó ensayar una salida distinta con otro actor fundamental con el que se había enemistado mal durante el primer mandato de Cristina. La articulación que se inició vía el canciller y exsecretario de Agricultura Felipe Solá con el Consejo Agroindustrial

Argentino fue una de las grandes novedades de 2020 que contó con el aval explícito tanto del presidente como de su vice –que se reunieron y fotografiaron con sus líderes–, aunque no se tradujo en grandes transformaciones y se le restó toda trascendencia desde los diarios del agronegocio. Si bien es cierto que no rinde en el show de la polarización, la organización que nuclea a más de cincuenta entidades del campo es a todas luces más representativa que la vieja dirigencia de la Mesa de Enlace y sintoniza con un camino de acercamiento que había iniciado Julián Domínguez con el sector que genera la mayor parte de los dólares que precisa el gobierno. Actor embrionario, el Consejo Agroindustrial Argentino está liderado por los pulpos sojeros y encarna con un movimiento que se viene dando a nivel de la dirigencia empresaria desde hace tiempo. Entre sus primeros impulsores están el ex Monsanto Gustavo Idígoras, titular de Ciara-CEC, y José Martins, el presidente de la Bolsa de Cereales de Buenos Aires que llegó con el impulso de las cerealeras y fue durante cuarenta y tres años un hombre de Cargill. Ciara-CEC es una entidad que nuclea a gigantes como Bunge, Cargill, Louis-Dreyfus, Molinos Agro, Aceitera General Deheza, Cofco International, Glencore y la defaultada Vicentin. Junto con Martins, juegan fuerte para consolidarse como el sector que lidera el establishment local. El antecedente está en la UIA, cuyo titular, Miguel Acevedo, proviene de la agroindustria, es cuñado del magnate cordobés Roberto Urquía y representa a Aceitera General Deheza.

Como parte de los intentos de alianzas del peronismo con sectores de un poder indudable podría incluirse también el ya mencionado acuerdo con las petroleras que entraron al Plan Gas. Sin embargo, en la crónica cotidiana, la coalición panperonista aparecía siempre enemistada con el establishment, gracias al lobby de otros foros como la AEA y el Foro de Convergencia Empresarial, donde Clarín y Techint pesan de manera especial.

Casi sin que pudiera advertirse, la escasez, el prolongado ciclo recesivo, la bomba de tiempo de la deuda que había incubado Macri en tiempo récord, la presión del Fondo, la pandemia y la falta de vacunas configuraron un escenario nuevo, tal vez inédito, que parece incluso haber transformado a la fuerza que, según siempre se dijo, disfrutaba el ejercicio de poder. La cara del presidente, el desempeño de algunos de sus ministros y las dificultades para imponer una agenda propia mostraron a un peronismo que sufre el poder más de lo que lo goza, y que choca con fuertes impedimentos para lograr una mejora en la vida de las mayorías. Como si el nuevo ensayo del peronismo viniera a contradecir una de las máximas de su historia y gobernar la crisis hoy fuera apenas amortiguar la

caída sin perspectiva de salida. Unido pese a sus discrepancias detrás del arco amplio del Frente de Todos, el peronismo se juega en 2021 bastante más que un resultado electoral y debe revalidarse como el único actor del sistema político capaz de gobernar la crisis. Pero en un contexto excepcional, en el que todo lo que funcionó en ciclos anteriores hoy resulta insuficiente.